

Eugenio Fuentes

CUERPO A CUERPO

colección andanzas



Lectulandia

Samuel observa cada día desde su ventana a una mujer que deja a los niños en la parada del autobús escolar. Fascinado por ella, una tarde en que él está ausente programa su cámara para hacerle varias fotos. Pero además de las imágenes de la mujer, la cámara capta un hecho inesperado: ese día y en esa esquina unos adolescentes provocan al perro de una casa vecina, éste salta la verja, muerde a uno de ellos y lo mata.

Samuel prefiere ocultar esas fotos y, sobreponiéndose a su natural timidez, acaba presentándose a la mujer que ve cada mañana. Es Marina, hija de un militar, el comandante Olmedo, encargado de dismantelar el cuartel de la ciudad. Olmedo, hombre estricto y cumplidor de su deber, aparece en su domicilio con un tiro en el pecho de su propia pistola. Pero Marina no cree la versión oficial del suicidio de su padre y contrata a Ricardo Cupido, detective descreído y pacífico que, en su investigación, descubrirá lo mucho que ocultan las vidas de estos personajes y las tensas relaciones que establecen entre ellos. Desde los compañeros de cuartel, hasta el ex marido de Marina, todos tienen razones para ser sospechosos.

Lectulandia

Eugenio Fuentes

Cuerpo a cuerpo

Ricardo Cupido 5

ePub r1.0

Mangeloso 21.12.13

Título original: *Cuerpo a cuerpo*
Eugenio Fuentes, 2007
Diseño/Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Fernando y a María José

Agradecimientos

Mi agradecimiento a Paloma Osorio, a Fernando Alonso, a María José Ruiz y a Carlos Neila, que advirtieron las asperezas y los poros de este libro cuando aún era un manuscrito. A Basilio Sánchez y a Fernando García-Montoto, por toda su información sobre los datos médicos que aquí aparecen. Si esta novela tiene errores y deficiencias, no son suyos.

Capítulo 1

La parada del autobús escolar

Una mañana, mientras se afeitaba, oyó voces infantiles junto a la valla de su casa. Como era algo inusual a esas horas, las nueve y diez minutos, y en un barrio residencial tan tranquilo, alejado del centro, de calles anchas y silenciosas, cerró el grifo para oír mejor y, en el creciente murmullo, distinguió también algunas voces adultas. Con la maquinilla en la mano y el rostro aún cubierto de espuma, pasó al estudio y desde la penumbra del mirador, sin ser visto, observó con sorpresa y curiosidad al grupo de niños que, junto a sus madres y padres, esperaban inquietos en la amplia acera. Vestían el mismo uniforme azul del colegio marista que él había llevado en su infancia. En la radio acababa de oír que ese día comenzaba el curso y que siete millones de niños españoles volvían a las aulas tras las vacaciones de verano.

Terminó de comprenderlo todo cuando vio asomar un brillante autobús escolar por el fondo de la calle. Su casa ocupaba una esquina de la manzana y en ella habían puesto una de las paradas de la nueva ruta. De pronto se dio cuenta de que estaba sonriendo, complacido por aquella aparición que venía a remover un barrio apacible, pero muy aburrido, donde cualquier novedad —la poda anual de los árboles, un cambio en el sentido del tráfico...— resultaba casi un acontecimiento. Había en él demasiado silencio, demasiada reserva, porque la gente permanecía dentro de sus casas y patios y salía poco a la calle. Así que aquella pequeña algarabía infantil que todas las mañanas iba a formarse junto a su puerta sería como un saludo fresco con el que los niños del barrio lo espabilarían antes de marcharse a sus tareas escolares.

El autobús, con el nombre del colegio en lo alto del parabrisas, se detuvo en la esquina. Samuel observó cómo una monitora ayudaba a subir y a acomodarse a los más pequeños, que entraban por la puerta delantera. Las madres y los padres besaban a los niños antes de separarse de ellos y luego los saludaban a través de los cristales, sonriendo en exceso y moviendo mucho los brazos.

Habían subido los últimos cuando vio a una mujer que se acercaba deprisa, por la acera, con dos niños: el mayor, de unos cuatro o cinco años, se agarraba al carrito donde iba sentado el más pequeño. Apresurada, levantó el brazo para que el autobús no arrancara y Samuel estuvo a punto de asomarse al mirador para indicar que la esperasen, pero se detuvo al advertir que todavía llevaba la maquinilla de afeitar en la mano y que su cara estaba llena de espuma. El conductor parecía dispuesto a cerrar las puertas cuando la vio cruzar el paso de peatones. La mujer detuvo el carrito y alzó al niño mayor hasta el autobús al tiempo que le daba un beso rápido.

La mujer respiró tranquila cuando el autobús se marchó. Las demás madres ya se estaban alejando y ella se quedó sola en la acera —Samuel la veía muy bien desde el

mirador—, recuperándose de la carrera mientras colocaba al niño pequeño en una posición más cómoda. Luego se irguió y miró alrededor para ver el número de la casa, como si nunca hubiera estado allí antes de aquella mañana y no quisiera confundirse otro día. Al levantar la vista, apenas con curiosidad, hacia las ventanas y el mirador, Samuel dio instintivamente un paso hacia atrás, hacia la penumbra, con miedo a ser sorprendido y a que ella pudiera interpretar que estaba espiándola. La mujer detuvo unos segundos su mirada en la amplia cristalera y, aunque él sabía que el reflejo del sol y la oscuridad interior le impedían verlo, aún se retiró un poco más, pero no hasta el punto de que no pudiera contemplarla. Era muy hermosa. No parecía débil ni frágil, pero tenía una suerte de delicadeza que no había perdido ni en los momentos de agitación y prisas, cuando se acercaba casi corriendo por la acera.

Luego se marchó, despacio ya, ondulando ligeramente con el impulso de sus pasos la falda que la cubría un poco por debajo de las rodillas. Siguió mirándola hasta que dobló la esquina de la segunda calle, donde terminaban los chalés y comenzaban los bloques de pisos de tres alturas. Samuel no tenía la suficiente experiencia con mujeres para que, de cuando en cuando, no lo conmovieran visiones de ese tipo. Cuando desapareció, advirtió que la espuma de afeitar se le había quedado seca en el rostro.

Esa mañana, mientras tomaba café en el bar habitual, el camarero le confirmó lo que había supuesto. El antiguo colegio de maristas se había quedado pequeño y anticuado: un edificio oscuro y húmedo en el centro de la ciudad, en el deteriorado corazón del núcleo urbano, de donde había salido huyendo en la última década la nueva burguesía, que prefería las urbanizaciones del extrarradio. Los maristas habían comprado unos amplios terrenos en las afueras y habían levantado un moderno complejo educativo con pistas deportivas, piscina cubierta, instalaciones tecnológicas y fácil acceso para vehículos, de modo que atrajera a los hijos y nietos de las generaciones que ya habían estudiado con ellos y que ahora se resistían a llevar a sus retoños al antiguo local, cuyas aulas de techos altos y acuchilladas por corrientes de aire frío se habían quedado obsoletas, insuficientes para acoger a la abigarrada multitud de hijos de los inmigrantes que habían ido ocupando los deteriorados casones del centro de la ciudad.

Cuando salió de la cafetería se sentía alegre por la noticia. Tenía la sensación de que en las calles había más gente y de que se notaba esa excitación de primer día de colegio que contagia incluso a los adultos que no tienen hijos. Aquel pequeño acontecimiento le permitiría ver a la mujer al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente, quizá durante mucho tiempo.

Cinco años antes, Irene y él habían comprado en planos la casa, cuya amplitud se acercaba mucho a lo que pretendían: un lugar donde vivir con comodidad con los tres

hijos que habían decidido tener. Aunque un poco alejada de la playa y del paseo marítimo a cuyo alrededor se organizaba la ciudad, les gustaba aquella nueva urbanización apartada del bullicio veraniego del turismo, con chalés con una altura máxima de dos plantas y obligados a retranquear la fachada al menos tres metros desde la acera. Por otra parte, no quedaba lejos del polígono industrial donde residía su pequeña empresa. Lo tenían todo acordado y, sin embargo, quince meses después de la firma del contrato, cuando la casa estaba a punto de ser terminada, Irene lo había abandonado para irse con aquel agitado diseñador informático cuyos montajes visuales provocaban vértigo. Llegaron fácilmente a un acuerdo. Él le compró su parte y se quedó a vivir en una casa demasiado grande para un hombre solo.

No fue una época fácil. Dedujo que, en las relaciones con las mujeres, existen dos tipos de hombres: los duros y burlones y coriáceos e incapaces de amar, y por tanto inmunes al daño, y aquellos capaces de gozo y de ternura y de pasión, y por tanto vulnerables a su falta. Él pertenecía a este último grupo, al de quienes podían ser heridos. Pero ya no se lamentaba. Al contrario, estaba convencido de que, a la postre, en el balance final de una vida, ningún sentimiento amoroso es una pérdida, incluso aunque se haya entregado a alguien que no lo mereciera.

Tras el aturdimiento de las primeras semanas de separación, una mañana, después de una agitada noche de insomnio, se levantó con un intenso deseo de que a Irene todo le fuera mal.

Aquel sentimiento lo sorprendió, porque no recordaba haber albergado nunca tanto rencor en su alma. Buscaba una explicación y se decía: «Por haberla amado tanto entonces, por eso la odio ahora. Por haber renunciado por ella a conocer a otras mujeres, a dedicar más esfuerzos a la empresa, a divertirme sin ninguna atadura». Sentía que la pequeña y dolorosa maldad que latía dentro de él la había sembrado Irene con su abandono y se había encargado de regarla, de abonarla, de hacerla crecer con su posterior olvido.

Luego, con el paso del tiempo, había comenzado a olvidarla. Él no salía mucho, y cuando lo hacía no frecuentaba los mismos ambientes que ella. Un par de veces la había visto desde el coche, y en otra ocasión se habían encontrado en un cine, pero apenas hablaron más allá del saludo y de unas preguntas de cortesía que le dejaron un amargo sabor de boca.

Más tarde le llegaron noticias de que no era feliz. Se había separado del novio informático y vivía sola. Se sorprendió al comprobar lo poco que aquellos comentarios lo afectaban. ¿Qué le importaba a él que fuera dichosa o desdichada, si en ninguno de los dos casos cambiaría nada su vida, puesto que ya no deseaba un nuevo encuentro, una nueva oportunidad? Ya no la echaba de menos, aunque en ocasiones se acordara de ella, suavemente desengañado y apacible, sin estridencias. Su recuerdo había dejado de dolerle y únicamente le quedaba un tenue sentimiento de

decepción.

Ya se había afeitado y se abotonaba la camisa en la penumbra del estudio cuando vio que la mujer se acercaba por la acera, empujando el carrito y con el niño mayor de la mano, pero sin prisas, porque ese día no llegaba tarde. Vestía una camisa clara y un pantalón vaquero bastante usado y, quizá por el cambio de ropa, le pareció más juvenil, menos madre, hasta el punto de dudar de lo que había dado por cierto. Se preguntó si los dos niños eran sus hijos o si ella en realidad era una chica contratada para cuidarlos, porque los padres estaban trabajando. Pero cuando la vio despedirse del mayor con un beso ya no tuvo ninguna duda. Aquel gesto entre la vigilancia y la ternura, indiferente a la opinión ajena, era exclusivo de la maternidad.

Ahora tenía un motivo más —un motivo pequeño, pero constante y agradable— para levantarse cada día. Cada mañana, con buen tiempo o con lluvia, con frío o con calor, con sol o con niebla, ella vendría hasta su esquina y él podría observar desde arriba, desde el mirador, su peculiar manera de moverse y de caminar, su media cabellera oscura que a veces recogía en una coleta, su figura atractiva, sus gestos amables con sus hijos, sus movimientos de impaciencia si el autobús se demoraba, frotándose las manos, como si siempre las tuviera frías, su sonrisa y su despedida del niño mayor a través del cristal de la ventanilla. Era como una cita. Era un pequeño regalo cotidiano que había venido hasta él de un modo casual, inesperado, por el simple cambio de ruta de un autobús escolar, un secreto que no podía compartir con nadie, porque, aunque él no lo sintiera así, el mundo de fuera podría interpretar que había algo obscuro en espiar a una mujer desconocida desde el anonimato de la penumbra, y llamarían clandestinidad a lo que sólo era pudor, y sospecharían culpabilidad donde sólo había un inocuo voyeurismo. Ni siquiera el hecho de que él estuviera en su casa y ella en la calle, en una vía pública, sería considerado un atenuante, porque esa circunstancia afectaba al código legal, pero no a la idea general de lo que es la caballerosidad y la nobleza.

Algunas veces, mientras esperaba la llegada del autobús, ella miraba con curiosidad hacia la casa, hacia el ciprés ojival que crecía junto a la entrada, hacia los árboles jóvenes cuyas hojas comenzaban a amarillear en las ramas que sobresalían por encima de la valla, hacia las ventanas y el mirador en cuya base había una jardinera de obra, de unos tres metros de longitud, donde él había plantado unos geranios colgantes que dejaban caer sus ramas sobre el lienzo del muro inferior.

A Samuel le gustaban mucho las plantas, su incapacidad para el disimulo cuando algo esencial les faltaba o algo las molestaba, la impúdica inocencia con que siempre exhibían sus genitales en la cúspide del tallo, como había leído en algún sitio. Durante los fines de semana empleaba muchas horas en cuidar los rosales, la vigorosa glicinia, las hortensias, las lantanas, la buganvilla, el jazmín trepador, la bignonia que

con su explosión floral pretendía renegar de su condición de enredadera, pero a la que traicionaban los tallos musculosos que se enroscaban en los hierros más finos de la valla hasta doblarlos. No le daba pereza la atención permanente que exigían: riego, poda, abono, desparasitación de pulgones, babosas y caracoles, traslados o injertos para mantener un equilibrio que a menudo ellas se empeñaban en romper con crecimientos o paradas imprevistas. Cuando el jardinero duerme, se decía, avanza la naturaleza.

Llegó a sospechar que también a ella le gustaba la jardinería, porque una mañana la había visto acercarse con curiosidad a acariciar los pétalos de color rojo oscuro de la buganvilla que asomaba por encima del brezo de la valla; otro día había olido los brotes del jazmín y en otra ocasión la vio sonreír ante la explosión fucsia de las efímeras campanillas que hacían arco sobre la puerta.

Una tarde, Samuel subió a la cornisa del mirador una maceta en la que había florecido espectacularmente un caprichoso rododendro. A la mañana siguiente, ella lo descubrió enseguida y se quedó unos segundos admirándolo. Luego deslizó la vista muy despacio por el resto de la fachada, como preguntándose quién vivía en aquella casa en la que nunca había visto a nadie, en la que nadie entraba ni salía, en la que no se oía ningún ruido que diera una pista sobre sus ocupantes, pero en la que habitaba alguien que trataba a las plantas con tanta habilidad y sabiduría. Otro día, Samuel añadió las grandes flores explosivas de un hibisco, de modo que la jardinera parecía un friso de color que contrastaba —y la hacía más enigmática— con la penumbra interior de los cristales. Las dejaba allí, bajo el lugar desde donde él espiaba, hasta que las flores perdían su esplendor, y, de algún modo, sentía que mediante ellas enviaba secretas declaraciones de interés y afecto a la mujer, que parecía haberse acostumbrado a valorar cada mañana los cambios que el misterioso y anónimo inquilino le ofrecía.

Ya la conocía muy bien y, sin embargo, lo ignoraba todo de ella. La gente, se decía, suele hablar mucho de los demás; se cuentan detalles, cotillean, murmuran de hombres y mujeres a quienes nunca han visto, se lanzan y se repiten anécdotas de prestigio o de infamia, se aceptan biografías apócrifas sin contrastar su veracidad. Pero él sí sabía cómo daba sus pasos, cómo se retiraba el pelo de la cara, cómo se movía para entrar en calor cuando hacía un poco de frío, cómo acariciaba a sus hijos, cómo agachaba la cabeza, pensativa, cuando estaba preocupada o cómo un recuerdo le doraba una sonrisa en los labios. Un día descubrió que lo que le parecía peculiar en sus movimientos se debía únicamente a que era zurda. Con la mano izquierda ayudaba a su hijo a subir los altos escalones del autobús; con la mano izquierda se abrochaba un botón abierto de la camisa; la mano izquierda era la primera en saludar a un conocido. Samuel podía reconocer su sombra sin necesidad de ver su cuerpo, pero ignoraba todo lo demás. ¿Cómo se llamaba? ¿Vivía sola? ¿Tenía pareja?

¿Trabajaba después o se quedaba en casa hasta que volvía para recoger al hijo mayor, a las cinco y media, como había comprobado alguna tarde en que no fue al trabajo? ¿Por qué el padre de los niños no se encargaba nunca de traerlos a la parada?

Otras veces sus pensamientos no eran tan ingenuos y se descubría excitado pensando en la textura de sus muslos, o en el breve peso de sus pechos, o en la dureza de sus pezones si un día pudiera besarlos o morderlos. Imaginaba que su lengua le abría los labios como un cuchillo buscando su lengua, imaginaba la peculiar forma en que ella le acariciaría el vientre con su mano zurda y, unos minutos después, con los ojos cerrados, sonreía al recordar todas las cosas que había pensado hacer con ella. Para abordarla, elaboraba en silencio estrategias que sabía que no pondría en práctica, porque siempre había sido indeciso con las mujeres.

Había pasado más de un mes desde la primera vez que la vio cuando una mañana, después de marcharse el autobús, instaló en el mirador, en un hueco disimulado entre las persianas, un trípode con una cámara fotográfica. Por una causa que ignoraba — tal vez una enfermedad del niño, o un viaje...—, la mujer zurda había faltado tres días y a Samuel le había entrado un miedo repentino a que no volviera más a la parada, a que desapareciera de pronto sin que le quedara nada suyo, como un ave que cruza el cielo alto y limpio y no deja en tierra otra cosa que el recuerdo de su airosa forma y de su elegante vuelo. Imaginaba decenas de razones para que aquella catástrofe ocurriera cualquier día: que su hijo no se hubiera adaptado bien al nuevo colegio y tuviera que cambiar de centro; que su marido, si lo tenía, fuera destinado a otra ciudad y arrastrara tras de sí a toda su familia; que cambiara de domicilio y se marchara a otro barrio más céntrico; o que ella misma consiguiera un trabajo cuyo horario le impidiera traer a sus hijos: sin duda no le resultaría difícil, parecía una mujer capaz de desempeñar cualquier tarea... Las imágenes que iba a robarle — porque ésa fue la primera palabra que se le ocurrió— serían entonces como una herencia que ella misma ignoraría haberle dejado.

A las diez comprobó que las tres tomas de prueba que había hecho enfocaban el cuadro correcto. Se aseguró de nuevo de que el flash quedaba anulado, abrió un poco más el angular para captar un espacio mayor, aunque perdieran precisión las figuras, y programó el tiempo para que desde las cinco y veinte comenzara a sacar imágenes durante treinta minutos, con una frecuencia de sesenta segundos. Luego se marchó al trabajo, pero durante toda la jornada no pudo esquivar una agobiante sensación de ilegalidad, como el cazador furtivo que, al atardecer, deja montado un cepe en un coto privado, y no duerme, inquieto toda la noche, porque teme que, a pesar de todos sus cálculos, ocurra un imprevisto y salte la trampa y los dientes de acero muerdan unos tobillos inocentes.

Contra su costumbre, esa tarde dejó que sus empleados se encargaran de cerrar el almacén y regresó a casa antes de las siete y media. Cuando guardaba el coche en el

garaje vio enfrente, en la calle transversal, a tres hombres que miraban el suelo. Uno de ellos explicaba algo con gestos excitados y señalaba la valla de la casa junto a la que estaban. Por la acera mojada aún corría un hilo de agua hacia la entrada de la alcantarilla, como si hubieran lavado algún vertido, alguna mancha. Impaciente por ver el resultado de las fotos programadas, no le dio mayor importancia y, sin quitarse la chaqueta, subió al estudio. Antes de encender la luz, recogió el trípode y la cámara con un suspiro de alivio. No volvería a hacerlo, no lo haría más, nunca más, nunca, se dijo serenando el temblor de sus manos. Aunque ninguna norma prohibía fotografiar lo que ocurría en una vía pública, no podía evitar un sentimiento de juego sucio, de fraude, de inmoralidad. Era asombrosa la cantidad de formas, pensó, con que se puede ser indigno aun sin quebrantar ningún precepto escrito de la ley, pero él siempre había intentado cumplir con lo que consideraba ético sin esperar a que se lo dijera el código penal.

Conectó la cámara al ordenador, descargó el archivo y empezó a observar las tomas. A las cinco y veinte algunas madres ya esperaban la llegada del autobús. Las figuras se veían en exceso lejanas y pequeñas a causa del gran angular que abarcaba todo el cruce y la calle transversal en perspectiva, y parecían captadas desde una altura superior a la real. Por fin la mujer zurda aparecía en la cuarta foto, caminando por la acera y mirando hacia un coche que debía de pasar muy rápido, puesto que había dejado una estela borrosa. La foto de las 17:25 la mostraba con el rostro levantado hacia el mirador y por un momento Samuel tuvo una impresión tan intensa de que estaba mirando directamente hacia la cámara, para que él la fotografiara, que se echó hacia atrás en la silla, casi asustado, como si ella lo supiera todo, como si lo hubiera adivinado.

El autobús había llegado un poco antes de la hora habitual y las fotos mostraban a los niños bajando y marchándose enseguida con sus padres hasta que la calle quedaba desierta.

Fue pasando deprisa las demás imágenes, que ya no le interesaban, cuando una de ellas atrajo su atención. Tres chicos, de unos catorce o quince años, se acercaban por la calle transversal pasándose entre sí un balón de fútbol. Sus figuras, lejanas, sin mucha nitidez, mostraban una actitud desenfadada, quizá gamberra, sin duda gritona. Iban vestidos con zapatillas deportivas y con esas ropas anchas que siempre le parecían dos tallas más grandes de lo apropiado y que les daban un aspecto que no sabía si calificar de moderno o de pordiosero. Algo repentino debía de haber ocurrido para asustarlos, junto a la cuarta casa de la calle, y, antes de comprobarlo, Samuel adivinó de qué se trataba: el amedrentador pit bull que ladraba con una furia sorda y enconada si alguien tocaba la valla, dispuesto a una feroz defensa de su territorio. También a él lo había asustado algunas veces, de modo que prefería caminar por la otra acera. En una ocasión, el cartero le había comentado el temor que le producía

acercarse a echar una carta en aquel buzón.

Los chicos, sin embargo, enseguida se habían repuesto del susto, porque volvían a aparecer chutando el balón contra la valla, en su afán adolescente de mostrar su valentía, de responder a la provocación de los ladridos. La apacible soledad de la calle se había roto en la siguiente imagen, donde una mujer que pasaba giraba la cabeza para mirar la escena con gesto de reproche. Se hacía evidente que dentro de la casa no había nadie para amonestar a los chicos y para tranquilizar al perro, que, sesenta segundos después, apoyaba las patas en el borde metálico de la valla y amenazaba con una boca profunda y llena de dientes.

Y luego, de repente, el tiempo entre toma y toma parecía haberse condensado para ilustrar el espanto. El pit bull estaba fuera y mordía el brazo de uno de los chicos, que se tambaleaba mientras los otros dos se apartaban asustados. Estremecido, pulsó el avance: la feroz tenacidad del perro que no soltaba a su presa, ni ante la presencia de algunas personas que huían o que se acercaban con cautela, temerosas, con intención de ayudar; el pit bull que hincaba sus colmillos entre el hombro y el cuello del muchacho caído mientras una mujer desde una ventana hablaba por un móvil con una expresión que comenzaba a parecer desesperada y una mancha de sangre se agrandaba en el suelo... Al fin, dos policías habían disparado contra el animal, que yacía en la acera al lado del chico sobre el que se inclinaba uno de los agentes.

Las luces de una ambulancia ocupaban el centro de la última toma antes de que la cámara se hubiera detenido en el tiempo programado. Habían sido apenas quince minutos y, al terminar la secuencia, Samuel estaba temblando. Había intentado captar unas imágenes de armonía, de la mujer que tanto le gustaba, y había chocado contra una secuencia de horror.

Durante varios días no supo tomar una decisión, aunque no podía dejar de pensar en las fotografías. Guardó el trípode y la cámara en un armario como si fueran algo dañino y peligroso, como habría guardado un cepo para osos o un arma de fuego. Por una parte, deseaba borrarlas de la memoria del ordenador, sin imprimirlas, como si no hubieran existido nunca. ¿Para qué las quería? ¿Qué podía hacer con unas imágenes donde se veía morir a un adolescente de quien ni siquiera conocía el nombre? Sólo las iniciales, MGS, habían aparecido en la prensa al día siguiente, junto a una foto anterior donde el pit bull miraba a la cámara con una expresión apacible e inocente que no hacía pensar en la posibilidad de una agresión.

Pero luego imaginaba que se abría una investigación y, si la ley lo requería, él podría aportar unas pruebas que iluminaran lo ocurrido para que cada cual cargara con su responsabilidad. Si no las destruía, tal vez un día lograra evitar una injusticia.

El chalé permanecía cerrado desde entonces y había oído decir a un vecino que

sus dueños, acongojados por la desgracia, se habían marchado a vivir fuera. Una mañana había aparecido en la acera, apoyado en la valla, un ramo de flores que nadie tocaba y que se fue marchitando hasta que desapareció otra mañana, sin que nadie supiera quién lo había traído ni quién se lo había llevado.

Al cabo de dos semanas, sin embargo, la calle parecía de nuevo la de siempre. La tragedia comenzaba a olvidarse, los transeúntes poco a poco habían vuelto a caminar por la acera que evitaban los primeros días, el barrendero barría las hojas secas de los árboles que caían donde había caído el muchacho, el cartero echaba las cartas en el buzón, sin miedo ya, una vez desaparecido el perro.

Hasta que decidiera qué hacer definitivamente con las fotos, separó las de la mujer zurda, abrió un archivo para las otras con el nombre de «Perro» y lo hundió en la subcarpeta de «Varios», bajo documentos diversos que iba enterrando en la memoria. Nunca más, se prometió, volvería a sacar de un modo furtivo imágenes de la mujer que cada mañana acudía a traer a su hijo a la parada, pero tampoco renunciaría a observarla desde detrás de los cristales.

A finales de octubre, cuando aquello ya se había convertido en una costumbre, en una cita secreta y placentera, ocurrió una novedad que alteró su rutina. El autobús ya se había marchado con los niños, pero la mujer se demoró todavía unos instantes en la ancha acera acomodando al pequeño en el cochecito. Al erguirse, Samuel vio el reflejo de algo brillante que caía al suelo. Ella no lo había advertido y enseguida se puso en marcha, cruzó la calle y se alejó dejando el pequeño objeto tirado en las baldosas.

Samuel obedeció a su impulso de un modo tan rápido que sólo cuando ya abría la puerta de la valla se dio cuenta del riesgo que corría si lo recogía del suelo y salía corriendo hasta alcanzarla y devolvérselo. Ella se lo agradecería, sí, pero al mismo tiempo parecía inevitable que surgieran las preguntas: ¿Cómo sabía que era suyo? En el momento de perderlo, ¿dónde se escondía él, si la calle aparecía desierta, para haber visto que se le caía? ¿Por qué se lo devolvía, en el supuesto de que fuera algo valioso? Y sobre todo, ¿quién era él, quién era, cuál era su nombre, a quién tenía que agradecerle aquel gesto de honradez tan poco habitual? Y entonces no sabría responderle, no podría hablar sin mentir, sin decirle que era un hombre solo que, oculto tras una ventana, observaba cada día a una mujer de la que tampoco sabía su nombre, ni su oficio, ni su domicilio, ni su estado, de la que sólo podía afirmar que le gustaba mucho, de un modo ingenuo, casi adolescente.

Abrió la puerta muy despacio y salió a la acera vacía. Todavía la vio unos segundos al fondo de la calle, antes de doblar la segunda esquina con aquella forma tan peculiar de empujar el carrito, sin inclinarse en exceso hacia delante, pero tampoco del todo recta, tan alejada de la pesadez de un gran esfuerzo como de la ligereza que da una excesiva energía. Avanzó unos pasos y, en efecto, allí estaba el

objeto brillante. Lo recogió con disimulo y volvió a su casa.

Era una pulsera de oro de mediano grosor, con pequeños eslabones de ochos aplastados y con unos finos dijes ovoides. La anilla del cierre se había abierto, tal vez al engancharse con algún resalte del cochecito. En el centro de los eslabones, una placa de unos dos centímetros labrada con una filigrana exhibía en su reverso, en letra cursiva, una leyenda: *Marina*.

—Marina —dijo en voz alta—. Marina. Es un bonito nombre. Es como ponerse un grano de sal sobre la lengua y oír cómo se disuelven sus cristales.

Tendría que buscar la manera de entregársela, no podía quedarse con ella. Además, era un motivo excelente para hablarle, la razón que necesitaba.

Guardó la pulsera en un cajón del escritorio y se marchó al trabajo. Estuvo aturdido todo el día, oscilando entre la alegría del pretendiente que regala una joya a una mujer y el recelo de quien teme que lo acusen de haberla robado. Al regresar por la tarde observó de nuevo la pulsera imaginando el momento de abordarla y las palabras que le diría. Suponía que ella lo acogería bien, puesto que le devolvía un objeto valioso. Sólo lo inquietaba una duda: ella podría preguntarle cómo sabía que era suya, y entonces él debía ocultar su acecho desde la penumbra del mirador y alegar que por casualidad había visto caer la pulsera y que cuando bajó a recogerla ella ya se había marchado. Si lograba ser convincente en esa declaración, el resto del relato sería verosímil.

A la mañana siguiente, cuando comenzaron a llegar las madres y los padres con sus hijos, hacía ya un tiempo que él esperaba tras la ventana. Entre sus dedos daba vueltas a la joya. Marina —porque no dudaba de que ése era su nombre— fue de las primeras en llegar y durante unos instantes miró hacia el suelo, sin duda buscándola, pero sin demasiada convicción, como si imaginara que, si era allí donde la había perdido el día anterior, ya la habría encontrado alguien. Luego vino el autobús y partió con los niños, y Samuel esperó a que las madres también se fueran. Sólo entonces salió de su casa. Marina ya estaba cruzando la calle y aceleró el paso para alcanzarla antes de que doblara la segunda esquina. Tendría que darse prisa, pero al mismo tiempo lo embargaba el temor a mostrarse torpe, a cometer alguna imprudencia en el momento de hablar. Las dudas le hicieron caminar más despacio. Siempre le había ocurrido lo mismo con las mujeres, siempre había tenido que correr tras ellas, deseando alcanzarlas al tiempo que luchaba contra el impulso de retroceder. El instinto y los sentimientos lo empujaban hacia ellas, pero nunca lograba eludir la sospecha de que todo sería más apacible si cerraba los ojos ante el misterioso mundo femenino y empleaba su tiempo libre en el cuidado del jardín, en el ordenador, en salir con los amigos.

Marina desapareció tras la esquina antes de que hubiera podido alcanzarla. Con miedo a perderla, corrió hasta el cruce y suspiró al comprobar que apenas caminaba

diez o doce metros por delante de él. Si iba a abordarla, era el momento, no podía demorarse más sin aumentar las complicaciones. Aceleró el paso y, con la pulsera en la mano, fue acercándose a ella, que de pronto se detuvo ante un portal mientras buscaba las llaves en el bolso del carrito.

Samuel también se detuvo, sorprendido de que viviera tan cerca y, excepto en la parada del autobús, no la hubiera visto nunca antes por el barrio. Marina elevó los ojos hacia él con un gesto interrogativo, acaso pensando que también quería entrar en el edificio. Un perfume muy suave, que le recordó las flores del lilo que tenía en el jardín, emanaba de ella, o tal vez del niño que también lo miraba desde el carrito, con una neutra curiosidad.

—Perdone —le dijo.

—¿Sí?

Extendió la mano mostrando la pulsera antes de encontrar las palabras para explicarlo.

—Ayer, casualmente, creí ver que se le caía y cuando...

—¡La pulsera! —exclamó—. ¿Dónde la ha encontrado?

—Ayer, casualmente... —repitió al entregársela—. En la parada del autobús escolar. Creí ver que se le caía, y bajé, pero cuando la recogí del suelo usted ya se había ido.

—¿Bajó? —le preguntó sin comprender a qué se refería.

—Vivo en la casa de la esquina y... estaba mirando por la ventana cuando me pareció que algo brillante caía del carrito —explicó con cautela, con miedo a comprometerse. Se daba cuenta de que aquella conversación comenzaba con un engaño, pero se dijo que, si tenía otra oportunidad para hablar con ella, también sería el último—. Pensé que se trataba de algún objeto del pequeño, pero al recogerlo vi la pulsera. Esta mañana la estaba esperando para entregársela. He salido luego y he logrado alcanzarla. Por poco —añadió sonriendo, señalando la puerta del edificio.

—¿Es suya la casa de la esquina? —le preguntó, como si apenas le hubiera interesado el resto del relato.

—Sí.

—Es una casa bonita. Muchas veces me he fijado en sus plantas.

—Las plantas. Tengo tiempo libre y me relaja atenderlas. No es difícil. ¿Le gustan?

—Bastante. Pero aquí, en el piso, no tengo espacio. Algunas macetas en la terraza...

—Si quiere, puede venir un día a mi casa. Puedo darle algunas semillas, algún esqueje —se atrevió a sugerir.

—Muchas gracias —respondió, pero sin insinuar que aceptaría—. Y gracias también por la pulsera. No todo el mundo se habría molestado en devolverla.

—No, no ha sido ninguna molestia, al contrario —replicó, sorprendido de lo fácil que comenzaba a resultarle todo, de la prontitud con que estaba perdiendo la rigidez.

—El cierre se ha estropeado —dijo. Se colocó un momento la pulsera sobre la muñeca izquierda—. Bastará cambiarlo para...

—¿Me permite? —la interrumpió observando la joya, reprochándose no haberlo pensado antes—. Es muy fácil, sólo hay que apretar una anilla. Si quiere, yo... —iba a decir que podría llevársela a casa y que se la devolvería arreglada en unos pocos minutos, pero ella lo interrumpió, señalando su casa:

—¿Podría ser ahora mismo?

—Sí, si tiene unos alicates pequeños.

—Suba —dijo tras un instante de duda—. De paso, lo invito a tomar un café para agradecérselo. Si no tiene prisa.

—El trabajo puede esperar un poco.

Subieron en el ascensor hasta la segunda planta. Era una vivienda de reciente construcción, como todo en el barrio, de tamaño medio y aspecto agradable, aunque a Samuel le pareció que aún no estaba del todo decorada, que había espacio en las paredes esperando el cuadro adecuado, huecos en los muebles donde se echaban de menos fotos o libros, brazos en el perchero de la entrada sin ninguna prenda colgada. De pronto se le ocurrió que esos vacíos se debían a la ausencia de objetos masculinos. Sobre una mesa vio una foto enmarcada en la que un hombre sonreía junto a ella y los niños, pero aparentaba unos cincuenta y pocos años y su actitud era la de un grupo familiar distinto del que forma una pareja.

Marina sacó a su hijo del carrito y lo metió en el parque. Desde allí, el niño observó con curiosidad las sonrisas no demasiado convincentes que le dirigió Samuel, pero no se inquietó por la ausencia de su madre, que volvió enseguida con una pequeña caja de herramientas.

—Es un niño muy tranquilo —dijo Samuel.

—Sí. No extraña a nadie.

Mientras rectificaba la anilla torcida y abierta, el aroma a café recién hecho comenzó a llegar desde la cocina. La pulsera estaba arreglada cuando ella regresó con una bandeja.

—Estamos tomando un café y ni siquiera sé su nombre —dijo. Al sonreír, su labio superior se levantaba casi en exceso, hasta el borde de las encías, y sus mejillas se inflaban un poco.

—Me llamo Samuel.

—Yo...

—Marina —la interrumpió señalando la pequeña placa de la pulsera.

—Sí. Y creo que podemos tutearnos. Será más cómodo.

—Claro que sí.

—Antes dijiste que tenías que ir al trabajo. ¿En qué trabajas? —le preguntó.

—Tengo una pequeña empresa de recogida de papel para reciclaje —respondió sin entrar en detalles, con la sospecha de que un tema así no le interesaría. Hubiera preferido que hablara de ella, de sus hijos, del autobús escolar hasta donde llevaba al mayor todas las mañanas, o que hiciera algún comentario que revelara por qué nunca había visto a un hombre junto a ella.

—No entiendo mucho de eso. Pero suena un poco a ecologismo.

—También. Pero si no ganara dinero..., creo que el ecologismo no sería una razón suficiente. Es algo muy sencillo: nosotros colocamos unas cajas grandes en oficinas, en colegios e institutos, en tiendas de reprografía..., en sitios así. Cada cierto tiempo, cuando calculamos que están llenas de papel usado, o cuando nos avisan, pasamos a recogerlas, dejamos en su lugar otra vacía y el contenido lo empaquetamos y lo vendemos a una planta de reciclaje de celulosa. Un negocio pequeño, con una oficina, tres empleados y un par de furgonetas.

—¿Tanto papel tiramos?

—Mucho, no te puedes imaginar.

—¿Y tú eres el jefe?

—Soy el dueño —la corrigió suavemente.

—Recuerdo haber visto en algún sitio esas cajas de las que hablas, pero nunca me había parado a pensar en lo que hay detrás.

—Pues ya sabes, son nuestras. Estamos nosotros.

—Creo que a partir de ahora las miraré de otra manera.

Había un atisbo de coquetería en sus gestos, pero la naturalidad con que la manifestaba impedía que se encontrara incómodo. Él era tímido, pero aquella forma rápida de encadenar preguntas, de interesarse por lo que no sabía, era un modo de decir que ella no advertía su timidez, o que, si la advertía, no le importaba. Marina era desenvuelta sin poner en evidencia que él no lo era.

A menudo, cuando en alguna fiesta se encontraba frente a mujeres extrovertidas, excitadas y brillantes que con su ingenio y desenvoltura acaparaban el interés de todos, sentía recelo, casi asustado por tanta expansión. Le provocaban una extraña sensación de desamparo, como si estuviera expuesto a la lluvia a pesar de que todos los techos fueran herméticos. Quizá por eso seguía viviendo solo, porque nunca había tenido osadía ni talento para acercarse a las mujeres que hubieran esperado un gesto suyo, ni había correspondido a las que se le acercaban con demasiada familiaridad, en alguna ocasión incluso con arrojo. Su complicada relación con el mundo femenino no podía calificarse de fracaso, sino de una tibia abstención, consciente de haber llegado a una edad, treinta y seis años, en que cada vez se arriesga menos y resulta más difícil soportar los rechazos. Una vez alguien lo había tachado de haber envejecido prematuramente, pero, si eso era cierto, estaba seguro de no haberse contaminado de

las manías y los defectos de la vejez, y aún podía presumir de que sus familiares y amigos lo necesitaban a él más que él a ellos. El abandono de Irene, por otra parte, había acentuado la prudencia de su carácter y miraba con desconfianza cualquier estridencia en el aspecto o en el comportamiento ajenos. Había llegado a creer que ser extravagante es lo mismo que ser frívolo, y que lo vehemente se acerca mucho a lo peligroso, y, aunque a nadie le hubiera prohibido nada, él prefería mantenerse alejado tanto de la frivolidad como del peligro. Era un hombre apacible, tal vez en exceso apacible, que había logrado convivir en paz con su carácter, y ya no estaba dispuesto a perder esa ventaja, por mucho que a veces lo inquietaran los apetitos del corazón. Vivía solo, de acuerdo, se decía, pero muy lejos de ese punto donde la soledad se convierte en angustia.

En los días en que había espiado a Marina desde la penumbra del mirador no se había preguntado cómo sería su carácter. Se había limitado a comprobar lo atractiva que era y cuánto le gustaba su sonrisa al despedir al niño mayor cuando subía al autobús, o su forma de caminar de regreso hacia su casa. Ahora, mientras bebía el último sorbo de café, se alegró del azar que había hecho que perdiera su pulsera, porque le daba la oportunidad de conocerla.

—Creo que te debo un café. Si te apetece, vienes a mi casa el día que quieras —dijo levantándose del sillón. Y al ver que era una invitación demasiado vaga, que podría perderse sin tener efecto, añadió—: Los fines de semana suelo estar todo el tiempo.

—Vale. Iré —aceptó.

Se inclinó a acariciar fugazmente el cabello del niño, que ya apenas lo miraba, su curiosidad enfocada hacia un artilugio electrónico que emitía sonidos de animales extrañamente agudos y angustiosos, como si en realidad fuera un receptor de llamadas de auxilio de animales que alguien estaba sacrificando en algún matadero, y se despidió de ella. Mientras regresaba a su casa para coger el coche y acudir al trabajo, iba recordando con placer los detalles del encuentro. Le parecía que el paso que había dado hacia Marina llevaba el impulso adecuado y la dirección correcta. Todo había comenzado bien, sin prisas, en el momento propicio. Ni él había perdido el tono de claridad y sosiego en el que se sentía cómodo ni ella le había sugerido que, para conquistarla, tenía que convertirse en un aventurero que derrocha anécdotas e ingenio y asume riesgos físicos y emocionales.

Desde niño, Samuel había vivido entre papeles usados. Su padre tenía un almacén de recogida de cartones: un solar situado en un callejón cercano al centro de la ciudad, que se iba llenando con los bloques cúbicos que la empacadora ordenaba, hasta que llegaba el camión y se llevaba la carga. Su padre no se encargaba de recogerlos por las calles. Había gente muy pobre dedicada a rebuscar por la noche en

los contenedores de basura, y a la mañana siguiente se los traían para venderlos. Se pesaban en una báscula grande y oscura y su padre siempre pagaba en el acto con una escrupulosa exactitud, sin regatear ni regalar nada. Recordaba también a otras personas que traían pequeñas cantidades: ancianos que acumulaban los periódicos de un mes; niños que acarreaban cartones y otros materiales —compraban también cobre, casquillos de bombillas, botellas...— y conseguían las monedas suficientes para ir al cine; comerciantes prósperos que acumulaban el cartón de los embalajes y permitían a sus empleados pagarse unas pequeñas vacaciones con lo recaudado durante todo el año.

Como toda actividad que manipula residuos, era un negocio un poco sucio, y no demasiado lucrativo para el esfuerzo físico, los horarios y el gran espacio que requería, pero su padre, un viudo prematuro y resignado, no sabía hacer otra cosa y, al menos, ganaba lo suficiente para que Samuel y sus dos hermanas vivieran con comodidad.

El aspecto más desagradable era el nulo prestigio del oficio. Ciertamente que él, como hijo del dueño, estaba en la escala más alta, por decirlo así, de la actividad empresarial. La familia no recogía papeles ni cartones por las calles, se limitaban a comprar lo que les traían. Pero en el colegio, y más tarde en el instituto, siempre había sido el hijo del cartonero. No es que ése fuera el apelativo con que lo llamaban, pero en alguna pelea, o cuando algún compañero había querido burlarse o mostrar malquerencia hacia él, el nombre saltaba a sus labios: «¡Eh, tú, cartonero!», y él tenía que resignarse y aceptarlo cuando se trataba de alguno de los mayores o de los más agresivos. Aquel calificativo lo hacía más débil, más frágil, lo empujaba a mantener relaciones cordiales con todos, incluso con los indeseables, consciente de que, en caso de conflicto, sus oponentes disponían de un arma muy efectiva para hacerle daño. Se había preguntado algunas veces cuánto había influido aquello en su timidez posterior, en aquel modo tan tibio de comportarse frente al mundo, casi siempre a la defensiva.

Ahora todo aquello parecía olvidado. Su padre había muerto, el viejo almacén había sido vendido y derribado para construir viviendas, y él vivía alejado del centro. Pero en el fondo seguía siendo aquel adolescente timorato y un poco inseguro que procuraba ocultar el negocio familiar. De hecho, también su empresa era una continuación de la de su padre, aunque adaptada a los nuevos tiempos: ya nadie iba con una carga de papeles viejos a pesarlos en una báscula para recibir a cambio un puñado de monedas. Pero ése era su oficio y su patrimonio y con él quería prosperar y vivir tranquilo, confortablemente. Mientras conducía hacia el trabajo, aquellos detalles laborales más opacos se difuminaban ante la intensa satisfacción de la media hora que había pasado con Marina.

Capítulo 2

Cuarteles sin soldados

Hacía ya más de diez años que no salía de casa vestido de uniforme para ir al trabajo, porque así lo aconsejaba la seguridad, con la que era tan obsesivo, pero también porque las cúpulas militares habían restringido en las calles y en la vida civil la presencia de todo lo militar, para confinarlo en los cuarteles y permitir la exhibición de uniformes únicamente en los días de celebraciones patrióticas. Sin embargo, aún seguía equivocándose y a veces buscaba en su chaqueta los bolsillos de la guerrera para guardar las llaves, o, al mirarse en el espejo del vestíbulo, tardaba una fracción de segundo en reconocerse sin la ropa de tono verdoso, o en la acera pisaba un charco con los mocasines y sólo cuando el agua fría empapaba sus pies advertía que no llevaba las duras botas de faena que tanto le habían gustado siempre, desde la primera vez que se las calzó y sintió que afianzaban sus talones, que caminaba con más brío y que su aspecto mejoraba al destacar la fortaleza de sus piernas. Esa mañana vestía excepcionalmente de uniforme porque la trascendencia de la reunión lo merecía.

¡Cómo amaba su oficio! ¡Ser militar! ¡Ser militar en un mundo de civiles! Cuando alguna vez entraba en un banco a sacar dinero, o en una tienda a comprar algo, el uniforme lo convertía en foco de atención y provocaba distintas reacciones de admiración o de rechazo, pero nunca indiferencia. También, claro, de cortesía y de respeto, al menos desde que habían quedado atrás, desprestigiadas incluso dentro de los cuarteles, aquellas camarillas residuales del franquismo para quienes todavía el ejército debía ocupar un lugar en el poder legislativo, porque aún no aceptaban que la primera labor de un militar no es redactar leyes, ni conseguir adeptos, ni adoctrinar subordinados para una causa, sino limitarse ellos mismos a servirla.

Pero ni el aprecio ni el rechazo públicos modificaban su comportamiento. Ni el primero lo tranquilizaba ni el segundo lograba alarmarlo, y de uno u otro modo ambos halagaban su orgullo. El orgullo, lo sabía bien, era su debilidad y su obsesión. Estaba convencido de que si había una virtud imprescindible para un militar, no era ni la valentía, ni la inteligencia estratégica, ni la ambición, ni la equidad, sino el orgullo, de cuya justa expresión dependían todas las demás cualidades. Orgullo de su nombre y de su apellido, Camilo Olmedo, y de representar a una estirpe de soldados que se remontaba en el tiempo hasta la primera guerra carlista; orgullo de sus medallas y de un expediente profesional donde no había ni una sola mancha; orgullo de que nadie pudiera citar ni un solo país donde hubieran colaborado las tropas españolas en los últimos diez años y donde él no hubiera estado presente... Así que no quería prescindir de él, si acaso sólo ratificarlo con el trabajo bien hecho. Además, ese rasgo de su carácter nunca había sido un obstáculo en su carrera. Por una parte, la pacífica soberanía con que lo asumía lo había alejado de tipos fanfarrones, como Bramante,

que confundían orgullo y ostentación y necesitaban alardear permanentemente de sus músculos y de su valentía. Por otra, en momentos difíciles el orgullo lo había ayudado a esquivar los desajustes y la inseguridad de gentes como Ucha, por citar dos de los colegas con cuyo rechazo tendría que litigar dentro de unas horas.

Se colocó la gorra y se miró en el espejo. No estaba mal: todavía era lo suficientemente joven para que no lo aplastara su peso. La visera ensombrecía sus ojos, pero no apagaba en las pupilas las dos chispas duras, limpias, carentes de veneno. Los finos labios y el aplomo con que los cerraban las mandíbulas le hacían parecer más serio de lo que era en realidad. Bajo ellos, una barbilla ancha que parecía negarse a retroceder acentuaba esa impresión de firmeza. Giró un poco la cabeza para observar su perfil y vio una figura elegante y tranquila que aún seguía preguntándose cómo era posible que tres metros de paño, una docena de botones dorados, unas cintas bicolors y unas estrellas de latón envolviendo su cuerpo tuvieran tanto poder para predisponerlo a la puntualidad, a la audacia y al trabajo bien hecho. Cualquiera que fuera su decisión dentro de unas semanas —continuar en activo o solicitar el pase a la reserva—, aún lo luciría al menos otra vez, pero entonces no lo advertiría, porque estaría muerto. Había ordenado en su testamento que lo vistieran de uniforme para entrar en la eternidad de la nada y sabía que su hija lo cumpliría sin excusas.

Comprobó que había guardado en la cartera todos los documentos del informe. Luego encajó la pequeña Star en la pistolera de la axila antes de abrocharse la chaqueta. Siempre llevaba encima el arma, aunque no tuviera intenciones de usarla. Le daba seguridad, confianza, porque aunque una pistola no dispare, siempre puede disparar.

Había adquirido la costumbre de ir armado durante los tres años que estuvo destinado en Afganistán, bajo el mando de la OTAN, con la misión de colaborar en la pacificación del país y en el desarme de los grupos extremistas herederos de las guerrillas talibanes. Allí, la pistola en la cadera resultaba tan necesaria y tan natural como las botas, la gorra o los pantalones. Habitado a ir armado para protegerse, si le faltaba el arma se sentía más indefenso que quien nunca la ha llevado. En los últimos años, la costa mediterránea se había convertido en escenario de actos terroristas y, aunque sabía que no era probable un atentado cuerpo a cuerpo en el que alguien con zapatillas deportivas, vaqueros y sudadera con capucha se le acercara por la espalda y le disparara a la nuca, no podía olvidar que su nombre había aparecido en una lista de objetivos de los terroristas a raíz de un reportaje que le hicieron unos años antes, a su regreso de los Balcanes. Si sufría un atentado, sería probablemente con explosivos, y entonces la pistola no le serviría de nada, pero no olvidaba que un compañero de academia había sido acribillado en el garaje de su casa cuando guardaba el coche y que tal vez hubiera podido defenderse con un arma a mano.

Su estancia en el país centroasiático, su disciplina, su riguroso y eficaz

cumplimiento de cada STANAG le habían valido el ascenso a comandante y el regreso a casa con un sólido prestigio entre la tropa y ante sus superiores. En Madrid habían valorado su firmeza para dismantelar instalaciones, para desarmar a grupos guerrilleros sin humillarlos y para reorganizar sus propias unidades, adaptándolas a las nuevas estructuras. Su fama de ser un militar con valor, sí, pero aún con más inteligencia que valor había influido en que le encargaran elaborar un informe sobre la conveniencia y las dificultades de cerrar el cuartel de San Marcial. La supresión del servicio militar obligatorio, la profesionalización del ejército y las nuevas tecnologías habían dejado obsoleta la antigua concepción de la eficacia y potencia de las fuerzas armadas. En unos pocos años todo aquello había quedado muy atrás. Ya no se hablaba tanto de escuadras, o compañías, o batallones, cuanto de tecnología bélica. El presupuesto de defensa de un país no podía ser derrochado en vestir, alimentar, alojar, controlar e instruir con arcaicos ejercicios, más estéticos que tácticos, a una hueste inmensa de reclutas que, en caso de conflicto, apenas tendrían oportunidad de llegar a una lucha cuerpo a cuerpo. El ejército moderno debía basar su capacidad de disuadir y amedrentar en los avances técnicos y no en el número de sus soldados rasos, cuya función había quedado atrás, del mismo modo que la caballería dejó atrás a la infantería y que los motores dejaron atrás a los caballos.

Él había sido de los primeros en comprender y aceptar esa premisa, a menudo discrepando con compañeros nostálgicos de la antigua organización castrense que ya periclitaba. Aquellas viejas ideas del honor de las vetustas familias militares, de la fidelidad a una corona o a un imperio, del tintineo de las espuelas sobre el mármol de los palacios y de los arcos de espadas a la salida de los templos sobre el camarada que se desposa, de las jerarquías, de las palabras de honor de cadetes que no mienten, ni siquiera cuando se quedan callados..., todo aquello estaba muy bien en películas y en libros que a él también lo emocionaban, pero ya no tenían cabida en el tercer milenio.

—De acuerdo, de acuerdo —había aceptado en más de una discusión con sus compañeros—. Una bomba guiada por láser nunca dará a su lanzador el prestigio del soldado que con su fusil acierta siempre en la frente de un enemigo; la dura torpeza de una escuadrilla de tanques avanzando nunca tendrá el legendario romanticismo de una carga de caballería; el general que delega en un satélite la estrategia de un combate nunca obtendrá la gloria de los caudillos del pasado; un teniente equipado con GPS y visor nocturno jamás alcanzará la prestancia de un cadete imperial con sable y altas botas lustradas... Pero tendremos que renunciar a toda esa estética si queremos ser eficaces. La belleza de una milicia no gana las guerras —concluía.

El informe que había elaborado con esas convicciones no dejaba otra posibilidad que el cierre del San Marcial. La ciudad no ocupaba un enclave estratégico que justificara su permanencia. Con una base aérea y una base naval cien kilómetros al sur, y con la sede de la Capitanía General de la III Región Militar cien kilómetros al

norte, su mantenimiento resultaba superfluo y gravoso. Sus amplios terrenos en el extrarradio serían muy valorados en el sector inmobiliario y su venta supondría una aportación considerable a las arcas del Ministerio de Defensa. Ni estratégica ni económicamente era viable su conservación. Había que cerrarlo y así lo había detallado, con cifras y argumentos, a los superiores de Madrid, que tomarían la última decisión.

El problema más arduo consistía en reubicar a una plantilla que se veía profesionalmente perjudicada y personalmente ofendida con el cierre. Olmedo sabía que, ante cualquier exigencia, el primer impulso del funcionario es oponerse y protestar contra la Administración que le paga, y aunque los militares no eran diferentes, su peculiar sentido de la obediencia y de la disciplina se imponería sobre sus reservas. Una mayoría, acostumbrada a los traslados, lo aceptaría sin resistencia. Algunos incluso saldrían favorecidos, puesto que les permitiría alcanzar el destino que esperaban.

Pero había un sector irreductible en su oposición al cierre. En el sondeo que había hecho, incluido en el informe, dos oficiales lo habían rechazado radicalmente: el capitán Bramante y el capitán Ucha. También el viejo coronel había manifestado su contrariedad, si bien su oposición era más tibia y sus argumentos casi sentimentales. Castroviejo sentía el cuartel como obra propia y a menudo se refería a él como «mi casa». Lo había mantenido y mejorado en los cuarenta años que había estado allí sirviendo, y esperaba un gesto de cortesía hacia sus méritos postergando un tiempo la liquidación definitiva. Era probable que el cierre le causara un dolor más vivo que a todos los demás.

A veces Olmedo sospechaba que la decisión ya había sido tomada en Madrid y que su informe sólo era un puñado de hojas que apenas leerían, una forma de salvar las apariencias, de cumplir los procedimientos administrativos mientras se iba sedimentando entre los oficiales la irremediable certeza del cierre. Con su informe señalaban un chivo expiatorio contra quien encauzar la rabia. Todos lo verían como la mano ejecutora que había encendido el detonante. Pese a su discreción, la noticia de su encargo había comenzado a difundirse poco después de volver de Afganistán y enseguida se hizo evidente la hostilidad de quienes se oponían a cualquier cambio. Había fingido que no advertía las miradas de reproche, y en una ocasión llegó a oír un comentario sobre el deseo de que lo hubiera matado alguna de las bombas que los talibanes colocaban en las cunetas y hacían estallar al paso de los vehículos militares.

Pero él había sobrevivido y esa mañana, una hora y media más tarde, iba a officiar el último acto de su trabajo: la reunión con los jefes y oficiales para comunicarles las conclusiones definitivas de su análisis. Por eso se había vestido con el uniforme, porque daría más solemnidad, más autoridad a su exposición.

Antes de ir al cuartel tenía que pasar por la casa de su hija, para que le firmara los

documentos del fondo bancario, pero a Marina no le importaba verlo así vestido. Al contrario, siempre decía que con el uniforme estaba más guapo, más joven, y que su aspecto le recordaba su infancia.

Bajó al garaje, abrió con el mando la puerta de su cochera y arrancó el coche. Al salir a la calle, con la prevención de siempre, vio a Rosco, el barrendero, limpiando la acera con el gran cepillo de púas duras que solía usar. En su rostro se apreciaba el esfuerzo.

—Buenos días, Rosco —lo saludó por la ventanilla bajada.

—Buenos días.

—Mucho trabajo, ¿no?

—Mucho. Estos plátanos siempre están soltando suciedad. En otoño, las hojas que caen. Ahora, en primavera, la pelusa de las semillas que se mete por todas partes y atasca las alcantarillas. Demasiado trabajo. Habría que cortarlos.

—Pero dan mucha sombra —alegó mientras salía a la calzada.

El reloj del coche marcaba las nueve y media. Hasta las once, cuando comenzara la reunión una vez que todos los oficiales hubieran ordenado las labores cotidianas del cuartel, tenía tiempo suficiente. Quince minutos después aparcó junto al edificio de su hija y subió a su casa.

—Te estaba esperando —dijo Marina con una sonrisa que parecía haber recuperado en los últimos meses, desde que salía con Samuel. Ya había llevado al niño mayor a coger el autobús escolar y el pequeño, metido en el parque, mordisqueaba una galleta mientras miraba en el televisor un programa de dibujos—. ¿Un café?

—Sí.

Cuando volvió con la bandeja él ya había colocado sobre la mesa los documentos del banco, la solicitud para cambiar la titularidad del fondo de inversión. Doscientos mil euros no eran una fortuna con la que alguien pudiera retirarse definitivamente del trabajo y vivir de las rentas, pero representaban una cantidad considerable que había que proteger, una suma suficiente para despertar tentaciones. Antes de irse a Afganistán lo había puesto todo a nombre de ambos, de modo que, si le ocurría algo, Marina pudiera disponer directamente del dinero y no tuviera que tramitarlo como herencia. Por entonces, ella estaba casada con Jaime, y ese dato también constaba en los archivos del banco, con lo que él podría plantear algún problema. No lo había hecho durante el año de separación, pero ahora que Marina ya estaba tramitando oficialmente el divorcio se hacía necesario ordenar ese detalle recuperando su única titularidad. Al menos durante unos meses, sólo él podría disponer de aquel fondo.

—¿Tú lo crees necesario? —le preguntó ella sentándose a su lado.

—Lo creo conveniente —matizó.

—Tú y tu mentalidad militar —bromeó—. Siempre imaginando problemas donde

no los hay. Jaime nunca se atrevería a reclamar ese dinero. Sabe bien que no es suyo —dijo, y luego explicó aún—: Sabe bien que es tuyo.

—Bueno, cuando mañana lleve al banco este impreso ya no tendrá sentido discrepar sobre si lo reclamará o no lo reclamará. Sencillamente, no podrá hacerlo. ¿Te ha pagado este mes la mensualidad de los niños?

—No. Ya te dije que últimamente tiene algunos problemas con la empresa.

—No los resolverá mejor porque tú no le exijas lo que pertenece a tus hijos.

—A ti nunca te gustó Jaime, papá —dijo. La dulzura de su tono suavizó la dureza de su protesta—. Siempre has pensado mal de él. No quiero decir que no me haya defraudado a mí también, pero lo conozco y...

—Mejor que yo, lo admito —la interrumpió.

—... y sé que nunca haría una cosa así. Pero, para que te quedes tranquilo, firmaré ahora mismo esos papeles. Trae.

Mientras le pasaba los impresos en los que había señalado con una cruz el lugar para la firma, recordó la conversación que había mantenido con ella cuando le dijo que iba a casarse con Jaime. Él le había advertido que no le gustaba y que no creía que fuera una decisión muy acertada. Le parecía un hombre inmaduro, banal, volátil, muy apropiado para aquella empresa suya de trabajos en altura, Mediterráneo Vertical, pero poco sereno para la estabilidad que exige un matrimonio. Reconocía que podía resultar muy seductor para las mujeres cuando se ceñía los corrajes y las cuerdas de seguridad y trepaba a las alturas para hacer alguno de sus arriesgados trabajos: colocar un panel publicitario en la cornisa de un edificio o arreglar un canalón o una antena. Allí arriba, la ligereza y seguridad con que se movía le daban un aspecto de ángel sonámbulo y liviano, de pájaro o felino que camina sin vacilación sobre los pretilos, ajeno al vértigo y al miedo. Pero cuando descendía al suelo parecía disminuir de pronto, como si no fuera el mismo que unos minutos antes se recortaba contra el cielo, y sus comentarios eran vanidosos y triviales al responder a los elogios de quienes lo habían visto trabajar. El tiempo había terminado por darle la razón, pero nunca fue cruel con ella, nunca le reprochó: «Te lo advertí, te había avisado de que sólo era un dandi. Te dije que nunca podría hacerte feliz, y tú no me quisiste escuchar, no me hiciste caso. Así que ahora asume tus errores y carga tú sola con las consecuencias». Al contrario, cuando ella le contó su fracaso, le abrió los brazos para apoyarla en todo lo necesario.

—Toma —ella le devolvió firmados los impresos.

—No me importará nada reconocer que estaba equivocado. Lo único que quiero es que seas feliz.

Agradeció la forma en que su hija le sonrió antes de abrazarlo.

—Ahora lo soy, papá. Creo que ahora lo soy.

—Eso es lo único que quiero —repitió.

—Lo sé.

—¿A qué hora has quedado con Gabriela?

Marina miró el reloj que latía en la pared.

—Dentro de cinco minutos. No tardará. Ya sabes lo puntual que es siempre.

Recogió las tazas y se las llevó a la cocina.

El comandante Olmedo sacó al niño del parque para jugar con él mientras esperaba, pero un mal olor le indicó que se había ensuciado. Avisó a su hija, que se lo llevó para cambiarlo. Pasaba un minuto de las diez cuando sonó el timbre.

—¡Abre tú! —gritó Marina desde el cuarto de baño.

Pero no era necesario. Ya estaba descolgando el telefonillo y al oír su voz, «Soy Gabriela», pulsó el botón. La esperó junto a la puerta abierta, con una extraña sensación de novedad. Era la primera vez que ella venía a la casa de su hija, porque antes siempre se habían encontrado los tres en algún sitio público, para salir de compras o a cenar, o en el piso de Olmedo. Pero que Gabriela acudiera ahora a la casa donde esperaban el padre y la hija —la familia— añadía un avance en la intimidad, como si ella viniera a decir que no sólo lo aceptaba a él, a Camilo Olmedo, sino que lo aceptaba con todas las circunstancias que lo rodeaban.

Pero, además, su visita adquiriría otra trascendencia. Para alguien que había perdido a su hijo de una forma tan violenta, tan traumática, entre las mandíbulas de un perro, cualquier referencia a los hijos no podía sino recordarle su propia pérdida. A Olmedo le parecía injusto tanto desequilibrio entre su bienestar general y la atormentada situación de Gabriela, envuelta en una angustia que le hacía pasar tardes enteras encerrada en su oscuro piso, recordando a su hijo, mirando sus fotografías, engullendo una cantidad inmensa de sufrimiento. En consecuencia, se sentía obligado hacia ella y quería estar a su lado no sólo para compartir una pasión, como hubiera pretendido veinte o treinta años antes, también para contagiarle su serenidad, para aplacar su dolor.

El ascensor se detuvo y allí estaba Gabriela, alta y frágil, con su eterno gesto nervioso de mirar alrededor buscando algo que ya no estaba presente. Lo saludó con aquella sonrisa apacible que nunca parecía del todo limpia de unas hilachas de aflicción y que a veces daba la sensación de que en cualquier momento podría convertirse en llanto. Se había recogido el pelo rubio en una coleta, y así parecía más joven. El rostro, despejado y limpio, sólo se veía herido en los ojos apagados y en la profunda arruga en forma de M que se había instalado entre sus cejas, como si el propio Manuel, al morir, se la hubiera grabado allí para estar presente cada vez que se mirara a un espejo. Olmedo admiró lo hermosa que aún era. Porque aquella coleta en la cabeza sólo puede resistirla, pensó, una mujer que aún conserva frescura en el contorno del cuello, en la nuca recta, sin hundir. Unos pocos años más tarde sólo sugeriría dureza y rigidez.

—¿Llevas mucho rato esperando? —le preguntó.

—Un minuto —respondió acercándose para besarla fugazmente en los labios fríos y suaves. Eran de la misma estatura.

Entraron y, mientras Marina le enseñaba la casa, él esperó en el salón, con el pequeño que ahora, limpio y cambiado, exhalaba un fresco olor a colonia infantil. El niño comenzó a pasarle todos los juguetes que tenía en el parque, como si aquel desordenado intercambio de piezas fuera el juego más divertido del mundo. Desde el salón las oía recorriendo las habitaciones, su hija comentando detalles de colores, de muebles, de posibilidades decorativas. Parecían relajadas cuando volvieron junto a él y pensó que ya podía marcharse a la reunión, porque no lo necesitaban para nada. Esa mañana irían juntas a casa de Samuel, a recoger unas plantas que él les había regalado.

—Vamos a dejarle el jardín esquilado, ya verás —bromeó Marina al regresar con una gran cesta de mimbre y un rollo de bolsas de plástico—. He comprado una docena de macetas —señaló el balcón donde se veían vacíos los tiestos de diferente tamaño— y vamos a traernos todo lo necesario para montar un jardín botánico.

—¡Pobre Samuel! —protestó Gabriela.

—Me gustaría ir con vosotras, y no para ayudaros a cargar nada, sino para impedir que carguéis demasiado. Pero tengo que irme ya, la reunión comienza a las once.

Guardó los impresos del banco en la cartera, recogió las llaves del coche y Gabriela lo acompañó hasta la puerta.

—¿Paso a buscarte esta noche? —preguntó él.

—Mejor mañana. Tengo varias tareas pendientes en casa.

—De acuerdo, mañana —dijo, respetuoso con la reserva que todavía ella mostraba con frecuencia.

Hacía cuatro meses que salían juntos y sabía que debía tener paciencia para resolver aquella contradicción: él deseaba su compañía más que Gabriela la suya, y en cambio estaba seguro de que, de los dos, era ella quien necesitaba más al otro. Pero a esa convicción tendría que llegar Gabriela por sí misma. Hasta entonces, él rondaría por allí cerca, y sólo cuando le abriera las puertas, él pasaría dentro, sin tratar de forzar antes ninguna cerradura. No era un hombre a quien le gustara hablar de sí mismo, ni dominaba el complejo vocabulario de los sentimientos lo suficiente como para convencerla de todo lo que podía hacer por ella. Se sentía incómodo entre las palabras de la semántica emocional, tal vez por su oficio de militar y en una época en que lo militar había dejado atrás las artes de la galantería. Si un día Gabriela lo mirara a los ojos y le preguntara: «¿Quién eres tú? ¿Cómo eres por dentro? ¿Por qué razón haces tantos esfuerzos y eres tan amable conmigo?», no le resultaría fácil responderle. Necesitaba que el tiempo y los hechos, más que las palabras, lo ayudaran

a explicarlo.

Ahora fue Gabriela quien se acercó para besarlo, como si con aquel gesto amable quisiera compensar su negativa de verse esa noche. Al apoyar la mano junto a su axila izquierda debió de notar el bulto de la pistola, porque la retiró con un movimiento rápido. Olmedo sabía cuánto le disgustaba que fuera armado.

—Entonces, te llamo mañana —le dijo.

—Sí, mañana. Que te salga bien la reunión.

—Creo que saldrá bien —replicó.

Quince minutos más tarde entró en su despacho, en el pabellón principal del cuartel de San Marcial. Se sentó a la mesa y repasó los puntos del informe que iba a exponer dentro de unos minutos. Recordaba bien todas las cifras, todas las funciones, todos los usos y excedentes. Ninguno de los asistentes podría alegar razones contra el cierre que él no pudiera rebatir con contundencia. Era una batalla ganada. Estaba cerrando la carpeta cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

—¿Da su permiso, mi comandante?

Era uno de los soldados hispanoamericanos que, en los últimos años, se habían alistado en el ejército para conseguir la nacionalidad española. Su acento le seguía sonando incongruente y extraño en alguien vestido con su mismo uniforme. Al principio, también él los había observado con desdén y les había exigido un esfuerzo doble. Pero había terminado acostumbrándose a aquellos tipos de piel tostada, de buena dentadura, de duro pelo negro, de estatura corta, que cuando al fin juraban la nueva bandera gritaban las consignas patrias y se entregaban a la instrucción con el mismo brío que los soldados nativos.

—Adelante —repitió.

—El coronel quiere hablar con usted.

—Voy ahora mismo.

El despacho del coronel Castroviejo, al fondo del pasillo, ocupaba una amplia habitación de esquina, iluminada por dos grandes ventanales que permitían ver, por un lado, la entrada del cuartel y, por otro, el campo de instrucción donde se hacían los desfiles, las juras de bandera y los actos oficiales: una explanada delimitada en uno de los laterales por gradas de cemento que le daban cierto parecido con un campo de fútbol.

—¿Da su permiso, mi coronel?

—Pase, Olmedo, pase.

No se había movido para saludarlo. Seguía de espaldas, mirando por la ventana, observando a una compañía de soldados que hacían ejercicios en la pista. Con las manos enlazadas atrás, el tronco se le inclinaba ligeramente hacia delante, de modo que parecía más envejecido. Olmedo sabía hasta qué punto lo desconcertaban la

vertiginosa velocidad que había adquirido el mundo, los confusos conflictos internacionales sin líneas de combate definidas y las nuevas guerras contra enemigos invisibles e infiltrados entre la población civil. Sospechaba que, de alguna manera, también lo culpaba a él de colaborar en esos cambios. Observó que encima de la mesa tenía abierta una de las dos únicas copias que había hecho del informe. La otra estaba en Madrid.

—He vuelto a leer con atención sus papeles —dijo.

Olmedo apreció el matiz desdeñoso que había en aquel apelativo.

—Tendría que felicitarle por el buen trabajo que ha hecho —continuó—, si no fuera porque las conclusiones a las que llega no son de mi agrado.

—Me temo que no había otra...

—Ya sé, ya sé —lo interrumpió con cierta brusquedad—. Ya sé que usted obedecía órdenes de arriba. Y las órdenes se dan para ser cumplidas, el ejército no es una democracia. No es a mí a quien tendrá que convencer de que se ha limitado a realizar un trabajo técnico. No estoy de acuerdo con las premisas en que se basa para establecer sus conclusiones, pero, al menos en público, no me opondré a ellas. No tema, no plantearé en la reunión ningún tipo de objeciones. —Hizo una pausa y añadió, como si lo hubiera pensado detenidamente, pero no estuviera muy seguro de la conveniencia de decirlo—: Hoy ya nadie puede afirmar que los militares españoles no somos disciplinados. No hemos levantado ni una sola voz de protesta, a pesar de las víctimas que hemos tenido en estos últimos años... como consecuencia de las malas gestiones de los mandos civiles. No voy a levantar yo la voz ahora por un asunto menos importante.

—Gracias.

—¿Sabe que va a crearse enemigos? —le preguntó volviéndose hacia él para mirarlo fijamente, los ojos levemente lechosos por la edad.

—Ya los tengo, mi coronel, ya los tengo.

—Pero ahora no se tratará únicamente de rivalidad profesional. A algunos les hará daño personalmente, interpretarán su informe como una ofensa. Otros incluso pensarán en la palabra humillación. Y todos se sentirán como un grupo de veteranos que son retirados de la primera línea de murallas con la excusa de que el castillo será mejor defendido con unas nuevas armas apostadas en la torre del homenaje —añadió con uno de aquellos ejemplos de antiguas estrategias militares que le gustaba citar en sus intervenciones públicas.

—Pero no se les deja fuera de las murallas —arguyó siguiendo su mismo ejemplo—. Sólo deberán aceptar el traslado. O adelantar su pase a la reserva.

—Usted sabe bien que para algunos ambas posibilidades no son muy honorables. Ni quieren cambiar de destino ni quieren dejar su trabajo. Pero también obedecerán..., todos ellos obedecerán. Los conozco bien, son disciplinados, ya se lo

dije antes. Y la disciplina se demuestra sobre todo cumpliendo las órdenes que no nos agradan.

—No me cabe ninguna duda.

El coronel, que no se había separado de la ventana, volvió a darle la espalda y a mirar hacia el exterior. La compañía de soldados se retiraba del campo de entrenamiento en fila de a tres y pronto todo quedó vacío. Nadie caminaba por las calles limpias, con cuidadas zonas de césped en el frontal de los pabellones, por los rectilíneos senderos delimitados con hileras de piedras encaladas. Al fondo de la pista se divisaban las gradas desiertas y, más allá, el alto muro de ladrillo visto que rodeaba todo el recinto, sobre el cual se enrollaba una espesa alambrada de espinos con su doble función prohibitiva: la de que nadie entrara, la de que nadie saliera. El cuartel, generalmente lleno de movimiento, se hallaba en ese instante inmerso en una profunda calma, con los oficiales esperando ya en la sala de reuniones, ansiosos por conocer su informe. No se oían los gritos y taconazos de la instrucción, ni motores de vehículos, ni los ruidos de la limpieza o de la poda de árboles y arbustos. Y aquella soledad y aquel vacío le parecieron a Olmedo una premonición de su liquidación definitiva. En algo similar debía de estar pensado el coronel, porque le preguntó, de nuevo sin mirarlo:

—¿Se da cuenta? Es todo esto lo que va a desaparecer. Todo lo que aquí habíamos fundado con ambición de permanencia quedará reducido a una obra inútil y fugaz.

Olmedo no respondió. Se limitó a asentir brevemente con la cabeza, aunque el coronel no lo estaba mirando.

—Tenía que ocurrir, era inevitable desde que acabaron con el servicio militar obligatorio. Al fin y al cabo, la mejor excusa para derribar los cuarteles es que están vacíos de soldados. Y creo recordar ahora que usted también estaba de acuerdo con aquella medida —añadió sugiriendo un rencor antiguo, más acerbo de lo que Olmedo había supuesto.

Lo había mirado al decir la última frase y lo enfrentaba esperando su respuesta: un anciano austero y endurecido, recortado contra la gran cristalera de la ventana, que despreciaba el lujo y lo superfluo y que se retiraría dentro de unos meses con la misma ausencia de pompa y ceremonia con que había vivido.

—Sí, estaba de acuerdo con ella —respondió—. Ya no eran necesarios varios cientos de miles de hombres... —iba a decir «perdiendo el tiempo en los cuarteles», pero se contuvo en el último momento para optar por una expresión más suave— para defender a la Patria.

—No es sólo para defenderla, Olmedo, y usted lo sabe. El servicio militar obligatorio servía también para conocerla mejor... y para poder amarla —añadió.

Tampoco estaba de acuerdo con aquella afirmación, pero esta vez no lo

contradijo.

—Creo que, al fin y al cabo, tenemos todos los hombres que necesitamos. Y cuando en alguna ocasión no se ha alcanzado el cupo, han sobrado solicitudes de soldados extranjeros. Como su propio ordenanza —dijo, consciente del aprecio que el coronel le tenía.

—No se engañe con ellos, Olmedo, no se engañe. Recuerdo que hace unos años, cuando estuvo a punto de estallar el conflicto con Marruecos por el islote de Perejil, se organizó una escuadrilla de voluntarios para participar en la acción de rescate. Cuando el oficial de la Legión ordenó que dieran un paso al frente los voluntarios, ¿sabe cuántos extranjeros avanzaron?

—No.

—¡Ni uno! Ni uno solo que no fuera español. Y por español entiendo a los que son como usted y como yo, no como esos que se visten el uniforme para conseguir nuestra nacionalidad y porque seiscientos euros de sueldo mensual es una fortuna en sus países de origen.

Al terminar de hablar, el coronel se volvió de nuevo hacia la ventana, como si no quisiera mostrar su rostro mientras añadía, en una voz tan baja que Olmedo tuvo que esforzarse por entenderlo:

—¡Cuán a menudo quienes mayores sacrificios hacen por la Patria son luego los más despreciados por quienes la dirigen!

Era un comentario al que no podía replicar sin mostrar discrepancias. Así que se quedó en silencio, esperando sus indicaciones, porque pasaban ya cinco minutos de la hora acordada para la reunión. Castroviejo también debió de advertirlo y se acercó a la mesa para recoger la documentación.

—Vayamos allá y convénzales a ellos de la bondad de su informe —dijo—. A mí ya no me afectará nada de todo esto. Dentro de seis meses, antes de que las excavadoras comiencen a derribar los muros de estos pabellones, habré pasado a la jubilación definitiva.

Capítulo 3

Soldados sin cuarteles

Castroviejo y Olmedo avanzaron por el pasillo entre los secos taconazos de los soldados que los saludaban llevándose la mano a la frente con un gesto rápido y exacto. Entraron en la sala de reuniones donde ya esperaban todos los oficiales, de pie en torno a la larga mesa ovalada en la que destacaban los dos huecos de las cabeceras. Si tal vez en un tiempo había sido clara la madera de roble que cubría el alto zócalo de las paredes y con la que se habían fabricado la mesa y las sillas que la rodeaban, el paso del tiempo la había oscurecido y ahora reflejaba unos tonos sombríos que no habían envejecido del todo bien. En un lateral largo, sin ventanas, dos cristaleras guardaban bajo llave símbolos y trofeos de la historia del cuartel, y en el hueco entre mueble y mueble, bajo el lema *TODO POR LA PATRIA*, destacaba una bandera española, con el mástil astillado y el lienzo desgarrado en una esquina, que había sido recuperada al enemigo por los soldados del San Marcial que participaron en 1898 en una batalla en algún lugar de Filipinas cuyo complicado nombre Olmedo nunca recordaba. Enmarcadas y protegidas por los cristales se veían fotos de los tres últimos monarcas españoles —y de Franco— visitando las instalaciones o presidiendo juras o desfiles en las pistas que pronto se convertirían en viviendas, en jardines o en calles. En el rincón del fondo, otra cristalera más estrecha guardaba los tesoros más señeros: diplomas de victorias en combates, dos viejas espadas de cuyas manchas de orín se afirmaba que en realidad eran de sangre mora y un ramo de medallas con duros, contundentes lemas de honor que venían a demostrar que el prestigio de un ejército se levanta sobre la cantidad de sangre enemiga derramada. A Olmedo aquellos símbolos de sacrificio, de rigor y de dureza no lo atraían demasiado, siempre le hacían recordar que el ejército era el último lugar que había conocido donde sólo por hablar se podía aplicar la pena de muerte.

La sala era el lugar más solemne del cuartel y se usaba en muy contadas ocasiones. Olmedo comprendió que el coronel la había elegido porque la reunión iba a ser en cierto modo una despedida, una declaración de derribo del San Marcial, y para él pocas cosas podían ser más trascendentes que su extinción.

Olmedo ocupó una cabecera y enfrente se situó el coronel. Hubiera preferido tenerlo a su lado, pero adivinó el sentido de aquella distribución: Castroviejo lo dejaba solo, quería mantenerse lo más alejado posible de él. No se opondría a su informe, le había dicho unos minutos antes, pero tampoco iba a permitir que ningún detalle sugiriera que lo apoyaba o que participaba en sus conclusiones.

Esperó a que el coronel se sentara para hacerlo también él. Todos lo miraban, seguían con una curiosidad y una tensión excesivas —como si estuviera manipulando algún artefacto explosivo, pensó— los movimientos de sus manos al abrir la cartera y

extraer el informe, encuadernado en unas tapas negras que, advirtió entonces, no eran del color más apropiado.

El coronel comenzó a hablar:

—Todos ustedes ya han oído comentar, incluso antes de que se haya tomado una decisión definitiva, que el cuartel de San Marcial va a ser cerrado..., suprimido — corrigió—. Como saben, el Ministerio de Defensa ha encargado al comandante Olmedo la elaboración de un informe estratégico y económico sobre esa posibilidad. Él les hablará ahora de sus conclusiones. Adelante.

—Gracias, mi coronel —dijo, pensando que, a pesar del tono cortés y de la neutralidad de su presentación, había elegido cuidadosamente las palabras precisas para sugerir su desacuerdo, para desvincularse de sus tesis y, hubiera dicho, para echarlo a los perros: a algunos podía imaginarlos corriendo tras él, persiguiéndolo con la lengua fuera, intentando morder sus talones y esperando que tropezara para comenzar a descuartizarlo.

Dedicó los primeros veinte minutos a la exposición de datos, de cifras y rendimiento, aunque sin olvidar el reconocimiento de todas las labores que había llevado a cabo el cuartel, de su importancia histórica y de la honradez de todos los que en uno u otro momento lo habían dirigido. Luego habló de los pabellones que habían ido vaciándose en los últimos años, de lo obsoleto de algunas instalaciones y de la infrautilización de otras. Sabía que las cifras siempre son incontrovertibles, y recurrió a ellas para enfriar la hostilidad de algunos rostros. Luego vendrían las interpretaciones, y entonces sí necesitaría toda su elocuencia.

Nadie lo interrumpió mientras exponía sus conclusiones. Pero al terminar, varias manos se levantaron para pedir la palabra. El teniente que redactaba el acta, sentado junto al coronel, apuntó el orden para concederla. Aquél era el momento más difícil. Sin embargo, Olmedo no se sentía culpable por el informe que había expuesto ni cobarde para no poder defenderlo. No venía a imponer ningún deber nuevo, pero tampoco a eximir a nadie de los deberes antiguos. Así que miró al primer oficial que iba a intervenir.

Aunque se llamaba José García Bramante, muchos ignoraban su nombre completo y se dirigían a él por el segundo apellido, que a él también le agradaba. Había llegado a capitán. Tenía cuarenta y un años, pero se conservaba tan bien, a base de práctica y entusiasmo por el ejercicio físico, que en las largas marchas nocturnas, con el cetme y la mochila cargada con quince kilos de piedras, o en la dura pista americana, solía llegar el primero y dejaba atrás, exhaustos, a dos centenares de veinteañeros en su plenitud física. Parecía feliz si entonces los demás oficiales o los propios soldados lo felicitaban. Algunas veces pedía permiso para faltar al trabajo uno o dos días, porque participaba en carreras de maratón. Olmedo había conocido a otros como él: militares apasionados por la fortaleza física que, con el tiempo,

terminaban adquiriendo el aspecto de esos vendedores de aparatos gimnásticos que aparecen en televisión a altas horas de la noche. Incluso los tendones de las mejillas y la frente parecían musculados a fuerza de contraerse con gestos de esfuerzo. Unos días antes lo había observado en el foso de prácticas de tiro, porque era el oficial encargado del armamento. Atrapaba el cetro entre sus manos con tanta firmeza y lo unía a él de tal modo que lo convertía en una prolongación de sus brazos, hasta tal punto que parecía que las balas salían de sus dedos. Sin embargo, Olmedo no estaba seguro de que fuera un buen militar. Tal vez su astucia básica podía servir en una guerra de guerrillas, donde una rápida capacidad de reacción era fundamental, pero no era muy útil en las tácticas modernas. Al contrario que los deportistas, cuyos resultados en la competición suelen ser acordes con la entrega e intensidad en los entrenamientos, había comprobado que en la milicia no siempre se cumplía esa relación, y a menudo quienes mejor desfilaban y acataban las normas y repetían las lecciones de estrategia eran peores soldados bajo el fuego real que quienes habían afrontado con displicencia su entrenamiento en la paz. El comandante había visto en su hoja de servicios que nunca había solicitado participar en misiones en el exterior que conllevaran algún riesgo. Tenía la impresión de que bajo toda aquella dureza, bajo aquella necesidad de admiración y reconocimiento, se escondía una falla, una inseguridad interior que alguna vez le había hecho pensar que estaba ante la versión actualizada de un *miles gloriosus* que defiende sus privilegios en Roma mientras los bárbaros comienzan a empujar en las fronteras del imperio.

—Mi comandante. Yo también estoy de acuerdo con usted en la necesidad de modernizar nuestro ejército, de dotarlo con las mejores instalaciones y con la mejor tecnología y de... instruir a profesionales entusiastas en lugar de amaestrar a un montón de reclutas... apáticos —dijo. Pronunciaba con dificultad algunas palabras, tal vez por hablar demasiado deprisa, temiendo que, si se detenía, podía olvidar lo que traía aprendido—. Lo que no comparto con usted es que todo eso no pueda hacerse aquí, en el San Marcial, en lugar de hacerlo en otro sitio. Tenemos toda la infra... infraestructura necesaria.

—Quizá no me he explicado bien sobre la nueva organización estratégica del territorio nacional que han decidido en Madrid —concedió—. Se pretende concentrar los recursos, ahora demasiado dispersos, en unos pocos centros altamente operativos —eligió palabras abstractas que contribuyeran a diluir la discrepancia.

—Sí, sí que lo ha hecho. Pero, si me permite decirlo..., su explicación no responde a mi pregunta —replicó mirando al coronel, buscando en vano su apoyo, porque Castroviejo atendía en silencio, en apariencia menos interesado en el discurso de quien hablaba que en observar las reacciones que producía en quienes lo escuchaban.

—Me temo que entonces sólo puede responderle alguien con capacidad de

decisión. Mis atribuciones llegan hasta la redacción del informe.

Advirtió la mirada de irritación con que Bramante encajaba su respuesta y la frialdad con que el coronel se inclinó hacia los papeles del teniente que levantaba acta para consultar la lista de intervenciones.

—Capitán Ucha —dijo.

—Creo que mi pregunta sí podrá contestarla.

—Lo intentaré.

—He escuchado con atención sus conclusiones y, aunque no lo haya explicado así, lo que viene a decirnos es que cuanto más perfectas son las armas de un ejército más prescindibles son los hombres que las manejan. Yo no estoy de acuerdo con esa premisa, pero no es ésta la ocasión para discutirlo. Ahora sólo quiero preguntarle: ¿Qué van a hacer con nosotros? No con la tropa. Con nosotros, con los jefes y con los oficiales. Algunos podrán acogerse a la reserva... Pero, a los demás, ¿adónde nos enviarán? ¿A Ceuta o a Melilla? ¿A los Balcanes? ¿A algún país árabe, bajo mando de la ONU o de Estados Unidos? ¿Adónde nos mandarán? ¿Qué van a hacer con nosotros?

—No es la primera vez que se cierra un cuartel y siempre se han respetado los derechos adquiridos y se han concedido muchas de las peticiones de los afectados. Es lógico suponer que desde arriba actuarán con generosidad y que respetarán cualquier elección.

—Excepto la de continuar aquí, en el San Marcial.

—Excepto la de continuar aquí.

—Pero ésa es la única que muchos deseamos.

Ucha estaba sentado muy cerca de él. A pesar del tono apacible que mostraba, Olmedo pensó que tal vez sería el oficial menos resignado a un traslado y que no olvidaría nunca quién había escrito aquel informe. Entre la casta militar, acostumbrada a exponer en voz alta su malestar, a ser obedecida al instante y a desahogarse sin tardanza, siempre se encontraban tipos como él, callados, pacientes y tenaces, convencidos de que quien sabe esperar el cobro de una deuda sabe aumentar también los intereses. Era un hombre huraño, que siempre elegía los turnos de noche en las guardias, que siempre parecía estar apartándose, no porque temiera algo, tan sólo para que nadie lo requiriera para cualquier responsabilidad.

Hubo otras intervenciones de rechazo, pero ya no eran de opositores tan irreductibles. Se referían a lo que la propia ciudad perdería con el cierre del cuartel, a la fuente de ingresos y a los puestos de trabajo que desaparecerían: proveedores de comida y menaje, técnicos de mantenimiento y de transportes, bares y restaurantes frecuentados por la tropa... O a quejas globales sobre la marginación a que los políticos sometían a todo lo militar. Pero luego un comandante manifestó su acuerdo con el informe de Olmedo y los temores se fueron disolviendo en discrepancias entre

los afectados. Durante unos minutos ni Olmedo ni Castroviejo intervinieron, y los asistentes comentaban o discutían entre sí las consecuencias del probable cierre. Uno de los capitanes más jóvenes alzó la voz para apoyar a Olmedo y atrajo la atención al describir el cambio de los tiempos con unos ingredientes futuristas que contrastaban profundamente con aquel escenario de maderas añejas, trofeos ensangrentados y fotografías de difuntos:

—Yo sí veo la necesidad de sustituir estos barracones de muros húmedos y colores opacos por nuevos edificios de acero y cristal, modernos y funcionales, con un ordenador en cada despacho, con ascensores rápidos y escaleras invisibles, con puertas que no necesiten un soldado vigilando en cada jamba, porque se abrirán con códigos de barras.

Una hora más tarde el coronel parecía dispuesto a cerrar el turno de intervenciones cuando Ucha preguntó aún:

—Y usted, mi comandante, ¿qué va a hacer?

—¿Cuándo?

—Cuando el San Marcial se cierre..., como todos sabemos que ocurrirá. ¿Adónde va a ir? Porque usted también está aquí destinado —añadió recostándose hacia atrás en la silla, consciente de haber perdido y, sin embargo, de ser todavía capaz de hacer daño.

Esa era la única pregunta que había temido, porque era la única para la que no tenía respuesta. En Madrid le habían sugerido que, si lo deseaba, le facilitarían un destino en las oficinas centrales del Ministerio. Las últimas misiones que había llevado a cabo no habían sido fáciles y querían compensarlo de algún modo. Al margen de un posible ascenso en el plazo conveniente, no le faltarían nuevos encargos, porque en el ejército había muchos aspectos que reorganizar. Y si no quería alejarse de su tierra, del Mediterráneo que con tanta fuerza lo ataba a sus orillas, también podrían destinarlo a Valencia. Pero en ambos casos tendría que marcharse de la ciudad, y marcharse suponía alejarse de Gabriela, porque ella no se movería de allí para seguirlo. Claro que quedaba la posibilidad de solicitar una excedencia temporal o definitiva, pero tampoco quería abandonar su trabajo. Aunque a veces se sentía cansado de preocupaciones y cálculos, aún era demasiado joven para estar inactivo. Se sabía muy útil para ejercer su oficio, y un retiro prematuro lo haría desdichado, desdichado como alguien que, capacitado para pilotar aviones, se viera reducido a conducir carretas. Además, amaba su profesión, le gustaba el ejército, la camaradería en el esfuerzo, el mundo cerrado del interior de los cuarteles, el respeto al honor, al valor y a la lealtad, incluso el lenguaje duro y seco, si no llegaba a ser demasiado soez. Se sentía tranquilo formando parte de un organismo sólido y duradero que iba desde el rey don Juan Carlos al último soldado del San Marcial, en una hermandad que lo ampararía si la llamara en su auxilio. Le gustaba todo eso, por más que

algunos no lo creyeran al escuchar su informe. Por tanto, le resultaría muy difícil inventar y construirse de un modo satisfactorio una vida extramuros de la vida castrense. Así que respondió, consciente de la atención con que todos, desde el coronel al teniente que levantaba el acta, lo escuchaban:

—No lo sé. No sé lo que voy a hacer si se cierra el San Marcial.

Había advertido el silencio que provocó su entrada en la cantina. Bramante, Ucha y tres o cuatro oficiales más que parecían conspirar en un pequeño corro junto a la barra se callaron al verlo. Tomó una cerveza al lado de otros oficiales y salió pronto de allí, incapaz de quedarse a comer entre ellos.

Dirigió el coche hacia el paseo marítimo. Con la llegada de abril había cambiado la dirección y la temperatura de los vientos, que ya traían un hálito templado que empujaba a los primeros grupos de turistas a caminar por la playa, con las perneras levantadas, los zapatos en la mano y un enérgico caminar de pioneros desafiando el agua fría. Si miraba hacia el oeste, las montañas lucían con nitidez su nuevo traje verde, abandonados ya los grises chaquetones de las nubes con que a menudo se cubrían durante el invierno.

Se sentó en la terraza del restaurante de la comandancia marítima —allí no extrañaba su uniforme— y eligió un menú menos insípido que el de la cantina. Solo, con la dilatada playa frente a él, podría buscar una respuesta para la única pregunta que no había sabido responder. ¿Qué iba a hacer ahora, cuando se decretara el cierre del San Marcial?

Pidió una copa de rioja, pero el camarero, que lo conocía de otras veces y agradecía sus propinas, le dejó abierta la botella para que se sirviera libremente mientras mordisqueaba el delicioso pan con tomate, en espera del pescado.

Tenía que tomar una decisión, no podía demorarlo más. Al margen de cómo se concretaran los detalles, ante él se abrían dos vías: una parecía fácil y expedita y llevaba hacia el éxito en su trabajo, hacia un probable ascenso, hacia el prestigio y, también, hacia la vanidad profesional satisfecha. La otra era un camino más tortuoso, pero al mismo tiempo más apasionante, porque suponía avanzar por un territorio virgen, sin huellas ni señales ni puentes, donde él mismo debía ir trazando los senderos. Conducía hacia Gabriela, aunque no tenía la seguridad de que, al llegar, ella lo aceptara con una bienvenida tan acogedora como sin duda recibiría en un despacho. Sabía que él no le desagradaba, que todo estaba bien cuando salían juntos, cuando hacían el amor, cuando alguna vez viajaban. Pero hasta ahí llegaban su aceptación y su entrega. Gabriela seguía manteniendo una reserva, un rescoldo de dolor que la despertaba en mitad de la noche, que le quemaba el corazón con cualquier recuerdo de la muerte de su hijo. Aquella especie de extravío emocional había impedido que él le propusiera regularizar su situación viviendo juntos, o

casándose, si ella lo prefería así. Olmedo había comprendido que su relación no avanzaría más hasta que no mejorara su capacidad para darle consuelo. Hay un grado, pensaba, en que el dolor resulta nutritivo para otros sentimientos, aviva la sensibilidad, alimenta en el herido la esperanza de encontrar una dosis de felicidad que aplaque sus heridas. Pero si el sufrimiento es excesivo, se convierte en estéril, quema el corazón y la sal de las lágrimas arrasa la tierra donde crece. Gabriela estaba muy cerca de esa situación, y si él quería sacarla de allí, no le sería posible hacerlo alejado de ella.

Un tiempo más tarde advirtió que la botella de vino estaba mediada y que había devorado el pescado sin saborearlo, sin siquiera saber lo que comía. Sorprendido, soltó el cubierto y miró hacia la playa donde en ese momento, con el inicio de la tarde, comenzaban a aumentar los paseantes y bañistas que tendían las toallas en la arena para tomar el sol. Sintió un deseo irresistible de desprenderse por unas horas del uniforme, ponerse un bañador y lanzarse a nadar hasta agotarse. De repente vio con una absoluta lucidez lo que sería su vida sin Gabriela: un trabajo cuyos cometidos no serían los más proclives a facilitarle relaciones amistosas; un alejamiento de su hija ahora que parecía satisfecha con aquel apacible novio, tan diferente de su ex marido; unas comidas solitarias y rápidas en las que, más que alimentarse, devoraría con prisas; alguna asistencia a actos culturales en los que comprobar que aún seguían existiendo las obras hermosas que los hombres del pasado habían creado para consolarse a sí mismos en situaciones de angustia similares a aquella en la que él estaba en ese momento.

Al principio, cuando conoció a Gabriela, creyó que era la soledad de cada uno lo que los había acercado, una mutua necesidad de compañía y ternura, perfumada con un poco de sexo. Gabriela era atractiva, pero pronto advirtió que, en caso contrario, nada habría cambiado. A su edad ya no importaba tanto la belleza canónica femenina. Todas las mujeres son iguales, había pensado alguna vez, lo único que las distingue es lo que cada una de ellas está dispuesta a dar. Es la generosidad, el cariño, la dulzura y la inteligencia lo que determina la enorme distancia que va de una a otra, lo que las hace vulgares o magníficas. Habían bastado unas pocas semanas para descubrir que sus sentimientos no eran sólo una variante del placer. Se había enamorado de ella cuando comenzaba a prepararse para vivir solo y ahora ya, para moverse, le resultaba tan necesaria como el viento a la bandera. Ahora que había vuelto a recuperar la ilusión, ya no sabía cuánta dosis de soledad sería capaz de soportar. Desde que su mujer murió de aquella forma tan absurda —en la mesa de un quirófano, en una operación de cirugía estética—, no había vuelto a sentir esa emoción. Le gustaba comparar su amor por Gabriela con el grano de trigo que unos arqueólogos habían encontrado en la excavación de una pirámide, encerrado en una vasija hermética tres mil años antes para que le sirviera de alimento al difunto faraón en su nueva vida. Al sacarlo a la luz y hundirlo en la tierra de un jardín inglés, el

grano de trigo había germinado y había dado una fecunda y hermosa espiga. Gabriela, se decía, le había hecho brotar de nuevo, lo había despertado de su apatía emocional. A cambio, él estaba dispuesto a ser generoso, a compensarla por todo lo que había sufrido.

Sin probarla, apartó la copa de vino que había rellenado y tomó una decisión, aun sabiendo que al elegir estaba renunciando a otras ventajas. Pero ya tenía una respuesta. Esa misma tarde saldría a comprar un anillo y todo lo necesario para montar una cena íntima al día siguiente. Le propondría que vivieran juntos. Si aceptaba, abandonaría el trabajo, pediría una excedencia temporal de al menos dos años, aunque esa parada no beneficiara su carrera. Si no aceptaba..., bueno, no quería pensar en esa posibilidad.

Capítulo 4

Cupido escucha

Una mañana, al salir del piso que había alquilado, una periodista y un fotógrafo de la prensa regional, armados con micrófono y cámaras, lo habían abordado en la acera para entrevistarle sobre aquel caso llamado «Bisutería» que, por afectar a conflictos íntimos de familias muy conocidas en la ciudad, había despertado la curiosidad más voraz de la prensa rosa. Cupido se los había quitado de encima sin miramientos y había apartado la cámara sin pronunciar ni una sola palabra. Esos temas le evocaban las peores reminiscencias del mundo rural del que procedía: el chismorreo malsano, la dictadura de las apariencias, la turbia complacencia en el escándalo ajeno. En una obra de Shakespeare había leído: «Ya sabéis que las gentes chismorreo sobre lo que hace la nobleza». Pero ahora asistía atónito a la expansión de esa curiosidad mezquina por todas las capas de la sociedad. Sin duda otros detectives habrían aprovechado la oportunidad para satisfacer su vanagloria, para publicitar su eficacia y para elevar sus honorarios, pero Cupido había huido de toda aparición pública. Le gustaba el anonimato y trataba de que nadie lo reconociera ni lo señalara con el dedo por la calle. Por otro lado, sabía que ser desconocido, casi invisible, era una condición imprescindible para su trabajo.

Se hallaba, además, en una ciudad que no era la suya. Había estado allí durante el mes de julio del año anterior, en una estancia motivada menos por deseo de vacaciones que por acompañar a su madre. A ella le habían gustado tanto el clima y los baños de mar que había decidido regresar de nuevo a mediados de marzo para permanecer dos meses en la misma residencia especializada en clientes ancianos. Cupido había alquilado un apartamento durante ese tiempo y había invitado al Alkalino, consciente de las pocas oportunidades que tenía para poder disfrutar de aquello que tanto le gustaba: viajar, visitar ciudades y ambientes extraños, diferentes de la Breda provinciana y rural que tan a fondo conocía, contemplar con asombro, ironía y escepticismo, pero sin escandalizarse nunca, costumbres y creencias tan opuestas a las suyas. El Alkalino había aceptado agradecido, pero, temeroso de convertirse en una molestia, había previsto permanecer dos o tres semanas. Ya había pasado un mes y seguía allí, con el agrado de Cupido, siempre divertido con sus ocurrencias y comentarios e interesado por su moralista, pero compasiva, visión de la condición humana. Además, el Alkalino iba de cuando en cuando a visitar a su madre en aquella pulcra residencia en la que siempre descolgaban con rapidez el teléfono y siempre había algún empleado limpiando los pasillos, o los cristales, o los sanitarios. Ya había logrado establecer algunos vínculos con los internos, con aquella facilidad que tenía para hablar con los ancianos. Una tarde Cupido no pudo evitar reírse a carcajadas cuando lo vio vestido con un chándal, de cuyo pantalón no había cortado

la etiqueta, a punto de salir hacia la residencia para participar en unas sesiones de gimnasia aeróbica a las que lo habían invitado.

Cupido no sabía cómo habían comenzado a llegarle algunos trabajos, puesto que su nombre no se anunciaba en ningún sitio. Suponía que la propia esencia de su oficio —tanta gente que quería resolver algo inquietante, o turbio, o vergonzoso— y la propia discreción que él había mostrado en su anterior investigación empujaban hacia él a clientes que lo buscaban precisamente porque permanecía en la sombra y desde la sombra los resolvía.

Había aceptado un primer encargo por complacer a su madre. Un anciano de la residencia lo contrató para que ayudara a su hija. La habían despedido del trabajo, sin indemnización ni subsidio de paro, acusada de un confuso delito informático, aunque en realidad era otra la razón del despido. La retirada del expediente disciplinario y el cobro de la indemnización se produjo cuando el detective se presentó en el despacho del dueño de la empresa y arrojó encima de la mesa un sobre con una docena de fotografías donde se le veía entrando y saliendo, una hora más tarde, de un hotel con la nueva empleada, cuya cintura enlazaba con gesto cariñoso.

Poco después le habían llegado otras peticiones no demasiado complicadas, que aceptó porque su estancia en la ciudad costera iba a prolongarse y por tanto le convenían a sus recursos económicos, que en aquella situación de ocio disminuían rápidamente, sin que acertara a saber bien en qué gastaba el dinero. Se ocupó de una simulación de lesiones para cobrar un seguro de accidentes; de buscar a una chica fugada de su casa, a quien no logró encontrar; del eterno adulterio de siempre, que le hizo pensar que es imposible ser detective privado y no recibir encargos sobre engaños y mentiras amorosas, sobre pasiones y celos... Aunque lo más triste y vulgar de aquellos trabajos era comprobar que casi siempre tenían razón quienes lo contrataban y que sus sospechas solían confirmarse con una exactitud asombrosa.

Pero siempre había sido discreto. Nadie había conocido de su boca algo que un cliente le hubiera contado confidencialmente, y sólo cuando se trataba de delitos daba pie a la intervención de la policía. Suponía, pues, que esa reserva, y acaso también su condición de forastero en la ciudad, habían empujado ahora a la hija del militar muerto a localizarlo para pedirle que averiguara la verdad sobre la muerte de su padre.

Mientras ella esperaba su respuesta al otro lado del teléfono, Cupido recordó lo que había leído unos días antes en la prensa regional. La noticia había aparecido en primera página y le había sorprendido que se tratara del suicidio de un militar, porque si bien en el ejército los suicidios eran relativamente frecuentes entre la tropa sometida a situaciones de tensión, tenía la impresión de que eran extraños entre la oficialidad. El periódico hablaba de «confusas circunstancias», el eufemismo habitual para ocultar sospechas de algo oscuro, pero revelaba también la existencia de una

nota manuscrita que parecía demostrar el suicidio. Recordó vagamente la foto de un hombre de unos cincuenta años, vestido de uniforme, con el pelo muy corto y esa aura de energía frecuente en los militares en activo.

—¿Aceptaré el trabajo, verdad? —había preguntado ella al cabo de unos segundos de silencio, y enseguida había añadido—: Me gustaría hablar con usted.

Cupido le había dado su dirección y habían acordado la cita una hora después.

El Alkalino acababa de volver de la calle, de uno de sus solitarios y un poco enigmáticos paseos, y, al verlo subrayando en un periódico atrasado algunos datos de la noticia de la muerte de un militar, le preguntó:

—¿Más trabajo?

—Sí.

—¿Quién de su familia te ha contratado?

—¿Por qué de su familia? —preguntó Cupido.

—Porque no creo que sea un compañero. No imagino a un militar contratando a un detective privado. Los militares suelen desdeñar a los civiles y se resisten a resolver sus problemas fuera del ámbito castrense. Pedir ayuda sería como reconocer su incapacidad profesional.

—A veces pienso que tú deberías ser el detective y yo tu ayudante —dijo, sonriendo ante la básica sagacidad del Alkalino.

Sin embargo, al mirarlo vio que él no sonreía. Al contrario, su expresión inducía a pensar que se hallaba en uno de aquellos días extraños en que se dejaba invadir por la apatía y la fatiga —él, que había recibido su apodo por su resistencia al cansancio, por su incapacidad para estar callado—, en que echaba brutalmente de menos la bebida, la vieja sensación de olvido y placer que sentía cuando el coñac le encharcaba como un alcorque el tronco de la lengua, el calor fragante y aterciopelado bajando por su garganta y ondulando en su estómago. En esos momentos entraba en un círculo cerrado —entre la sed y la culpa por saciarla— del que toda su astucia dialéctica no lo salvaba: sufría al oír la llamada abrasiva del alcohol, pero al mismo tiempo sabía que se sentiría peor si respondía a su reclamo. Unos meses antes, en Breda, había sufrido una recaída. Cada noche se juraba a sí mismo no beber nada al día siguiente, y cada mañana se maldecía después de llevarse la copa a los labios. Pero había logrado superarlo enseguida y desde entonces parecía haberse acentuado su simpatía por los débiles y su escepticismo hacia quienes presumían de virtud y fortaleza.

—Sería tan absurdo como si yo pretendiera enseñarle a una rana cómo se cazan las moscas —replicó—. Quiero decir que eres muy bueno en tu oficio y que, por tanto, no necesitas ninguna ayuda.

—No, no es cierto. Sabes cuánto aprecio siempre tu colaboración —dijo—. Sabes que valoro tus palabras y no sólo como conjeturas más o menos ingeniosas o excéntricas.

El Alkalino hizo un gesto de duda.

—A veces tengo esa impresión, pero en otros momentos no estoy seguro de que mis opiniones valgan para algo.

—Hace mucho tiempo que me conoces para que aún lo dudes.

—Bueno, no sé mucho de ti —negó con la misma seriedad.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu oficio es saber. Tú eres el que sabe, el que pregunta y escucha y reflexiona y sabe. Los demás somos lo que se sabe. Hace mucho tiempo que no te oigo hablar de ti, de Ricardo Cupido.

El detective lo observó en silencio, sopesando las palabras que había tomado del filósofo para aplicárselas a él. Era cierta su última afirmación. Nunca había sido una persona inclinada ni a las confidencias ni a hablar de sí mismo, pero con el paso del tiempo se había ido volviendo aún más hermético. A todos ocultaba sus decepciones, su soledad, sus temores, el cansancio de su oficio, de aquella profesión que inducía a pensar que nadie quiere a nadie eternamente. Los guardaba allí donde no estuvieran al alcance, donde nadie pudiera tocarlos con el dedo y señalar su vulnerable y dolorosa dureza. Al mirar hacia atrás, hacia el tiempo pasado, comprobaba que había logrado salvar muy pocas cosas del exterminio de los años, que todo su patrimonio de sueños juveniles se había podrido antes de hacerse realidad. Había perdido la esperanza de tener hijos. Por otro lado, apenas conservaba la fe en volver a sentir por una mujer la intensidad de sus primeros amores. Tampoco confiaba en que alguna ideología política pudiera mejorar el mundo; y respecto a la condición del hombre, había visto la suficiente maldad y desdicha para llegar a la conclusión de que algunos de ellos sólo hacían daño a su alrededor. Había visto matar y había visto morir. Luego miraba hacia el futuro y el paisaje moral que contemplaba dentro de sí no estaba exento de dignidad, pero no era el más adecuado para compartirlo con nadie. Tenía más de cuarenta años y sabía que, si no lo remediaba, cada año estaría más solo. Hasta esa edad, se decía, la mayor parte de las personas que uno ha conocido y tratado están vivas. A partir de esa edad, esa proporción comenzaría inexorablemente a equilibrarse, hasta que la presencia de los vivos pesara lo mismo que los recuerdos de los muertos. Y un poco más tarde todos irían muriendo alrededor, si no le tocaba a él antes. Sólo descubría una tibia piedad hacia los inocentes y las víctimas, un sentimiento de ternura filial hacia su madre y un cariño amistoso hacia media docena de personas. Entre ellas ocupaba un lugar preponderante el Alkalino y no quería que se sintiera desdeñado como alguien banal a quien no se le cuenta ni se le consulta nada porque su opinión resulta indiferente.

—Creo que tienes parte de razón —reconoció.

—La tengo, Cupido, la tengo.

—Tal vez algún día te hable de mí.

El Alkalino repitió el mismo gesto de duda.

—No estoy muy seguro. Eres muy autosuficiente. Te has ido aislando y por eso..., por eso... —miró hacia el mueble buscando una botella que no había e hizo un gesto de aturdimiento, como si de pronto no supiera dónde se hallaba ni hasta qué punto había sido certero con sus palabras, para las que no parecía esperar ninguna respuesta—. Creo que voy a regresar a Breda —dijo, sin terminar su frase anterior.

—¿Ahora? —se extrañó Cupido—. ¿Cuando se acerca el verano y todo esto se llenará con esas avalanchas de turistas a los que tanto te gusta contemplar?

—Precisamente ahora que ya están llegando los primeros. Vengo de caminar por la playa, donde han comenzado a bañarse y a extender las toallas para tomar el sol. Las chicas salían del agua con los bikinis casi transparentes por la humedad y con la piel fría, tiritando, como esperando que alguien se acercara a secarlas.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—¿De malo? Nada de malo si fuera a mí a quien esperaran. No —añadió recuperando el tono serio—. Quiero alejarme de toda esta algarabía que se avecina. Comienzo a echar de menos Breda, el casino, la rutina, el propio paisaje... Además, ya llevo aquí varias semanas viviendo a tu costa.

—Eso es una tontería —protestó Cupido—. Al contrario, aún te debería dinero si no fueras tan testarudo como para seguir negándote a cobrar por tu ayuda cada vez que la he necesitado. Espera al menos un par de días antes de decidirte. De un momento a otro va a llegar la hija de ese militar que murió de un disparo. —Señaló el periódico con la noticia—. Alguien de su familia, en efecto, como tú decías antes. No me digas que no sientes curiosidad.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó—. Es imposible no sentirla cada vez que alguien viene a pedirte que le ayudes a arreglar lo que los demás le han destrozado. Pero no sé si la curiosidad es tan fuerte como para...

—Si acepto ese trabajo aquí, en una ciudad donde apenas conozco a nadie, necesitaré tu colaboración.

Aunque él solo podía enfrentarse a una investigación y culminarla con éxito —ya lo había hecho otras veces—, quería que el Alkalino se sintiera necesario.

El timbre del portero automático sonó en ese momento, como si llegara para aportar la última información. Cupido fue hacia la puerta y, antes de abrir, se detuvo unos segundos ante la pequeña pantalla para observar a la mujer que esperaba.

—Es guapa —oyó que susurraba el Alkalino, que también se había acercado a mirar.

El detective pulsó el botón y abrió la puerta sin decir nada. Un minuto después el ascensor se detuvo en el rellano y, con la mujer, le llegó un suave perfume a lilas mientras estrechaba su mano y se decían sus nombres.

«Es una mujer zurda», se dijo observando sus movimientos al sentarse en el sillón

que le había indicado. A pesar de las prendas oscuras que vestía, emanaba de ella una claridad tersa y firme, una serenidad un poco atribulada.

El Alkalino había desaparecido antes de que ella entrara, se había refugiado en su habitación para no interferir en la entrevista, pero había dejado la puerta entreabierta. Era mejor así. La mujer sólo miraría a Cupido al hablar, no tendría que preocuparse de que también otra persona comprendiera sus palabras. En la conversación aparecerían datos confidenciales de la víctima y un tercer testigo que no habla, que únicamente mira y escucha, sólo constituiría una fuente de dispersión y nerviosismo.

—No acabo de comprender qué espera de mí —dijo Cupido—. Ante una muerte así, el juez ordena siempre una investigación. Y siendo su padre un militar de alto rango, creo que la policía no tendrá ninguna prisa en archivar el caso hasta que no esté definitivamente claro. Su padre era, de algún modo, uno de los suyos.

—El juez ha decretado, quizá precipitadamente, que fue un suicidio. Pero mi padre no se mató. Ya sé que las circunstancias empujan a pensar en el suicidio como lo más probable. La nota que escribió también parece demostrarlo. Pero yo sé que no es verdad, que no puede ser verdad.

—Por lo que he leído, la autopsia tampoco lo descarta.

—Lo sé, tengo el informe. Sin embargo, no creo que haya mucho interés en demostrar lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

Marina respiró profundamente. En su rostro apareció un gesto de cansancio, de derrota.

—¿Conoce el cuartel de San Marcial, aquí, en la ciudad?

—Sí.

—Mi padre acababa de elaborar un informe, que le había encargado el Ministerio de Defensa, en el que aconsejaba su cierre. Le parecía innecesario mantenerlo. La mañana del día en que murió lo había expuesto delante de todos sus compañeros militares. Como imaginará, algunos saldrían perjudicados con la desaparición del cuartel. Quiero decir que se había ganado enemigos.

—¿Quiénes?

—Esa mañana citó dos nombres: Bramante y Ucha —precisó, y enseguida continuó explicando—: Pero al ejército lo último que le interesa es que la opinión pública o la prensa lleguen a sospechar que alguien de dentro lo mató por venganza o discrepancias internas. Para ellos, un... asesinato —la palabra sonó rara en su boca, como si acabara de descubrirla y fuera la primera vez que la pronunciaba— es más dañino que un suicidio. Perjudicaría a un organismo cuya imagen pública siempre es muy delicada. Aunque no sea cierta, les interesa mantener la tesis del suicidio.

—Y usted no la cree.

—No, no. Estuve hablando con él esa mañana, antes de que fuera al cuartel. Vino

a mi casa para que le firmara unos impresos que iba a llevar al banco, para cambiar la titularidad de una cuenta. Todo era normal, no había nada diferente de cualquier otro día. Mi padre no estaba deprimido ni enfermo. No lo imagino dirigiendo una pistola contra su pecho y disparándose —dijo con la voz quebrada. Buscó en el bolso y sacó un pañuelo de papel para secarse los ojos humedecidos. En la muñeca zurda brilló un momento una hermosa pulsera de finos eslabones de oro.

Cupido esperó unos instantes. Comprendía su resistencia a aceptar aquella versión de la muerte. A veces había pensado en la eutanasia y se imaginaba a sí mismo, en la vejez, solo y atormentado por un daño definitivo, solicitando que alguien dejara en la mesilla, al alcance de su mano, unos gramos de cualquier veneno indoloro. Pero respecto al suicidio todo le parecía más complejo. El suicidio contamina a todos los allegados de la víctima, se dijo, a la familia y a los amigos, a todos les inyecta una dosis de remordimiento. Les hace preguntarse qué pudieron hacer que no hicieron para evitar la soga, o el gas, o el agua, o el disparo en el pecho. Y nadie quiere asumir ninguna culpa: «Alguien lo mató, no fui yo quien contribuyó a esa muerte, yo no pude hacer nada para evitarla», era siempre la respuesta más cómoda.

—¿Había recibido amenazas?

—Amenazas personales, no. Sabía que su trabajo no le gustaba a todo el mundo, pero no parecía preocupado por eso, lo consideraba una consecuencia inevitable de su profesión. La única prevención que tomaba..., lo único que temía era un atentado. Su nombre había aparecido hace algún tiempo en una lista de objetivos de una organización terrorista y por eso siempre iba armado, siempre llevaba encima su pistola. Pero a enemigos personales..., no, no los temía. Ni cualquier otra agresión. Quiero decir que un militar sabe defenderse de un posible delincuente común. Además, hay algo que no acabo de comprender —dijo frunciendo los ojos.

—¿Sí?

—La pistola con la que... no era la suya reglamentaria.

—Explíquemelo despacio, desde el principio. Cuénteme todos los detalles que vaya recordando —le pidió. Sabía que la memoria tiene leyes a menudo caprichosas, y que los recuerdos no aparecen del mismo modo cuando se narra un suceso reciente que cuando se evoca al cabo de algún tiempo. Si con la distancia se olvidan detalles, en cambio surgen asociaciones que no se establecieron de inmediato.

Cupido cogió un lápiz y abrió el sencillo cuaderno de espiral que utilizaba para tomar notas. Abría uno para cada investigación. En él apuntaba los hechos ocurridos y los datos objetivos según los iba conociendo, y también todo tipo de detalles y circunstancias relacionadas —temperatura, lugar y paisaje, anécdotas, profesiones... — que no sabía encajar en la investigación. Pero se guardaba mucho de adelantar hipótesis. No le gustaba la precipitación, prefería que las ideas se fueran asentando poco a poco, de modo que pudiera interpretar despacio el significado de cada

información. Con las prisas se corría el riesgo de pasar por encima sin ver lo trascendente, de destruir pruebas sin hallar nada, como el buscador de tesoros que —obsesionado por el pitido del detector de metales que, según cree, indica oro enterrado— cava y destroza de modo irremediable materiales más valiosos, para encontrar al fin un oxidado pedazo de herradura. Desde el principio de la investigación era imprescindible la paciencia, una larga paciencia para analizar cómo era la víctima y cómo serían sus enemigos; para deducir en qué momento pasaba por la lengua de alguien la palabra «matar» y cómo saboreaba su gusto a la vez agrio y dulce y cómo los labios no se negaban a pronunciarla; para imaginar luego la mano que busca el arma adecuada, y la empuña y amaga, y los ojos que miran el reloj y calculan el tiempo; para encontrar el escondrijo donde acechó y el itinerario que siguieron los pasos que huían. Luego reservaba una hoja para cada uno de los personajes implicados y las iba llenando con lo que aprendía de cada uno de ellos, de su carácter o de sus emociones, de su apariencia física y de sus relaciones con la víctima. Era ahí, en esas páginas, en el modo de ser de cada personaje, en sus sentimientos de amor o de odio o de indiferencia, en las reacciones que en su interior despertaban los simples hechos, donde al final se hallaban las claves del enigma que terminaban abriendo paso a la verdad. La experiencia le había demostrado que cuando al fin lograba definir los retratos que iban perfilándose desde las sombras, toda la historia encajaba; más aún, que no podía llegar a comprenderla sin llegar a comprender al mismo tiempo a sus protagonistas, de modo que ambos —relato y personajes— se iluminaban mutuamente y en el desenlace confluían ambas verdades: la verdad objetiva e incontrovertible de los hechos y la verdad, no menos indomable, de los sentimientos y motivos implicados en ellos. Cuando no había ocurrido así, cuando sólo había alcanzado una indagación superficial de movimientos, lugares y episodios, la investigación solía abocar en el fracaso, en una absurda y ajetreada sucesión de correrías, de peripecias, de preguntas rutinarias y respuestas sin fruto. Basarse únicamente en las coartadas era como rodearse de herramientas mecánicas y luego no ser capaz de fabricar ni de arreglar nada con ellas. Eran imprescindibles, sí, pero insuficientes si no se aplicaban a la función correcta. Por eso en sus conversaciones preguntaba antes por vínculos y relaciones con la víctima que por horas y lugares.

—Esa tarde llamé por teléfono a mi padre, como solía hacer todos los días —comenzó a contar—. Eran las ocho y media, lo he comprobado después varias veces en la memoria del teléfono, y la hora coincide con lo que los forenses han determinado: que murió entre las ocho y las nueve. Sonaron varios tonos antes de que descolgara. Me dijo que en ese momento no podía hablar conmigo, porque tenía visita, aunque no me dijo de quién se trataba. Añadió que me llamaría más tarde. Como no lo hizo, fui yo quien volvió a llamar por la noche, a las once. No contestaba

y pensé que habría salido, solo o con algún compañero, porque por la mañana habían tenido esa reunión de la que antes le hablé.

—Sí.

—No me preocupé todavía. Y al día siguiente, después de llevar a mi hijo mayor a la parada del autobús escolar, volví a intentarlo. Como tampoco lo cogía, lo llamé al móvil. Estaba desconectado o fuera de cobertura y deduje que debía de seguir ocupado con aquel asunto tan conflictivo del cierre del cuartel. Comencé a preocuparme al mediodía, porque tampoco logré localizarlo. Llamé a su oficina y me dijeron que esa mañana no había ido al cuartel, creían que estaba enfermo. Fue entonces cuando pensé por primera vez en algo extraño, porque no era normal que faltara al trabajo, ni siquiera para estar con Gabriela.

—¿Quién es Gabriela? —la interrumpió.

—Es la mujer con quien salía desde hacía unos meses.

El detective anotó el nombre en el cuaderno, pero, antes de que pudiera hablar Marina, ya se había anticipado a su siguiente pregunta:

—Mi madre murió hace cuatro años, durante una pequeña operación de cirugía estética. En principio, todo era muy sencillo, pero surgieron problemas con la anestesia y no pudo salir del coma. Desde entonces, mi padre no había mostrado apenas interés por ninguna otra mujer hasta que conoció a Gabriela. Se enamoró de ella. Nunca me lo dijo así, pero no podía ocultar el deseo que tenía de hacerla feliz. Lo que quiero decir es que tampoco en ese aspecto había un motivo para que mi padre se quitara la vida. Creo que no se sentía solo.

Cupido asintió con leves movimientos de cabeza mientras se fijaba en sus dedos: llevaba un anillo en cada mano, pero ninguno era una alianza. De aquel detalle no tenía por qué extraer una conclusión definitiva sobre su estado civil, puesto que conocía a gente casada que no llevaba anillo. Pero recordó que, cuando lo llamó por teléfono, comentó algo de fijar la cita una hora después, porque debía buscar a alguien para que se quedara con sus hijos. Tendría que preguntarle todo eso.

—Yo creo que mi padre veía en Gabriela cierta similitud con lo que le había pasado a él cuatro años antes: la misma situación de dolor y vacío al perder inesperadamente a alguien de la familia.

—¿A su marido?

—No. Fue algo peor: a su hijo. El único hijo que tenía. Un adolescente. Mi padre sufrió mucho cuando murió mi madre. Pero un día, comparándose con Gabriela, me dijo que lo de ella era más doloroso, una herida más honda, más difícil de soportar. Porque de algún modo, decía, se puede sustituir a tu pareja, se puede encontrar a alguien que compense lo que has perdido. Pero a un hijo no, a un hijo no se le puede sustituir con nada. Yo le pregunté, bromeando, si entonces me quería a mí más que a mi madre. El no quiso comparar y sólo me respondió que a ella la había querido

mucho, pero que ahora también quería a Gabriela.

—¿Cómo murió su hijo?

—De un modo absurdo y terrible. El chico tenía quince años y al parecer todo se debió a una estúpida bravuconería adolescente. Iba con dos amigos por la calle y comenzaron a provocar a uno de esos perros peligrosos, un pit bull, creo, de una de las casas. Los dueños estaban ausentes y el perro, enfurecido, terminó saltando la valla y atacándolos. Cuando llegó la policía y lograron matarlo de varios disparos, el chico ya estaba muerto.

—¿La llamó aquella mañana para comprobar si estaba con su padre?

—Sí, aunque yo sabía que la noche anterior no se habían visto. Los dos habían estado en mi casa por la mañana y les oí acordar que esa noche no se verían. Luego, mi padre se fue al trabajo. Gabriela y yo estuvimos en casa de Samuel.

—¿Samuel?

—Es mi novio. El día anterior nos había invitado a Gabriela y a mí a su casa para que cogiéramos unas plantas y unos esquejes que nos había preparado. Tiene un jardín pequeño, pero muy bonito. Por la noche llamé por teléfono a Gabriela para comentar con ella cómo habíamos colocado las plantas. Samuel había estado ese atardecer en su casa, ayudándola. También por eso sé que mi padre no había salido con ella.

—Antes me contaba que, al mediodía del día siguiente, comenzó a sospechar que podía haber ocurrido algo extraño —Cupido volvió a ordenar su relato.

—Sí, y entonces decidí ir a su casa. Tengo un juego de llaves. Abrí la puerta...

—Perdone que la interrumpa de nuevo.

—Sí, sí.

—¿Alguien más tiene llaves?

—Sí, Aurora. Sólo Aurora.

—¿Quién es?

—La asistenta. Es de confianza. La había contratado mi padre para las dos casas, porque es la mujer de Rosco, el barrendero de su barrio. A él le gustaba conocer a quienes lo rodeaban, necesitaba sentir que controlaba su entorno. Yo le decía a veces que ésa es una manía de los militares, que siempre están imaginando peligros donde no los hay. Pero Aurora ese día no tenía las llaves.

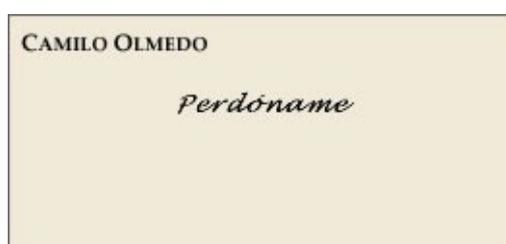
—¿Por qué está tan segura?

—Porque sus llaves las tenía yo. Ella trabaja dos días a la semana con nosotros: los lunes y los jueves. Primero va a limpiar la casa de mi padre y, cuando termina allí, viene a la mía. Es una ventaja, porque ella misma se organiza y se distribuye el tiempo según necesite emplearlo en un sitio u otro. Ese lunes estuvo allí hasta las once y luego fue a mi casa. Guarda las dos llaves en el mismo llavero y, cuando terminó la limpieza, encajó la puerta al salir y las olvidó dentro. No las recogió hasta

el jueves siguiente. De modo que nadie pudo utilizar sus llaves la tarde del lunes para entrar en la casa de mi padre.

—De acuerdo. Siga, por favor.

—Le decía que abrí la puerta y lo llamé en voz alta, «Papá, papá», porque el aspecto de la casa me hizo pensar enseguida que había algo raro. Todo estaba en orden, en un orden excesivo. Ya en el salón comencé a fijarme en los detalles: el mando estaba encima de la tele, donde siempre lo dejaba Aurora, como si no lo hubieran tocado desde el día anterior, y los cojines de los sofás estaban colocados y tundidos. Entré en la cocina y me fijé en que en el lavavajillas había sólo una taza de café. Sólo una taza de café para lavar, a pesar de que la tarde anterior había tenido visita. Si mi padre hubiera cenado o desayunado en casa, habría también algún otro plato, algún cubierto. Por la puerta abierta del dormitorio vi la cama bien hecha, se notaba enseguida que no estaba simplemente estirada, como hacía algunas veces que tenía prisa. Daba la sensación de que no había pasado la noche en casa, de que estaba ausente desde la tarde anterior, cuando hablamos unos segundos por teléfono y me dijo que me llamaría más tarde. Abrí la puerta del despacho y entonces lo vi. Estaba sentado en su sillón, ante la mesa en la que trabajaba siempre, la cabeza caída sobre ella. Recuerdo que en un primer momento pensé en un infarto o algo así, pero a sus pies, en la alfombra clara, había una gran mancha de sangre. Corrí a ayudarlo, aunque sabía que ya estaba muerto. Tenía una inmovilidad demasiado pesada, demasiado silenciosa. A partir de ese momento no recuerdo con exactitud todo lo que hice, pero sí sé que lo levanté un poco para tocarle el corazón buscando su latido, pensando en esos movimientos de reanimación que he visto en la tele algunas veces..., y allí estaba la herida, en el centro del pecho, con la sangre ya ennegrecida y seca. En el centro de la mesa, junto a su mano, había una de sus tarjetas con una única palabra escrita. Es ésta —dijo mostrándole una tarjeta en octavo, de color marfil.



Cupido la cogió con cuidado, como si aún no hubiera sido analizada. En la parte superior izquierda, impreso en redonda, leyó el nombre, sin ningún dato ni profesión ni seña. En el centro destacaba la única palabra manuscrita.

—Me la devolvieron ayer, cuando se decidió oficialmente que se trata de un suicidio.

—¿Era su letra?

—Sí. Tenía una letra inconfundible, un poco inclinada hacia delante, firme, sólida

y grande. Los grafólogos también han confirmado que la nota fue escrita por él, aunque añaden que debía de estar en una situación muy tensa, porque los trazos aparecen dubitativos y temblorosos. ¡Cómo no iba a estarlo!

Se detuvo unos instantes, como si necesitara tomar aliento para continuar con el orden del relato, sin olvidar los detalles que el detective le había pedido.

—Fui rápidamente hacia el teléfono para pedir una ambulancia, y entonces mis pies tropezaron con algo: en la alfombra manchada de sangre oscura estaba la pistola con la que le habían disparado..., o se había disparado, ya no sé qué pensar... Ahora mismo, al recordarlo todo, me digo que tal vez no debería estar aquí hablando con usted, que tal vez mi padre se suicidó y que lo mejor para mí y para todos es aceptarlo y procurar no removerlo más. La ambulancia llegó enseguida —continuó—. Vieron el cadáver, pero no quisieron tocar nada hasta que no llegaron la policía y el juez.

—Hicieron lo correcto —dijo Cupido.

—Sí, no lo dudo. Me pidieron que saliera del despacho y uno de los enfermeros me dio una botella de agua para que bebiera sin tocar nada de la cocina. Hasta entonces no había sido consciente de hasta qué punto necesitaba beber, porque sentía algo ácido y seco en la boca, una sensación que identifiqué más tarde, parecida a la que, de niños, nos provocaba una pila de petaca cuando jugábamos a tocar con la lengua las dos pestañas.

—Sí —dijo Cupido, pensando en el sabor de la pólvora.

—Y ha sido después, cuando todos han aceptado la tesis del suicidio, cuando he comenzado a pensar en la pistola con la que había tropezado.

—Y eso es lo que no comprende —dijo Cupido.

—No, no lo comprendo. No comprendo por qué mi padre, que era tan escrupuloso con las leyes, eligió aquella pistola, cuya posesión era ilegal, para dispararse, en el caso de que haya sido así. ¿Por qué no lo había hecho con su arma reglamentaria, que siempre tenía al alcance de la mano? ¿Porque la otra pistola tenía silenciador? No lo creo. ¿Qué le importaba, si iba a morir, que alguien oyera el estampido del disparo? Antes de decidirme a hablar con usted he buscado una explicación satisfactoria, pero ninguna me parece concluyente, acaso ni siquiera la haya. Incluso me decía que ante el otro misterio, más profundo, de por qué se suicidó, cualquier otro detalle carece de importancia. Si no puedo explicarme la razón primordial, todo lo demás también resultará inexplicable.

—¿Por qué era ilegal esa pistola?

Marina lo miró como si no lo comprendiera, absorta aún en sus pensamientos anteriores. Tardó unos segundos en responder:

—Ya le he comentado que a mi padre le preocupaba su seguridad ante un posible atentado... Hace menos de un año ocurrió un incidente desagradable en el cuartel. Un día, en las prácticas de tiro, se le escapó un disparo e hirió en el muslo a uno de los

soldados ayudantes. El chico no denunció nada, estaba claro que todo había sido uno de esos percances que parecen inevitables cuando se manejan armas. Pero se abrió un expediente y el oficial responsable de armamento, García Bramante, con quien tenía algunas diferencias, solicitó una investigación por si había habido imprudencia. Aquel gesto molestó a mi padre, porque era un hombre orgulloso y siempre presumía de la limpieza y brillantez de su hoja de servicios y de su escrupuloso cumplimiento de todas las ordenanzas. Pero no se preocupó demasiado, era evidente su falta de intencionalidad y sabía que lo único que se pretendía era introducir una pequeña mancha en su currículum. Sin embargo, una vez iniciada la investigación, el procedimiento disciplinario tenía que seguir adelante, y en esos casos se retira el arma reglamentaria como medida cautelar. Era cuestión de un par de meses. Como no quería ir desarmado, porque se sentía inseguro, buscó otra pistola, algo fácil en los ambientes militares. Una vez me dijo que ésa había sido su única falta, una falta pequeña y secreta, en treinta y cinco años de servicio. Por fortuna, no lo supo nadie, nunca le fue necesario utilizarla, lo que hubiera supuesto una falta grave de disciplina. Cuando se cerró el expediente sin ninguna consecuencia y le devolvieron su arma reglamentaria, guardó la otra en un cajón de su mesilla y nunca volvió a tocarla... si es que fue él quien disparó.

—Hasta ese día —dijo Cupido.

—Sí.

El detective se quedó unos segundos en silencio, haciendo un primer inventario de datos. Luego preguntó:

—¿Sabe lo que todo eso significa?

—No —respondió, desconcertada.

—Que, si fue un homicidio, debió de dispararle alguien a quien él conocía, alguien a quien le abrió la puerta y de quien no esperaba una agresión. Porque, en caso contrario, siendo un militar que habría previsto muchas veces una situación de peligro, seguramente no hubiera permanecido quieto en el sillón, sin intentar eludirlo o defenderse.

—Sí, hubiera intentado defenderse.

—La tarde anterior, cuando llamó a su padre por teléfono y él le dijo que tenía visita, ¿le dio la impresión de que se trataba de un desconocido?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Si se hubiera tratado de alguien conocido por ambos, ¿su padre le habría comentado quién estaba allí con él?

—Sí, creo que sí —respondió tras pensarlo unos instantes—. Sí. Teníamos mucha confianza.

Algo no encajaba entre ambos detalles, pero sin duda había una lógica en el comportamiento de Olmedo aquella tarde. Si él mismo se había disparado, podía ser

coherente que lo hubiera hecho con un arma ilegal, como si ni siquiera en su muerte hubiera querido ensuciar el expediente militar de cuya limpieza presumía. Si no había sido él... Ésa era la incógnita que tendría que resolver. Desde su condición de civil no estaba seguro de comprender los impulsos que determinaban la conducta de un militar, ni sus temores, ni sus intereses. ¿Para qué guarda alguien una pistola que no es suya y cuya posesión puede acarrearle problemas? Una pistola clandestina, o se usa enseguida o se arroja enseguida al fondo de un pantano. Conservarla es arriesgarse a un conflicto. Sin embargo, pensó, los militares están familiarizados con ellas y sin duda son prudentes y expertos en su manejo, conscientes del peligro que representan.

Marina sacó del bolso una fotografía y se la entregó al detective.

—Era mi padre —dijo.

O bien la foto había sido tomada desde un lugar un poco elevado, o bien Olmedo tenía agachada la cabeza, con lo que, al mirar hacia el objetivo, aparecía con las cejas levemente alzadas en un gesto interrogativo que daba la extraña impresión de que era él quien observaba al fotógrafo y lo interrogaba, él quien acababa de hacer una pregunta y esperaba una respuesta. Entre el pelo —ese tipo de cabellos tan cortos y espesos que no aceptan ir peinados con raya— y el cuello abierto de una camisa de color verdoso, de un tejido que parecía más duro de lo habitual, mostraba una expresión tan firme que llegaba a ser desdeñosa. Cupido ya había decidido aceptar el trabajo y ahora tendría que *buscarlo*, conocerlo, indagar en su intimidad hasta familiarizarse con el hombre que había vivido bajo aquel rostro. Era en Olmedo donde se escondía el enigma, porque las claves de la verdad no se revelaban tanto al investigar a los sospechosos como al investigar a la víctima. Desconfiaba de aquella vieja afirmación, «Busca los motivos y hallarás al culpable», porque había visto muertes ocasionadas por quienes tenían motivos fútiles para matar y, en cambio, había visto a inocentes con poderosos motivos para dejar de serlo.

—Esta mañana se ha celebrado el funeral. Los forenses habían terminado ya con su trabajo. De modo que ahora mismo lo están incinerando. Mientras arde el cadáver de mi padre, he venido a hablar con usted. La mujer extranjera de la playa, la que alquila las hamacas, lo conoce bien y me ha dicho que puedo confiar en usted, precisamente porque no es de esta ciudad, ni siquiera de esta región —dijo, y Cupido imaginó las palabras de la mujer nórdica contándole a Marina que él procedía de una lejana tierra de interior, donde vive gente que apenas conoce el mar—, y que, sin embargo, resolvió su anterior trabajo con una eficacia impecable. A mí me interesa su condición de forastero, sin compromisos ni vínculos con nadie. Un detective local podría dejarse influir por el estamento militar que tanto peso tiene en esta ciudad. ¿Aceptaré usted el trabajo? ¿Me ayudará?

»No sé cuánto se paga en su oficio, nunca antes había tenido necesidad de

contratar a un detective, pero creo que el dinero no será un problema. ¿Aceptará usted el trabajo? —repitió.

—Sí —respondió Cupido—, tendré que ver la casa de su padre, su agenda, su documentación, sus cosas, y tendré que hablar de nuevo con usted. También deberá facilitarme algunos números de teléfono. Y una entrevista con el responsable del cuartel.

—No habrá problemas en eso.

Marina le dio las gracias. Acordaron los detalles y, en cuanto ella se hubo marchado, el Alkalino reapareció en el salón.

—Creo que aceptaré tu invitación y me quedaré algún tiempo. No voy a dejarte solo en esta ciudad frente a todo un ejército enemigo —bromeó. Su tono había cambiado tras escuchar la conversación con Marina.

—No esperaba menos de ti —replicó sonriendo, satisfecho de haber despertado su interés—. Porque no creo que resulte un trabajo fácil.

—No, no será fácil —repitió—. Pero al final lo sabrás todo. La verdad es que a veces me pregunto cómo lo consigues.

Cupido levantó los hombros en un gesto de duda.

—Hablando. Preguntas a un sospechoso por la víctima y, por algún extraño deslizamiento, suele terminar hablando de sí mismo, aunque se hubiera propuesto no hacerlo.

—Si es así, entonces podré ayudarte. Sabes que casi nada me gusta más que hablar. Aunque con los militares, con esa gente hermética, orgullosa y corporativista, tal vez necesites algo más que palabras. Una palabra a veces puede mover una montaña, pero a menudo no sirve para nada. El grito simultáneo de todos los espectadores de un partido de Liga de Campeones en el Bernabéu no generaría la energía suficiente para calentar una taza de café.

—De acuerdo. Pero si no podemos mover una montaña, al menos intentaremos horadar un túnel para ver qué se oculta debajo.

—Debajo estará el dolor..., o el odio provocado por esas tres o cuatro pasiones elementales: el poder, la codicia, la venganza... y el sexo, claro, el sexo y esa sublimación que nos hemos inventado para justificarlo. Cualquiera de ellas sirve de excusa para matar —dijo el Alkalino, y al cabo de unos segundos de silencio repitió una vez más—: Claro que no será fácil. Es como si la gente se volviera más inteligente cuando odia. El odio los despierta y los mantiene en vilo, aguza sus mentes, que en cambio permanecen mansas y dormidas cuando aman y descansan en el bienestar. El odio espabila y el amor aturde. Por eso es más inteligente el odio cumpliendo sus propósitos que la justicia impidiéndolos, y la mayoría de los delitos quedaría impune si no fuera por la ayuda del azar, porque destinamos a evitarlos una buena parte de nuestro presupuesto nacional..., y porque hay algunos jueces y

algunos detectives como tú que no siempre creen lo que indican las apariencias.

—¿Quieres decir que tú piensas que el comandante Olmedo no...?

—Yo la creo a ella, Cupido. Yo creo que su padre no se suicidó, aunque... — dudó.

—Sí, dilo.

—Aunque parezca lógico su modo de morir.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo se suicidaría un militar? —El Alkalino respondió con otra pregunta.

—Pegándose un tiro —dijo Cupido—. Nada de pastillas, ni de sogas, ni de arrojar al vacío. Un militar se pegaría un tiro en el corazón o en la cabeza. Tienen las armas, saben cómo usarlas y dónde apuntar para que nada falle.

—De acuerdo. La forma de morir encaja con el suicidio. Pero hay algo que no entiendo.

—¿Qué?

—Ese tipo de hombres, tal como ella ha descrito a su padre, no se dispara al pecho sentado en un sillón de su casa y dejando escrita una nota con una palabra así: «Perdóname». Yo también creo que alguien le disparó, una persona a quien él abrió la puerta y dejó pasar hasta el despacho. A ti te toca descubrir quién lo hizo. Bueno, con mi ayuda —concluyó con una sonrisa torcida.

Capítulo 5

Casa vacía

Entró en el piso con las llaves que Marina le había dejado, cerró la puerta a sus espaldas y avanzó hasta el salón. Allí permaneció unos segundos, concentrado e inmóvil, observando el aspecto general de la vivienda bajo la tenue claridad que dejaban pasar las persianas a media altura.

No sabía bien lo que buscaba y no esperaba hallar otra cosa que motivos para hacerse más preguntas. La policía ya habría escudriñado la basura, ya habría hecho un estudio de huellas dactilares y de ADN y habría comprobado todas las llamadas de teléfono. Habrían entrado en su ordenador y estudiado cualquier movimiento sospechoso en sus cuentas bancarias o en sus tarjetas de crédito. Pero no era probable que hubieran hallado algo extraño, puesto que se había aceptado la tesis del suicidio.

Sin tocar nada, comenzó a recorrer el piso. No se apreciaba ese ambiente de hombre solo que había encontrado en casos similares, un tufillo a cerrado, a rancio, que devuelve el olor a su legítimo propietario, a la materia prima de donde proceden los objetos: el olor a oveja que recupera la ropa sin lavar durante algún tiempo, el olor a otoño de la madera de los muebles cerrados, el olor a mineral de los adornos metálicos. No vio una casa sin ventilar, como si hubieran saqueado el oxígeno, ni desidia en la limpieza, ni una mezcla de vasos de diferentes formas y tamaños que han perdido el brillo, ni restos de vajillas, ni desorden de papeles sueltos con números de teléfonos sin detallar a quiénes pertenecían, ni folletos de comida rápida acumulados en la cocina, ni relojes con las agujas detenidas porque no se cambiaban las pilas. Al contrario, todo aparecía colocado en un orden meticuloso que no podía ser fruto únicamente del trabajo de la asistente, Aurora, ése era el nombre que Marina había dicho. Las puertas de las habitaciones y de los armarios no chirriaban al abrirse y en las perchas colgaban los trajes protegidos por sus fundas, los pantalones planchados con una raya recta y las camisas con todos sus botones.

Volvió al salón para buscar sistemáticamente desde el principio, hurgando en todos los huecos, abriendo todos los cajones, leyendo las anotaciones de la agenda y de los márgenes de la guía telefónica. Por fortuna, la decoración no era recargada. Había pocas cosas, pero todas eran buenas, sólidas, auténticas: la alfombra era de lana gruesa, la mesa y los armarios de madera y el perchero de la entrada de acero inoxidable. El hogar de alguien que no busca la acumulación, sino la persistencia.

Una foto de Olmedo con su esposa y con Marina en edad adolescente le hizo pensar que no había mucha presencia de la mujer que había habitado la casa hasta su muerte en un quirófano: algún otro retrato, adornos de cerámica o telas que no imaginó compradas por el comandante. Cupido se preguntó, sin encontrar una respuesta, por qué las casas parecen ir vaciándose poco a poco cuando es la mujer

quien muere o se marcha, y por qué se llenan de muebles y cuadros y adornos cuando es el hombre quien desaparece.

En el botiquín del cuarto de baño revisó las medicinas: analgésicos, restos de antibióticos, un protector estomacal, una pomada contra las hemorroides y varios complejos vitamínicos propios de quien se preocupa por su vigor físico. Pero poco más, ningún medicamento extraño que fuera indicio de depresión o de insomnio.

Había dejado para el final el despacho. Bajo la mesa se veía más claro el parqué del amplio rectángulo ocupado por la alfombra manchada de sangre que habían retirado. Se demoró en cada cajón y en cada balda de la estantería. Dos docenas de novelas intrascendentes daban de Olmedo la idea de un hombre poco aficionado a las ficciones. En cambio, abundaban los libros de historia, las biografías y los tratados sobre armamento, sobre estrategia militar, sobre conflictos bélicos recientes. Era evidente que habían sido estudiados con interés, porque algunos pasajes estaban subrayados con lápiz y había anotaciones en los márgenes.

Sobre la mesa vio los impresos de un banco para cambiar la titularidad de un fondo de inversión, al que Marina había hecho referencia en su entrevista. Estaban firmados por ella, pero no por el comandante, el otro titular. En un pequeño armario encontró una caja de madera con medallas y condecoraciones, las más antiguas conseguidas en sus años de estudiante en la Academia de Zaragoza. Junto a la caja había ordenadas varias carpetas con los títulos de propiedad de la casa y de una pequeña finca rural, con viejas cartillas de banco, con declaraciones de la renta... La última carpeta contenía el expediente de un proceso judicial. Cupido se sentó en el suelo —sintió pudor de hacerlo en el sillón donde Olmedo había muerto— y leyó con atención el informe: el juez condenaba a un médico anestesista llamado Lesmes Beltrán Villa por imprudencia temeraria en su trabajo durante una operación con resultado de muerte de una paciente llamada Pilar Rodríguez Pando. La querrela había sido interpuesta por el marido de la víctima, Camilo Olmedo, y el médico había sido condenado a cuatro años de inhabilitación profesional y a pagar ciento cincuenta mil euros a la familia de la mujer.

Cupido anotó todo aquello en su cuaderno para preguntarle después a Marina.

Habían pasado más de tres horas cuando bajó al garaje por el acceso interior. Incluso la cochera, cerrada con una puerta basculante, ofrecía un orden impecable, con las herramientas colocadas y dos neumáticos viejos usados como topes en la pared del fondo. Una bicicleta de carreras en perfecto estado colgaba de su percha y despertó en el detective un intenso deseo de tomarla prestada durante tres horas y salir a correr con ella, pedaleando hasta agotarse. El coche estaba abierto y buscó en la guantera, en el cenicero y bajo las esterillas sin encontrar nada significativo.

Salió del edificio con la sensación de que el hombre que lo había habitado no escondía secretos. La superficie de su vida parecía un paisaje ondulado, con los

inevitables accidentes del transcurrir del tiempo, pero no guardaba fosas insondables donde habitaran monstruos desconocidos, ni cavernas llenas de huesos y murciélagos, ni montañas heladas e inaccesibles cuya misma evidencia fuera su misterio. La vida de Olmedo parecía razonable, y esa cualidad convertía en extraña e incongruente la tesis del suicidio. Ahora comprendía mejor la negativa de Marina a aceptarlo y su necesidad de buscar otra verdad, de anular el caos y la irracionalidad que esa versión generaba. Sólo volviendo su muerte comprensible, como parecía haber sido su vida, ella podría descansar.

Tal como le había pedido, Marina le había facilitado una entrevista con el coronel del San Marcial. La cita era a las cinco de la tarde, pero diez minutos antes Cupido ya estaba en la puerta del cuartel mostrando su identificación al cabo de guardia, consciente del aprecio que los militares sienten por la puntualidad, a la que consideran una hija más de la disciplina. A las cinco en punto, el ordenanza del coronel, un soldado de acento y rasgos suramericanos, le abrió la puerta del despacho y le hizo pasar.

Cupido no había vuelto a entrar en un cuartel desde el día en que acabó el servicio obligatorio y por un momento sintió el peso de la autoridad del viejo militar, que lo miraba desde el otro lado de la mesa, al fondo de la enorme habitación, sentado entre un mástil con la bandera de España y una foto del Rey.

Se sorprendió al ver que aún dudaba un momento entre emplear la fórmula castrense reglamentaria —«Mi coronel»—, más arraigada en su memoria de lo que nunca hubiera sospechado, o una expresión más neutra y civil.

—Buenas tardes —dijo al fin, detenido en el inicio de la larga, enfática y solemne alfombra que conducía hasta él.

—Acérquese —ordenó el coronel, indicándole una de las dos sillas tapizadas que había delante de la mesa.

Por encima de ella, apenas levantándose, le tendió una mano pequeña y enérgica como un ratón. Con ella le llegó al detective un levísimo olor a manzanas maduras, como si alguien acabara de comerlas en el despacho. El coronel lo evaluó con una mirada atenta, los ojos azules ligeramente velados por ese tono lechoso que parece anunciar las cataratas. A su alrededor, en la nariz y en los pómulos, finos hilos de venas daban la impresión de que bajo su piel corrían diminutas arañas de patas rojas o violáceas. Sin embargo, parecía haber superado la edad más peligrosa para una muerte rápida y haberse instalado en un estado de salud soportable y duradero.

—En realidad no entiendo para qué desea usted hablar conmigo —dijo antes de que Cupido tuviera oportunidad de hacer una sola pregunta—. Creo que todo está ya suficientemente claro. Pero me llamó Marina Olmedo y no me siento capaz de negarle nada a la hija de un compañero muerto..., aunque haya sido de esa manera.

—¿Usted cree que fue un suicidio?

—Yo hago algo más que creer. Uno cree cuando no tiene pruebas, pero toda evidencia que Olmedo se suicidó.

—Sin embargo, nada lo había anunciado. Nadie le había oído mencionar nunca esa posibilidad. Y su carácter era todo lo contrario al de un suicida.

—¿Anunciarlo? ¿Carácter?... ¿Sabe usted cuánta gente se suicida en el ejército sin haberlo anunciado antes? Y dígame, ¿cómo es el carácter de un suicida?

A Cupido le sorprendió el tono duro, seco, casi hostil de Castroviejo. Intentó hallar una respuesta que no dejara demasiados hilos sueltos, pero cuando elegía un adjetivo para definir a quien se quita la vida, siempre encontraba una excepción; cuando trataba de acotar una edad o un motivo, recordaba algún caso que lo desmentía.

—En los años que llevo en el ejército —continuó el coronel— he firmado muchos expedientes de suicidio, y le aseguro que «inesperado» fue la palabra más veces repetida. Olmedo era un hombre equilibrado, sí, pero su último trabajo y la responsabilidad que conllevaba lo estaban sometiendo a una gran tensión. Marina le habrá hablado del informe que había elaborado sobre el cuartel.

—Sí. Y he leído todo lo que ha aparecido en la prensa. Sospecho que ese trabajo le habrá acarreado el odio de muchos de sus compañeros.

—No sé si «odio» es la palabra adecuada —precisó el coronel.

—¿Por qué no? En su informe pedía el cierre del San Marcial. Iba a dañar los intereses de mucha gente. A algunos los dejaría sin trabajo.

—¿Enviarnos al paro? No..., detective —dijo tras unos segundos de duda, como si hubiera intentado, en vano, recordar su nombre—, no se equivoque. En el ejército nunca hay paro. Habrá reformas, cambios, reciclajes..., pero para que desaparezca el ejército antes tendría que desaparecer el hombre con su afán de dominio, o con su miedo al afán de dominio del país vecino. Siempre existirá el ejército —repitió sin mirarlo.

Se levantó sin aparente esfuerzo, endurecido y bajo de estatura, sin emitir ninguno de esos suspiros o leves quejidos con que la gente de su edad suele acompañar cada uno de sus movimientos, y caminó hasta el gran ventanal desde el que se contemplaba una panorámica del cuartel.

—No —explicó desde allí, vuelto de espaldas—, no era la desaparición del ejército lo que Olmedo pretendía. Creo que nadie le negará que el comandante era un verdadero militar. Y un militar aplica sus esfuerzos a la eficacia del ejército, no a su debilidad. Sin embargo, sus métodos eran tan osados que causaban inquietud. No voy a ocultárselo: también a mí me parecían demasiado precipitados. Pretendía cambiar de golpe ideas que, al menos todavía, son inamovibles.

—¿Cuáles?

Castroviejo se giró para mirarlo como a un alumno poco brillante, preguntándose si merecía la pena esforzarse en la explicación.

—Los ejércitos están hechos para matar..., aunque Olmedo hubiera contribuido en Bosnia y en Afganistán a evitar que otros se maten entre sí. Olmedo, y otros como él, atendiendo a las directrices de los civiles de Madrid, pretenden diseñar un ejército pacificador..., como si eso no fuera una contradicción —explicó alzando las cejas con un gesto de extrañeza, perplejo porque algo tan sencillo resultara tan difícil de comprender. Sin embargo, enseguida atemperó sus palabras con una alternativa más tibia—: O, en todo caso, quieren un ejército pequeño y móvil, preparado para combatir en frentes que no están en Europa, como si en este continente nunca más pudiera haber una guerra. Con frecuencia le oí afirmar que, en un conflicto armado, la victoria ya no estará a merced del mayor número de efectivos y de su adaptación al escenario y a la climatología, sino única y exclusivamente a merced de la milicia que disponga de más tecnología, de las mejores pantallas digitales y de hombres mitad soldados mitad informáticos.

—¿Y no es así?

—No, no es del todo así. Las tecnologías ganan las guerras, pero no mantienen la paz —explicó con un leve tono de irritación—. Cuanto más rápida y eficaz es la capacidad de un ejército para anular las estructuras bélicas del enemigo, tanto más difícil será la posguerra, puesto que menos deteriorados habrán quedado los cuadros profesionales.

—Como en Iraq —dijo Cupido.

—Como en Iraq —repitió—. Para controlar el territorio de un enemigo derrotado siempre seguirán siendo necesarias las tropas tradicionales... ¡Y no pocas tropas! Eso es lo que Olmedo se negaba a aceptar.

—¿Y usted cree que esas discusiones pudieron desencadenar una crisis que lo empujara a pegarse un tiro?

—Desencadenar..., no. Pero tal vez contribuyeron a su confusión. Yo no sé, y no creo que nadie pueda saberlo, qué pasó por su cabeza desde que abandonó el cuartel a las dos, poco después de terminar la reunión. Pero no podía ignorar que había hecho daño a algunos oficiales. Por otro lado, Olmedo vivía solo desde que murió su mujer de aquel modo tan absurdo, y la gente solitaria tiene a veces reacciones extrañas, radicales, sorprendentes para los demás.

El detective desdeñó su último comentario —él vivía solo y no se sentía incluido en aquella opinión— y dijo:

—Ha hablado usted de oficiales que saldrían dañados.

Los ojos del viejo coronel se volvieron hacia él para observarlo con un breve y brillante chispazo de recelo que, sin embargo, enseguida se acomodó en el gesto de alzar un poco más la ceja derecha. Cupido recordó de pronto un comentario que había

oído durante el servicio militar. Se afirmaba que, por aquel pequeño gesto que brotaba en la conversación cuando estaban tensos o inquietos, se reconocía a los verdaderos militares, tan aficionados a disparar que habían terminado haciéndolo crónico en su ojo derecho.

—Nunca deja de sorprenderme la falsa idea que ustedes, los civiles, tienen del ejército. En momentos de conflicto, un militar puede ser heroico, pero durante el resto del tiempo somos funcionarios. Tal vez un poco especiales por las peculiaridades de nuestro trabajo, sí, pero al fin y al cabo funcionarios sujetos a la monótona acumulación de los trienios, al lento ascenso en el escalafón, al temor a un traslado a un destino incómodo o lejano. ¿Cómo no iba a haber, por tanto, compañeros perjudicados?

—¿Bramante, Ucha...? —Cupido repitió los dos apellidos que había mencionado Marina, y de quienes no conocía los nombres ni la jerarquía, mientras el coronel volvía a alzar un poco la ceja derecha, sorprendido de que dispusiera de aquella información.

—No hubo una opinión unánime. —Eludió la respuesta y se volvió a contemplar el exterior a través de los cristales. Pero, como el atleta que cree haber dejado muy atrás a su rival y, al cabo de unos minutos, sin embargo, vuelve a oír su respiración a sus espaldas, se giró un poco para replicar con fastidio a la terquedad del detective—. Por eso, al marcharse Olmedo, surgió la idea de convocar para esa misma tarde una reunión entre todos los afectados, para adoptar una postura común ante el cierre que todos veíamos inevitable.

—¿A qué hora?

—A las ocho. La reunión se prolongó hasta las diez —detalló mientras Cupido se preguntaba por qué le daba ahora una información tan precisa y lo conducía hacia una nueva pregunta.

—¿Asistieron todos?

—No, no todos. No asistieron los dos oficiales que usted ha citado antes. El objetivo de la reunión era negociar la rendición, por decirlo así, y ellos dos ni siquiera aceptaban esa posibilidad.

—¿Usted asistió?

—No, tampoco asistí. A mí ya no puede afectarme la perturbación del orden que Olmedo ha provocado. Me jubilaré dentro de unos meses.

Cupido comprobó con sorpresa que su tono había cambiado, como si las preguntas que le había formulado, y que una a una le resultaban molestas, todas juntas demostraran de pronto su solvencia como detective y alcanzaran una lógica interna que de algún modo parecían convenir a sus propósitos. Castroviejo no podía ignorar que ahora le estaba preguntando por las coartadas de los implicados durante la hora en que Olmedo moría. Acaso sospechaba que su muerte no estaba

definitivamente cerrada, que aún acarrearía complicaciones, y con aquellas respuestas se apartaba cuanto antes de cualquier acusación de silencio.

—El domingo organizaré por última vez una jura de bandera en este cuartel. Marina me pidió que hablara con usted y que le facilitara su trabajo. Le prometí que lo haría.

—Gracias.

—No, no me lo agradezca. Cuanto antes ella comprenda que está equivocada, antes podremos descansar todos. La muerte de Olmedo ha sido dolorosa para muchos de nosotros. No quiero irme dejando atrás heridas sin cerrar. Voy a hacer algo más, y creo que le gustará —dijo sin especificar a quién se refería.

Regresó a la mesa y, al pasar junto a él, Cupido volvió a advertir aquel tenue olor a manzanas en el límite de la madurez, en el filo de la fermentación. Se sentó y cogió una tarjeta en la que destacaba impresa una palabra en mayúsculas: INVITACIÓN.

—No recuerdo su nombre —dijo.

—Ricardo Cupido.

—Ricardo Cupido —repitió mientras lo escribía con su propia letra y estampaba debajo una firma larga, antigua y barroca—. Venga a vernos el domingo. Será la última jura en el San Marcial. Creo que después nos comprenderá mejor. Así apreciará todo lo que Olmedo iba a quitarnos.

No había vuelto a acordarse. El funcionamiento de la memoria es caprichoso y extraño, se dijo, y no parece existir ni proporción ni lógica en el pequeño detalle que sin embargo levanta de pronto una inmensa mole de recuerdos, ni tampoco en toda la maquinaria de grúas, poleas y émbolos que, aplicada a sacar a la luz un dato del pasado hundido en el tiempo, apenas logra extraer unos pobres jirones sin coherencia. No había vuelto a acordarse, tal vez porque siempre se había negado a hablar de aquel periodo y siempre se aburría cuando algún interlocutor ocasional evocaba anécdotas de su servicio militar, ya con nostalgia, ya con maldiciones. Pero en ese momento, mientras salía del pabellón después de recibir el saludo del soldado de puerta y mirar hacia las pistas donde se instruía una compañía de reclutas, sonaron las límpidas notas de unos acordes atravesando la tarde y su memoria despertó sobresaltada por las credenciales que del reino de la memoria le traía su embajador musical, el clarín. Se vio de pronto tal como era cuando tenía veinte años y vestía el uniforme: un soldado más bien desgarbado que, por su estatura, ocupaba uno de los primeros puestos de su hilera y que ejecutaba con facilidad los movimientos de la instrucción. Tan pronto como llegó al cuartel de la sierra madrileña, una madrugada fría y otoñal, después de un viaje en un tren lento y abarrotado, fue conducido a la peluquería donde varios veteranos armados con maquinillas lo raparon sin contemplaciones. Al mirarse al espejo y descubrir su aspecto, con la cabeza desnuda

del pelo largo que siempre había llevado, supo que aquél no sería un periodo de «experiencias necesarias», como había oído decir a algunos mayores. Pocos días bastaron para que comprendiera hasta qué punto era verdadero lo de *militar*, con la rigurosa aplicación de un código de normas y leyes que nada tenían en común con el mundo civil de fuera, y hasta qué punto era inexacto lo de *servicio*, puesto que desde allí poco bien se podía hacer a la patria, viviendo durante un año a sus expensas con la única obligación de lograr sincronizar unos pocos movimientos gimnásticos y de aprender a manejar un cetme y vaciar varios cargadores sin alejarse demasiado de las dianas. Allí dentro el tiempo transcurría entre retenes e imaginarias, entre lecciones sobre estrategias bélicas de las que no recordaba absolutamente nada y algunos pases nocturnos para acudir a unas discotecas donde bailaba una muchacha por cada diez soldados. Otras noches pasaban entre borracheras rápidas y descomunales con un vino áspero y ácido que uno de los veteranos compraba a granel y revendía por botellas, después de introducirlo en el barracón en las mismas garrafas de plástico de dieciséis litros que se utilizaban para transportar el gasoil, y cuyos efectos narcóticos sólo desaparecían al cabo de dos días, a fuerza de vomitar en los retretes y de orinar en los lavabos un líquido amarillo muy oscuro, todo bajo la permisividad de los mandos hacia ese tipo de excesos, como si el embrutecimiento etílico fuera una asignatura más del viril entrenamiento militar. El resto de las horas eran para el escaqueo, para la astucia de encontrar los rincones menos transitados donde desaparecer o para fingir que se estaba muy ocupado cuando se acercaba cualquier suboficial. El escaqueo era la más alta ambición, en él se afinaba el más agudo ingenio y con él se permutaba la mística del honor y del esfuerzo por la mística de la picaresca, de manera que el camarada más hábil en hacerse invisible era el camarada más admirado.

Fue un año hueco, estéril, perdido para cualquier otro aprendizaje, siempre bajo los gritos de oficiales desconcertados y furiosos por los cambios y las acusaciones de cómplices de la dictadura de Franco, que había terminado pocos años antes y por la que casi todos sentían una profunda nostalgia. Con veinte años, Cupido aprendió definitivamente lo lejos que se hallaba de compartir con los militares sus valores y certezas, sus códigos y tradiciones, la arbitrariedad y dureza de sus castigos por incumplir cualquier norma, al margen de las razones que pudiera haber para su incumplimiento.

Por todo eso creía comprender el proyecto del comandante Olmedo dirigido a una mayor profesionalización del ejército.

Capítulo 6

Cabos sueltos

El domingo asistiría a la jura de bandera, donde podría observar y hablar con algunos militares, pero aún era jueves y Cupido aprovechó el tiempo de espera para entrevistarse con Aurora y con Samuel, el novio de Marina, y confirmar la información que la hija de Olmedo le había dado sobre ellos. Además, debía indagar en dos detalles que le habían llamado la atención en la vivienda del comandante: el juicio y condena contra el médico anestesista y los impresos para cambiar la titularidad de unos fondos bancarios.

Llamó por teléfono a Marina y ella lo citó para media hora más tarde en su casa. El Alkalino dijo que le gustaría acompañarlo y Cupido no tuvo inconveniente.

Marina lo estaba esperando. Una sencilla camiseta negra y un pantalón oscuro le daban un discreto aire de duelo, pero había sabido esquivar el triste olor de las profundas ropas del luto.

—¿Habló ya con el coronel? —le preguntó Marina sentándose frente a ellos, de espaldas al balcón abierto sobre una amplia terraza donde se veían plantas brillantes y frondosas.

—Sí. Está convencido de que su padre se suicidó, pero fue amable en sus respuestas. Me ha invitado a asistir a la ceremonia de la jura de bandera, el próximo domingo.

—¿Irás?

—Sí. Tendré oportunidad de hablar con algunos de los compañeros de su padre. ¿Sabía que, a la misma hora en que murió, hubo una reunión informal en el cuartel para analizar las consecuencias de su informe?

—No, no lo sabía.

—No asistieron todos. Faltaron al menos dos de los oficiales, Bramante y Ucha. Y el propio coronel.

—¿Eso significa que...?

Marina, con un temblor de cautela, dejó en el aire el resto de la pregunta, como si sintiera vértigo al asomarse al abismo de sospechas tangibles que comenzaba a abrir la investigación.

—Significa que reduce el número de posibles implicados, en el caso de que su padre no se suicidara —explicó Cupido en un primer paso hacia la claridad, comenzando a orientarse en la hosca y dura grisalla que se iría difuminando según avanzara la investigación.

—No, él no lo hizo —repitió con una convicción más firme que la del día anterior.

El Alkalino, un poco apartado, la observaba con fijeza, con la actitud de un pintor

que estudiara a su modelo antes de trazar en el lienzo la primera pincelada, pero incapaz aún de seleccionar los rasgos que mejor la definieran.

—Encontré dos asuntos en el piso por los que quiero preguntarle.

—Sí.

—El primero es la solicitud para el cambio de titularidad de esos fondos bancarios de los que me había hablado. Estaba firmada por usted, pero no por su padre.

—Me lo pidió él. Yo nunca me he preocupado de esos asuntos. Era mi padre quien lo hacía todo. Se trataba de que sólo él pudiera disponer del dinero, al menos durante algún tiempo. Antes, los dos éramos titulares y quería evitar que durante los trámites del divorcio Jaime pudiera provocar algún problema con nuestro patrimonio en común. Me dijo que él se encargaría de llevarla al banco.

—Pero no lo hizo. Ni siquiera llegó a firmarla. De modo que el cambio no está validado.

—No, no lo está —dijo echándose hacia atrás en el sillón.

—Entonces, si su padre murió antes de firmar, su ex marido puede hacer alguna reclamación sobre ese dinero.

—Estoy segura de que eso no será un problema. Ya se lo dije a mi padre y se lo digo a usted ahora. Estoy segura de que Jaime no creará un conflicto entre nosotros por una cuestión económica.

—Me gustaría hablar con él.

Marina cogió el teléfono inalámbrico que estaba sobre la mesa y, con la mano izquierda, marcó un número. En el silencio que los tres mantenían, el volumen estaba lo suficientemente alto como para que se oyera la voz cordial del hombre al otro lado, aceptando sin reticencias una entrevista con el detective. Estaba dispuesto a ayudarla en todo lo necesario, dijo.

—Pueden ir a hablar con él ahora mismo. Estará esperándolos en la oficina de su empresa —dijo al colgar. Luego añadió—: Había un segundo tema.

—Sí. Entre los papeles de su padre encontré el expediente de un juicio contra un médico, Lesmes Beltrán. Fue condenado a pagar una indemnización y a cuatro años de inhabilitación profesional.

—Por la muerte de mi madre —explicó—, pero eso ocurrió hace ya tiempo. Nunca he vuelto a ver a ese médico y tampoco me gustaría encontrarme de nuevo frente a él. Todo fue muy desagradable.

—¿Puede contármelo?

Marina lo miró con gesto de cansancio y tristeza, sin compartir su interés.

—No tenemos muchas pistas por donde comenzar y no podemos despreciar ningún indicio —insistió Cupido.

—Mi madre se preocupaba mucho por su aspecto físico, era muy coqueta —dijo

tras un suspiro—. En ese aspecto, era todo lo contrario de mi padre. A él le gustaba mantenerse en buena forma física, pero creo que lo hacía sobre todo por su bienestar. Era un hombre austero, de gustos sencillos, que no pedía que la comida fuera muy elaborada y exquisita ni exigía grandes comodidades en el lugar donde estuviera. Pero mi madre, no. Ella no podía salir a la calle sin peinarse cuidadosamente, ni con ropa mal planchada o mal conjuntada. No aceptaba asistir a una fiesta importante con el mismo vestido que había estrenado en otra. Podía pasarse una noche entera sin dormir si la cama del hotel no era cómoda, o si había ruido en la calle. Un mosquito aleteando sobre un plato hacía que ya no lo probara —contó mientras el Alkalino la miraba con gesto de extrañeza—. Bueno, estoy exagerando un poco, pero quiero decir que ése era su carácter, quería que todo presentara un aspecto impecable. Mi padre a veces se burlaba un poco de ella, pero en el fondo a él también le gustaba que se preocupara de que no saliera sin afeitarse, o con los zapatos sucios. Fue hace unos cinco años cuando decidió someterse a una operación de cirugía estética. Aparentemente, era algo sencillo: estirarse unos centímetros la piel de los pómulos para eliminar unas arrugas o unas bolsas que sólo veía ella. Decía, exagerando, que cada vez que se miraba a un espejo creía estar viendo un dromedario. En la operación, algo falló y no volvió a despertar, aunque no era alérgica a nada ni sufría ningún problema previo. Murió a los cinco días. Mi padre presentó una denuncia y tuvo que luchar para llegar a la verdad, no fue fácil romper el corporativismo de los médicos de la clínica. El anestesista, por negligencia, por prisas, por error..., no sé..., le había aplicado una dosis capaz de dormir a un elefante. Se dijo que era un hombre inestable, y tal vez no hubiera debido estar destinado en un puesto así, tan delicado y con exceso de trabajo. Luego vino la sentencia, la indemnización y su inhabilitación temporal.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé, aunque supongo que se habrá reincorporado al trabajo, ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—¿Tampoco su padre volvió a saber nada de él? ¿Comentó algo alguna vez?

—No, que yo recuerde. Era un tema que evitábamos. A mí me gustaba mucho hablar de mi madre y recordar cómo era cuando vivía. Pero no era agradable recordar cómo murió.

Poco después se despidieron de ella y se dirigieron caminando hacia la dirección donde los esperaba Jaime, su ex marido. La empresa ocupaba un bajo en un complejo de edificios que formaban una plazuela interior. Los dos espacios habilitados como oficinas estaban separados del resto del local por tabiques con amplias cristaleras cuyas persianillas permitían controlar lo que ocurría en el almacén anexo, donde se veían escaleras de aluminio, rollos de cuerdas, soportes, ganchos, arneses, barras metálicas y dos furgonetas con el anagrama y el nombre de la empresa, Mediterráneo

Vertical, en grandes letras azules.

Una secretaria alzó la vista de los papeles que ordenaba y, cuando se presentaron, se levantó para abrirles la puerta del segundo despacho.

—Está esperándolos. Pasen.

Cupido tuvo la sensación de que Jaime cerraba precipitadamente, con un clic del ratón, la pantalla que tenía abierta en el ordenador. Luego se levantó, rodeó la mesa y, sonriendo, estrechó sus manos con excesiva cordialidad, como si fueran viejos amigos y se alegrara de verlos. El detective tuvo que hacer un esfuerzo para imaginarlo como padre de los dos niños. Sabía que el aspecto no es una razón, que no hay una apariencia propia para la paternidad, pero su estilo en exceso juvenil e inquieto le impedía imaginarlo durante los fines de semana cambiando los pañales del pequeño, rasando las dosis para hacer las papillas o esterilizando sus biberones, velando toda la noche si tenían fiebre o llevándolos a jugar y ensuciándose de arena con ellos. Todo en la oficina, a su alrededor, era brillante y aséptico, con ese tipo de limpieza mecánica en la que parece estar desacreditada cualquier herramienta que no lleve un motor eléctrico.

—Siéntense. Siéntense —dijo acercándoles él mismo dos sillas de un diseño tan estilizado que el Alkalino las miró con desconfianza, temiendo que si se sentaban en ellas, en cualquier momento se hundirían bajo su peso—. No sé qué puedo aportar yo que ayude a aclarar la muerte de Camilo..., si es que se necesita alguna aclaración más. En realidad, no puedo comprender por qué Marina no acepta lo que pasó. Yo creo que no hay que hurgar más en todo eso. Por su bien y el de los niños. Ocurrió así y ya no tiene arreglo.

—Ella está convencida de que no fue un suicidio.

—¡Pero ésa es una idea muy grave! Implica que hay por ahí alguien a quien tendría que acusar de asesinato.

—Marina es consciente de eso.

—¿Y estaría dispuesta a hacerlo?

—Sí, creo que sí.

Durante un segundo la amabilidad desapareció de su rostro, de los grandes ojos suaves y atractivos, para dejar hueco a un chispazo de celos y desconfianza, de malestar surgido porque un desconocido recién llegado introdujera la purulencia de la sospecha en su brillante y aséptico despacho, porque un detective en contacto con los ambientes más turbios de la sociedad pudiera inmiscuirse tan íntimamente en la vida privada de la mujer a quien él conocía desde mucho tiempo antes y llegara a saber de ella más que quien había sido su familia. Luego, enseguida, volvió la sonrisa a estirar los labios en el rostro que de nuevo se hizo redondo y amable para ocultar lo que había asomado: «Apártate de ahí. ¿Es que pretendes meterte entre ella y yo? Apártate de ahí».

—Es un error —afirmó—. Ya se lo dije a ella, es un error.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque todo esto sólo le acarreará más preocupaciones.

—Tan seguro de que Olmedo se suicidó.

Jaime lo miró desconcertado por la corrección que hacía a su respuesta.

—Porque todas las circunstancias demuestran que fue así. Porque estaba solo en la casa cerrada. Porque tenía la pistola en la mano. Por la nota que escribió. Porque..., porque no puedo creer que hubiera nadie que se atreviera a matarlo.

—Tal vez alguien a quien él conocía, a quien le hubiera abierto la puerta, en quien confiara lo suficiente para dejarse sorprender.

—No creo que Camilo se hubiera dejado sorprender por nadie.

—¿Por qué lo cree?

—Porque lo conocía bien. Era un hombre que siempre estaba en guardia, que nunca se relajaba. Antes de salir del garaje con el coche, miraba con atención a los dos lados de la calle. Si íbamos a un restaurante, elegía un sitio que le permitiera tener la espalda contra la pared. Si un desconocido llamaba por teléfono, necesitaba confirmar que se trataba de un simple error. Supongo que ese carácter es común a muchos militares.

—¿Mantenían buenas relaciones?

—Todo lo buenas que puedan ser entre un ex suegro y un ex yerno... Aunque no me gustan esas palabras —concluyó, como si la intención que sugería la pregunta fuera tan absurda que no mereciera otra explicación.

—Todo lo buenas... —repitió Cupido.

—Sí, eso es. Quizá porque Marina y yo seguimos manteniendo un trato cordial. Nos separamos de común acuerdo y todo fue pactado: los niños, la casa, el dinero.

Cupido pensó en los impresos del banco que Olmedo no había llegado a tramitar, pero no dijo nada. Tal vez Jaime no lo supiera. Y era a Marina a quien correspondía contárselo.

—Ambos cumplimos con las obligaciones hacia nuestros hijos. No impedimos ni nos saltamos el régimen de visitas —continuó—. Ella se quedó con el piso y yo me quedé con la empresa... Así que no puedo decir que haya problemas entre nosotros. Ni ella ni yo somos de esas gentes que gritan, se insultan y se pelean. A Camilo, sin embargo, parecía que le costaba comprenderlo.

—¿Por qué?

—Un día, hace tiempo, le oí decir que en toda separación hay al menos uno que sufre un daño. Y él no entendía que la persona dañada aceptara las cosas como si no hubiera ocurrido nada... ¡La mentalidad de los militares! —exclamó sonriendo, indulgente y conciliador, sin rencor aparente. Luego su expresión cambió de nuevo cuando miró al Alkalino y vio su rostro serio, incrédulo y perplejo—. Creo que, en el

fondo, Camilo hubiera preferido que nos peleáramos para tener así una excusa para romper definitivamente. Como si temiera que algún día pudiéramos volver a estar juntos.

—¿Usted lo apreciaba? —insistió Cupido, en voz baja.

—Bueno, cuando me encontraba con él no me entraban deseos de matarlo, si es eso lo que quiere saber —replicó bromeando, la boca ensanchada por la sonrisa falsa y bondadosa, la mueca amable extendiéndose por la cara como un maquillaje para ocultar el desprecio. Luego añadió—: En serio... Yo nunca le gusté. Supongo que él hubiera querido para su hija otra clase de marido. Un alto militar, como él, o un funcionario de cierto rango... No sé, alguien más estable, más afín a sus ideas. A menudo repetía una frase: «Hay que tener siempre los pies en el suelo».

—No le gustaba su trabajo —dijo Cupido señalando alrededor.

—No. Decía que yo corría excesivos riesgos para poco beneficio. Camilo tenía una finca rural arrendada a unos aparceros, no lejos de aquí, unos kilómetros hacia el interior. Una vez intentó convencerme de las bondades de la naturaleza. Pretendía que yo me encargara de la explotación.

—¿Y usted se negó?

—¡Por supuesto que sí! No tengo nada personal contra el campo, pero yo soy un hombre urbano. ¿Se imaginan? Un horario de sol a sol, las tormentas, las plagas, el sudor mezclado con el polvo, el olor a vacas o a ovejas, las uñas sucias... Llevo quince años preparándome a fondo para mi trabajo.

Cupido oyó el apenas perceptible suspiro de fastidio que exhaló el Alkalino, y se preguntó cómo podía permanecer callado, él, a quien tanto le gustaba opinar de todo, a quien llamaban así precisamente porque no se cansaba nunca de hablar, porque seguía hablando cuando ya todos los demás no tenían nada que decir. No podía estar de acuerdo con aquel desdén hacia el mundo rural del que provenía.

—Permítame otra pregunta —dijo Cupido.

—Sí, adelante. Sí —repitió, como si la esperara impaciente, todavía el rostro amable y agraciado, sólo una leve furia apenas asomando en la voz.

—El atardecer en que murió el comandante, ¿dónde estaba usted?

Jaime se recostó hacia atrás y suspiró, como si al fin hubiera llegado el momento que esperaba. Sin embargo, dijo:

—Si ésa es la mejor pregunta que sabe hacer un detective, ese detective no llegará muy lejos.

—No es la mejor pregunta, pero ayudará a Marina respondiéndola.

—En esta ciudad hay mucha gente que me conoce y me aprecia lo suficiente para ofrecerse a afirmar que yo estaba con ellos esa tarde —dijo—, pero no necesito que nadie mienta por mí. Estuve aquí, en esta oficina, solo, revisando y poniendo al día toda la documentación que llevaba atrasada. Hay una parte de la contabilidad que ni

siquiera la mejor secretaria debe conocer. Con eso creo que queda respondida su pregunta.

—Sí.

—Entonces, permítame que ahora yo le diga algo —añadió, sereno, digno, casi vindicativo—. Creo que Marina podría gastar su dinero de mil formas más provechosas que intentando averiguar qué hacía la gente que la quiere mientras su padre se pegaba un tiro en el pecho.

—Estos tipos tan sonrientes..., no puedo con ellos —murmuró el Alkalino apenas abandonaron la oficina—. ¡Tanta facilidad para sonreír a los extraños, tanta cordialidad, tanta sonrisa, como si necesitaran demostrar que son felices...! ¿Qué necesidad tenía de ser simpático? Si no íbamos a comprarle nada...

Aunque era más bajo que el detective, avanzaba por la acera un metro por delante, con pasos rápidos y ofendidos, a punto de chocar con transeúntes a los que no veía cuando volvía el rostro hacia atrás.

—¿Tú lo has mirado bien? —continuó—. Uno de esos depredadores musculosos, guapos y majaderos que no saben apreciar el valor de sus víctimas, tan sonrientes y tan seguros de que cualquier mujer a la que miren saldrá corriendo tras ellos en cuanto la llamen con un gesto. Tan falsarios y... y...

Cupido observó con ironía la expresión indignada en el rostro oscuro, de madera tostada, adivinando lo que no se decidía a pronunciar: «... y sin embargo son amados por mujeres hermosísimas que nunca nos amarán a nosotros».

—¡No exageres! —replicó—. Ellas siempre pueden decir ¡No! Siempre pueden resistir.

—¿Resistir? En cuanto una mujer pronuncia la palabra resistir es que ya está vencida.

—Bueno, bueno —protestó Cupido.

—¡Y las sillas! ¡Tanto diseño en todo lo que lo rodeaba, tanta modernidad, tanto brillo...!

—Sí, no se veía ni una sola mancha.

—Tampoco la hay en los polos y allí te morirías de frío. Y además...

—¿Qué?

—Esa amable superioridad, ese desprecio hacia el campo, como si no proviniéramos todos de allí, como si nuestro primer trabajo no hubiera sido engarzar una piedra afilada en un palo para salir corriendo a destrozar la cabeza de cualquier animal que fuera comestible, como si la primera vez que alguien pensó en hacerse sedentario y levantar un techo bajo el que cobijarse no hubiera sido porque estaba esperando a que creciera la semilla de trigo que había enterrado al lado... Ellos, que han vivido durante siglos alimentando y sirviendo a la gente de ciudad..., para que

venga un tipo brillante y sonriente a decir que..., a decir que...

—Bueno, bueno —repitió Cupido.

—Como si nuestros primeros padres no hubieran sido un pastor y un labriego que...

—Que acabaron uno asesinado por el otro —lo interrumpió.

El Alkalino detuvo de pronto su marcha y lo miró con un gesto perplejo en el rostro afilado y oscuro, se diría lleno de alguna materia más dura que la carne o los huesos, algo como la madera justo antes de convertirse en carbón.

—¿Quieres decir que tú lo crees? ¿Quieres decir que das por seguro que se pasó toda esa tarde de primavera ahí encerrado, entre esas persianas, arreglando la contabilidad y calculando la mejor forma de engañar a Hacienda?

—Todavía no. Todavía no doy nada por seguro. Ni siquiera que lo que dice sea falso.

El Alkalino volvió a caminar a su lado, apaciguado y reflexivo, más lentos ya sus pasos cortos y rudos, la punta de los pies levemente torcida hacia el interior. Absorto en alguna idea peculiar, avanzaba con la cabeza agachada, ajeno a los ruidos de las puertas y rejas de los comercios que cerraban, a los transeúntes que regresaban a sus casas pensando en el descanso y en una cena tranquila, a las muchachas que no habían esperado a la llegada del calor para exhibir su cintura al aire, la piel dulce y elástica y el delicado ojal del ombligo, a las palomas del campanario de una iglesia que a esa hora del atardecer parecían defender su territorio de la invasión de los vencejos.

—En algo, al menos, sí tenía razón —dijo de pronto.

—¿Él? ¿Olmedo?

—El ex yerno..., como quiera que se llame.

—¿En qué?

—En que a menudo los conflictos más cruentos surgen en los alrededores de las familias, entre los extraños que entran a formar parte de ella. Tampoco a él le gustan esas palabras que nombran las relaciones familiares políticas: yerno, cuñado, suegra, nuera, hermanastro... ¿Te has fijado en la crueldad de los chistes, en la mala prensa que tienen? ¿Te has fijado? Hay algo despectivo al pronunciarlas, o al menos desdeñoso, como si fuera un parentesco que se concede por cortesía a la elección del hijo o del hermano, pero no por propia voluntad. Y es ahí, en esa periferia, donde a menudo crecen los odios y las pasiones. Acuérdate de cuántos conflictos familiares hay en la Biblia, y en las tragedias griegas, y entre aquellos hermanos rusos que parecían lobos...

Capítulo 7

Trabajos en altura

No había dormido bien en toda la noche. El sueño iba y venía de forma caprichosa y cada vez traía de la mano acompañantes distintos que se quedaban en pie, inmóviles, cerca de su cama, mirándolo dormir: Camilo, Marina, una mujer desnuda cuyo rostro no lograba identificar, el detective y su ayudante callado, oscuro, enfadado. No se trataba de una pesadilla que hubiera podido ahuyentar levantándose a beber un vaso de agua, sino de un continuo tráfago de imágenes confusas y elusivas y de frases sueltas, carentes de pudor, que ya no recordaba.

Se metió en la ducha y estuvo mucho tiempo con el chorro de agua caliente sobre su cabeza, con los ojos cerrados y las manos caídas a lo largo del cuerpo, antes de coger el champú y llenarse de espuma. Arrojó sobre la cama la toalla con la que se había secado y se contempló desnudo en el espejo del armario. Todavía no le desagradaba lo que veía. Dentro de unos años los músculos pectorales ahora firmemente agarrados a las clavículas comenzarían a descolgarse por las escaleras de las costillas, aparecería una doble cintura y los pelos de las piernas empezarían a encanecer y a ralear. Vendrían las arrugas, las manchas y los pliegues. Pero de momento se mantenía en una estupenda forma física: aún no lo había alcanzado esa edad en la que un hombre sólo es elegante si va vestido con chaqueta. Tenía treinta y cuatro años y no estaba dispuesto a desperdiciar el tiempo que le quedaba de esplendor.

Desayunó té, dos tostadas con un velo de mantequilla y un zumo de naranja. Esa mañana dos de sus empleados irían a limpiar la fachada de cristales de un alto edificio de oficinas. Él, con un tercer operario, se encargaría personalmente de instalar los anclajes para los nuevos conductos de bajantes en la reforma de un bloque de viviendas. Era una tarea fácil, intensa y rápida, sin la monotonía de la limpieza o de la pintura. De modo que se vistió con la ropa de faena, una camisa de cuadros y un pantalón de loneta lleno de bolsillos, y se calzó las botas de suela semirrígida. El hecho de que Mediterráneo Vertical funcionara tan bien —una empresa pequeña y competitiva, inquieta y eficaz, para trabajos en altura, sin demasiada inversión en infraestructuras ni en innovación tecnológica, de la que aspiraba a abrir algún día una sucursal en Valencia— se debía en buena parte a que él se implicaba directamente en las tareas y llevaba un control permanente sobre la actividad de sus obreros.

Cuando llegó al almacén, los empleados habían cargado en las furgonetas todo lo necesario y estaban esperándolo para salir. Él mismo condujo una de ellas hasta el bloque de viviendas. Llamó al piso que le habían indicado, el octavo, y una voz de mujer les abrió para que subieran. Era la presidenta de la comunidad y les ofreció un café, que aceptó para él mientras su empleado subía a la terraza a enganchar las

cuerdas de las que iba a colgarse.

—Siempre es conveniente un café para tomar fuerzas —dijo la mujer sonriendo al volver de la cocina con la bandeja. Se sentó frente a él para servirle una taza y Jaime la observó con simpatía: una mujer de unos cuarenta años, casada con el hombre con gafas y bigote y expresión un tanto perpleja y desconfiada, como si ya en el momento de disparar la fotografía sospechara lo que un día de futuro iba a suceder, cuya imagen tapaba unos libros en el mueble, al lado de otro marco con los retratos de dos niñas de ocho o diez años. El previsible, repetido pecho abundante, las redondeces de la cintura y de los brazos con un atisbo de sudor en las axilas, las manos de dedos levemente más gruesos de lo que sería necesario para una mano hermosa. Una mujer madura, atractiva, sin trabajo fuera de casa, un poco aburrída y también un poco infeliz, pero con la bondad o la astucia suficiente para disimularlo.

—No ha sido fácil llegar a un consenso entre todos los vecinos de la comunidad —le estaba diciendo—. Seguro que usted ya se ha encontrado otros casos así. Imagínese. Cuarenta y ocho propietarios a quienes hay que poner de acuerdo de modo que nadie se sienta perjudicado. ¡Y hay cada caso...! ¡Los que no pagan las cuotas y sin embargo no dejan de protestar y de exigir! ¡Los que quieren aumentarlas para hacer mejoras! ¡Los que nunca vienen a las reuniones y no colaboran en nada!... En fin, no se puede contar con la gente. Estoy muy cansada de ser presidenta, siempre tratando de conciliar a todo el mundo. ¡Menos mal que dentro de dos meses...! —dijo intentando atraer su atención sobre ella, sobre su capacidad de sacrificio, sobre su aportación a la concordia universal—. El mundo está lleno de gente a quien le gusta hacer daño. ¡Con lo fácil que sería dialogar, ser amables los unos con los otros, querernos...!, ¿verdad? —le preguntó, como si advirtiera de pronto que sólo ella hablaba y que hablaba demasiado.

—¡Claro que sí! —respondió sonriendo, casi conmovido por la ingenuidad con que se esforzaba por ponerlo de su lado e implicarlo en su afán de fraternidad.

Eso era lo que lo complacía: dejarse querer. No era extraño que en un bar, o en una tienda, o en la playa una mujer le dirigiera una sonrisa amable. Si las circunstancias eran propicias, enseguida estaba él allí, a su lado, atento y divertido, a su entera disposición para lo que quisieran hacer con él, decidido a poner en práctica todo lo que había aprendido en veinte años amándolas. ¿Por qué no, si resultaba tan fácil y tan agradable? ¿Por qué no hacer felices durante unas horas a aquellas mujeres maduras que, en el juego de la seducción, se sentían tan vivas, tan capaces de despertar deseo con el ingenuo desafío de su coquetería como quince o veinte años atrás? Lo abrazaban, se aferraban a él a dos manos, lo besaban con labios abiertos y ardientes, mientras destilaba en sus oídos la mentira de que la belleza de verdad es eterna y el amor no caduca y el tiempo no pasa. Descendía hasta ellas como si fuera el mismo ángel custodio que las había protegido contra los ogros y las pesadillas de la

infancia, pero que ahora había crecido y desplegab sus alas y blandía una espada flamígera y venía a satisfacer los sueños de la mujer adulta en que se había convertido la niña de entonces. Porque también él era feliz abrazándolas, consolando su nostalgia de lo que ya nunca serían, sosteniendo sus pechos que comenzaban a caer como frutas plenas y maduras, acariciando sus estómagos levemente almohadillados por la edad, sus muslos suavizados por cremas reafirmantes. A una mujer que te pide que la abracés, se decía, la única manera de no ofenderla es abrazándola, aunque haya otro hombre a quien eso le duela. La fidelidad podía ser beneficiosa para mucha gente, pero para él era una condición absurda, no tenía sentido, ni siquiera hacia una mujer como Marina, del mismo modo que había medicamentos provechosos para casi todo el mundo que, sin embargo, eran dañinos para algunos pacientes. A pesar de todas sus aventuras, la había querido, y aún la quería y, por consideración hacia ella, hubiera reducido y acotado sus escapadas en algún territorio lejano donde no le hicieran daño. Todo podría haberse arreglado y ahora seguirían juntos sin la intervención de Camilo. Desde el principio, la suya no había sido una oposición frontal de reproches, sino una constante resistencia que, por su misma moderación, nunca parecía agotarse. Era su forma irónica de observarlo, de no elogiar nunca lo que hacía y, en cambio, repetir con frecuencia aquella molesta frase, «Hay que tener siempre los pies en el suelo», como si lo acusara de estar caminando siempre al borde del abismo. Por supuesto, con esas palabras no se refería sólo a su trabajo, o no sólo a su trabajo. Sin duda tenían que haberle llegado comentarios: un tipo guapo que trabajaba por lo alto de los edificios, que seducía a mujeres que lo contemplaban con un temblor de excitación y de miedo y que, cuando bajaba a tierra, lo acogían entre sus brazos como a un ángel bello y bueno necesitado de ternura y reposo, bondadosas y contradictorias anfitrionas que se estremecían al contacto de su condición de antorcha y que luego acariciaban sus omóplatos como si acariciaran las alas emplumadas de su condición de pájaro... Sí, sin duda le habrían hablado de él. Pero Camilo sólo intervino cuando Marina descubrió aquel mensaje en su móvil, las palabras cariñosas y obscenas que le había enviado su última aventura. Entonces sí alzó la voz para defender a su hija, y se hubiera dicho que su dolor era más lacerante y que se sentía más ofendido que ella. Durante toda su vida Camilo había amado a una única mujer —aún no había aparecido la mujer alta con la que salía en sus últimas semanas— y no podía comprender que él engañara a su hija de aquel modo. Porque, además, no tenía motivos para hacerlo. Marina siempre había sido dulce con él, leal, alegre, no lo había presionado, no le había negado nada. Entonces, vino a decirle, si tu pareja te ayuda, te sonríe y te abraza..., ¿cómo no quererla? ¿Cómo has podido mirar a alguien más si ella te ofrecía todo lo necesario? ¿Quién te has creído que eras para haberle hecho daño?

Tomó el último sorbo de café y se levantó para ir a la terraza. La mujer lo

acompañó hasta la puerta.

—Tenga mucho cuidado, por favor. El suyo es un trabajo peligroso. Doce pisos. Creo que no podré ni mirar. Es el vértigo —explicó—, las piernas comienzan a temblarme y siento un escalofrío cuando tengo que subir a sitios altos.

Arriba ya estaba esperándolo su ayudante. Había atado las cuerdas a los ganchos de anclaje y había tendido la plomada. Un olor a café reciente, a gas quemándose en los calentadores, a suavizantes utilizados en la colada ascendía hacia lo alto por el ancho patio de luces. En muchas ventanas había cuerdas de tender, pero el lienzo en que debía fijar los anclajes estaba libre de estorbos.

Se colocó el casco, se ató el cinturón de seguridad y pasó las cuerdas por las anillas. Con la taladradora, los tacos y los ganchos en la cintura subió al pretil y comenzó a descolgarse lentamente. Cuarenta metros más abajo se veía el cemento gris del suelo. A pesar de no haber dormido apenas esa noche, se sintió bien allí arriba, seguro, casi ingrátido, balanceándose ligeramente en el vacío.

Debía fijar los ganchos en cada planta, de modo que los fontaneros sólo tuvieran que apretar después las tuercas para sujetar las nuevas tuberías. El sedal de la plomada marcaba la vertical cerca de una fila de ventanas.

Con las piernas abiertas y apoyadas contra el muro, comenzó a hacer los primeros taladros. La broca penetró sin demasiado esfuerzo, primero en el revoco y enseguida en el ladrillo. Terminó de fijar los primeros ganchos y, al descender hasta la siguiente planta, vio que las ventanas se habían llenado de espectadores atraídos por el ruido de la taladradora: no sólo mujeres y ancianos, también algunos hombres jóvenes y de mediana edad. ¿Por qué siempre había tanta gente que no estaba trabajando en las primeras horas de la mañana?, se preguntó, ¿qué hacían dentro de sus casas? Algunos asomaban medio cuerpo hacia fuera para observarlo con curiosidad o diversión o miedo. Otros desaparecían de pronto y regresaban unos segundos después acompañados por alguien todavía en pijama. Una asistenta con un plumero en las manos se acodó en la ventana, dispuesta a divertirse. Un adolescente reapareció con un teléfono móvil y lo fotografió varias veces antes de retirarse marcando un número.

Le gustaba toda aquella expectación, convertirse en el centro de las miradas de los hombres que evaluaban en silencio su trabajo, comparándolo con el suyo; de mujeres temblorosas que abrían mucho los ojos al descubrirlo y se llevaban a la boca una mano enjorada y miraban luego los finos cabos de los que colgaba, como si temieran que de un momento a otro pudieran romperse; de los niños que gritaban exaltados señalándolo con el dedo. Tenía la sensación de que allí arriba se expandía, de que era más grande, pero al mismo tiempo más ligero, y más poderoso, porque desde su puesto contemplaba a los demás con una perspectiva que a ellos les estaba vedada. Por las ventanas abiertas veía los dormitorios con las camas sin hacer, o con alguien aún dormido, demasiado fatigado o perezoso para levantarse al reclamo del

ruido, y las habitaciones abigarradas y caóticas de los adolescentes, y los pulcros despachos de un técnico o un profesor, y los humildes secretos de los tenderos y de los cuartos de baño. Desde arriba comprendía por qué los demonios más sabios y traviosos eran alados y volaban sobre los tejados de la ciudad y por qué los duendes tenían la capacidad de acceder a todos los sitios por cualquier hueco que no fuera la puerta.

Volvió a pinchar sobre el muro con movimientos firmes y exactos, las piernas apoyadas en él como si estuviera sujetándolo, las manos en la taladradora y el tornillo en la boca, entre los dientes. En el octavo piso vio junto a él, asomada a la ventana, a la mujer, que volvía a decirle algo de su valor, y del vértigo y del peligro, preocupada y responsable ante los demás vecinos, mirando hacia la cuerda en tensión que lo sostenía y luego hacia abajo con una mirada fugaz y desorbitada, para retirarse enseguida con los ojos cerrados, como si del fondo del patio ascendiera un fulgor que la hubiera deslumbrado.

A medida que iba bajando disminuía el número de espectadores, porque su trabajo despertaba tanto menor interés cuanto más cerca del suelo se desarrollaba, como si, en el fondo, todos estuvieran esperando que diera un paso en el vacío. Desaparecían poco a poco de las ventanas, algunos para reaparecer al cabo de un tiempo, para ver cómo adelantaba su tarea o para comprobar que no se había caído. También la mujer había vuelto a asomarse y lo miraba fijamente desde arriba.

Cuando al fin terminó y puso los pies en el suelo del patio apenas quedaba nadie en las ventanas. Regresó a la terraza, donde el empleado recogía el equipo.

—Llévatelo todo en el coche —le dijo—. Yo iré más tarde.

—Más tarde —repitió el empleado con una sonrisa turbia que ofrecía complicidad, pero que él rehusó satisfacer.

—Me esperas en el almacén, ordenándolo un poco. Me tienen que firmar la factura y entregar el cheque.

Detuvo el ascensor en la octava planta. Cuando la mujer le abrió la puerta, notó el perfume violento y excesivo, que no llevaba antes, y el nuevo peinado en el que ni un solo mechón escapaba de su sitio. También se había cambiado de ropa: se había puesto un vestido demasiado elegante para aquellas horas de la mañana, uno de esos modelos que siempre le hacían pensar que cuanto más caros, más fácil les resultaba quedarse desnudas.

—Siéntese. Estará cansado, después de tanto tiempo colgado de esa cuerda que parecía que no podría sostenerlo. Debe de haber pasado miedo allí arriba.

—Miedo, sí —respondió—, ¿quién no lo tiene? Pero todas las cosas en la vida que merecen la pena exigen correr algunos riesgos.

—¿Quiere tomar algo? ¿Una cerveza?

—Gracias. Una coca-cola, si tiene.

—Ahora mismo.

La vio salir y volver enseguida con la bebida y un pequeño plato de almendras, como si lo tuviera dispuesto desde antes. Bebió un trago muy largo y luego, sin precipitarse, sacó la factura del bolsillo de la camisa y la deslizó en la mesa hasta la mujer.

—Es lo que se acordó en el presupuesto. Puede firmar la copia.

—Correcto —dijo sin apenas comprobar la cantidad—. Ha hecho un buen trabajo. Y peligroso.

Se levantó a buscar un bolígrafo, nerviosa y acelerada, y abrió un cajón del mueble bajo la fotografía del hombre con gafas y bigote. Revolvió dentro hasta encontrarlo y regresó a sentarse junto a él en el sofá.

—Firmar —dijo, y escribió su nombre con una letra gorda y desparramada por el temblor de su mano, mientras añadía—: Es lo que yo digo siempre en las reuniones. Si queremos que la comunidad funcione y que los trabajos estén bien hechos, es necesario que todos paguemos con puntualidad. No se imagina los problemas que tenemos con los morosos... Ahora le traigo el cheque.

Se levantó de nuevo para dirigirse hacia el pasillo que comunicaba con las habitaciones.

—¿Puedo lavarme un poco? —le preguntó mostrándole las manos polvorientas.

—Por supuesto. Venga.

La siguió por el pasillo y ella le abrió la puerta de un cuarto de baño alicatado con azulejos con dibujos de flores, verdes y rosadas, tan violentos y chillones que de ellos parecía surgir el perfume que llevaba puesto. Abrió el grifo, se llenó de agua las palmas de las manos y hundió la cara en ellas, frotándose con lentitud y energía. Mientras se secaba con la toalla vio a la mujer en la habitación de enfrente, el dormitorio. Se había sentado a un lado de la cama y sacaba de la mesilla un talonario de cheques. Rellenó uno, lo arrancó cuidadosamente, devolvió el librito al cajón y, sin levantarse, dejó el cheque allí, sobre la colcha. El trozo de papel timbrado y su lugar en la cama la convertían de pronto en una mujer diferente, sin hijos, sin marido, sin hogar, sin comunidad, sólo la eterna carne femenina imponiendo su derecho a existir por encima del pudor y de las contingencias sociales.

Jaime sintió que con aquel sencillo gesto borraba toda la distancia que lo separaba de ella. La mujer lo miraba de nuevo fijamente, con una expresión temblorosa y anhelante. Se secó las manos despacio, colocó la toalla en el toallero y cruzó el pasillo y entró en la habitación.

El cheque esperaba junto a sus caderas, que imaginó redondas y tibias como el pan, como un pan que ya no cruje de reciente, pero aún tierno y benigno y succulento. Avanzó unos pasos con un sentimiento de deseo y de simpatía mientras pensaba: «No te preocupes más, deja ya de temblar. Que seas así de frágil y que te dé tanto miedo lo

que estás haciendo es lo que te hace encantadora. Deja ya de temblar. Durante dos horas vamos a ser felices».

Capítulo 8

Anestesia

Acababa de abrocharse la bata blanca cuando zumbó el busca y el mensaje en la pantalla lo reclamó con un incómodo parpadeo: «Doctor Beltrán, urgente a quirófanos».

Con un pequeño golpe dejó cerrada a sus espaldas la puerta del despacho donde una chapa metálica indicaba: DOCTOR L. BELTRÁN. ANESTESIOLOGO, y avanzó deprisa por el pasillo hasta las anchas escaleras. Aún no había transcurrido un mes desde su vuelta a los quirófanos, después de los cuatro años de inhabilitación, y sentía responsabilidad, pero no la angustia del principiante. Siempre había estado a gusto en el hospital, el hospital era su casa y para él la palabra hospital no era sinónimo de dolor, sino de curación. En aquellos pocos días ya le resultaban de nuevo familiares el siseo de los zuecos de las enfermeras caminando por los pasillos, el olor a desinfectantes, los reflejos azules y rojizos que entraban por la ventana de una habitación en penumbra emitidos por una ambulancia que llegaba con un enfermo, el ambiente de ansiedad y esperanza de los rostros de los familiares, el proceso mismo de las operaciones, el temor con que los pacientes se tocaban la barba al despertar de la anestesia para comprobar cuánto les había crecido y calcular así el tiempo que habían estado dormidos, como si temieran que hubieran transcurrido años. Al llegar a la planta baja casi chocó con la doctora Añil, la cirujana jefe de sección, que también se apresuraba hojeando un informe con unas notas escritas a mano.

—¿Qué es? —le preguntó.

—Un chico. Dieciséis años. Una moto lanzada a escape libre contra la valla de una rotonda. ¿Qué puede salir de todo esto? —añadió en un tono de desaliento y de protesta.

—¡Los adolescentes...!

—¡Los adolescentes... y sus padres! Los de puerta temen que vaya cargado de éxtasis o de algo parecido. Los análisis nos lo dirán enseguida, a menos que sea una de esas nuevas pastillas con las que tienen dificultades en el laboratorio para determinar todo lo que les han metido. ¿Qué puede salir de todo esto? —repitió.

Empujaron las puertas batientes y llegaron a la sala de preanestesia. Una enfermera estaba esperándolos y entregó a la doctora las placas de tórax y cuello, el electro y unos primeros análisis.

—En principio, no hay traumatismo craneoencefálico. Por fortuna, llevaba casco. Un golpe fuerte y quemaduras leves en la pierna izquierda. Parece que tampoco hay nada importante en el cuello —dijo mirando las placas en la pantalla—. Sin embargo, todo el cuadro apunta a que tiene el bazo reventado —dijo al leer la analítica, y añadió—: Otra cosa. En el bolsillo llevaba esto. —Le mostró dos envoltorios de

cápsulas. Uno de ellos estaba vacío—. Speed.

—¿Speed?

—Pastillas de ketamina..., si no le han añadido algo más. ¿Podrá dormirlo? ¿No es incompatible?

La doctora Añil lo miró por encima de las gafas y Beltrán adivinó que estaba recordando lo ocurrido cuatro años atrás y preguntándose si su miedo y su prudencia actuales no afectarían al normal desarrollo de su trabajo. La mirada inquisitiva de la responsable del equipo le trajo a la memoria con una precisión dolorosa la cabeza vendada de la mujer durante los cinco días en que permaneció en coma. Sospechaba que, tras su reincorporación, se había convertido para sus colegas en un compañero incómodo, que dudaba demasiado antes de tomar una decisión y que se asustaba en exceso con la aparición de cualquier síntoma anómalo. Y en Urgencias no se podía trabajar asustado. Había que tomar decisiones rápidas, claras y coherentes, y defender luego su coherencia independientemente de cuál fuera el resultado. El miedo aumentaba las posibilidades de error.

—No lo sé —respondió—. Si la dosis no es alta, creo que podré llevarlo. Pero será necesario un mayor control en el manejo hemodinámico.

—Entonces, lo espero dentro —dijo al ver que dos auxiliares traían al chico en una camilla. Se retiraron y lo dejaron solo con el muchacho y la enfermera.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Yago —respondió con un quejido—. Santiago.

Su rostro mostraba una palidez extrema y sudorosa bajo un extraño peinado a surcos de los cabellos muy cortos. Cuando la enfermera le tomó el brazo para medirle la tensión, hizo un gesto de resistencia que le provocó una mueca de dolor.

—Tranquilo —le dijo—, tranquilo. Ahora voy a mirarte el estómago.

Le levantó la camisa del pijama y exploró el vientre. Estaba duro y latía tenso como un tambor. Por lo que indicaban los análisis, sus niveles de hemoglobina se mantenían más o menos estables cuando ingresó, pero el proceso parecía agravarse con rapidez hacia un cuadro de abdomen agudo. Había que operar enseguida.

—Cinco ocho —indicó la enfermera.

—¿Van a operarme? —parecía a punto de llorar.

—Tranquilo... Sí..., tranquilo —dijo—. No es nada grave.

—¿Me va a doler?

El chico lo miraba fijamente a los ojos. Era lo habitual en los pacientes. Cuando hablaban con el cirujano que iba a operarlos, observaban con atención sus manos, esperando que fueran limpias y delicadas, que no temblaran, que no hicieran más daño del necesario. Pero a él lo miraban a los ojos con una muda plegaria, como si le rogaran que impidiera el dolor, que aliviara su sufrimiento: «Por favor, no dejes que sufra. Por favor».

—No, no te dolerá. Un poco al despertar. Serán unos minutos —mintió.

—¿Han avisado a mi familia?

—Claro. Ya están de camino. Cuando despiertes, te estarán esperando. Tranquilo.

—Mi madre...

—Sí, no te preocupes. Será la primera persona que veas cuando despiertes.

El chico cerró los ojos para contener dos lágrimas que, sin embargo, parecieron atravesar sus finos párpados y se deslizaron por sus sienes, entre dos surcos del pelo. El anestesista esperó unos segundos para preguntarle:

—¿Has tomado algo esta noche?

—¿Tomado?

Abrió los ojos con desconfianza y alerta, dispuesto a negarlo todo incluso antes de haber comprendido la pregunta.

—¿Has cenado? ¿Has bebido algo?

—Sí, cené.

—¿Cuánto tiempo hace?

—¿Qué hora es? —preguntó con desconcierto.

Lesmes miró el reloj de pared.

—Las tres.

El muchacho cerró los ojos, calculando el tiempo y la mejor manera de mentir, todavía duro y correoso por encima del dolor y del miedo.

—Cené a las nueve.

—Y después... ¿Has tomado algo? ¿Has bebido?

—Un poco —respondió, pálido, esquivo y hostil, con esa actitud de enfado de los adolescentes que creen que siempre reciben menos de lo que dan, que todo el mundo está siempre interrogándolos y que, a cambio, nadie les da nunca respuestas convincentes.

—¿Has tomado alguna otra cosa?

—No.

—¿Pastillas?

—¡No!

—De acuerdo. Tranquilo —dijo, y luego se dirigió en voz baja a la enfermera—. Hay que vaciar el estómago. Prepara la sonda —ordenó, y luego, otra vez al chico—: Abre la boca.

Sin mencionar el olor a coca-cola y a vino de envase de cartón que exhalaba, lo ayudó a quitarse el aparato dental, los brackets que podrían dar complicaciones.

Lo dejó en manos de la enfermera y entró en el quirófano para controlar todo lo necesario, consciente de que allí dentro no se podía improvisar y de que los preparativos eran tan importantes como la propia ejecución. La enfermera ya había dispuesto en las bandejas con forma de riñón la sonda, el laringoscopio y el tubo de

siete y medio.

—¿Está cruzada la sangre?

—Sí —señaló las dos bolsas que brillaban, oscuras y gordas, en la encimera lateral.

Unos momentos después entró la doctora Añil, seguida del adjunto y del residente, con los gorros puestos, los guantes, las mascarillas en el cuello.

—Listos.

Lesmes volvió a salir a previa. La enfermera ya había vaciado el estómago del chico, cuyo rostro se veía ahora más pálido, céreo.

—Vamos a entrar ya. Tranquilo. Serán unos minutos.

—Doctor... —lo llamó. El miedo había aparecido definitivamente y el gesto de hostilidad ya sólo se dirigía hacia sí mismo.

—¿Sí?

—Nada, nada...

Entraron en el quirófano y el chico cerró los ojos en cuanto lo colocaron bajo la intensa claridad de los focos. Le aplicó los monitores y observó en las pantallas que la presión arterial y la frecuencia cardiaca eran correctas. Dedicó especial atención al funcionamiento del capnógrafo mientras el recuerdo de la mujer muerta, del rostro envuelto en vendas excepto en la abertura de los ojos, volvía a invadir su cabeza. El corazón de un paciente anestesiado sigue funcionando, pero los pulmones no, los pulmones se detienen y la máquina respira por él. Si la máquina deja de funcionar y engaña... Desechó con un parpadeo los recuerdos y aplicó en la vía el analgésico. Luego, pensando en el envoltorio vacío de ketamina, midió con cuidado —sentía la mirada de sus tres colegas examinando cada uno de sus movimientos— la dosis de hipnótico y dejó que penetrara lentamente en la vena.

—Tranquilo —repitió una vez más, la última—. Ahora te vas a dormir —dijo, como si no fuera un médico que anunciaba los pasos del proceso, sino un hipnotizador ordenando su retirada a la inconsciencia.

Medio minuto después le tocó el párpado con el pulgar. El reflejo del chico había dejado de funcionar, ya estaba dormido, ya no respiraba. Le aplicó el relajante e inmediatamente lo intubó. Los gráficos del respirador indicaron que todo seguía siendo correcto y sólo entonces dijo, sin levantar la vista hacia los colegas que esperaban:

—Cuando queráis.

Varias manos enguantadas, precisas, eficientes, se aplicaron sobre el cuerpo del muchacho en cuanto el enfermero de limpio embadurnó su pecho y su estómago con desinfectante.

Él se sentó junto a la cabeza del chico, en aquel sitio suyo que temía haber perdido para siempre, controlando sus constantes en los monitores mientras el bisturí

comenzaba a rasgar la carne. Veía al revés su rostro dormido, extrañamente sereno ahora, ajeno al dolor y a la angustia que unos pocos metros más allá, en el pasillo, debían de embargar a los familiares que ya estarían llegando después de haber sido despertados en mitad de la noche por una brusca llamada de teléfono, preguntando con miedo y desesperación qué le había ocurrido, dónde lo tenían, por qué no podían verlo. Dieciséis años, apenas dos menos que sus propios hijos: una edad en la que parece que necesitan estar moviéndose, aunque no sepan para qué, ni hacia dónde, ni durante cuánto tiempo, desasosegados por haber perdido la gracia y el encanto de la infancia y, sin embargo, por no haber logrado aún ningún fruto que les dé la reputación de adultos. Su extraño corte de pelo destacaba con mayor nitidez bajo la luz de los focos: se había rapado finos surcos en el cuero cabelludo, de delante hacia atrás, de modo que su cabeza parecía un campo sembrado de hileras de diminutas plantas negras. Se preguntó si eso les resultaría espantoso a las chicas de su edad, o bien algo extraordinariamente atractivo, pero no supo qué responder. El mundo de la adolescencia le resultaba incomprensible. No lograba una fácil comunicación con ellos, porque unas veces hablaban como cotorras y otras apenas se dignaban responder con monosílabos. Lo desconcertaba aquella oscilación repentina que sufrían entre la apatía y los excesos, entre la pasión con que acogían una moda y el desdén con que al poco tiempo la rechazaban, entre el hosco desánimo que podía llegar a ser violento y las arrebatadas muestras de cariño a que a veces se entregaban, entre la sinceridad con que hacían una promesa y la facilidad con que luego la rompían, entre la anorexia y aquella forma rabiosa de comer, con tanta hambre que utilizaban el cuchillo como una sierra y el tenedor como un rastrillo para apurar el plato. Le parecían seres a medio hacer y de los que no lograba imaginar el resultado final que saldría de su crecimiento a tirones, de los dientes presos en los hierros ortopédicos, de las lentillas que se quedaban pequeñas o inservibles, de la piel acribillada por el acné, de aquel desequilibrio entre las largas piernas de zangolotinos y el tórax todavía infantil.

Él tenía dos hijos, Ana, de diecinueve años, y Lesmes, de dieciocho. Ambos se habían ido a estudiar a Madrid. Ahora que se había reincorporado al trabajo no tendría tantas dificultades para pagarles la estancia fuera de casa, los altos costes de matrícula y vivienda. Nunca lo habían dicho, pero sospechaba que habían elegido sus carreras menos por vocación que para alejarse de casa, para huir del ambiente triste y opresivo que la había invadido durante los años de inhabilitación profesional. Excepto en aquella decisión, que no quería considerar como una fuga en sentido estricto, sino como la misma necesidad que impulsa al buzo a salir a la superficie en un momento de tensión, no porque le falte oxígeno en la bombona, sino para ver la luz del sol, el cielo, el aire limpio, eran buenos hijos. Telefoneaban con frecuencia, sacaban unas notas aceptables y no parecían haber caído en excesos.

En una ocasión, dos o tres años antes, había oído casualmente una conversación de Lesmes con un amigo. Los dos estaban en la habitación, donde se habían reunido para hacer un trabajo escolar, y hablaban de chicas.

—¿Tú has sido feliz alguna vez? —oyó la pregunta que hacía su hijo.

—Sí —respondió su compañero tras unos segundos de duda—. Soy más o menos feliz. ¿Es que tú no?

—Yo he sido feliz esta semana. ¡Y es la caña! ¡No puedo creer que sea tan bueno!

Estaba inmóvil en el pasillo, junto a la puerta, y retrocedió sin hacer ruido, casi paralizado por una insoportable sensación de angustia.

Desde que se falló la sentencia y fue apartado del trabajo, la vida familiar se había vuelto muy complicada. Seguía levantándose cada mañana a la misma hora, como si fuera a trabajar, pero sólo para enfrentarse a un día, más que vacío, hueco de todo lo que antes lo había llenado. Preparaba el desayuno para sus hijos y para Carolina, que se levantaba un poco más tarde, cuando olía el café recién hecho. Los chicos se marchaban al instituto y se quedaban los dos solos. Sin prisas, tomaban un segundo café en la cocina, fumando demasiados cigarrillos, escuchando las noticias y las tertulias de la radio y, a veces, un programa de ofertas de empleo. Carolina había abandonado su puesto en las oficinas de un laboratorio cuando se quedó embarazada y nunca más había vuelto a trabajar fuera de casa. Le resultaba impensable buscar un empleo veinte años después, ponerse al día en conocimientos y técnicas por las que nunca había vuelto a interesarse. Sin embargo, cuatro años de inhabilitación por delante eran mucho tiempo y él sí debía hacer algo. Sabía que cuando hubiera transcurrido aquel periodo no encontraría muchos problemas para reingresar: el mundo actual se había vuelto demasiado hedonista y no soportaba el sufrimiento. Siempre se necesitarían profesionales capaces de calmar el dolor.

La cuantía de la póliza del seguro profesional que tenía contratado apenas llegó para pagar la indemnización de ciento cincuenta mil euros que establecía la sentencia. La desgracia los había sorprendido con algún dinero ahorrado para comprarse una vivienda en la playa, con la que tanto habían soñado y que ya nunca tendrían. Ese fondo les concedía cierta seguridad, pero no duraría mucho. Enseguida comprobaron que el dinero se gasta sin saber cómo, fluye como el agua, se va acabando, era increíble cómo descendía el saldo cuando no había una nómina a final de mes para reponer lo gastado.

—Tienes que buscar algo —le decía ella, empujándolo a salir de aquella apatía en que la sentencia lo había hundido—. Él nos ha hecho mucho daño, pero no podemos permitir que nos destruya la vida por completo.

Comenzó a preguntar en laboratorios farmacéuticos y en empresas relacionadas con la sanidad, ofreciéndose como representante o colaborador, aceptando cualquier sustitución, cualquier horario. Rogó un hueco en un servicio de ambulancias

privadas, un puesto que nadie deseaba, por lo ingrato y fatigoso y por los riesgos que implicaba viajar a menudo a gran velocidad. Las respuestas siempre eran de rechazo. En la ciudad, de tamaño medio, su juicio e inhabilitación eran conocidos y no querían arriesgarse a alguna complicación o deterioro de su imagen. Preferían gente joven y sumisa, con expedientes limpios.

Pero no era únicamente la falta de trabajo lo que provocaba tensiones dentro de su casa. Carolina, acostumbrada hasta entonces a permanecer sola durante el día, haciendo las tareas a su ritmo, o no haciéndolas, no terminaba de adaptarse a la nueva situación. Ahora estaban juntos las veinticuatro horas del día y comenzaba a comprobar que se estorbaban y que surgían pequeños conflictos cotidianos: cuando ella pasaba la aspiradora por el salón y lo obligaba a levantar los pies durante demasiado tiempo, o cuando uno estaba viendo un programa en el televisor y el otro tenía que usar el pequeño monitor de la cocina si quería seguir un canal diferente, o cuando tenían una urgencia y su cuarto de baño, con sus cosas íntimas, estaba ocupado por el otro, que se bañaba o se depilaba durante un tiempo interminable. Sospechaba que Carolina estaba descubriendo que un marido encerrado en casa a todas horas, que se demora demasiado con el albornoz viejo antes de afeitarse y de vestirse, que invade las parcelas que hasta entonces había tenido para su exclusivo uso es menos interesante que un marido que trabaja fuera.

Antes no habían tenido problemas graves entre sí, siempre se habían entendido bien. Si esporádicamente se habían hecho algún daño, nunca hubo voluntad de herir. Y además, ¿qué verdaderos amantes no han probado alguna vez el sabor de la sangre de la persona amada, para luego, arrepentidos, sorber las lágrimas que han provocado unos minutos antes? Pero ahora era distinto. Discutían con frecuencia, elevaban la voz más de lo necesario por cualquier motivo estúpido, se enzarzaban en discusiones agotadoras que se prolongaban durante varios días, hasta que ya ni recordaban por qué habían comenzado. Cuando los chicos llegaban del instituto, los encontraban en habitaciones distintas, sin hablarse, la comida sin hacer, los ceniceros repletos de colillas apuradas hasta la espuma y la atmósfera de la casa atufada de humo y de tensión. Los hermanos parecían unirse entonces un poco más entre sí, se refugiaban uno en el otro de una manera más cómplice, afirmaban no tener hambre y esperaban pacientes, en silencio, a que se restableciera la concordia. Apenas hacían el amor, porque la situación no era propicia para ninguna efusión. Había algo incoherente en buscar sexo al llegar la noche cuando durante todo el día no se habían tocado, no se habían besado, no habían manifestado ni un solo gesto de cariño.

Fue en esa mala época —estaban considerando la separación— cuando una mañana, casualmente, un pequeño hecho fortuito vino a paliar las dificultades económicas. Uno de sus vecinos, un anciano diabético, le preguntó si él, aunque era médico, ponía inyecciones. Los enfermeros se habían declarado en huelga y no sabía

a quién acudir. Aceptó ese encargo, y algún otro y otro, y poco después ya lo llamaba una clientela satisfecha, sobre todo de ancianos del barrio, que apreciaba su delicada técnica, su familiaridad con las agujas, su trato afable y discreto. Además, sus conocimientos médicos le permitieron anticipar algunos diagnósticos y dar algunos consejos que luego fueron corroborados por los especialistas. Su reputación pronto le procuró clientes a los que pinchaba y tomaba la tensión, a unos de forma periódica, a otros cuando lo necesitaban, acudiendo a sus casas, de modo que evitaban las demoras del servicio a domicilio de las compañías y las colas de la Seguridad Social. No ganaba mucho dinero, pero sí lo suficiente para vivir, puesto que no declaraba ingresos a Hacienda ni pagaba cuotas sociales. El miedo a que alguien lo denunciara cualquier día por ejercer clandestinamente no dejaba de preocuparle y le hacía ser muy prudente, pero nunca llegó a ocurrir.

Sin embargo, no olvidaba la degradación profesional que había tenido que asumir: un médico con uno de los mejores expedientes de su promoción... condenado de la noche a la mañana a poner inyecciones en nalgas flácidas y no siempre limpias, en brazos descarnados o temblorosos de obesidad. Estaban pasando los mejores años de su vida y veía con asombro y desesperación que se habían truncado los proyectos y los sueños que había pensado realizar. ¿Qué quedaba de él, de aquel joven y brillante anestesiólogo en cuyas delicadas manos todos querían ponerse, a quien acudían sus propios colegas cuando tenían que operarse? ¿Qué quedaba ya de aquel especialista de quien se afirmaba que sus pacientes tan sólo recibían un pequeño y efímero dolor: el provocado por la aguja al entrar por primera vez en la vena o en el músculo? Un día de aquellos tiempos que ahora le parecían muy lejanos alguien lo había llamado Doctor Dios. Fue una broma dicha en la esclusa mientras se despojaban de los guantes y se lavaban bajo los grifos, pero tuvo resonancia y el apelativo se extendió enseguida por el hospital. Alguien lo explicó asegurando que el doctor Lesmes Beltrán poseía un atributo que hasta entonces había sido privilegio de los dioses: el doctor Lesmes Beltrán podía eliminar el dolor sin eliminar la consciencia. ¿No era así el Paraíso antes del pecado original? ¿Qué mayor sueño de felicidad podía alcanzar el hombre?

Era la suya una labor compleja, delicada, de márgenes muy cortos entre la eficacia y el peligro severo, una especialidad donde las palabras dolor, estado crítico, coma, muerte resonaban con más frecuencia que en otras secciones del hospital. No se le administraba anestesia general a quien padecía un catarro ni a quien se le extirpaba una verruga.

Alguna vez, al comprobar que nunca se le mencionaba en los éxitos quirúrgicos y que, en cambio, era el primero sobre quien recaían las sospechas en los fracasos, se había arrepentido de haber elegido aquella especialidad, pero siempre fue una sensación fugaz, enseguida volvía a sentirse orgulloso de ella.

Quizá era él, junto al médico intensivista, quien mejor conocía los secretos del cuerpo, quien tenía una visión más amplia y completa de su composición y funcionamiento en vivo, precisamente en los momentos de mayor gravedad, cuando más intenso era su sufrimiento y con mayor claridad manifestaba su actividad: la enérgica palpitación del corazón o la lustrosa densidad del hígado, la dureza del fémur o la tersa textura de habichuela del tiroides, la elasticidad de la vagina en los partos o el prodigio del largo laberinto de las tripas comprimidas sin un solo pliegue... Sus colegas podían ser muy expertos en un órgano o en una función del admirable mecanismo corporal, pero él trabajaba como anestesista con todos ellos y disponía de la mejor perspectiva. Por otro lado, sus colegas trabajaban sobre la carne, pero él trabajaba además sobre el espíritu. A ellos les interesaba la herida, y a él le interesaba el dolor. Sólo él tenía poder para aplacarlo y para dormir a los pacientes, en qué grado y durante cuánto tiempo, según aumentara o disminuyera el ritmo de perfusión de los fármacos. De un minuto a otro los enfermos quedaban a su disposición: vivos, pero muertos, con la sangre corriendo por sus arterias, pero con su cerebro ignorando que corría. Él era el Dios del sueño y de las sombras que los llevaba y los traía de la realidad al limbo, que los observaba desnudos o los cubría con una sábana, que hacía llegar al mundo a un niño envuelto en la consciente felicidad de la madre o atravesando un túnel contraído por el dolor y la sangre. Los manejaba a su antojo, como a marionetas movidas por los hilos de las sondas. Los demás médicos podían hurgar en sus tripas, o drenar sus pulmones, o trasplantar sus vísceras, pero sólo él guardaba la llave de la consciencia. Los demás podían ensanchar las carreteras de la sangre y horadar túneles alternativos dentro del corazón, pero sólo él apagaba o encendía las antorchas en las cavernas del alma. Los demás podían coser la piel sin que se notaran las costuras o atornillar huesos con chapas de titanio, pero sólo él abría o cerraba los pulmones para soplar dentro un hálito de vida. Hasta los propios enfermos conocían ese enorme poder suyo, pues cuando se les informaba de los riesgos de una intervención, siempre manifestaban menos miedo a la incisión del bisturí o a los frecuentes contagios que a la ínfima probabilidad de no recuperarse de la anestesia. ¿Ínfima? Sí, ínfima, al menos en sus manos, por más que aquella mujer hubiera quedado flotando dentro de la nada. Porque no era él quien había fallado durante su operación, siempre había estado pendiente de todo lo que ocurría dentro del campo quirúrgico. El capnógrafo simplemente se había parado y había dejado de dar la información necesaria para que él actuara. Cuando vio que los demás controles fluctuaban, ya era demasiado tarde y la embolia pulmonar le había hecho entrar en parada cardiaca.

Ahora apartó los recuerdos y se fijó en el pulsioxímetro y en la pantalla del CO₂, atento a cualquier anomalía. Todo estaba bien. Si el chico había ingerido ketamina, el lavado de estómago la había desalojado.

—Doctor Beltrán.

—Sí.

—¿Cómo va? ¿Todo bien? —la doctora Añil lo miró un segundo al terminar de clampar los vasos.

—Sí. Todo controlado.

—Bien. Entonces, vamos a extirpar.

Ya habían drenado toda la sangre de la cavidad abdominal vertida por la rotura del bazo y observó cómo la cirujana hundía los brazos en el vientre hasta los codos y cortaba y extraía la víscera inflamada y esponjosa, su pulpa palpitando entre el estómago y los riñones. En voz baja ordenó al enfermero circulante transfundir una nueva bolsa y comprobó que la tensión arterial seguía estable. Lo más complicado ya estaba hecho. Y entonces, en ese momento en que se disponían a cerrar, envuelto en aquella atmósfera de intensa luz bajo los focos y de olor a sangre y a desinfectante, sentado en el sitio que temía haber perdido para siempre, junto a la cabecera del chico que se salvaría sin graves secuelas, volvió a sentirse bien con su profesión, sereno, satisfecho como no lo había estado desde hacía años.

—Creo que hemos terminado —dijo poco después la doctora Añil.

Media hora más tarde había dejado al chico en Reanimación, en manos del intensivista, y al llegar a la esclusa vio que la cirujana aún se demoraba en su limpieza, como si estuviera esperándolo. Se quitó las prendas usadas y abrió el grifo con el codo.

—¿Cómo está?

—Bien, bien —respondió—. Han subido sus constantes. Se habrá recuperado en una hora.

—¿Cómo está usted? —aclaró su pregunta.

Lesmes la miró un poco asombrado, consciente de su dificultad para despertar el afecto ajeno. Desde su vuelta al trabajo era la primera vez que un colega se interesaba personalmente por él.

—Bien..., bien —repitió.

—No he podido evitar fijarme en usted durante algún momento de la operación y..., bueno, da la impresión de que aún está un poco nervioso.

—No, no. Estoy tranquilo. No se preocupe —replicó procurando que el tono de su voz lo acompañara. Pero sus manos temblaban levemente bajo el grifo. Al levantar los ojos vio que los de ella habían seguido la misma dirección.

—Éste es un trabajo en equipo, aunque ante la dirección del hospital yo sea la última responsable de todo lo que ocurra. Pero mi función no es sancionar si algo falla en él, sino estudiar cómo puedo evitarlo.

—Es una diferencia importante.

—Lo es. Quiero decir que no tiene usted por qué temer nada. Todo aquello... ya

pasó —dijo. Luego añadió—: No quiero que me malinterprete. Si lo menciono, es precisamente porque no le doy importancia.

—Fue un accidente. Un desgraciado accidente. Nadie tuvo la culpa.

—Lo sé, he leído el expediente... y lo he devuelto al archivo. A partir de ahora, lo único importante es que este equipo haga bien su trabajo. Y si usted, a pesar de la tensión que aún pueda afectarle, ha cumplido perfectamente estas semanas, no veo ninguna razón para pensar que no lo seguirá cumpliendo cuando todo esté más calmado.

—Me alegro de que piense así —dijo. Ya no tenía necesidad de seguir secando sus manos con la toalla. Habían dejado de temblar.

La doctora Añil le tendió la mano, que él estrechó con un contacto breve y cordial, antes de marcharse con la prisa común a todos los jefes.

—Voy a hablar con la familia —dijo desde la puerta—. Se alegrarán de que el chico haya salido bien librado en esta ocasión, sin secuelas graves.

Volvió a Reanimación. El chico respiraba tranquilo y todos los niveles eran adecuados. Ya comenzaba a elevarse rumbo a la consciencia. La enfermera anotaba los datos en un estadillo.

—¿Todo bien?

—Sí. ¿Lo subimos a planta, doctor?

Dudó un momento, pero aún se impuso su prudencia.

—Espere quince minutos. La familia lo verá más recuperado. Yo vendré luego.

Salió de quirófanos por la puerta interior, para evitar cualquier encuentro. Anhelaba llegar a su pequeño despacho para poder fumar un lento cigarrillo, a gusto, en soledad, sin nadie que desviara la nariz o lo mirara con gesto desaprobatorio haciendo aspavientos contra el humo.

—¿Tú crees que nos dejarán pasar? —preguntó el Alkalino.

Sin detener el paso, Cupido evaluó su apariencia unos segundos.

—No parece que tengamos aspecto de enfermos. Pero lo intentaremos.

Entraron en el amplio vestíbulo del hospital. Quince o veinte personas esperaban sentadas en varias filas de duras sillas de plástico, junto a máquinas de bebidas y de frutos secos. Al fondo, bajo un cartel de información, dos recepcionistas con bata blanca atendían a la gente y sellaban los pases de entrada hacia un ancho pasillo donde, en otra mesa, un celador los comprobaba antes de permitir el acceso. A su lado, un guardia de seguridad se mantenía en pie, con los brazos cruzados.

—Vamos —dijo Cupido—. Ahora no hables tanto como acostumbras y sígueme.

Avanzaron hacia la entrada del pasillo y, al cruzar ante la mesa, el celador los llamó:

—Ustedes. ¿Me enseñan sus pases, por favor?

Cupido sacó su cartera del bolsillo de la camisa y mostró su carnet de donante.

—Vamos a donar sangre —explicó.

El hombre estudió la tarjeta con una docena de extracciones selladas antes de devolvérsela.

—¿Y él? —preguntó señalando al Alkalino, que había quedado un poco atrás.

—He logrado convencerlo para que también lo haga.

El celador lo miró de arriba abajo, dudando de que la sangre de un tipo así —iba sin afeitar y con la ropa mal planchada— fuera lo suficientemente saludable para ser transfundida en otro cuerpo.

—Pero no está muy seguro de querer que lo pinchen y temo que, si se le ponen dificultades, aprovechará la primera oportunidad para salir corriendo.

—Está bien. Pasen —concedió.

—¿Tan mal aspecto tengo? —le preguntó el Alkalino en cuanto se alejaron unos metros por el pasillo.

—No. ¿Por qué lo dices?

—¿Te has fijado en cómo me miraba? Como si estuviera viendo a alguien muy enfermo y sólo me permitiera pasar porque, al analizar mi sangre, van a descubrir que está plagada de virus.

—Quizá no tengas mucha salud —bromeó Cupido—, pero no se puede decir que te vaya muy mal por no tenerla.

El pasillo llegaba a un distribuidor con carteles que colgaban del techo señalando distintas direcciones. Tomaron la que indicaba los quirófanos y, tras haber deambulado unos minutos y haber subido y bajado una planta por diferentes escaleras, encontraron al fin una puerta con una chapa, DOCTOR L. BELTRÁN. ANESTESIÓLOGO, en un pasillo estrecho y silencioso en cuya entrada un cartel prohibía el paso a quien no fuera personal médico. Nadie respondió cuando golpearon suavemente con los nudillos.

—Llamé por teléfono y me dijeron que trabajaba hoy. Así que esperaremos un poco —dijo Cupido.

Quince minutos más tarde vieron que se acercaba hacia ellos un hombre delgado y bajo. Tenía un aspecto desmayado, marchito, el aire de quien ha estado mucho tiempo enfermo y aún no ha culminado su convalecencia. Hubieran dicho que era un paciente del hospital si no fuera porque en el bolsillo de su bata blanca leyeron su identificación. El hombre los miró con un gesto de recelo antes de introducir la llave en la cerradura.

—¿Doctor Lesmes Beltrán? —preguntó Cupido.

—Sí.

—¿Podríamos hablar con usted unos minutos?

Terminó de dar la vuelta a la llave, pero no abrió la puerta, como si quisiera mantener oculto su interior. Luego se giró hacia ellos y los observó unos segundos.

—¿Sobre qué?

—Sobre alguien que murió.

—En este lugar —señaló con un gesto vago alrededor— preferimos hablar de cómo evitar que la gente muera.

—Pero no siempre es así, ¿no? A veces no se puede hacer nada por ellos. A veces llegan cuando ya es demasiado tarde, cuando la enfermedad ha invadido todo el cuerpo y están desahuciados y lo único factible es ayudar a que no sea demasiado dolorosa su agonía. A veces también ocurren accidentes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó mientras los miraba con la expresión de quien teme que de un momento a otro le sobrevenga una desgracia—. ¿Quiénes son ustedes?

Cupido dijo su nombre y a qué se dedicaba.

—¿Policía?

—No. Detective privado —corrigió.

—¿Acaso no es lo mismo?

—No. Ser detective no es ni siquiera una forma distinta de ser policía.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó en un tono seco, apenas curioso, como si le fuera indiferente la respuesta.

—A mí no me paga usted, me pagan mis clientes. Yo no detengo a nadie. Tampoco he hecho ningún juramento y por tanto puedo elegir qué trabajos acepto. Marina Olmedo me ha contratado para aclarar algunas dudas que tiene sobre la muerte de su padre. No cree que se suicidara.

—¿Y ella..., ella le ha dicho que yo puedo resolverlas?

—No, no me habló de usted. Al contrario, no quería volver a mencionar este asunto. Pero encontré entre los papeles del comandante el expediente del juicio por la muerte de su mujer.

—Fue un accidente. Por mucho que la sentencia decretara lo contrario, fue sólo un trágico accidente —dijo en voz baja, sin apenas mover los labios, como si no fuera él quien hablaba.

—No tengo por qué dudarle —concedió Cupido—. Pero eso es precisamente lo que quiero comentar.

—No lo entiendo.

—Si fue una sentencia injusta, cualquiera podría pensar que usted se alegrará de que Olmedo haya muerto.

Oyeron una puerta que se abría al lado y una doctora salió al pasillo. Al cruzar junto a ellos los miró con curiosidad.

Al anestesista, las palabras directas, casi impertinentes, del detective le habían provocado deseos de darles la espalda, entrar en su despacho y cerrarles la puerta. No tenía por qué hablar de todo aquello con alguien sin ninguna autoridad para

interrogarlo. Cuando murió Olmedo, había temido que la policía fuera a hablar con él, aunque según la prensa todo indicaba que se trataba de un suicidio. Pero ya habían transcurrido diez días y había dejado de preocuparse por una posible visita policial. Sin embargo, ahora un detective privado se interponía en su camino, en la misma puerta de su despacho, para hacerle comentarios comprometedores que podría haber oído la doctora que pasó junto a ellos. Podía llamar a un vigilante y hacer que los expulsaran de aquella zona reservada al personal sanitario, pero se contuvo. Si no respondía a sus preguntas, lo veía capaz de hacer algo más dañino, de provocar complicaciones molestas y ruidosas. Imaginó al detective alto y al hombre pequeño y oscuro que lo acompañaba colándose por todos los pasillos y preguntando a sus colegas si recordaban haberlo visto dentro del hospital la tarde de la muerte de Olmedo, si alguna vez lo habían oído hablar de venganza. Los imaginó hurgando en lo ocurrido durante la operación de la mujer, entrando furtivamente en los archivos clínicos y robando el expediente. Y todo eso era lo último que necesitaba ahora que se había reincorporado y comenzaba a sentirse de nuevo apreciado en su puesto, en la cabecera del paciente, ahora que la cirujana jefe había elogiado su labor, ahora que quizá lograra recuperar el antiguo orgullo de ser Lesmes Beltrán, el mejor anestesiólogo de todos los hospitales de la ciudad, el dueño del dolor, el Doctor Dios resucitado de entre los muertos. Así que les abrió la puerta y les dijo:

—Pasen. Hablaremos dentro.

La ventana del pequeño despacho estaba abierta, pero aún perduraba un leve olor a tabaco. Beltrán dio la vuelta a la mesa al tiempo que les indicaba las dos sillas. Sacó de un cajón un paquete de cigarrillos, un mechero y un cenicero de agua para apagar de un modo fulminante las colillas.

—¿Fuman? —les ofreció.

—No —respondieron.

El médico extrajo uno, acarició la envoltura dorada de la boquilla como si fuera algo más que algodón y papel, se lo llevó a los labios y lo prendió con un gesto de avidez por la nicotina que enseguida dio paso a otro de remordimiento por haber cedido a su demanda. El humo tardó unos segundos en salir de sus pulmones con una bocanada larga, sostenida, más gris que azulada, que pareció calmarlo y ablandar su expresión.

—¿Alegrarme de que Olmedo haya muerto? —retomó las últimas palabras que habían cruzado en el pasillo y durante unos momentos de silencio pareció analizar los destellos que encendían—. Sí, creo que sí —dijo, y continuó, suavemente, sin ira ni desafío—: No sólo no se pierde nada con que algunas personas mueran. Es más, no se hubiera perdido nada con que ni siquiera hubieran nacido.

Vio los gestos de interés con que los dos hombres lo escuchaban. Sabía que, a menudo, al describir su trabajo, mucha gente estaba deseando preguntarle: «¿Alguna

vez se le ha muerto un paciente en la mesa de operaciones? ¿Qué ocurrió? ¿Cómo fue?», pero en raras ocasiones se atrevían a hacerlo. Sin embargo, él mismo acababa de ofrecerle al detective esa oportunidad. Así que no lo sorprendió su pregunta:

—¿Qué ocurrió realmente durante la operación en que murió la mujer de Olmedo? ¿Cómo fue?

—Un accidente. Ya se lo dije antes. No hice nada extraño que no hubiera hecho cientos de veces. En el preoperatorio no se había detectado ninguna incompatibilidad. Se le aplicaron las dosis adecuadas a su edad, a su peso y a las características de la intervención. Sin embargo, durante la operación falló el capnógrafo..., el aparato que usamos para medir el CO₂ que sale de los pulmones —explicó al ver el gesto interrogativo del detective—. Sí, ya sé que es extraño, excepcional si quiere. Nos hemos acostumbrado a ver que el factor humano es el responsable en la mayoría de los accidentes, y que las máquinas de precisión no fallan, pero en este caso falló, dejó de funcionar sin apagarse, el monitor no nos dio información de lo que estaba ocurriendo dentro de sus pulmones y, por tanto, no pudimos actuar. Sin esas máquinas, un anestesiólogo está medio ciego de cara al paciente. La mujer tuvo una embolia pulmonar y entró en parada cardiaca —explicó todo el accidente de forma rápida, profesional y malhumorada, con una claridad y contundencia que le faltaba cuando siguió contando—: Olmedo no quiso creerlo... O, aunque lo creyera, me acusó de negligencia. Supongo que un dolor insoportable hace pensar inmediatamente en la venganza. Y la venganza necesita un destinatario, no se puede aceptar que el azar o el destino hayan intervenido. Olmedo miró alrededor buscando a un culpable y me vio a mí: era el más directamente implicado en la muerte de su esposa. Contrató a un buen abogado y consiguió algún testimonio médico que afirmaba que el mal podría haberse detectado por otros síntomas... Luego, el jurado... En estos casos, los médicos siempre parecemos culpables. Es muy fácil despertar la piedad hacia la familia de un paciente que muere dentro de una clínica, donde todo está organizado precisamente para que nadie muera. Un fiscal pronuncia las palabras infarto, coma, agonía, dolor..., mientras señala a los familiares que lloran vestidos de luto..., y ya tiene todas las posibilidades de ganar el proceso. Eso fue todo lo que ocurrió.

—¿Volvió a hablar alguna vez con él?

—Nunca. ¿De qué? ¿De qué podíamos hablar? ¿De la operación, otra vez? ¿De cómo había hundido mi carrera? ¿De qué podíamos hablar?

Terminó el cigarrillo de una calada furiosa, expulsó el humo en pedazos y hundió la colilla en el cenicero de agua, donde se apagó con un gemido.

—¿Recuerda dónde estuvo la noche de su muerte?

Beltrán hizo una mueca, molesto porque su larga explicación anterior no parecía haber servido para nada.

—¿No consiste su oficio en responder a esa pregunta?

Cupido estuvo a punto de replicar que no, o que, al menos, no consistía sólo en eso. Cualquier sospechoso —y el médico lo era— no le interesaba únicamente como una coordenada en el espacio y en el tiempo. Esa era una parte, aunque compleja y necesaria, no siempre definitiva, puesto que ninguna acusación podía montarse sobre una ausencia de coartada. Lo que Cupido sentía como desafío y como enigma era el sospechoso como sujeto, sus razones, su disposición emocional frente a la víctima, aquello que precisamente no era ni tiempo ni espacio.

—Digamos que hallar esas respuestas es la mitad de mi oficio —convino al fin.

—¿Y la otra mitad?

—La otra mitad es hallar las mejores preguntas.

Beltrán lo miró desconcertado.

—¿Por qué habría de contestarle a usted? La policía ya tiene todos los detectives que necesita para hacer bien su trabajo.

—¿Bien su trabajo? Ellos no han venido a hacerle esa pregunta.

—No, no han venido. Supongo que ni siquiera se lo han planteado. Para todos ellos se trata de un suicidio.

—Pero no para usted —aventuró.

—Me cuesta aceptarlo —dijo—. La gente que hace daño a los demás no suele hacerse daño a sí misma —añadió con voz ronca, conteniendo un amago de tos.

—Si es así, no debe sorprenderle que le pregunte qué hizo aquella noche.

El médico asintió varias veces con la cabeza, muy despacio, como si al fin reconociera que Cupido pensaba más deprisa que él. Sin embargo, todavía dijo:

—¿Cree que su hija va a creerme aunque diga la verdad? ¿Va a ser en eso distinta de su padre?

—Dependerá de hasta qué punto sea usted convincente en su respuesta.

—Entonces no habrá ningún problema. Ese atardecer estuve aquí, en el hospital, atendiendo un nacimiento. Los partes de asistencia pueden corroborarlo.

Capítulo 9

Jura de bandera

Encontró con dificultad un hueco para el coche en el aparcamiento del cuartel, abarrotado como el de un hipermercado o el de un campo de fútbol una tarde de fin de semana: largas filas de automóviles y algunos autobuses y mucha gente desconcertada que hablaba en un tono de voz un poco más alto que el habitual. Las mujeres iban vestidas de fiesta, como para una boda; los hombres, no menos lustrosos, iban animados por la perspectiva de reavivar la nostalgia y los votos de patriotismo.

El detective mostró su invitación y su DNI al teniente que controlaba el paso en la entrada. Un poco más adelante, al llegar al recinto de la ceremonia, varios cabos con corrajes blancos informaban sobre las puertas por donde acceder al recinto. Uno de ellos le indicó su lugar. Subió unas pocas escaleras y emergió por un vomitorio al centro de las gradas.

El lugar tenía un gran parecido con un campo de fútbol en el que sólo un lateral largo estaba destinado a los espectadores. En uno de los laterales cortos habían elevado la tribuna de autoridades sobre una peana alfombrada en granate oscuro. Aún estaba vacía. En cambio, en la pista ya esperaban alineadas las cinco compañías de soldados que iban a jurar lealtad a la bandera, las hileras ordenadas por estatura. Delante de ellas vigilaban los oficiales y suboficiales responsables de cada formación. Todo aparecía en un conjunto geométrico, armónico, brillante. El color verde de los uniformes se conjuntaba con el rojo y gualda de las banderas en los mástiles que al ser agitadas por la brisa producían chasquidos secos y marciales. Desde el este, bajo un cielo cubierto con ese fondo de nubes como caballos que tan adecuado parece a todo escenario militar, escapaban grupos de cirros gordos y blancos que cruzaban con rapidez el azul arrojando sobre las pistas oleadas de sombras, huyendo del mar, todavía ignorantes del brutal choque que, apenas unos kilómetros hacia el interior, les tenían reservado unas montañas grises y peladas, en venganza a su eterna y rencorosa sed, impidiéndoles el paso hacia una meseta siempre deficitaria de agua. Por encima de la pista, en el horizonte, se veían los duros farallones, como si a lo largo de los siglos el país los hubiera ido empujando hacia sus costas para levantar una muralla con la que impedir las invasiones. Desde sus cumbres se descolgaban con frecuencia hacia la orilla unas águilas con menos intención de alimentarse que de contemplar atónitas la invasión masiva de turistas tumbados al sol.

Por la megafonía, los acordes de Soldadito español aportaban un sabor castizo a una escenografía heroica no del todo lograda.

Quince minutos más tarde apenas llegaba más gente y las gradas no se habían

llenado. Los huecos en el cemento indicaban la creciente indiferencia pública hacia las ceremonias castrenses desde que el servicio militar había dejado de ser obligatorio. Un murmullo emergió entonces y todos los ojos miraron hacia la tribuna que las autoridades militares y algún representante de la sociedad civil comenzaban a ocupar. Desde su sitio, muy cerca de ellos, Cupido vio al coronel Castroviejo junto a un general, a quien señalaba las compañías formadas en la pista. Un breve toque de clarín hizo que todos los que vestían uniforme, con un único pisotón sobre el asfalto y un seco chasquido de las manos sobre las culatas, se cuadraran en posición de firmes y presentaran armas.

Tras unas palabras de saludo del capitán que ejercía de maestro de ceremonias, la banda atacó con firmeza los acordes tres veces repetidos del himno de España. Todos se pusieron en pie y el detective observó que algunos en las gradas canturreaban los versos franquistas, la vieja letra que había intentado en vano fortalecer la adhesión a la música desnuda. Por un momento, Cupido pensó que la confusa identidad de su país también se manifestaba en la confusión de sus símbolos: una bandera sin consenso, un himno sin letra y un escudo sin memoria.

Terminó la música y el oficial dio paso al general, que pronunciaría el discurso de jura de fidelidad a la bandera.

—¡Soldados! —reclamó su atención, desde el atril.

El detective lo tenía lo suficientemente cerca para comprobar que era un hombre joven, al menos joven para haber llegado al generalato, y su juventud aumentaba la expectación. También él estaba interesado en escuchar su discurso y se preguntó hasta qué punto la reciente muerte de Olmedo refrenaría los reproches y acusaciones hacia quien había sido el más directo responsable del cierre del San Marcial. Tras un breve saludo, el general exhaló un suspiro que no ocultó a la megafonía, miró primero hacia la pista donde esperaban firmes los soldados y luego hacia las gradas con espectadores, como si quisiera reunir en su discurso ambas sociedades, y dijo:

—Como bien sabéis todos, ésta será la última vez que juraremos lealtad a nuestra bandera en este escenario que pisamos, en esta plaza que vosotros y vuestros mandos habéis regado con vuestro sudor. ¡El cuartel de San Marcial va a ser cerrado! —exclamó, e hizo una pausa en la que el eco producido por el altavoz prolongó la duración de sus palabras en el silencio absoluto del recinto. Su voz era profunda, bien entrenada para no perder autoridad al mostrarse confidencial, como si se dispusiera a contar algo que nadie más que los allí reunidos debía oír—. Los que mandan en nuestra patria han decidido que este acuartelamiento debe ser clausurado para una mayor eficacia de nuestro ejército, para aglutinar las fuerzas y mejorar su operatividad... Y los que obedecemos debemos acatar con disciplina esa decisión, porque supongo que tendrán razones para hacerlo así. ¡Pero yo no quiero que os preocupéis! —continuó, modulando su voz con un tono más apacible—, ni vosotros,

los soldados que me escucháis firmes en vuestros puestos, ni ustedes, los civiles que se preguntan con inquietud por la conveniencia de esa medida. Porque podrán cerrar este y otros cuarteles en España, podrán vaciar estos barracones y estas pistas de instrucción, podrán tirar las vallas y construir aquí viviendas o jardines... ¡Pero yo os aseguro que el ejército español no desaparecerá nunca!

Hizo una pausa teatral que se hubiera llenado de aplausos si hubiera estado en un lugar menos solemne. El general era elocuente, trataba a los asistentes como a patriotas que amaban a España más que él mismo. La sugestión de su voz, la grandilocuencia de unas frases que no por predecibles perdían su capacidad para emocionar y la asunción del papel de víctima conmovían a un público atento y predispuesto a las efusiones.

—No desaparecerá nunca porque nuestro espíritu militar reside menos en un lugar físico que en nuestra propia alma, menos en los edificios de un cuartel, por muy queridos que nos sean, que en nuestros corazones. Yo sé —bajó el tono de voz para favorecer su acento cómplice, como si tuviera miedo de que la megafonía lanzara sus palabras fuera del recinto, más allá de las alambradas de espino colocadas sobre sus muros—, lo he oído a veces, que hay ambientes donde se nos critica, donde se cuestiona nuestra existencia. O, en el mejor de los casos, donde nos toleran como un mal necesario que es mejor mantener apartado, donde no molestemos. ¡Nos piden que hagamos el trabajo sucio y después se niegan a estrechar nuestras manos diciendo que están sucias! Pero yo os digo, a vosotros que hoy comenzáis vuestra carrera militar, que en ningún otro lugar encontraréis mejor amparo. Aquí siempre habrá alguien cerca para indicaros dónde está vuestro sitio, en qué arma, o cuerpo, o compañía, o patrulla, y qué rumbo tomar si estáis perdidos, y a qué destino aspirar cuando pretendan confundiros. El ejército os integrará en un grupo de iguales donde impera la camaradería y donde compartiréis la sed y el sudor, pero también el agua y el pan, y os demostrará día a día que no estáis solos, y que otro soldado es vuestro mejor compañero y su compañía es vuestra mejor sociedad. El ejército os ofrecerá siempre una lección de orden, un respaldo de seguridad, un apoyo de equilibrio si alguna vez os tambaleáis... Y a cambio, vosotros, soldados, escuchad y obedeced siempre a vuestros mandos y cumplid sus órdenes con disciplina y diligencia. Si lo hacemos así, todo irá bien, y nada ni nadie nos vencerá, aunque de vez en cuando nos cierren algún cuartel. Este glorioso país en que vivimos, España, ¿de dónde ha surgido sino de la íntima unión del pueblo con sus jefes militares? ¿De dónde ha surgido, si no? No creáis nunca a quienes digan lo contrario, a quienes pretendan derrumbar esta patria con más de mil años de historia...

«Es como un mitin», pensó Cupido. «Han pasado ya más de veinte años y lo había olvidado, pero creo que, en lo esencial, no ha cambiado mucho desde entonces, desde que yo tenía la misma edad que esos muchachos de ahí abajo que ahora

parecen conmovidos por esta arenga tosca y repetida, hecha con los detritos de la pomposa retórica de entonces. La única diferencia es que a nosotros nos obligaron a venir y no creíamos en nada que oliera a ejército, porque la dictadura lo había contaminado, y los discursos nos parecían tanto más falsos y tenebrosos cuanto más alta era la jerarquía de quien los pronunciaba. Y en cambio estos chicos de ahí delante se han alistado como voluntarios y parecen creer ciegamente en lo que su general les dice».

Un aplauso entusiasta retumbó en las gradas para premiar su vehemente oratoria. Y enseguida un nuevo toque de clarín dio la orden para continuar la ceremonia. El capitán se adelantó con un lujoso libro dorado en las manos, lo colocó sobre el atril y lo abrió por una página marcada antes de retirarse unos pasos. El general comenzó a leer en voz alta y solemne:

—¡Soldados! ¿Juráis por Dios o prometéis por vuestra conciencia y honor cumplir fielmente vuestras obligaciones militares, guardar y hacer guardar la Constitución como norma fundamental del Estado, obedecer y respetar al Rey y a vuestros jefes, no abandonarlos nunca y, si fuera preciso, entregar vuestra vida en defensa de España?

¿A qué se parecía aquella fórmula? ¿Qué le recordaba aquel rígido juramento que exigía fidelidad eterna, al margen de las razones que para romperla pudiera ofrecer el futuro? ¡Claro que sí! Cupido había tardado unos segundos en asociarla a algo que había oído, pero que nunca le habían preguntado directamente. Lo que había comenzado como un mitin terminaba como la liturgia de un sacramento, el escenario abierto y deportivo se silenciaba ahora como un templo, la tribuna de jefes se convertía en el altar votivo de los sacerdotes y la inicial invitación a una fiesta culminaba pronunciando un juramento.

—¡Sí, lo hacemos! —gritaron varios centenares de voces en una respuesta convencida y unánime.

—Si cumplís vuestro juramento o promesa, la Patria os lo agradecerá y premiará, y si no, mereceréis su desprecio y su castigo, como indignos hijos de ella —replicó el general, sin leer ya el libro. Luego, elevando la voz, continuó—: ¡Soldados! ¡Viva el cuartel de San Marcial!

—¡¡¡Viva!!!

—¡Viva el Rey!

—¡¡¡Viva!!!

—¡Viva España!

—¡¡¡Viva!!!

A sus votos no sólo respondieron los soldados. También en las gradas se elevaron los gritos patrióticos mientras el detective se mantenía en un frío silencio, solo y ajeno y desplazado de todos cuantos lo rodeaban. Hacía ya mucho tiempo que nada

que no fuera una historia íntima e individual lo conmovía. Cualquier manifestación colectiva relacionada con la política, con la religión, con la patria, le hacía permanecer indiferente.

La banda militar atacó los acordes del Himno de Infantería y las compañías comenzaron a desfilar bajo la bandera. Uno a uno, armados con el cetme, con la cabeza descubierta, los soldados pasaban bajo la enseña bicolor y con un rápido gesto dejaban en la tela un breve beso.

Una hora y media más tarde, rotas las filas y acabada la ceremonia, Cupido preguntó a un cabo por el lugar donde se servía el aperitivo que figuraba en su invitación. Mostró de nuevo la tarjeta para acceder a una amplia sala donde dos centenares de asistentes —militares de uniforme, civiles con traje y mujeres con luminosos vestidos de fiesta, maquillaje desproporcionado para aquella hora del día y melenas cuidadosamente teñidas con toda la gama de rubios, sin permitir en las raíces el mínimo asomo de vejez— atrapaban bebidas y canapés servidos en mesas y renovados por una tropa de soldados camareros. Cogió una copa de cerveza y observó alrededor, incómodo en aquel ambiente tan ajeno a todo lo que él era. A su lado, un grupo de suboficiales discutían con ardor sobre cuáles eran las obligaciones patrióticas de los militares y cuáles eran las obligaciones patrióticas de los civiles pero que también debían ser de los militares. Un coro de risas cerró un comentario de uno de ellos, satisfechos de ver que creían en los mismos líderes y en los mismos ideales. A su espalda hablaban dos mujeres. Una de ellas elogiaba el discurso del general sobre la eterna necesidad del ejército.

—¿Dónde se alojará esta noche? —oyó preguntar.

—No lo sé. ¿Por qué?

—¡Porque tiene una voz tan hermosa...! No me importaría pasarme toda la noche escuchándola.

Se apartó a un lado para que dos militares ancianos, sin duda retirados ya, pero aún de uniforme, con el pelo blanco muy peinado y los finos bigotes sobre los labios superiores, accedieran a las bandejas de croquetas y canapés de queso, ahumados y caviar, que enseguida comenzaron a saquear con dedos temblones y voraces. Cupido deambuló procurando acercarse al fondo de la sala, donde Castroviejo charlaba con el joven general, intentando en vano captar alguno de aquellos dos apellidos, Ucha y Bramante, que Marina había mencionado. Tampoco oyó el de Olmedo, como si en esas dos semanas lo hubieran olvidado y nadie lo echara de menos o quisieran apartar a un lado su incómodo recuerdo, bien porque sospecharan la intervención en su muerte de una mano ajena, bien imbuidos de la idea de que todo suicidio es una cobardía, y toda cobardía es indigna de un militar. Las conversaciones giraban sobre medidas para arreglar la convulsa vida nacional, con frecuentes maldiciones para los políticos, sobre nostálgicas anécdotas ocurridas en el San Marcial, sobre la pureza de

los tiempos heroicos, sobre hazañas, excesos y mujeres despampanantes. Escuchó algunas alusiones truculentas y maliciosas que no supo interpretar, y algunos cotilleos tan explícitos y detallados que le sorprendieron en las serias bocas militares. Al dejar la copa vacía en una mesa y buscar con la mirada a un camarero, se encontró de pronto con los ojos del coronel, que lo llamaba con un gesto.

—Veo que no ha podido resistir a la curiosidad —dijo estrechándole la mano. Estaba más afable, menos preocupado que cuando se entrevistó con él en su despacho.

—Me he dejado arrastrar por ella.

—¿Y qué le ha parecido?

—Ya había asistido antes a una jura de bandera. A la mía. Entonces, vista desde dentro, no me agradó demasiado —se atrevió a confesar, sonriendo.

—¿Y ahora?

—Ahora, tengo que reconocer que no me ha disgustado. Todo ese orden, las filas tan perfectas, los movimientos tan sincronizados... Y además... —dudó.

—¿Además? —el coronel lo animó a continuar.

Al detective lo sorprendió hasta qué punto se alegran los militares cuando un civil les elogia su trabajo. Acostumbrados a soportar la desconfianza de una sociedad que aún no perdonaba su adhesión a la dictadura, cualquier muestra de reconocimiento, cualquier elogio parecía tener para ellos un doble valor.

—Hubo un momento en que me dije: ¿Tantos militares juntos y tantos hombres armados... y ni un solo tiro? Por unos instantes llegué a creer que era factible esa idea de Olmedo de que los actuales ejércitos europeos no deben ser utilizados para matar, sino para evitar que otros se maten entre sí.

La referencia a Olmedo puso un chispazo de alerta en los ojos levemente velados del coronel.

—Lástima que él ya no esté aquí para escuchar su comentario. Sin duda le habría gustado.

—¿Me permite, mi coronel? —un militar con las estrellas de capitán se presentó ante ellos con un gesto de disculpa.

—Sí. A propósito, me has ahorrado que enviara a buscarte. El detective, Ricardo Cupido, quiere hablar contigo... y con Ucha, si está por ahí. El capitán Bramante —los presentó.

—Buenos días —dijo apretando su mano con la misma brevedad y energía con que hubiera hecho el saludo militar—. Imaginaba que era... usted. El coronel nos dijo que lo había invitado a la jura —dijo con una voz seca y acromática, con un tono monocorde que, más que a la dureza de lengua y labios, parecía deberse a alguna dificultad para articular el orden de las frases.

—Sí —dijo Cupido. No le pasó por alto el gesto de que Bramante viniera a hablar

con él antes de que el coronel lo hubiera requerido, como un alarde de que no tenía nada que ocultar.

Castroviejo llamó a su ordenanza, le ordenó algo en voz baja y un minuto después llegó junto a ellos otro oficial a quien presentó como el capitán Ucha.

—El detective quiere hablar con vosotros..., si vosotros no tenéis inconveniente.

—¿Ahora? —preguntó Ucha.

—Sí —se anticipó Bramante—, es un buen momento.

El coronel los dejó solos y volvió junto al general, a quien rodeaban varias mujeres. Los tres quedaron en silencio, un poco aislados junto a la pared, esperando a que se marchara el camarero que les ofrecía bebidas en una bandeja. Ucha cambió su copa vacía de vino blanco por otra llena. Bramante eligió un vaso de agua mineral.

Por lo que sabía, ambos oficiales habían representado la más firme resistencia al proyecto de Olmedo. ¡Pero qué distintos eran!, observó Cupido. Mientras Bramante parecía exhibir en cada gesto su fortaleza, su energía, su salud, la apariencia de Ucha era su antítesis. Enseguida su espalda había buscado la pared para apoyarse, como si el simple hecho de estar en pie lo fatigara. Tenía un rostro cuyas facciones parecían haber caído unos milímetros, por la fuerza de la gravedad, para acomodarse en su mitad inferior, abandonadas a su peso. La frente era muy amplia y levemente inclinada hacia atrás, como si también las cejas se hubieran descolgado de su sitio natural para empujar los ojos hacia abajo. Sus pómulos arrastraban a las mejillas en su descenso, de modo que en muy poco espacio se amontonaban nariz, boca y una barbilla muy pequeña, dándole un extraño aspecto de debilidad, de glotonería y mal aliento y de una sutil lascivia, pero al mismo tiempo de incapacidad para satisfacer esos apetitos.

—Es curioso que el coronel nos invite a colaborar en una investigación civil sobre un hecho que a él no le causa dudas, puesto que no ha ordenado ninguna investigación militar —dijo.

—¿Y ustedes? ¿Ustedes también creen que Olmedo se suicidó?

—No tengo una opinión clara —Bramante eludió cualquier respuesta que pudiera comprometerlo.

—No —dijo Ucha.

—Excepto el coronel, nadie cree que Olmedo se pegara un tiro y sin embargo nadie hace nada para confirmar esa creencia.

—Ahora mismo ya tenemos en el cuartel un exceso de problemas derivados del informe que él hizo... como para añadir nuevas especulaciones —dijo Ucha—. Y nosotros somos militares, no investigadores. Carecemos de la curiosidad que usted pueda sentir por los detalles.

—¿No les sorprendió su muerte? —insistió Cupido, ignorando la displicencia que había en su respuesta.

—A mí, sí —dijo Ucha—. La muerte prematura o violenta de alguien conocido siempre me causa sorpresa. Aunque luego, al cabo de unos días, al pensar de nuevo en ella, se pueda ver que en cierto modo era lógico que ocurriera, porque el muerto no cuidaba su salud, o porque era muy imprudente..., o porque concitaba sobre sí demasiados odios. Sin embargo, la muerte de Olmedo me sigue sorprendiendo todavía, aunque hayan pasado dos semanas. Hubiera dicho de él que era la última persona que moriría de un disparo que..., en cualquier caso, no parece que fuera un accidente.

—¿Qué opinión tenían de él?

—¿Como militar? —preguntó Bramante.

—Como militar y como persona.

—Yo no estoy seguro de que puedan separarse. No estoy seguro de que una mala persona pueda ser al mismo tiempo un buen militar —dijo Ucha.

Algunos nombres de brillantes estrategias que aplicaron sus dotes a causas infames pasaron por la cabeza del detective, pero no lo contradujo y se limitó a preguntar, dirigiéndose a Bramante:

—¿Era un buen militar?

—Lo fue cuando estuvo en Bosnia y en Afganistán. Pero dejó de serlo cuando se dedicó a las tareas administrativas y diseñó el cierre del San Marcial. No debía haber colaborado con los políticos que toman esas decisiones —explicó con alguna dificultad—. No uno de los nuestros. Es como si se hubiera pasado al otro frente.

—¿Quiere decir que...?

—Que parece inevitable que en todo ejército surja un general traidor —lo interrumpió Ucha. Luego miró alrededor, temiendo que alguien hubiera oído aquel comentario, poco apropiado cuando apenas dos horas antes varios centenares de soldados habían hecho un solemne juramento de fidelidad.

Pero la fiesta continuaba alrededor, los invitados charlaban y reían mientras consumían bebidas y canapés. En los manteles se veían botellas y vasos vacíos, algunos manchados de carmín, servilletas arrugadas, palillos con restos de comida.

—Supongo que no deberíamos hablar mal de él ahora que ha muerto —apuntó Ucha—, pero el coronel no lo habrá invitado sólo para que le contemos las virtudes de Olmedo, también para que le contemos cuánto malestar había despertado su informe. ¿No es eso lo que espera de nosotros?

—Sí.

—Nadie lo apreciaba demasiado. Y si alguien afirma lo contrario, le estará mintiendo —aseguró—. Olmedo era de ese tipo de personas de quien te haces amigo no porque piense como tú, ni porque admires su lucidez, ni porque sea muy divertido o ingenioso, sino porque temes que de otro modo pueda convertirse en tu enemigo. Todos sabíamos que a su vuelta de Afganistán tenía credibilidad, influencia y

prestigio en Madrid y ante el propio coronel, y por eso lo más conveniente era mantener con él relaciones cordiales. ¡Pero de ahí a apreciarlo...!

—Nadie lo apreciaba de verdad —confirmó Bramante.

—¡De ahí a matarlo alguien de los nuestros...! —recalcó Ucha—. No, no lo creo. Hay algo muy grave en disparar contra un hombre que es tu igual, pero si usted formara parte del ejército comprendería hasta qué extremo es impensable disparar contra un militar de más alto grado que el tuyo. Respetar y obedecer a un superior es la primera norma que uno aprende al vestirse un uniforme. Usted mismo acaba de oír el discurso del general.

—Sí.

—Y nos queda tan grabado que ni siquiera en un hipotético peligro de muerte nos atreveríamos a quebrantar ese mandato. ¿O acaso cree usted que el hecho de estar familiarizados con las armas implica que vamos por ahí acribillando a quien nos estorba o daña nuestros intereses?

—Pero son ustedes mismos quienes piensan que alguien disparó contra él. Tampoco ustedes creen que su muerte fue un suicidio —insistió.

—Disparar es muy fácil —esta vez replicó Bramante—. No hay que ser militar para saber hacerlo.

—Aquella tarde hubo una reunión informal aquí, en el cuartel, para analizar las consecuencias del posible cierre. Asistieron todos los afectados, excepto el coronel y ustedes dos.

—Eso parece una sospecha —dijo Ucha.

—Que se resolvería respecto a cualquiera que pudiera atestiguar que a esas horas estaba en algún lugar alejado de la casa de Olmedo —replicó Cupido.

—En ese caso, podrá disipar todas sus dudas sobre mí. Esa tarde estuve en el gimnasio Vigor y Belleza. El dueño, y tal vez algún cliente, podrá confirmarlo —dijo Bramante.

—Creo que podría explicar mejor dónde no pude estar que dónde estuve —dijo Ucha antes de que el detective se hubiera dirigido a él.

—¿Dónde?

—A esas horas conducía mi coche por la vieja carretera del interior. Aunque, claro, no sabría decir por qué lugar exacto a una hora exacta.

—¿Iba solo? —preguntó Cupido.

—Sí. Es una vieja costumbre. Me relaja cuando estoy preocupado o cuando tengo que tomar una decisión importante.

Me gusta mucho conducir. Subo al coche, lleno el depósito en la primera gasolinera que encuentro y salgo a hacer kilómetros sin horario ni trayecto preconcebidos. Y esa tarde me apetecía especialmente, después de la reunión con Olmedo. El cierre del cuartel va a cambiar la situación profesional de todos los que

estamos aquí destinados. Analizaría mejor todo eso conduciendo solo y en silencio que asistiendo a una asamblea donde se hablaría mucho sin que al final se aclarara nada. Conozco ese tipo de reuniones. Así que, como no me multaron, ni tuve un accidente, ni me detuve a comprar nada pagando con mi tarjeta, no creo que haya nadie que pueda atestiguar que me vio por ahí, circulando por carreteras secundarias.

Dejó de hablar de un modo brusco, como si considerara que con lo que había dicho ya cumplía la indicación del coronel de responder a las preguntas del detective, y miró alrededor, con gesto de impaciencia.

—Creo que es suficiente —añadió Ucha.

Los dos oficiales habían comenzado a marcharse hacia uno de los grupos cuando todavía Bramante se detuvo y retrocedió dos pasos.

—Si alguien disparó contra Olmedo..., si hay un culpable, no lo encontrará dentro del ejército —dijo en tono seco, áspero, endureciendo las vocales.

Cupido reflexionó unos instantes, intentando interpretar sus palabras.

—¿Quiere decir que, admitiendo esa posibilidad, ustedes lo protegerían?

—¿Proteger? No. Quiero decir que aquí no admitimos esa posibilidad —concluyó.

—¿Quién era? —le preguntó Carmen al entrar en el coche, una vez que el general se hubo retirado del cóctel, cuando ya habían aparecido las bebidas con nombres en inglés, y concedido así el permiso implícito para la retirada de los demás.

—¿Quién? —preguntó a su vez, aunque sabía bien a quién se refería.

—El hombre alto. El que hablaba contigo y con Ucha —dijo fingiendo indiferencia mientras bajaba su parasol para comprobar en el pequeño espejo el estado de su maquillaje y evitar así que él viera el interés en sus ojos, la curiosidad con que esperaba su respuesta.

Claro que se refería a él, pensó Bramante evocando algo muy lejano, intentando recordar la primera vez que ella le mintió. Claro que se había fijado en un civil así, con el pelo más largo de lo que nunca podría llevarlo alguien con uniforme, el único asistente vestido con ropa informal, sin traje ni corbata, que despreciaba la solemnidad de la ceremonia de la jura. Un tipo atractivo, de los que tienen la seguridad de que siempre habrá una mujer que los recuerde cuando haya terminado la fiesta. Un tipo ajeno a la euforia castrense de aquel día, pero escuchando alerta y con una intensa y desconfiada concentración lo que Ucha y él respondían, como si de ellos dos no pudiera llegarle una noticia buena.

—El hombre alto —repitió, como si le costara recordarlo—. Era un detective privado.

—¡Qué interesante! —exclamó. Terminó de aplicarse el carmín y se humedeció los labios con rapidez y pericia, de modo que el rojo los resaltó sin sobrepasar los bordes—. Nunca lo hubiera imaginado. Era por lo de Olmedo, ¿no?

—Sí. Lo ha contratado Marina. No cree que su padre se...

—¿Es que hay alguien que lo crea?

Apretó con furia sobre el claxon contra un conductor que entró en la rotonda sin cederle el paso. Vio su rostro, el de un chico joven con el pelo atado en una coleta, y a través del cristal abrió la boca para articular el insulto favorito, que el muchacho no podía dejar de ver, deseando que respondiera y parara el coche y le diera la oportunidad de enfrentarse, de romper algo tierno de su cuerpo, de sentir la sangre corriendo por su cara. Dudó en girar un poco el volante para amagar una embestida lateral y borrar de ese modo la mueca de desdén que el chico dirigía ahora contra él, al descubrir el uniforme.

—No, no lo cree nadie. Y sin embargo nadie hace nada para demostrar que no es cierto —dijo, sorprendido de estar repitiendo las palabras del detective.

—Mejor así, ¿no?

—¿Mejor?

Giró la cabeza y vio que ella lo estaba mirando fijamente, sin esconder los ojos, con un ligero desafío en los labios con el carmín renovado, con un atisbo de burla que no concordaba con la gravedad de su sugerencia.

—No te entiendo.

—Si ese detective va por ahí preguntando a todo el mundo... —dejó la frase sin terminar.

—A Ucha puede causarle algún problema —respondió al cabo de unos segundos—. Le ha contado que pasó varias horas de aquella tarde conduciendo por carreteras secundarias, pero que no cree que nadie pueda atestiguarlo.

—Esa absurda costumbre suya. Algún día terminará acarreándole problemas. ¿Y tú?

—Yo puedo estar tranquilo. Le dije que estuve en el gimnasio, como tú sabes —procuró eliminar de sus palabras cualquier acento de defensa, de preocupación.

—Yo nunca sé dónde estás cuando no estás en casa —replicó Carmen. Su ironía había desaparecido para dejar paso a un asomo de reproche.

Bramante vio que había girado la cabeza hacia la ventanilla y que el pelo rubio le ocultaba el rostro. ¿Qué era lo que ella pensaba en realidad?, se preguntó. ¿De qué desconfiaba? Buscó con impaciencia, casi con angustia, las palabras adecuadas para responderle, pero las palabras que hubieran servido para que ella lo mirara no acudían a su lengua, se escapaban antes de que pudiera reconocerlas. ¿Por qué, tan a menudo, le era tan difícil hablar, convencer a alguien con quien discrepaba, hacerse comprensible incluso a sus soldados cuando les impartía las órdenes más elementales? En cambio, ¡había tanta gente diestra en el manejo del lenguaje! Él siempre había mirado con asombro y disgusto la habilidad ajena para combatirlo hablando. Las palabras en sus bocas eran un arma rápida e invisible con la que lo

golpeaban hasta dejarlo vencido y mudo. Y entonces terminaba sintiendo un violento deseo de vociferar, de hacer que toda frase suya dirigida a un subordinado fuera una orden o un castigo, sin término medio. Terminaba sintiendo un irresistible impulso de cortarles la lengua a todos aquellos civiles listillos que se echarían a temblar en cuanto él hiciera el simple amago de desabrochar la trabilla de su pistolera.

Guardaron el coche en el garaje y subieron a casa en silencio. Colgó en el armario del dormitorio la chaqueta del uniforme y miró el reloj de la mesilla. Las cinco, una hora estúpida y caliente, demasiado temprano para sentarse frente al televisor y demasiado tarde para embarcarse en ninguna tarea, arrastrando la excitación y el cansancio de toda la ceremonia de la jura. Se sentó a los pies de la cama y se desató los zapatos de gala, a los que nunca había logrado acostumbrarse.

—¿Has visto? —oyó que Carmen protestaba en el baño, por encima del ruido del agua en el lavabo—. ¡Estreno blusa... y Loreto ha tenido que echarme el vino por encima! ¡Es tremenda! Le quitó a un camarero una botella llena. Ella se bebió la mitad y con la otra mitad nos fue manchando a cuantos estábamos alrededor. ¿Sabes lo que se atrevió a decirle al general?

—No.

—Que su voz era tan interesante que no le importaría pasarse toda la noche escuchándolo. ¡Si vieras cómo huyó de ella!

Se desplazó un poco en la cama para poder verla por la puerta del baño, excitado por aquella capacidad de la carne femenina para cargarse de misterio y provocar el deseo y obligar al hombre a correr detrás como un perro hambriento, con la lengua llena de saliva, plañendo para que le permitiera durante unos minutos alojarse dentro. Tenía la falda puesta, pero se había despojado de la blusa manchada y la estaba frotando a mano, inclinada sobre el lavabo. La delicada seda blanca del sujetador contenía sus pechos, que oscilaban suavemente dentro de las copas, anchos y redondos.

—¿No se quita? —le preguntó.

—No del todo. ¡Esta Loreto! —siguió protestando—. ¡Si se conformara con mancharse a sí misma, sin ir derramando sobre los demás cualquier líquido que tenga en las manos!

Ahora la veía casi por completo, semidesnuda, sólo preocupada por la prenda manchada de vino, ajena a él y a su mirada, a la forma en que los pechos despertaban en él un ardor doloroso. Dejó los zapatos a los pies de la cama, se levantó y, sin decir nada, le abrazó la cintura desde atrás mientras la contemplaba en el espejo.

—Déjame —protestó—. Tengo que terminar esto.

—Luego lo haces —susurró junto a su oído.

—No. Déjame. Si se seca, no sale la mancha.

—Te estás mojando —dijo.

Sin hacer caso a su protesta, soltó el corchete del sujetador. Se llevó la prenda a los labios y la apretó contra la boca y la nariz, aspirando la tibia suavidad del perfume y de las cremas, el remoto atisbo de sudor. Siempre lo conmovía la ropa interior femenina, la refinada armonía de la piel y la seda. Cuando regresaba del cuartel, de unas maniobras o de una guardia de veinticuatro horas, el contraste entre la aspereza de las mantas de campaña, de las duras literas, de los correaes y las lonas sudadas, y la delicada espuma de la seda o la elasticidad de la silicona aceleraba su respiración de un modo incontrolable. Por eso siempre se había opuesto al ingreso de mujeres en el ejército, otra de esas ideas absurdas de los tipos como Olmedo que venían a alterar el orden tan arduamente levantado durante siglos. Las mujeres dentro del cuartel lo desconcertaban, no atinaba a darles órdenes con precisión, no sabía tratarlas igual que a los hombres y, o bien las protegía con un paternalismo que luego, al recordarlo, le parecía ridículo en una institución castrense, o bien, como si de pronto las odiara, empleaba con ellas un rigor burlón y despreciativo y les exigía un esfuerzo que no siempre exigía a los reclutas masculinos. Porque no lograba dejar de pensar en su carne bajo el uniforme, en la loneta endurecida por el sudor rozando la piel más tierna, en el agrio olor de la pólvora mezclado con el perfume de Chanel, en la imagen de un soldado que, en unas maniobras, a pesar de la prohibición, llevaba cada una de las uñas de la manos pintada de un color distinto mientras aferraba la ametralladora...

Una tarde, al regresar a casa, desconcertado por todo aquello que había visto en el cuartel, le rogó a Carmen que se desnudara y se vistiera únicamente con los duros correaes que él acababa de dejar encima de la cama, con la gorra encajada sobre su melena rubia, con las lustradas botas militares. Y ella aceptó, curiosa y excitada por el juego, complaciente mientras él intentaba adivinar por sus movimientos y por la dirección de las primeras caricias el sitio que ella había elegido para hacerle feliz. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Ahora, viendo su frialdad de los últimos meses, se preguntaba si no ocultaba algo turbio y secreto, y temía que con ella se cumpliera aquel axioma, según el cual había en todos los cuarteles una mujer de un capitán fatalmente enamorada de un soldado.

—Déjame.

Hizo un movimiento esquivo que él neutralizó apretándole las caderas contra el lavabo, porque dudaba de la firmeza de su negativa, recordando su ambigüedad de otras veces, su vieja sabiduría para afirmar negando.

—Déjame te digo, ahora no me apetece —repitió, las manos de jabón tratando de apartar sus manos.

—A mí, sí. A mí sí me apetece mucho.

Hundió la lengua en su nuca mientras ella se quedaba quieta, soportando la incómoda presión contra el lavabo, el húmedo siseo de los labios corriendo por su

cuello. Al abrir los ojos la vio reflejada en el cristal, mirándolo con un gesto endurecido de paciencia, las manos hundidas de nuevo en el lavabo, y ni siquiera ya la oposición, ni siquiera el desdén, sólo la indiferencia. Ella resbaló la mirada por el espejo hasta las manos que acariciaban sus pechos, los pezones como dos pequeñas flores oscuras emergiendo en el hueco entre el pulgar y la palma.

Se apartó sin decir nada y en el salón se sentó frente al televisor, cambiando con rapidez de canal sin saber lo que veía, perturbado por aquella enorme diferencia entre su vida en el cuartel y su vida en el hogar: que allí, a una voz suya, incluso a una voz confusa, los trescientos hombres y mujeres de una compañía obedecieran sin chistar y se cuadraran marciales y marcaran sus taconazos al unísono, y sacaran el pecho y el mentón para la revista, temerosos de la falta de un botón o del lustre insuficiente de las botas, y saludaran al cruzarse con él, y se quitaran la gorra en su presencia, y gritaran «¡Sí, mi capitán!» o «¡No, mi capitán!» cada vez que él expresaba un deseo o una prohibición, y que todo fuera respeto y disciplina y acataran sus órdenes con la misma obediencia con que el trigo obedece la voz del viento, y que, sin embargo, dentro de su casa, su mujer ironizara con frecuencia con sus principios patrióticos, mientras él la escuchaba sin saber replicar y buscaba en vano algo que hubiera hecho ese día por lo que pudiera sentir orgullo, aturdido y rabioso, tan cerca del insulto, y le dijera que no y lo rechazara si él..., si él...

¡Cómo había cambiado todo en poco tiempo! ¡Cómo echaba de menos aquellos años, no tan lejanos, en que ser soldado era el destino más alto al que podía elevarse el hombre: alguien que renuncia a cualquier ganancia fácil y está dispuesto a dar la vida para defender a los suyos, alguien para quien el honor era lo más valioso! ¡Cómo añoraba la noble y ruidosa camaradería ética de cuando era cadete, el entusiasmo tumultuoso cuando rompían filas y varios centenares de uniformes salían disparados hacia las puertas del cuartel, aunque luego, al llegar a la calle, miraran desconcertados alrededor, sin saber muy bien qué dirección tomar! ¡Qué no daría por recuperar aquel tiempo de tascas en cuyos lavabos se cambiaban el uniforme por la ropa civil que no engañaba a nadie, de bares con duras bebidas de garrafa, raciones gigantes de patatas bravas y bocadillos hinchados de fiambres sólidos y picantes! ¡Aquel tiempo de crepúsculos en los parques con niñeras de manos hábiles y anchas, complacientes en su tarde libre, siempre preocupadas por las manchas del césped en las camisas o en los pantalones blancos! ¡Aquel tiempo en que siempre había un prostíbulo cerca del cuartel donde fulanas con diez centímetros de lengua...! ¡Ah, qué lejos había quedado todo eso!

Se había cambiado de ropa y apareció de pronto a un lado de la puerta, vestida con la suave bata que usaba en casa.

—Ven, anda. Ven —dijo, extendiendo la mano hacia él, ensayando una amabilidad que encajara en el hueco de su rechazo anterior, que lo ocultara con su

repentino ofrecimiento.

La vio sonreír sin alegría y durante un segundo dudó en aceptar la reconciliación que le ofrecía. Luego, debilitado por el deseo y la mano tendida, se levantó y aceptó sus dedos para seguirla por el pasillo, de vuelta al dormitorio.

—Ven, anda. Ven —repitió cuando ya no era necesario, cuando ya estaba tendido y se inclinaba sobre él.

Sintió cómo toda la irritación anterior se iba disolviendo en los besos, en las caricias, en las manos moviéndose despacio, preparando, mientras se susurraban en los oídos las ofertas más sumisas y audaces.

—Espera, todavía no. Antes, de la otra forma —le pidió empujándola suavemente por los hombros.

Carmen se resistió un momento, pero terminó deslizándose hacia abajo y con una mano pareció sopesar el escroto, casi elástico de tan lleno, acariciando la piel rugosa con pericia de malabarista, como si por su plenitud calculara la intensidad de su deseo. Satisfecha, siguió con la yema del índice las venas que, trepando, culebreaban por la piel. Observó con curiosidad su forma, sus latidos, antes de cerrar los ojos y acogerlo en su boca, poniendo en contacto las dos pieles iguales, del mismo color rosa oscuro, ambas húmedas, limpias de cualquier vello, cóncava y convexa.

—Ya basta —dijo un poco después, extrañadamente lúcido y distante, sin llegar al placer que esperaba. Echaba de menos la antigua e intensa felicidad que con esos mismos gestos hubiera sentido unos años antes, cuando ambos se entregaban con el ciego anhelo de alcanzar la inmortalidad, cuando los actos de amor no se habían despojado de toda implicación emocional y aún no estaban reducidos a la placentera satisfacción de una necesidad higiénica.

—¿Has salido hoy? —preguntó Ucha.

—No.

Su padre lo miró de arriba abajo, intentando encontrar en su uniforme alguna imperfección que reprocharle. Al no encontrarla, se dio la vuelta y clavó junto a Bagdad una chincheta amarilla antes de retirarse un poco para observar mejor el mapa que tenía sobre un panel de corcho colgado en la pared. Era un mapamundi enorme, de tres metros por uno y medio. Desde hacía varios años iba clavando en él, con una rigurosa puntualidad, alfileres en los lugares donde se producían atentados terroristas. Las alargadas chinchetas eran de diferentes colores: amarillo para indicar terrorismo islamista; rojo para los terrorismos nacionalistas; bajo el azul se agrupaban atentados anónimos o de organizaciones extrañas o inclasificables. No había un solo continente que no estuviera marcado.

—Tienes que caminar. Te lo han dicho todos los médicos.

—No quiero pasear con esa india. No sabe hablar..., o finge que no me entiende

cuando le ordeno algo. Y no me fío de ella. Cualquiera día puede arrojarme por un terraplén. O ahogarme.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Si quieres que salga, ven tú conmigo de paseo —protestó desde el sillón donde le gustaba hundirse, frente al televisor y al mapa del terrorismo, orgulloso de su tozudez, feliz de ser todavía capaz de imponer sus criterios.

—Sabes que no puedo, que tengo mucho trabajo.

—Pero te dejarían faltar. ¿Desde cuándo un militar le impide a un compañero que se escape del cuartel un par de horas para acompañar a su anciano padre de paseo?

—¿Faltar? Nadie me echaría una mano para sustituirme.

—Entonces, al menos, búscame a una criada española. No a una india. No me fío de ella.

—Te recuerdo que tampoco te fiabas de las españolas. Y Evangelina es la más fiable y cuidadosa de todas las que has tenido. Lo que pasa es que no te deja hacer lo que te da la gana.

Su padre volvió el rostro hacia el televisor, irritado por su último comentario. Evangelina era la mejor asistenta que habían tenido en los últimos años: limpia, incansable, paciente con todas sus manías de viejo, incluso con su última y sucia costumbre de hacer perdigones con el pan y desperdigarlos por todo el comedor. Y además era una buena cocinera, una cualidad que ambos, que vivían solos, valoraban especialmente. A su padre no le gustaba porque no le permitía sus caprichos y manías de viejo militarote acostumbrado a mandar, porque no lo mimaba y no lo dejaba permanecer en la cama hasta el mediodía, con la habitación sin ventilar, ni bajaba a comprarle vino ni comidas prohibidas por el médico, ni tenía aquella actitud de complaciente servidumbre con que otras asistentas lo chantajeaban para que se estuviera quieto y callado mientras se dedicaban a ver telenovelas. Evangelina lo despertaba a su hora, lo obligaba a tomar puntualmente las medicinas, lo cogía del brazo para salir a pasear, le sacudía la pereza.

—Está bien, está bien —aceptó, conciliador—. Son las cinco y media. Voy a descansar una hora. Anoche tuve guardia y esta noche de nuevo tengo guardia. A las siete salimos los dos a dar ese paseo.

Fue al dormitorio y se despojó del traje antes de tumbarse en la cama, cansado y nervioso, algo borracho de vino blanco. Pensó en la última jura de bandera celebrada en el San Marcial, en la inseguridad del nuevo destino profesional, en la muerte de Olmedo y en las preguntas del detective durante el cóctel. Todo era incierto en su inmediato futuro y, con los ojos cerrados, hizo recuento de cuánto de lo que tenía podría ser salvado.

Una hora más tarde se despertó violentamente, aturdido, en la misma posición en que se había acostado. El sol, al inclinarse, entraba por el hueco de la ventana como

una barra dura y brillante de luz y calor, y tuvo que darse la vuelta hacia la pared para evitarlo, para conceder a sus pupilas unos segundos de adaptación. Entonces, al moverse, lo notó. Ya estaba allí el dolor, como si un espetón le atravesara la cabeza de sien a sien y la volteara incansablemente sobre un fuego ácido para provocarle una confusión y un sufrimiento que aumentaba con cualquier actividad. Un nuevo ramalazo surgió de su frente camino de la nuca mientras intentaba levantarse para atajar su avance. Si dejaba que se instalara dentro, luego sería mayor el sufrimiento hasta lograr expulsarlo.

Muy despacio, puso los pies en la alfombra y se irguió sobre los codos, echando de menos que alguien a su lado bajara la persiana y le pusiera una mano fresca sobre la frente y le trajera de la cocina un vaso de agua con dos tabletas de analgésico sin que él tuviera necesidad de pedir ni de ordenar, sencillamente porque se preocupaba por él y quería hacer lo posible para aliviar su malestar. Con la cabeza agachada, abrió lentamente los ojos y vio sus pies descalzos en la alfombra, las rodillas débiles y tristes, los muslos blancos que hacían pensar en un hombre distinto, más viejo. Encogido como si de un momento a otro pudiera recibir un golpe, se levantó y avanzó hasta la cocina. Arrancó dos pastillas del blíster y sin esperar a que se hubieran disuelto por completo, bebió el agua efervescente y se sentó a esperar su efecto.

—¿Nos vamos ya?

Su padre estaba en la puerta, vestido de calle, impaciente, seguro de que no habría negativa. Dudó en explicarle que no iba a salir con él, que el vino blanco que había bebido en exceso durante la recepción, o el estrés acumulado, le habían provocado jaqueca. Pero imaginó el silencio y la incredulidad con que lo escucharía, la forma en que le daría la espalda para ir a sentarse de nuevo ante el televisor, las veces que le reprocharía la promesa rota.

En voz baja, resignado, sin enfurecerse, aceptó:

—Me visto en un minuto y salimos.

Capítulo 10

Marina y Samuel

Cuando iba llegando a su casa vio a la señora, una anciana, que en las últimas semanas le robaba flores de la valla. Acababa de arrancar un racimo de campanillas fucsias de la bignonia y lo introdujo con delicadeza entre las manchas de nata del solanum y una rama roja de la buganvilla para componer con su botín un hermoso ramillete.

Venía notando los pequeños hurtos, la suavidad y disimulo con que alguien cortaba las flores evitando tronchar las ramas violentamente y hacer destrozos gratuitos, y se había propuesto estar atento para evitarlos. Sin embargo, al ver ahora a la anciana, no le importó, le pareció que el destino que pudiera darle a las flores que le robaba no sería peor que el que él les daba como adorno de la valla de su casa sin que demasiada gente lo valorara: Marina, cada día, cuando traía a sus hijos a la parada del autobús escolar, algunos vecinos y amigos que lo visitaban y unos pocos transeúntes que caminaban por el barrio.

Ralentizó el paso para que la señora tuviera tiempo de marcharse antes de que él llegara y sólo entonces entró en casa. Era sábado. Dedicaría la mayor parte de la tarde a corregir el aire de abandono que presentaba el jardín. Durante toda la semana había tenido que conducir una de las furgonetas, porque a uno de sus empleados lo habían operado de apendicitis y no quiso contratar a nadie para sustituirlo.

El jardín era como un escudo frente al caos: la transformación de los impulsos más agrestes de la naturaleza en acordes armónicos de formas y colores. A veces se decía que mientras lograra mantener allí dentro el orden y la belleza su vida seguiría bajo control. Había comprobado que el jardín es lo primero que se deteriora en una casa deshabitada, el primer lugar que invaden la confusión y la ruina, antes de que aparezcan rotos los cristales de las ventanas, las goteras en los techos, la carcoma en la madera. Un jardín, como los instrumentos de música, brilla tanto más cuanto más se utiliza. Al contrario que los utensilios, los muebles y los electrodomésticos de un hogar, que se gastan con el uso y el paso del tiempo, un jardín mejora a medida que los años y las estaciones se acumulan sobre sus árboles y arbustos, siempre que haya junto a ellos una mano para acompañarlos en su vocación de permanencia. Un jardín, concluía, es un escenario fijo donde a lo largo del año una compañía teatral no demasiado disciplinada, pero con muchos recursos para la improvisación, con vestuario floral y atrezos vegetales, representa los diferentes espectáculos de la naturaleza, desde el dramón Victoriano que siempre es el otoño hasta la comedia del arte de la primavera, desde las severas tragedias escandinavas que inspira el invierno hasta los espejismos de aromas y colores, de agua y sueño de las noches de verano.

Se cambió de ropa y de calzado y salió al patio con una idea muy clara del orden

que debía seguir en las tareas.

Cuando adquirió la casa, había plantado en un arriate, al mismo tiempo, un cerezo y un limonero de luna que ahora crecían uno junto al otro, a tirones, según la estación, como dos buenos amigos, aún adolescentes, de distinta constitución, porte y envergadura, que rivalizaran noblemente en altura y en comenzar a dar frutos. Pero ambos se llevaban bien, no se estorbaban para recibir el sol ni sus raíces peleaban por debajo de la tierra para robarle al otro el abono o el agua. El cerezo no presumía ante su amigo de su altura superior, ni de su fruto rojo, breve y succulento, ni del colorido variable de su hoja caduca, ni de su docilidad para que en él se subieran los niños. Por su parte, el limonero no alardeaba de la dulce fragancia de su floración mensual, ni de su limpieza, ni de la resistencia de su fruto en la rama una vez maduro, sin caer ni pudrirse.

Un par de años antes había atado un bramante negro a una rama del cerezo para corregir su dirección, pues se había empeñado en crecer en horizontal y estorbaba el paso. Un día, cuando la rama había aceptado ya la nueva dirección, cortó la cuerda, pero no se preocupó del nudo. Al engordar, el bramante la había ido estrangulando, como el pequeño anillo colocado en el dedo de una niña, que nunca se quitara a pesar del crecimiento de la mano. Y así, la rama era más débil que las otras. Ahora cogió un cúter y tuvo que extraer el bramante del interior de la corteza. En su lugar quedó una honda muesca circular que daba la impresión de que iba a quebrarse por allí en cuanto la azotara la primera racha de viento.

—Quizá debería podarla —murmuró para sí, convencido de que no podría superar la profunda cicatriz que le habían causado la cuerda y su olvido.

Pero al fijarse mejor vio que las nuevas hojas de la primavera no eran más pequeñas, ni había en ella menos brotes de flores, y, con ese profundo sentimiento de simpatía hacia el herido que restaña y oculta sus heridas y sigue adelante sin quejarse, decidió darle una oportunidad.

Sin embargo, el arce plateado no la tendría, y también a causa de un descuido. Unos meses atrás, a principios de noviembre, estaba rociando la tierra con nitrato, cuando sonó el teléfono. Era Marina, que quería comentarle algo. La conversación se había prolongado y había olvidado recoger el saco de nitrato, que quedó apoyado en el tronco del arce. Esa noche llovió y continuó lloviendo durante otros dos días. El agua disolvió una enorme cantidad de ácidos sobre las raíces del árbol, abrasándolo. Cuando comenzaron a caer sus hojas confió en que sus efectos nocivos se detuvieran ahí, sin afectar al corazón de la madera. Pero poco a poco también las ramas se habían ido secando, desde la punta hacia el tronco.

Se puso los guantes y comenzó a cavar con energía, rodeando el alcorque, cortando las raíces que encontraba al profundizar. Hizo un descanso mientras se preguntaba cuántos hombres y mujeres mueren así, por exceso de ácidos que alguien,

por maldad o por olvido, ha derramado sobre ellos. Cuando logró arrancarlo estaba sudando y había hecho un profundo hoyo en el que no crecería nada de momento. Tierra quemada. La dejaría oxigenándose antes de decidir qué plantaría en ella.

Todavía le faltaba podar y arrancar algunas malas hierbas, pero ya no tenía tiempo. Guardó las herramientas en el armario y entró a asearse antes de ir a casa de Marina.

Había una evidente tristeza en la forma con que Jaime contempló el piso —las nuevas fotos en las que él ya no aparecía, las plantas que en la terraza llena de macetas ponían el contraste entre un verde apacible y los colores intensos de las flores, la nueva ordenación de los muebles, con la trona para su hijo pequeño entre las sillas de la mesa, el sofá donde muchas veces la había amado—, como si de pronto descubriera que aquél era un buen hogar para vivir y que, sin embargo, a él ya se le habían cerrado sus puertas para siempre. Por un momento afloró a su expresión el arrepentimiento del exiliado que comprueba la intensidad de su añoranza al mismo tiempo que la debilidad de las razones que lo empujaron a exiliarse.

—¿Tienes pañales en tu casa? —oyó que le preguntaba Marina desde la habitación de los niños.

—Sí —mintió.

—¿Seguro?

—Pon algunos, por si se hubieran terminado.

Fue a la habitación y la vio metiendo en la bolsa de viaje la ropa, los pañales, los baberos y varios juguetes. ¡Con qué facilidad lo organizaba todo, con qué decisión elegía la prenda adecuada, cuando él, sin embargo, al encargarse de los niños durante los fines de semana alternos, tenía que medir, calcular, repasar lo que necesitaban, para al fin comprobar que siempre faltaba algo imprescindible!

—¡Bueno! ¡Ya está! —exclamó cerrando la cremallera—. Creo que no olvido nada.

Los niños estaban en el salón y Jaime pensó que ése era un buen momento para decírselo:

—Esta mañana he recibido una carta del banco. Del fondo de inversión.

Marina lo escuchó sin demasiado interés. Ella también la había recibido, como cotitular de la cuenta. Sin embargo, apenas le había prestado atención; no era ésa la carta que la había angustiado durante todo el día.

—¿Y qué dice?

—Ofrece dos posibilidades.

—¿Cuáles? —preguntó con impaciencia. Recordó de pronto a su padre y temió que en ese momento se cumpliera la predicción que había lanzado sobre Jaime, el anuncio de su mezquindad, la certeza de que tampoco ella lograría modificar su

carácter.

—Una. Que se puede prorrogar el fondo durante otro periodo de tres años y en las mismas condiciones de rentabilidad. Dos. Que podemos recuperar el dinero, junto con los intereses devengados.

Ya lo había dicho. El plural que había usado no correspondía a una simple torpeza en el manejo de las palabras. Y por otro lado, llevaban demasiado tiempo separados para que pudiera considerarse un hábito.

—¿Podemos? —le preguntó mientras doblaba unas prendas, rehuyendo sus ojos, sabiendo que en esos momentos no podía mirarlo como lo miraba antes—, pero ese dinero no es tuyo, Jaime —dijo, avergonzada de tener que decirlo, de comprobar al fin que su padre tenía razón.

—Legalmente sí. La carta del banco.

—Pero no se trata de lo que diga el banco, sino de lo que digamos nosotros. Tú sabes que ese dinero... No quiero discutir por esto. Es muy desagradable —se negó a continuar.

—Sin discutir —aceptó—. Pero tenemos que aclararlo.

—Está bien. Tú sabes que ese dinero no corresponde a bienes gananciales. Era de mi padre y lo puso también a mi nombre cuando lo enviaron a Afganistán. Por si le ocurría algo.

—Pero entonces estábamos casados, y por tanto...

—¡Claro que estábamos casados! Pero eso no cambia nada, Jaime, no cambia nada. Ese dinero es algo íntimo mío, algo familiar entre mi padre y yo. A mí nunca se me hubiera ocurrido reclamarte la mitad de algo que hubieras heredado de tu familia.

Dudó un momento, a punto de revelarle que su padre había previsto su reacción y que por eso le había hecho firmar, unas horas antes de su muerte, unos papeles que nunca llegaron al banco, porque, en ese caso, no tendría lugar la desagradable conversación que ahora mantenían.

—¡No lo reclamo para mí! En todo caso, sería para mis hijos. Quiero abrir en Valencia una sucursal de Mediterráneo Vertical y a la larga ellos serían los beneficiados con esa ampliación.

Marina no esperaba esa respuesta y lo miró como si no lo reconociera. La ansiedad, partiendo de la boca, le trepaba por todo el rostro, que al enfadarse se volvía feo y desagradable, envejecía en contraste con su cuerpo atlético y joven. El ángel sustituido por un vulgar mortal, airado y sufriente. A pesar de su argumento dinerario, sospechó que no se trataba tanto de codicia como de ese agrio encono en que desembocan los celos cuando todo ha terminado: su resquemor al comprobar que el dinero facilitaría un bienestar que incluiría a Samuel, al imaginar que los niños, sus propios hijos, asociarían los viajes, los regalos, los pequeños lujos, a la aparición del hombre que lo había sustituido. «Es eso, es eso», se dijo. «Es su resistencia a

abandonar el sitio que le había pertenecido, su hueco en las fotos de cumpleaños y en los aniversarios que ahora volverán a contarse desde cero, el lado de la cama en que él, si no me ha mentado, en alguna época también fue feliz». Por eso no la sorprendió el giro que dio a la conversación:

—¿Tú me quisiste alguna vez de verdad?

Era la primera vez que le oía hablar así. Jaime le había hecho la pregunta como si de pronto hubiera descubierto que existía ese sentimiento, como si todo lo que antes había sido nombrado con esas palabras hubiera sido únicamente una farsa. Luego se llevó los dedos a los ojos y pareció observar con asombro las yemas de sus dedos humedecidas, como alguien que nunca hubiera llorado y de repente nota extrañado la presión en los párpados y se pregunta qué es eso que le inunda la vista.

—Sí, te quise mucho —le respondió.

—¿Y crees que podrías volver a hacerlo? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Creo que no.

—¿Ni aunque yo te dijera que..., ni aunque yo te asegurara..., ni aunque yo te jurara que nunca más...?

—No, Jaime —lo cortó, incapaz de escucharlo más tiempo, negándole la posibilidad de utilizar la nostalgia. Era como un niño que ha perdido la gracia. Había oído lo suficiente y le parecía artificiosa y sentimental su pretensión de ser absuelto. Ya no tenía nada que perdonarle, porque el pasado no le dolía. Sólo deseaba que se marchara, que la dejara a solas con la certeza de que llega un momento en que un hombre y una mujer ya no pueden seguir viviendo juntos, y ni los hijos, ni la compasión, ni la más profunda convicción religiosa de la esencia sacramental del matrimonio pueden remediar un fracaso tan triste. Además, dudaba de su sinceridad. Le había mentado tantas veces que ya no podía creerlo.

Jaime debió de notar la impaciencia, el gesto oblicuo con que rehuía sus miradas, porque se levantó de la silla y cogió la bolsa de viaje. En el salón jugaban los niños con algo electrónico que emitía extraños chasquidos. Encajó al pequeño en el carro, cogió en brazos al mayor y abrió la puerta. Cuando entraba en el ascensor, como si hubiera esperado a aquel último momento para que ella no pudiera replicar, dijo:

—Pensaré lo de los fondos. Ya te diré mi decisión.

Marina volvió adentro y se tumbó en el sofá. La casa, sin sus hijos, quedaba extrañamente silenciosa, vacía, hueca. Estaba muy cansada de todos los conflictos surgidos tras la muerte de su padre: su incapacidad para explicársela a su hijo mayor cuando preguntaba por el abuelo; la depresiva indiferencia en que Gabriela se había hundido; la actitud entre plañidera y amenazante de Jaime; la tensa espera de las conclusiones de la investigación del detective; el miedo a que alguien amenazante llamara un día a su puerta o dejara una nueva carta maligna y sucia en su buzón... Samuel estaba a punto de llegar, pero incluso a él, siempre tan amable y carente de

tensiones, hubiera preferido no verlo. Si pudiera, si tuviera el valor suficiente, lo abandonaría todo durante unos días, cortaría todos los lazos y se iría sola, sin los niños. Viajaría a algún lugar del norte, de paisajes ásperos y fríos, donde nadie la reconociera y nadie hablara un idioma con el que ella pudiera comunicarse.

Le extrañó que sonara el timbre. Samuel tenía llaves y alguien de fuera hubiera llamado antes al portero automático del edificio. Se levantó y, sin hacer ruido, se acercó a la puerta. Por la mirilla vio a un hombre desconocido y a Samuel, que se acercaba a introducir la llave en la cerradura. Se anticipó a abrirle y los miró con extrañeza, hasta comprender que todo era una coincidencia. El hombre venía a verla, había entrado casualmente junto a Samuel y había pulsado el timbre antes de que él sacara sus llaves. Entonces lo reconoció: era el inspector de policía que, junto al juez, le había comunicado que la muerte de su padre había sido un suicidio. Allí, en el pasillo, parecía más gris y anodino que en la comisaría: alguien perfecto para pasar inadvertido, de mediana estatura y de complexión mediana, tan de mediana edad que no se podía afirmar que estuviera más cerca de los treinta que de los cincuenta.

—Marina Olmedo —dijo. —Sí.

—No sé si me recuerda. Inspector Mejías —dijo al tiempo que le mostraba la placa encajada en la cartera de cuero.

—Sí, lo recuerdo. ¿Qué ocurre?

—Nada importante, no se preocupe —se apresuró a aclarar—. Un pequeño detalle que debemos comunicarle. Sólo unos minutos.

—Pase.

Dejó que el inspector avanzara y, a sus espaldas, le hizo a Samuel un gesto interrogativo al que él respondió con el mismo asombro. El inspector aceptó la invitación de sentarse, pero antes de hablar miró a Samuel. Marina le dijo quién era y justificó su presencia.

—Esta mañana recibimos una visita en la comisaría —explicó, con un plural que, sin embargo, parecía implicarlo sólo a él—. Un detalle relacionado con su padre.

—¿Qué? —preguntó con ansiedad.

—No se preocupe, no es nada trascendental que modifique lo que el juez determinó en el sumario. Era el dueño de una joyería y vino a enseñarnos su libro de encargos y a entregarnos una alianza.

El inspector extrajo del interior de su chaqueta un pequeño estuche forrado de terciopelo azul.

—Esto —lo abrió con mucho cuidado, con temor de que el contenido pudiera caer rodando por el suelo.

La alianza estaba encajada en la ranura: un aro de oro, sencillo, perfecto, sin ningún adorno ni piedra que distorsionara la pureza del metal. Un punto de su circunferencia atrapó un reflejo de la lámpara y lo retuvo allí, brillando, ajeno a la

alteración que había provocado en Marina y en Samuel.

—No hay ninguna duda de que el encargo era de su padre. Hemos comprobado su firma. Lo había pagado en efectivo. Creemos que debíamos traérselo sin demorarnos más.

—Pero ¿por qué estaba aún en la joyería?

—Su padre la compró el mismo día de su muerte, a primera hora de la tarde. Cuando se adquiere una joya así, al cliente se le ofrece la posibilidad de grabar en su interior cualquier leyenda, de forma gratuita. Hemos ido a hablar con la empleada que lo atendió. Recuerda que, al proponérselo, su padre dudó sobre esa posibilidad, pero no supo decidirse en aquel momento. Entonces le indicó que esperaran hasta el día siguiente, cuando él les comunicaría su decisión. La empleada la había apartado, pero la llamada nunca llegó. Hasta que el propio dueño, al revisar los encargos atrasados, reconoció el nombre de su padre, Camilo Olmedo. No sabía a quién dirigirse y nos llamó para explicarnos todo lo ocurrido. Y para entregarnos la alianza.

El policía puso el estuche en la mesa y lo empujó hacia Marina antes de retirarse con un gesto brusco hacia el respaldo del sillón, dando a entender que con aquella entrega terminaban definitivamente todas sus obligaciones.

Marina cogió el estuche, sacó la alianza y la observó con interés, como si por su peso, su diseño y la pureza del oro quisiera adivinar la intensidad de los sentimientos de su padre al regalarla. Calculó el calibre del anillo pensando en el dedo al que estaba destinado.

—Mi padre dudó en grabar su nombre —repitió, incapaz de comprender todavía lo que aquello podía significar.

—Pero esa duda no cambia nada —intervino el inspector—. Por supuesto, lo hemos consultado con el juez antes de venir. No elimina ni demuestra ninguna hipótesis —añadió con delicadeza, evitando cualquier palabra que sugiriera una forma de muerte.

Sacó del mismo bolsillo interior de la chaqueta un bolígrafo y un recibo de entrega de la joya y los deslizó hacia ella.

—Por favor, tiene que firmar aquí.

Marina trazó con la mano zurda un rápido garabato en la base del escrito, casi sin mirar.

Cuando salió el inspector, ambos quedaron en silencio, mirando la alianza que ella había vuelto a encajar en el estuche, encima de la mesa.

—Habrás que decírselo a Gabriela —propuso Samuel.

—¿A Gabriela? —preguntó, absorta. Luego dirigió la mirada hacia el sillón donde había estado sentado el policía.

—¿A quién si no? —replicó con amabilidad, procurando que todo resultara sencillo—. Tú sabes bien cuánto la quería. Debió de comprarla como un regalo con el

que formalizar su relación. Tal vez, antes de grabar su nombre, quería saber si ella también estaba de acuerdo en dar ese paso. ¡Gabriela es tan... dubitativa, tan compleja a veces!

—Entonces, si ella no...

—¿Quieres decir si ella no aceptó? ¿Y que su negativa fuera la causa de que él tomara esa decisión? Eso podría explicar lo que no comprendemos —se atrevió a sugerir.

—No lo sé, Samuel, no sé qué pensar —movió despacio la cabeza a un lado y a otro y se apretó los ojos con las yemas del anular y del índice—. Si mi padre le hubiera propuesto consolidar su relación y ella hubiera aceptado, me lo habría dicho enseguida. En cambio, si no aceptó su ofrecimiento y ahora ella cree que su rechazo pudo influir en su muerte...

—No lo diría. Tal vez no lo diría —precisó Samuel.

—No lo sé. No lo sé —repitió—. ¡Estoy tan confusa, tan cansada de tanta incertidumbre! Quiero que todo esto acabe de una vez. Hace unos días deseaba ante todo saber la verdad, saber qué ocurrió allí, en el despacho de mi padre, un metro delante de su pecho. Pero ahora ya no. No soy lo suficientemente fuerte para seguir soportando esta ansiedad. Y si para poder vivir tranquila, sin policías que vienen a llamar a la puerta, sin sospechar que gente cercana a quien aprecio me está ocultando algo, sin cartas anónimas y sucias que alguien deja en el buzón... Si para poder vivir en paz tengo que prescindir de saber la verdad, prescindiré de saberla.

Había comenzado a llorar mansamente, sin turbulencias. Dos lágrimas lentas, gordas, difíciles, corrieron desde sus ojos hasta su barbilla antes de que sacara un pañuelo para enjugarlas. Samuel nunca la había visto llorar y se sintió extrañamente conmovido. No sabía explicar bien por qué, pero se había encontrado con mujeres cuyo llanto lo irritaba por su lágrima fácil, por la poca credibilidad de los ojos que lloraban por todo, y con mujeres cuyo llanto lo conmovía hasta el extremo de que haría cualquier cosa para evitarlo. Las lágrimas eran las mismas, pero unas nacían del dolor y otras parecían surgir de una estrategia.

—¿Qué es eso de las cartas anónimas? ¿Es que te ha llegado alguna?

—Esta mañana —dijo.

Se levantó del sillón, fue al dormitorio y volvió con una carta que colocó encima de la mesa, cerca del estuche con la alianza. Samuel se inclinó hacia ella, sin decidirse a tocarla.

—Ábrela, no te preocupes, yo ya la he tocado veinte veces. Si hubiera tenido alguna huella, ya estará borrada o mezclada con las mías. Aunque no creo que quien la haya escrito, quien haya sido tan miserable para escribir y enviar una carta así no haya pensado antes en cómo hacerlo sin dejar ninguna pista.

Samuel cogió el sobre blanco, corriente, con dos dedos y lo observó con atención

antes de abrirlo y leer el mensaje.

¿QUE SE SIENTE AORA HIJO DE PUTA?
¿A QUIEN VAS A DAR ORDENES?
¿A QUIEN VAS A ARRESTAR EN EL INFIERNO?

—Al recoger el correo, entre las cartas normales estaba ese sobre, sin remite ni indicación, sólo con la dirección postal y el apellido en letras mayúsculas: OLMEDO. La abrí antes que las otras, no sé por qué intuí que era algo importante. Dentro sólo venía esa cuartilla, con esas letras tan grandes, como para que nadie pudiera dejar de verlas. Tuve que apoyarme en la pared y las demás cartas se me cayeron de las manos. Las recogí y subí a casa, me senté y puse la carta frente a mí, intentando pensar. Si la rompía en mil pedazos y la arrojaba por el inodoro, tal vez podría olvidarla: «¿Que se siente aora hijo de puta? ¿A quien vas a dar ordenes? ¿A quien vas a arrestar en el infierno?» —repitió las frases con una voz que no parecía la suya, con un sonido ronco que avanzaba despacio por el aire hasta inundar toda la habitación con el odio contenido en las palabras ajenas—, pero no me decidí a hacerlo. El sobre o la cuartilla, pensé, podían tener alguna huella o aportar alguna pista sobre quién o desde dónde la habían enviado. No sé por qué, pero al calcular todo eso no pensaba en entregársela a la policía, sino al detective, a Cupido, como si él pudiera sacar conclusiones más acertadas, aunque seguro que no dispone de medios ni de un laboratorio. Quizá es porque deduje que lo importante no eran sus posibles huellas, sino su intención, y que él sabría interpretarla mejor y adivinaría enseguida la identidad de su autor. Porque quien la había pensado, quien había elegido las palabras y las había escrito tenía el propósito de hacerme daño a mí. No a mi padre, que está muerto. ¡A mí, a mí! Por eso no había un nombre en el sobre, sólo el apellido, Olmedo, y aunque las preguntas van dirigidas a él, se pretende que sea yo quien las lea. Es a mí a quien esa carta quiere hacer daño.

—Pero no tiene importancia. ¡Un anónimo! —dijo Samuel—. ¡Hay tanta gente que no sabe vivir de otra manera! Esto... —Se inclinó a releer la cuartilla abierta, pero sin tocarla—. La tercera pregunta sugiere que se trata de un recluta, o de algún subordinado a quien tu padre habría arrestado en alguna ocasión. Alguien que cree que con escribirla ya se ha vengado. No, no debes darle ninguna importancia —insistió, tranquilo y pensativo, buscando otras palabras con las que ser más convincente. Luego, de pronto, seguro de haberlas encontrado, añadió—: Alguien a quien el dolor de una muerte violenta no le parece todavía suficiente castigo. No puedes dejar que una persona así influya en tus pasos ni modifique tus decisiones.

—Por eso mismo no le he mostrado la carta al policía cuando hace unos minutos estaba ahí sentado. Sólo hubiera provocado más preguntas de su parte para llegar a la misma conclusión.

—¿Y al detective? —recordó su comentario anterior—. ¿Vas a mostrársela?

—Tampoco a él.

—¿Estás segura?

—No, no lo estoy —dijo al cabo de unos segundos—. Sólo quiero terminar con todo esto. Además, él me desconcierta.

—¿Cupido?

—Sí. Cuando estoy hablando con él, cuando lo tengo delante, me parece un hombre en quien puedo confiar. Sin embargo, hoy, durante todo el día, lo he estado dudando.

—¿Por qué?

—Por su oficio. ¿Qué clase de persona hay que ser para hacerse detective privado? ¿Qué le tiene que haber ocurrido para elegir una profesión así?

—No sé. Antes se decía que todos eran ex policías..., que los despedían del trabajo por sus problemas con el alcohol.

—Yo no lo imagino bebiendo. Tal vez sí a su ayudante. Pero a él no lo imagino cayendo en esa exhibición en que siempre se convierte un hombre borracho. Al contrario, diría que se esconde, que se resiste a que los demás lo conozcan.

Marina cogió un nuevo pañuelo y se sonó. Samuel se levantó del sillón y fue a sentarse junto a ella y a abrazarla. Cerró los ojos cuando Marina acomodó la cabeza en su pecho, ya calmada, diciendo en voz baja:

—Voy a terminar con todo esto, Samuel, no quiero seguir adelante. Sé que tengo una obligación hacia la memoria de mi padre y, si yo fuera como una de esas heroínas de la antigüedad, no cejaría hasta haberla saldado. Pero no soy tan fuerte y necesito descansar. Porque también tengo otras obligaciones: hacia la felicidad de mis hijos, hacia mí misma..., hacia ti —añadió tras una breve pausa.

Samuel la escuchó en silencio, pero la abrazó un poco más. Era la primera vez que ella lo incluía entre las prioridades de su vida. No sólo lo aceptaba como se acepta al lado a alguien agradable, bondadoso y poco complicado, sino que lo valoraba lo suficiente para hacer por él un esfuerzo, un sacrificio si fuera necesario.

Estaban solos en la casa, sin los niños, sin nadie que les impidiera dedicarse por entero a dar o recibir consuelo y olvido, a huir de lo que duele. Se besaron y se acariciaron en silencio y poco después buscaron la comodidad del dormitorio. Sin dar las luces, abrieron las persianas para que entrara el aire de la primavera, el tenue resplandor que había encendido la noche en la ciudad, el entusiasmo del sábado de algunas voces adolescentes confiadas en el cumplimiento inminente de las promesas. Pero las paredes guardaban su intimidad, su mutua desnudez en la cálida penumbra de la habitación. Samuel pensó que en aquel momento eran como dos perlas que hubieran coincidido dentro de una misma concha, protegidas en una húmeda y dulce oscuridad. No necesitaban a nadie y sólo temía que una mano usurera y encallecida

de pescador, armada con cuchillo, viniera a perturbar su bienestar.

Hicieron el amor de un modo tranquilo, sin vehemencia ni alardes. Al terminar, Samuel siguió recorriendo con los dedos su espalda, como si siguiera un rastro, todavía sorprendido de que el deseo y su satisfacción hubieran encajado de modo tan exacto. Desde la primera vez, le había parecido que su piel tenía la textura aterciopelada de las habas tiernas, pero cuando se desnudaba era como quitar la vaina, y entonces aparecían las semillas duras y suavísimas de los pezones y del clítoris. Marina se removi6 antes de quedar inm6vil, respirando despacio, tendida ahora un poco de costado, de espaldas a 6l, que acariciaba suavemente sus nalgas, una m6s llena que la otra a causa de la postura, con una impagable sensaci6n de plenitud.

Capítulo 11

En bicicleta

Cupido llegó a la casa a las once de la mañana, tal como Marina le había pedido por teléfono el día anterior. Le había dicho que quería hablar con él de algo importante y el detective imaginó alguna novedad comprometedoras que no debía ser mencionada por teléfono. Por tanto, no esperaba aquellas palabras:

—No quiero continuar con la investigación.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—No es por usted. No tengo ninguna queja de cómo ha llevado su trabajo ni creo que otro hubiera podido hacerlo mejor. No es eso. Le pagaré el tiempo empleado y los gastos que haya tenido hasta hoy. Perdóneme si, al contratarlo, le he impedido aceptar otros encargos. Si tengo que compensarlo, lo haré.

Hablaba con una obstinada firmeza y Cupido dedujo que nada de lo que dijera modificaría su decisión. No insistiría. A él lo contrataban para averiguar algo —aunque en una ocasión fue para confundirlo e impedir que averiguara—, porque eso era lo que ofrecía: su eficacia, quizá su talento, para resolver enigmas. Si alguien se arrepentía..., bueno, sólo le quedaba retirarse con la misma discreción con que había llegado.

—¿Por qué, entonces? —volvió a preguntar, sin presión ni impaciencia, sólo con el irresistible impulso de saber.

Marina dudó unos instantes y luego cogió un sobre sin remite que había encima de la mesa y se lo entregó sin abrirlo.

—Léalo.

El detective observó la dirección escrita en letras mayúsculas, la ausencia de remite, la cuartilla intercambiable con un millón de cuartillas iguales, la letra en arial 20 trazada por cualquier impresora para no dejar huellas, la inyección de la tinta en el papel blanco como si alguien hubiera inyectado veneno en una vena, antes de leer las tres frases con faltas de ortografía, sin firma, rezumando odio.

—Un anónimo. No creo que tenga mucha importancia —dijo—. ¡Es tan fácil escribir y enviar algo así!

Marina le fue contando todo lo que había motivado su decisión. No sólo la carta, también la visita del policía para entregarle la alianza que había comprado su padre y en la que no había llegado a grabar el nombre de Gabriela. Ahora se la daría a ella porque eso era lo que Camilo había querido, pero no la interrogaría, no le preguntaría si él le hizo una proposición y ella lo rechazó, si había sucedido entre ellos algo que pudiera haber empujado a su padre a pegarse un tiro. Gabriela ya había sufrido bastante con la muerte de su hijo como para hacerle sufrir también por la muerte de Camilo.

Marina hablaba con la cabeza agachada. Lo miraba un instante, pero sus ojos volvían enseguida a la mesa, a la carta y al estuche con la alianza, como si en su casa no hubiera un sitio donde guardarlos y tuvieran que estar allí delante hasta que alguien se los llevara o los aniquilara.

—¡Y Jaime! —añadió de un modo imprevisto—. Vino a verme. Quiere una parte del dinero de mi padre, de aquel fondo cuyos papeles usted vio encima de su mesa.

Levantó los ojos y miró de frente a Cupido, respirando con esfuerzo, como si las palabras que había dicho fueran clavos hundidos en una madera y los hubiera tenido que arrancar uno a uno para formar las frases. Luego, más despacio, concluyó:

—Es demasiado peso para mí. Me precipité al creer lo que no creía nadie. Mi padre no necesita ser vengado por un huérfano dubitativo y atormentado, porque, a pesar de lo que yo pensé, no fue envenenado mientras dormía. No puede ser que todos estén equivocados cuando me aconsejan que olvide y que únicamente yo esté en la verdad. Quiero abandonar —repitió.

Cupido comprendió sus razones, su debilidad, su error al calcular a la baja las tensiones a las que, al contratarlo, tendría que enfrentarse. Pero al despedirse le quedaba la duda de que hubiera ocurrido algo más que Marina no le había dicho. Un cambio tan brusco de opinión podía deberse a la aparición de un nuevo dato, de una sospecha que le hiciera mentir y nombrar como cansancio lo que en realidad sentía como miedo.

Desconcertado por el corte repentino en la intensa actividad física y mental que toda investigación exigía, volvió al piso, comió algo, se vistió con ropa deportiva y se fue caminando hacia la casa de Camilo Olmedo. Entró en el garaje con el mando del juego de llaves que aún no le había devuelto a Marina. El trabajo había terminado para él, pero justificó la concesión de aquel pequeño préstamo con la excusa de que a ella no le importaría que utilizara por una sola vez la bicicleta de su padre. La descolgó de la percha y elevó la altura del sillín para acomodarlo a su estatura. Las ruedas tenían la presión adecuada y todo el mantenimiento era perfecto. Un modelo sobrio y eficaz, como había sido su dueño, sin manillares de contrarreloj ni ningún otro complemento que no existiera ya quince años antes.

Salió del garaje y se lanzó a pedalear alejándose del centro. Diez minutos más tarde, tras pasar por un puente elevado sobre un manojo de vías que iban abriéndose hacia la estación, tomó la antigua carretera del interior, poco concurrida, que abandonaba la ciudad hacia el oeste: la misma vía por la que Ucha, según le dijo, circuló en coche el atardecer de la muerte de Olmedo.

Abrió la cadena hacia el piñón pequeño y, dispuesto a sudar, se levantó del sillín y aceleró el ritmo. El día era espléndido, claro, sin un soplo de viento. En el cielo casi azul se sostenían finos jirones de nubes inocentes y limpias y algunos pájaros que volaban con una apacible lentitud. La estrecha carretera ondulaba paralela al cauce de

un riachuelo en cuyas márgenes unos grupos de álamos y fresnos vigilaban su escuálida corriente y, con el rumor de la brisa, parecían hacer preguntas al arroyo que el arroyo se negaba a responder. A los lados, campos de naranjos y limoneros, de pequeños cuarteles de hortalizas, de algunas laderas sembradas de cereales entre los que ya aparecían amapolas que superaban en altura a las espigas. Doce o quince kilómetros al fondo se elevaban las bruscas sierras que tan poco favorecían el clima del país levantando sus murallas geológicas tan cerca de la costa, impidiendo que la humedad del mar avanzara tierra adentro y conformando así un interior seco, caluroso, áspero, propicio a los incendios. Sabía que sin entrenamiento no tendría fuerzas suficientes para trepar ningún puerto que le opusiera mucho desnivel. Hacía varios meses que apenas salía en bici y se sentía pesado, ancho, con los músculos flojos, una caricatura del buen corredor aficionado que alguna vez había sido. Miró hacia los grises picachos echando de menos los tiempos en que le gustaba tanto escalar que ninguna montaña le parecía imposible si disponía de unas horas para afrontarla con el ritmo adecuado. Por entonces, cuando llegaba octubre había recorrido tres mil kilómetros y había subido muchas rampas y sus piernas se habían vuelto tan fibrosas y duras como su propia bicicleta. Si flaneaba a plato grande y piñón tendido, sentía esa plenitud que deben de sentir los caballos al galopar por las praderas.

No había oído nada cuando de repente vio aparecer una sombra delgada y silenciosa junto a él, a su izquierda. La sorpresa le hizo maniobrar hacia la cuneta y a punto estuvo de salirse del asfalto. Antes de adelantarlo con fuerza y soltura, el ciclista se disculpó con un gesto por haberlo asustado. Pronto le tomó una ventaja de doscientos metros y Cupido decidió aprovecharse de su ritmo para seguirlo a esa distancia.

Así aguantó durante quince o veinte minutos, sosteniendo el plato grande, pero volvió a un desarrollo más racional en cuanto la carretera se fue empinando, por miedo a agotarse cuando se encontrara lejos. De vez en cuando pasaban algunos coches y camiones corpulentos con los motores retumbando, acelerando y abriéndose al tomar las curvas, pero no lo inquietaban. Había comenzado a disfrutar con el ligero deslizar de las ruedas calientes, que apenas emitían sobre el asfalto un siseo de insecto, y no quería llegar deprisa a ningún sitio.

Entonces, pedaleando despacio, pudo abstraerse del esfuerzo físico y recapitular lo que había averiguado hasta ese momento. «En realidad», se dijo, «no sé nada concreto que ilumine qué ocurrió aquel atardecer, no he podido ofrecerle a Marina ningún dato o indicio claro para que no abandone». Por lo que había deducido del carácter de Olmedo, también él se resistía a creer que se hubiera suicidado. Un hipotético rechazo de Gabriela no parecía una razón suficiente. Olmedo era de esos hombres que se crecen ante las dificultades. Pero entonces, ¿por qué aquella nota

escrita de su puño y letra con un mensaje tan claro: «Perdóname»? Todo era confuso, inexplicable. Si por alguna circunstancia que no comprendía le hubiera disparado alguien a quien él hubiera dejado entrar en su casa, tenía que ser una persona de su entorno.

Fue repasando sus nombres y poniendo sus rostros junto al rostro de Olmedo, intentando que de aquel enfrentamiento surgiera a la luz alguna imagen incongruente con las palabras y declaraciones que había oído, algún indicio de mentira, alguna revelación que de tan obvia no se había parado a contemplar. Descartó a Samuel, porque esa tarde había estado con Gabriela. Pero había otros que habían tenido la posibilidad de acercarse a la casa aquel atardecer y habían afirmado que estaban solos o que les acompañaba alguien que podría amparar su mentira.

Pensó en Lesmes Beltrán, en el cansancio de sus ojos cuando volvía del quirófano, en su olor a tabaco y a anestésicos, en el odio sin disimulo ni templanza que guardaba contra Olmedo, en la satisfacción que le había producido su muerte. Pensó en Jaime, en su desdén hacia el padre de quien fue su mujer, al que consideraba culpable de su fracaso matrimonial, en sus ínfulas de caballo alado a quien Olmedo pretendía uncir a un yugo terrenal. Pensó en Castroviejo, y se preguntó si la intensidad del desprecio decrece con el paso de los años, como decrece la intensidad del amor, como decrece la fuerza física y la salud y la memoria y la ambición, o si, por el contrario, el viejo coronel mantenía el suficiente rechazo hacia Olmedo como para dispararle si tenía la oportunidad, por haber redactado aquel pernicioso informe que liquidaba lo que él tanto se había esforzado por levantar. Pensó en Ucha, viajando en solitario por la misma carretera estrecha y silenciosa por la que ahora él pedaleaba, y tampoco logró apartarlo de sus sospechas: al contrario, le resultó fácil imaginarlo con la pistola en la mano apuntando al pecho del comandante, con una oscura necesidad de desquite por alguna ofensa que parecía ir más allá de lo profesional. Pensó en Bramante, y lo vio pesado y fuerte, lleno de músculos, sudoroso, jadeante tras un gran esfuerzo atlético o tras una ardua marcha, sentado en un parapeto con un cetro entre las piernas mientras esperaba a que llegaran los demás, ocultando bajo su vigor y su ostentosa valentía una ambigua inseguridad... Aunque ni siquiera sabía si eso era valentía. Mirando hacia atrás, Cupido advirtió cuánto había cambiado su concepto del valor. Ahora le resultaban indiferentes hechos que en el momento de suceder le parecieron actos de coraje —alguna violenta pelea adolescente contra alguien más fuerte que él, algún episodio en manifestaciones políticas de la transición frente a una policía brutal...— y en cambio le parecían actos de un valor encomiable algunos de los que entonces podrían haber sido calificados de actos pusilánimes.

El contador marcaba treinta y seis kilómetros y ochenta minutos de marcha cuando dio la vuelta y emprendió el regreso.

Le faltaba un nombre, Gabriela, y al pensar en ella descubrió que lo ignoraba casi

todo: no había hablado con ella ni la había visto nunca, no sabía cómo sonaba su voz ni cómo era su aspecto. Desde el principio la había considerado una víctima colateral a la muerte de Olmedo, alguien cercano a Marina y blindada ante cualquier sospecha por la coartada de Samuel. Nadie dudaba de que Olmedo había comprado la alianza para ofrecérsela, aunque no se había decidido a grabar su nombre en el momento de comprarla. ¿Qué necesitaba confirmar? ¿Qué dudas tenía? ¿Sólo la de su aceptación o su rechazo? Era imprescindible hablar con ella y corregir aquel vacío que había dejado atrás. Tal vez Olmedo le había contado confidencias, temores, proyectos o sentimientos que se cuentan a una pareja, no a una hija.

La muerte de Olmedo seguía siendo un enigma, y el carácter del detective era alérgico a los enigmas sin resolver. Terminaban convirtiéndose en fantasmas. Decidió que, aunque ya no trabajaba en aquel caso, aún haría una última gestión: hablar con Gabriela. Si entonces no veía más claro o más lejos, abandonaría definitivamente la investigación, a pesar de los nuevos indicios —la alianza, la pretensión de Jaime sobre el dinero, el anónimo— que habían aparecido esa mañana.

A veces ocurría así. Una investigación se detenía en un punto muerto desde el que no veía por dónde avanzar y luego, de pronto, llegaba una avalancha de datos que urgía contrastar. Lástima que hubieran llegado tan tarde, cuando Marina había decidido que no seguiría adelante.

Entró en la ciudad por la misma carretera, pero no se dirigió enseguida hacia el garaje. Bebió agua en la fuente de un parque y se lavó las manos y la cara. Luego montó de nuevo y pedaleó muy despacio hacia el barrio donde vivían Marina y Samuel. Callejeó observando con curiosidad las calles anchas y silenciosas, con grandes árboles en las amplias aceras, las primeras manzanas de edificios de tres pisos, las siguientes de chalés unifamiliares. Eran las seis y media y los pocos transeúntes que vio no parecían ajetreados, no iban corriendo a hacer gestiones o compras antes de que cerraran las tiendas. Incluso los vehículos no aceleraban como en las atestadas avenidas del centro, porque aquí no había en los cruces semáforos a punto de cerrarse. Algunas bandas rugosas sobre el asfalto eran suficientes para moderar su velocidad. Un barrio agradable, aunque acaso todos sus moradores no lo fueran, de casas amplias, aisladas y silenciosas, de valor elevado y mantenimiento costoso, con abundantes lámparas en los muros exteriores, con carteles de protección por servicios privados de alarma, con células fotovolumétricas que se encendían en cuanto detectaban el paso de alguien. Tras las verjas de hierro montadas sobre un primer zócalo de fábrica se veían los setos y las copas de árboles todavía jóvenes y vigorosos, y tras ellos las ventanas en las que no era difícil imaginar a alguien que, a su vez, estuviera en ese momento observándolo a él —que curioseaba sin disimulo desde el lento pedaleo de la bicicleta—, atrincherado tras los muros, protegido por alarmas o por perros como el que había matado al hijo de Gabriela.

Cupido imaginó la gente que allí habitaba: una clase media algo pretenciosa, tan acostumbrada a la comodidad, a la seguridad y al consumo que se angustiaría si no encontraba cada mañana en el hondo frigorífico al menos tres posibilidades diferentes para elegir un menú. Una clase media y urbana, bien adaptada a su siglo, que veía la centuria anterior muy atrás, que ya apenas recordaba el campo, el agro que parecía un lugar exótico al que nunca se podría regresar. Una clase media y satisfecha, no necesariamente conservadora, para quien el lujo no estaba en las joyas, ni en los vestidos, ni en frecuentar ambientes aristocráticos, ni en poseer fincas o fundar grandes empresas, ni en consolidar estirpes de apellidos con prestigio en las que los vástagos llegaran más lejos que sus padres, sino una clase media escéptica y bienintencionada que con frecuencia había tenido descendencia en los últimos años de fertilidad de las mujeres y que no aspiraba a que sus hijos fueran héroes ni hacendados ni millonarios ni genios, que tan sólo pretendía mantener su bienestar, que se conformaba con un futuro profesional para ellos similar al suyo, donde las incertidumbres, los conflictos y la inestabilidad mundial no los alcanzaran.

Poco después se alejó de allí y volvió a la casa de Olmedo. Se detuvo ante la puerta del garaje y, mientras buscaba en el bolsillo del maillot el mando para abrirla, vio que un hombre lo observaba con atención y desconfianza. Vestía un mono gris y verde con la leyenda de una empresa de limpiezas integrales y se apoyaba sobre un ancho cepillo con el que había amontonado la basura de la acera para recogerla luego en un pequeño contenedor con ruedas. Por su actitud, debía de haber reconocido la bicicleta de Olmedo y se estaría preguntando quién era quien la usaba tras su muerte.

Cupido avanzó unos pasos hacia él.

—¿Trabaja usted habitualmente en esta calle? —le preguntó.

—En el barrio —respondió mirando con atención la bicicleta.

—La bici de Camilo Olmedo. Su hija, Marina, me encargó que investigara su muerte —explicó Cupido, eludiendo la mentira—. ¿Conocía usted al comandante? —le preguntó, aunque sabía la respuesta. En la primera entrevista con Marina, ella le había dicho que la asistente de Olmedo era la mujer del barrendero del barrio. Recordó su nombre: Rosco.

—Sí. Lo veía muchas mañanas, cuando se iba al trabajo. Y algunas tardes, al regresar.

—Un horario amplio —observó el detective.

—¿Horario? No tengo horario, tengo calles que barrer. Y estos árboles —señaló con desprecio hacia lo alto, hacia los plátanos cuyas ramas se estiraban por encima de las farolas— nunca dejan de soltar suciedad.

—El comandante —insistió Cupido— murió hace dos semanas.

—Sí.

—Era un lunes. Aquella tarde, ¿también trabajaba usted?

—Aquella mañana y aquella tarde.

—¿Recuerda si durante ese día vio algo extraño, o a alguien que preguntara por él o que viniera a su casa?

—¿Extraño como qué? —miró hacia el suelo, hacia el montón de basura, como si dudara en comenzar a recogerlo para evitar más preguntas—. ¿Por qué habría de recordarlo?

—Porque hay pocos oficios como el suyo para reconocer a los vecinos de un barrio y a quienes no lo son. Quizá los de fuera ensucian más, no sienten la calle como suya.

Rosco lo miró en silencio, pensativo, como si el detective le preguntara a mayor velocidad de la que él necesitaba para ordenar sus respuestas.

—Tampoco los de aquí —dijo al fin—. Parece que algunos están esperando a salir de casa para escupir los chicles, para tirar las colillas encendidas, para romper en trocitos cualquier papel.

—Esa tarde alguien visitó al comandante. Cuando su hija lo llamó por teléfono, él le dijo que hablaría con ella más tarde, porque en ese momento tenía una visita. Pero nunca llegó a hacerlo.

El barrendero había comenzado a negar con la cabeza incluso antes de haber oído sus últimas palabras. Alzó los hombros y sus labios se fruncieron con excesiva precipitación en un gesto de ignorancia. Luego, ante el silencio con que el detective seguía esperando su respuesta, se pasó el antebrazo por la frente, limpiándose el sudor con un gesto huidizo, retráctil de sus ojos.

—No digo que no. Sólo que yo no vi nada. A mí nadie me preguntó por él.

—Lo comprendo. Estas calles del centro siempre están llenas de gente.

El detective pulsó el botón del mando y esperó a que se abriera la puerta. Vio cómo Rosco le daba la espalda y recogía la basura con movimientos expertos y veloces del pesado cepillo, con la mirada en el suelo, como si quisiera indicarle que con esa postura que exigía su oficio no podía fijarse mucho en lo que lo rodeaba. Cupido dejó que la bicicleta se deslizara por la rampa hacia el interior del garaje.

Colgó la bici en la percha y echó un último vistazo al coche que nadie había movido, a los neumáticos y a las herramientas cuidadosamente ordenadas. Tenía la impresión de que el barrendero había visto algo, pero sabía que era inútil insistir contra aquella terca desconfianza. Él no tenía medios para presionarlo. Le quedaba Gabriela, le quedaba buscar las preguntas a las que tal vez no podría dejar de responder: quién era ella, quién era Olmedo, hacia qué lugar se dirigían antes de que el comandante se hubiera detenido de repente a un lado del camino.

Capítulo 12

La estatura de Gabriela

Cuando Cupido la llamó a la mañana siguiente, temprano, Gabriela aceptó verlo una hora después, tal vez porque Marina no había hablado todavía con ella. Al otro lado del teléfono su voz tenía la lentitud y el cansancio de alguien a quien han despertado precipitadamente tras una mala noche. El detective se sintió incómodo, como si hubiera algo impúdico en escuchar sus primeras palabras del día imaginando quién las pronunciaba: una mujer todavía en la cama, con el camisón caído sobre un hombro desnudo, envuelta en la tibieza de las sábanas, tal vez el dedo índice limpiando con delicadeza una pequeña legaña, sin conciencia de haber dormido lo suficiente para que se haya formado.

Dejó pasar una hora y se presentó en su casa. Era un piso de tamaño medio, atiborrado de objetos y adornos, de lámparas, relojes, cuadros, alfombras, muebles pesados y sillas inmóviles, con tan extraña distribución que nadie parecía sentarse en ellas. Daba la sensación de una casa cristalizada en un pasado irrevocable que ya no admitía ninguna modificación, decorada a base de acumular huellas y recuerdos, con tantos detalles que observar que cualquiera podría sentirse incómodo. Con las persianas casi bajadas, parecía tanto un hogar como un escondrijo, y hacía pensar que, en la penumbra, no se podía caminar dentro sin tropezar con algo.

Una alfombra verdosa, grande como un prado, se extendía bajo la mesa, los sillones y el sofá donde se sentó a una indicación de Gabriela, mientras ella elevaba unos decímetros una de las persianas. Con la mayor claridad, Cupido advirtió que el rostro del chico muerto aparecía por todas partes. Sus fotografías parecían haber sido extraídas de los álbumes familiares para ocupar los marcos y portarretratos que se veían en cualquier dirección hacia la que mirara. Era imposible no encontrar su cara congelada en las más diversas expresiones, no siempre de alegría.

Gabriela tardó unos segundos en sentarse, como si esperara alguna petición del detective o dudara en ofrecerle algo. Era muy alta, si bien sus casi ciento ochenta centímetros no denotaban fortaleza, ni poder, ni arrogancia. Al contrario, su estatura parecía intensificar su todavía atractiva y frágil feminidad. Bajo una melena rubia, muy clara, tenía esa mirada de tristeza, asombro y desconcierto de las mujeres hermosas que llegan a la madurez sin haber logrado ser felices. Pero su atemperada belleza seguía allí, en los movimientos armoniosos de su cuerpo, en su rostro, a pesar de las finas arrugas que asomaban en su piel, a pesar de aquella profunda *M* grabada en el entrecejo, a pesar de los párpados superiores levemente caídos, como si tuviera sueño o como si sostuvieran el peso de invisibles racimos de lágrimas. No era extraño que Olmedo se hubiera enamorado de ella: precisamente un hombre fuerte podía sentirse conmovido por la petición de ayuda y consuelo que emanaba de sus gestos.

Al cruzar sus manos, Cupido reconoció en su dedo anular la alianza que el día anterior le había mostrado Marina. Se la había colocado en el lugar que le hubiera correspondido si Olmedo aún estuviera vivo. «Es una mujer rodeada de muertos», pensó con un estremecimiento. Pero enseguida se concentró en lo que aquello significaba: si tenía el anillo era porque Marina había hablado con ella y, en ese caso, debía de saber que él ya no estaba contratado para seguir investigando.

—Me lo dio ella anoche —explicó al ver su mirada—. Me pidió que lo aceptara. Era el regalo que su padre había querido hacerme... Lo que me queda de Camilo para que pueda recordarlo.

La alianza parecía del calibre adecuado. Olmedo había calculado bien el grosor de sus dedos, finos y largos, como ella. Con la mano derecha la hizo girar varias veces en el anular con movimientos nerviosos, como si la brillante alianza fuera incandescente y le quemara.

—Marina también me dijo que no quería que usted siguiera investigando, que acepta que la muerte de su padre fue un suicidio. Sin embargo, a mí no me importa hablar con usted de lo que quiera preguntarme. Al contrario, a veces me sorprende cuánto me gusta hablar de ellos —dijo ampliando el panorama de los muertos, incluyendo con una mirada inequívoca al chico que sonreía desde una fotografía colocada en una mesita junto al sofá—. Los amigos, los pocos amigos que me quedan, insisten en que no debo pensar tanto, que debo intentar olvidarme de ellos y buscar motivos de consuelo, que tengo que salir más a la calle, y hablar con la gente, y leer, y escuchar música y no quedarme aquí encerrada sola y en silencio... Aunque, al mismo tiempo, hay otros que esperan que no salga, que guarde luto, porque en el fondo consideran que lo más correcto es respetar el duelo, y se escandalizarían si fuera por ahí a divertirme... ¡A divertirme! —repitió—. ¡Como si eso fuera ya posible, como si se pudiera sonreír cuando se está desgarrada por dentro! Yo sí sé lo que es sufrir —añadió con el lastimero orgullo de quien considera que el dolor es su monopolio—. Yo no quiero olvidarlos. Me gusta recordar a los muertos, es lo único que puedo hacer por ellos... A Camilo, sí, pero sobre todo a mi hijo Manuel.

—¿Qué ocurrió?

—Lo mató un perro —dijo con calma, en voz baja, sin gestos.

—Parece increíble —comentó Cupido.

—¿Verdad? Oyes que ha muerto un chico de quince años e imaginas un accidente de tráfico, o una enfermedad fulminante que llena las venas de nieve... Pero no piensas que haya podido matado otro ser vivo. Fue un pit bull. No sé si ese tipo de fieras merece el nombre de su especie.

—Conozco a esos perros —dijo Cupido, que recordó a alguien que tenía una pareja vigilando un desguace. Dos animales callados, discretos, dóciles con sus amos. Pero tenían querencia a la dentellada, alguien los había creado a base de cruces para

que mordieran y apretaran luego las mandíbulas hasta ver si lograban atravesar con los dientes la carne mordida.

—No sé cómo alguien puede tenerlos al lado —dijo Gabriela—. Me pregunto si cuando adquieres un perro de esa raza no sospechas que un día podrías utilizarlo. Como quien compra una pistola. Dirá que lo hace porque le gusta como objeto, porque le divierte disparar en el campo a una botella colocada sobre una roca... Pero en el fondo nunca olvida que la tiene y que, en caso necesario, podrá utilizarla.

Cupido asintió con leves movimientos de cabeza. La mayoría de los perros que conocía eran animales inofensivos, de una fidelidad sin reservas, encantadores y cariñosos, incluso demasiado cariñosos en su afán de babear a cualquier desconocido que les hiciera una caricia y de ensuciarle la chaqueta poniéndole las patas en las solapas. Pero era cierto que también existían esos otros perros malévolos, de mirada fría, boca ancha y dentellada fácil, perros que no parecían perros, sino una mutación desde alguna especie de lobos, toros o hienas. Sus dueños les afilaban los dientes para la pelea y los acostumbraban a sufrir. Sentía desconfianza ante esos cruces y sólo pasaba sin recelo junto a perros de razas que ya existían hace mil años. Cuando él era niño, los perros no solían entrar en las casas. Se criaban para guardar el ganado, para cazar, para ayudar en alguna tarea. Y también servían para que los ásperos chicos rurales descubrieran en ellos algo del funcionamiento de la vida: cómo aquello que un animal hacía encima de otro —y que algunas veces habían interrumpido salvajemente— tenía consecuencias unos meses después: una masa de cachorros ciegos chapoteando en la canasta. Y entonces era peligroso acercarse a las madres que protegían a sus crías, y ellos pensaban en sus padres, y se sentían más seguros al descubrir que, en caso de peligro, serían protegidos por ellos con la misma ferocidad. Eran cosas así para las que servían los perros, y no para ser servidos ellos, y acicalados y peinados y vestidos y llevados a la consulta del psicólogo o del dentista para que le cepillara los dientes. Se valoraba su función y su compañía, su lealtad y también su sacrificio, pero no se olvidaba que eran otra especie.

—Venían de jugar un partido de fútbol. Habían perdido y estaban enfadados, ya sabe cómo son los adolescentes. Se creen adultos, pero aún son niños, y ven el juego como una batalla y la derrota como un fracaso. Luego me contaron que iban armando mucho alboroto por ese barrio tan silencioso, que gritaban, que lanzaban el balón contra las vallas. Cuando llegaron a aquel chalé, el perro los asustó con sus ladridos, y ellos, en lugar de ignorarlo, siguieron provocándolo, lo enfurecieron lo suficiente para que el pit bull saltara la verja y los atacara. En la casa no había nadie y el perro estaba muy nervioso. Atrapó con los dientes a mi hijo y ya no lo soltó. Algunas personas que pasaban por la calle y algunos vecinos intentaron apaciguarlo. Alguien avisó enseguida a la policía por teléfono, pero cuando llegaron y dispararon al pit bull, ya era tarde.

Aunque con la respiración agitada, había hablado despacio, para que el detective le siguiera el paso del recuerdo, y en ese momento lo miró como si comprobara que no se había quedado atrás en el camino difícil y pedregoso que recorrían.

—Mi hijo era feliz... No tenía que haber muerto —añadió, como si esa afirmación tuviera en su pensamiento alguna relación lógica con la anterior—. Yo no, yo no fui feliz a sus años, y por eso procuré siempre que a él no le ocurriera lo mismo. Yo creo que los chicos con una adolescencia desgraciada, los chicos que no han tenido la suerte de sentirse queridos, admirados y buscados, luego, durante toda su vida tienen un anhelo de cariño que les hace aferrarse a cualquiera que les susurre al oído unas palabras tiernas, aunque ese alguien sea un indeseable. Pero con Manuel no ocurría eso —explicó. Cada vez que pronunciaba su nombre, la boca perdía una parte de su tristeza, su ceño se relajaba y le endulzaba la frente—. Era un muchacho rebelde, pero estaba lleno de risas, de salud, de fuerza, de curiosidad. Había comenzado a salir con una chica.

—¿Ella también estaba presente cuando...?

—¿Violeta? No, no. Sólo iban ellos. Venían de hacer deporte.

—¿Y los dueños del perro? ¿Qué ha ocurrido?

—Hubo un juicio y el juez estimó que no eran culpables. El perro se hallaba dentro de la finca y los chicos lo azuzaron. Por medio de mi abogado supe que estaban destrozados y que se ofrecían a hacer por mí todo lo que estuviera en sus manos. Pero ¿qué podía darme si no podían devolverme a Manuel? Se fueron a vivir a otra ciudad. Ahora la casa está en venta, pero nadie se decide a comprarla. Todo sigue cerrado y los arbustos han crecido por encima de la verja que comienza a oxidarse. Algunas veces paso por allí y me detengo enfrente e imagino cómo ocurrió todo.

Gabriela miró de nuevo hacia las fotos y Cupido respetó su silencio. Buscó algún vínculo entre la muerte del muchacho y la muerte de Olmedo, pero no encontró nada al margen de la propia Gabriela. Ni siquiera se habían conocido. Pertenecían a dos mundos muy distintos: el de un militar con un rígido sentido del deber y el de un adolescente interesado por los deportes, por las chicas, sin duda por las últimas tecnologías. Ambos le resultaban lejanos, pero, aún más que el castrense, lo desconcertaba la generación de aquellos chicos que veía por la calle con zapatillas deportivas con los cordones sin atar y ropas muy anchas, que se iniciaban en el sexo con premura, muchos de los cuales bebían y fumaban y tomaban pastillas y algunos un día se quedaban paráliticos cuando su moto chocaba a excesiva velocidad contra un muro. Ahora que le llegaba aquella información se despertaba su interés por saber más del muchacho, de Manuel, por completar su imagen y su comportamiento con datos que Gabriela no podía darle. Recordó el nombre de la chica con la que salía, Violeta.

—Cuando murió su hijo, ¿usted conocía ya a Olmedo? —le preguntó.

—No, todavía no. A Camilo lo conocí más tarde.

—¿Cómo fue?

—Una amiga vino una tarde a buscarme para salir a dar un paseo. En la calle nos cruzamos casualmente con él. Se detuvo a saludar a mi amiga y ella nos presentó. La conversación se prolongó y Camilo nos invitó a tomar un café en una terraza. Desde el principio fue muy amable conmigo, sobre todo al conocer cómo había muerto mi hijo. Era militar, pero la violencia, cualquier tipo de violencia, le repugnaba. Además, él también había sufrido una desgracia familiar.

—Su mujer había muerto en un quirófano durante una operación sin aparente dificultad —dijo Cupido.

—Por la negligencia de un médico —aclaró Gabriela—. Yo creo que esa coincidencia lo conmovió y se prestó a ayudarme en todo lo necesario. Le di mi teléfono y me llamó dos días más tarde. Luego..., bueno, los dos estábamos solos y comenzamos a salir. Yo me resistía, no tenía deseos de nada, pero él fue paciente y más testarudo que yo. Logró que superara la desconfianza.

—¿Desconfianza?

—No todo el mundo hablaba bien de él —explicó—. Después de conocerlo me extrañó que tuviera esa fama de hombre duro e intransigente, porque no lo era en absoluto..., al menos con los suyos no lo era. Ya se rumoreaba que pretendía cerrar el cuartel de San Marcial y añadían que lo hacía por ambición personal. En fin, ya sabe lo terrible de las calumnias: los imbéciles las creen, los bribones las difunden aun sin haberlas creído. Pero a mí no me asustaba su fama, sino su condición de militar, porque ése era un ambiente con el que nunca había tenido contacto. Imaginaba que los militares siempre están calculando peligros y amenazas de fuera y olvidándose de cuidar lo que tienen cerca. Y creía que esa tensión les conformaba un carácter irascible. Pero me sorprendió su amabilidad, la gentileza de sus modos. Aunque Camilo era muy firme en el cumplimiento de sus obligaciones, conmigo al menos no era rígido en su trato personal.

—Esa mala fama que mencionó antes, ¿se concretaba en enemigos?

—Supongo que sí, pero no lo conocí lo suficiente para poder dar detalles. A veces hablaba de compañeros con quienes tenía conflictos, pero lo contaba de un modo general, no recuerdo que mencionara nombres. —Se detuvo unos segundos y luego añadió—: Una vez..., una vez me dijo que le sobraban enemigos... Pero ni se preocupaba demasiado por ellos ni estaba dispuesto a cambiar para evitarlos. Era de esas personas muy autosuficientes que no admiten componendas, que no se refugian en el amparo del grupo, que no hacen nada fuera de lugar para parecer simpáticas.

—Entonces, ¿usted diría que había gente que lo odiaba? —insistió con la esperanza de que surgiera algún nombre.

—¿Odiar? ¡Claro que sí! ¡Es tan fácil hacer que una persona odie a otra! Todos sabemos lo que cada uno no quiere oír de sí mismo. Basta susurrarle al oído que alguien ha dicho de él determinadas palabras y ya está ahí el odio para siempre. ¡Es tan fácil! El odio es una planta que crece rápido y en todos los terrenos, sin apenas necesidad de agua o abono. Basta con una semilla muy pequeña.

—¿Le contó si alguna vez había recibido amenazas?

—No, pero siempre se comportaba con mucha prudencia. Siempre iba armado, como si temiera que pudieran atacarlo.

—¿Olmedo habló con usted aquella tarde? ¿La llamó por teléfono?

—No. Estuve en casa, sola, hasta las ocho, y él no me llamó. Yo tampoco lo hice. A esa hora Samuel vino a ayudarme a trasplantar unas macetas. Marina y yo habíamos estado polla mañana en su casa, a recoger algunas plantas que nos había regalado. —Miró alrededor como buscándolas y señaló un ficus al fondo del pasillo, junto a la puerta de la entrada, y unas manchas verdes entrevistas por la abertura del balcón—. Luego tomamos un café y estuvimos charlando hasta las nueve aproximadamente.

—Sin embargo —Cupido señaló la alianza en su dedo—, Olmedo había dicho en la joyería que al día siguiente les comunicaría si debían grabar o no un nombre en el anillo. Podría pensarse que intentaría preguntarle si usted lo aceptaría.

—¿Qué quiere decir?

—Que si usted lo hubiera rechazado, ésa sería una razón que podría explicar lo que todos están preguntándose.

—¿Todos?

—También Marina. Parece haber aceptado que su padre se mató. Lo que no comprende es el motivo.

—No, no habló conmigo aquella tarde —repitió con un asomo de desafío, rechazando el reproche que podían contener las palabras del detective—. Camilo no se mató por mí. Puede decírselo a todo el mundo.

—¿Habría aceptado? —le preguntó Cupido con voz tranquila.

—¿Grabar mi nombre?

—Lo que eso significaba. Una promesa así.

—Creo que sí, creo que habría aceptado —contestó.

—Por la imagen que ofrece de él, se diría que usted no cree que se suicidara.

—Sí, sí lo creo. ¿Acaso no escribió él mismo una palabra solicitando su perdón?

—¿Su perdón?

—El de su hija. El de Marina. Era a quien más daño le hacía. Es ella quien únicamente tiene derecho a perdonarlo. ¿Quiénes somos los demás para opinar sobre lo que alguien decide hacer con su vida?

En su respuesta parecía latir una sugerencia que empujó a Cupido a insistir:

—¿Imaginó alguna vez que él pudiera hacerlo?

—Sí —contestó, y ante el gesto de sorpresa del detective, añadió—: ¿Acaso hay alguien que no lo haya imaginado alguna vez? ¿Quién no ha pensado, al menos durante unos segundos, en desaparecer, en acabar con todo? ¿Usted no?

—No, nunca —respondió Cupido.

—Quizá porque usted ha sido un hombre feliz —dijo, sin envidia ni maldad, pero con una dura, rígida y resignada tristeza, en voz baja, casi en un susurro, como si siete meses después aún siguiera velando el cadáver desgarrado por el perro: madre de un hijo muerto, prometida de un hombre muerto, ella misma dando la sensación de estar muy cerca de la muerte.

Su réplica desconcertó al detective. Entre los muchos adjetivos que podrían aplicarle quienes lo conocían, posiblemente nadie habría utilizado el elegido por Gabriela. Solitario, compasivo, tenaz, leal con unos pocos amigos, inteligente, extraño a veces, resignado muchas, alto, orgulloso..., pero ¿feliz? Feliz no. No se es feliz por no haber contemplado la posibilidad de buscar la muerte, se es feliz cuando te aterra la posibilidad de que la muerte te busque, pensó.

Se despidió de ella y abandonó la casa donde Gabriela dejaba pasar el tiempo contemplando las fotografías de Manuel. Cuanto más doloroso es el presente, tanto más se contempla el pasado como un paraíso perdido, se dijo, desconcertado por una mezcla de compasión y de desasosiego. El contacto con la desgracia ajena siempre le provocaba una dura, incómoda melancolía, pero hacía tiempo que lograba esquivarla, que no le pesaba tanto como en ese momento.

No le apetecía volver al piso y caminó deprisa por el paseo marítimo, sin fijarse en nada, hasta que advirtió que había llegado a las afueras, donde la ciudad se disolvía entre barracones industriales y almacenes grandes y sucios, a veces sin ningún cartel que indicara su actividad o su contenido.

Donde se acababa la acera seis muchachos de quince o dieciséis años, de edad similar a la que ahora tendría Manuel, estaban sentados en el pretil que separaba la calzada de las ásperas rocas que habían sustituido la playa. Dos de ellos habían apoyado las manos sobre el cemento y otros dos sujetaban dos lupas idénticas unos centímetros por encima, de modo que los rayos del sol de abril se concentraran en un punto del dorso de las manos. El juego consistía en comprobar quién soportaba más tiempo la quemadura. Los dos chicos sufrientes hacían muecas, apretaban los dientes y miraban a su adversario estudiando su reacción, calculando su capacidad de resistencia al dolor, mientras los demás los jaleaban:

—¡Aguanta, aguanta!

—¡Sigue, no te rindas, venga!

Cupido se había detenido a contemplarlos y se sorprendió frotándose una mano con la otra, imaginando el escozor. Observó con curiosidad el frenesí de su

comportamiento, sus gritos, la comunicación que establecían entre sí mediante insultos, empujones y risas desorbitadas. Aunque también él, a esa edad, había jugado a juegos duros y brutales, ahora le parecían muy lejanos, creía que ya nadie los practicaba.

Los segundos se hicieron largos hasta que uno de ellos, con el rostro sembrado de granos como si le hubiera caído encima un granizo de fuego, retiró bruscamente la mano, se escupió en la quemadura y se apartó unos pasos entre los gritos de burla contra él y las felicitaciones hacia el triunfador.

El detective regresó hacia el centro y cuando llegó de nuevo a la zona de playa, se quitó los zapatos y caminó descalzo por la orilla poco frecuentada. El tiempo era desapacible y feo, uno de esos días de abril que parecen residuos del invierno y que se cuelan como un mendigo harapiento, incongruente y temblón en el esplendor de la fiesta de la primavera. Esas nubes sucias y grises que ni dan lluvia ni contribuyen a embellecer el cielo, que desfilan informes y sin blancura, deshilachadas, sin capacidad para organizarse y componer figuras, alternaban con claros en lo alto. La fría brisa desperdigaba gaviotas por el aire y, por encima de ellas, aún más arriba, una rapaz, águila o halcón, parecía ir abriendo con el pico la cremallera gris y dejaba ver tras ella el embudo azul del cielo. Algunos rayos de sol, saltando de cirro en cirro, descendían sobre las olas y sobre la arena que el mar fatigaba, donde los bañistas los esperaban tumbados. La mayoría eran extranjeros ávidos de sol, mujeres rubias, de espaldas anchas, piernas largas y caderas duras, y hombres nórdicos de pelo claro y piel rosada que huían de los gélidos inviernos medievales que encharcaban las landas bálticas.

Cuando Marina lo retiró de la investigación, se había dicho que la entrevista con Gabriela sería la última si no conseguía alguna pista clara. No había sacado ninguna conclusión, pero, en cambio, había aparecido un nuevo nombre, Violeta, el de la chica que salía con Manuel. Aceleró el paso, dudando, resistiéndose al anhelo de saber. «Nadie te pagará por seguir investigando», se dijo. Sin embargo, al llegar al centro de la ciudad tomó una decisión: buscaría a la chica y hablaría con ella. Luego, ya vería.

Se calzó y se dirigió hacia la residencia donde estaba su madre. Aunque había hablado con ella por teléfono, no había ido a verla desde el inicio de la investigación. Ella regresaría a Breda en cuanto comenzara la temporada de verano y la residencia fuera destinada a alojar a funcionarios de vacaciones.

Al cruzar la doble puerta automática vio al médico que supervisaba la salud de los internos, que les suministraba las medicinas y que con frecuencia bromeaba sobre su estado, afirmando que ya le gustaría a él tener la mitad de ánimos y energías de muchos de los jubilados. Su madre solía hablar bien de él. Recordó que se llamaba Fuentes y que, tal vez porque nunca usaba bata ni llevaba identificación, no parecía

médico. Su aspecto —la ropa un poco abandonada, la barba sin apurar, los cristales de las gafas sin apenas brillo, quizá limpiados con el faldón de la camisa— era más bien el de un maestro rural o el de un veterinario. Tenía el cuerpo más delgado de lo que su rostro hacía creer, una media calvicie que daba la impresión de que se mantendría siempre así, con unos pocos pelos aferrados y eternos, y una timidez o dificultad para comunicarse con extraños que inducía a pensar en unos pocos amigos fieles y en una vejez larga y solitaria, si no le llegaba antes una muerte fulminante y prematura, sin nadie cerca para cerrarle los ojos. Tenía, en fin, un aire de esa sosegada resignación en que el tiempo convierte lo que un día debió de ser tristeza.

—Buenos días —lo saludó.

—Buenos días —respondió el médico. Lo miró unos segundos y le indicó—: Su madre iba ahora mismo hacia su habitación. Me crucé con ella.

—¿Qué tal está?

—Enfadada —respondió con la media sonrisa con que se da cuenta de una travesura infantil.

—¿Por qué?

—Porque se le acaba el tiempo de estar aquí. Dice que no quiere marcharse.

—Eso demuestra lo bien que ustedes la tratan.

—No somos nosotros —el doctor se quitó el mérito—, sino el clima, el agua y el tiempo libre.

Cupido no pudo evitar sonreír por la afición a los baños que su madre había tomado desde que se recuperó del accidente de la cadera con ejercicios en el agua.

—Tendré que buscarle allí algún balneario —bromeó.

—Le advierto que ya lo ha buscado ella.

—Pues no me ha comentado nada.

—Por internet —añadió.

—¿Por internet? ¡Pero si nunca ha manejado un ordenador!

—Nunca... hasta hace dos semanas. Como aquí tienen mucho tiempo libre, se apuntó al curso que ofrece la residencia y..., bueno, se pone ante la pantalla y no suelta el ratón hasta que pasa la hora —dijo antes de despedirse con un apretón de manos.

Cuando entró en su habitación le sorprendió encontrarla tumbada en la cama, porque eran las doce y media. Siempre recordaba a sus padres de pie, apenas podía evocar una imagen en que estuvieran acostados. De niño, cuando se despertaba, ellos ya se habían levantado, y cuando se iba a dormir, aún seguían despiertos. Al ver ahora cómo se incorporaba con esfuerzo, pensó en la fatiga de los años y, también, en la amenaza de alguna enfermedad.

—¿Estás cansada?

—Un poco. No he dormido bien esta noche.

—¿Por qué?

—No se me iba de la cabeza el accidente de ayer.

—¿Qué pasó?

—A Luis, uno de los internos, se lo llevaron al hospital con el estómago perforado. Había tenido algunos despistes anteriores, pero no eran graves... Hasta ayer. Durante la siesta salió de su habitación y orinó en el cuarto donde se guarda el material de limpieza. Luego, bebió un trago de un detergente para fregar el suelo. Tenía sed y creyó que era agua.

—Un accidente —repitió, porque no sabía qué decir, pero pensando en la irremediable decadencia, en los lóbulos cerebrales enredando sus conexiones nerviosas, borrando en unos pocos meses todo lo aprendido en una larga vida—. Se recuperará.

—Sí. Esta vez han llegado a tiempo.

Como había dicho el médico, encima de la pequeña mesa vio varias páginas impresas de webs de balnearios y de programas de termalismo de organismos oficiales, con detalles de tratamientos, fechas y precios. También había un impreso de solicitud.

—Entonces —le dijo para cambiar la conversación—, ¿quieres irte unos días a un balneario?

—Lo voy a solicitar, pero no creo que tenga suerte. No hay plazas para todos. ¿No ves que el mundo se está llenando de viejos?

—A ti no te lo concederán —dijo fingiendo seriedad.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque tú no eres vieja todavía.

Sonrió e hizo un gesto displicente con el brazo que indicaba lo lejos que había quedado su juventud. Luego comenzó a hablar de lo que había leído en la red sobre las virtudes termales.

—Porque no es sólo el agua. Es el calor, el yodo, las sales de la tierra y también el barro. A tu padre, que nadaba tan bien, seguro que le hubiera gustado.

Estuvo un tiempo allí con ella, charlando de la residencia, de sus compañeros, de Fuentes y de la cercanía del verano, pero sus pensamientos se le escapaban hacia la investigación que no había resuelto.

—Creo que me quedaré todavía un tiempo —dijo.

—Tú haz tu trabajo. Yo estaré bien en casa. Allí siempre hay gente cerca.

Al salir, Cupido buscó con la mirada al médico para agradecerle sus cuidados, pero ya no lo vio. Caminó deprisa hacia la casa, cansado y hambriento, y devoró una ración de arroz y pollo que el Alkalino había pedido a alguna tienda de comidas a domicilio. Él ya había consumido su mitad y estaba tumbado en el sofá relejendo su libro de Schopenhauer.

—Vas a tener que ayudarme de nuevo —le dijo.

—Sigues con eso, ¿no? —Sí.

—Lo sabía. Sabía que no ibas a abandonar aunque te hayan despedido. Sabía que no ibas a dejar a medias el trabajo. ¿Qué tengo que hacer?

—Buscar a una chica de la que sólo conozco su nombre.

—¿Buscar a una chica? —preguntó, fiel a su costumbre de repetir las palabras de Cupido que lo sorprendían o le extrañaban. Cerró el libro y se sentó en el sofá.

—De dieciséis años.

—¿Buscar a una chica? ¿De dieciséis años? ¿Yo? ¡Un tipo cuyo aspecto le hace sospechoso de corruptor de menores! —exclamó frotándose la barba enconada que le saltaba al rostro y lo negreaba apenas había terminado de afeitarse, la carne como madera tostada sobre los pómulos.

—Sí.

—¡Un tipo a quien le huyen incluso las mujeres que doblan esa edad!

—Eso es lo que te pido. Es una tarea que tú sabes hacer mejor que yo.

El Alkalino tomó aire, lo retuvo unos segundos y luego lo dejó salir despacio entre los labios casi cerrados.

—¿Quién es?

—La novia, aunque no sé si puede llamarse así, del hijo de Gabriela.

—¿Del chico muerto?

—Sí.

—¿Es que tiene algo que ver con Olmedo?

—Eso es lo que quiero descartar.

—¿Qué sabes de ella?

—Poco..., casi nada, ya te lo he dicho. Que se llama Violeta. Que tiene dieciséis años. Que vive en esta ciudad.

—Estupendo —bromeó poniéndose en pie—. Un trabajo digno de mí.

Capítulo 13

Cenizas

¡Qué tranquilidad saber que en cualquier momento podía acabar con todo y que nadie lograría arrebatarme ese privilegio! Estaba sola para decidirlo y ninguna persona saldría dañada si un día tomaba una caja de las pastillas con las que combatía el insomnio o si desaparecía de un modo brusco que no dejara atrás ni cenizas ni esqueleto ni polvo, que no emitiera el nauseabundo olor a cadaverina que al cabo de unos días revela el lugar de los cadáveres de quienes mueren solos. Habían muerto todos a quienes había amado y el resto del mundo no le importaba. Ciertamente sentía aprecio por un puñado de amigos, y por Marina, que era encantadora, y por Samuel, a quien todo le parecía bien y no tenía reparos en pronunciar la palabra «Gracias» ante cualquier gesto agradable. Estaba segura de que ellos se entristecerían con su muerte, pero también sabía que no tardarían mucho en olvidarla. De modo que podía afirmar que el mundo le resultaba tan indiferente como ella le resultaba al mundo.

Había sido vencida. Desde la muerte de su hijo había perdido las fuerzas, las ganas, la belleza. Su alta estatura, de la que siempre se había sentido tan orgullosa, parecía haberse reducido unos centímetros a fuerza de encogerse y de inclinar la cabeza. La desgracia había degradado la hermosa expresión de su rostro. Al mirarse al espejo veía, bajo aquella profunda *M* del entrecejo, unos ojos vacíos y aguados, una mirada a la deriva que no albergaba nada, ni siquiera el rencor que hubiera podido proporcionarle la voluntad necesaria para vivir. En los primeros días no lograba comprender bien lo que ocurría, aturdida por el dolor y por las medicinas que tomaba para soportarlo. No lo recordaba, pero luego le contaron que cuando le dejaron ver el cadáver, tras ocultar los destrozos del pit bull, exclamó: «¡Se ha dormido! ¡Qué guapo está!», incapaz de aceptar lo ocurrido. Había tardado unos días en asumir su muerte, como el niño pequeño que, al golpearse en una caída, aún permanece unos instantes preguntándose qué es esa sensación desconocida y sólo al ver la sangre la herida se convierte en sufrimiento y entonces estalla en un llanto inconsolable.

Los muertos la habían vencido y a veces se preguntaba si no era preferible convertirse en un poco de ceniza entre ellos que vivir como una sombra entre los vivos. Cerraba los ojos y entre los espejismos de los ansiolíticos imaginaba que Manuel la recibía con una sonrisa acogedora y balsámica y que luego, unos segundos más tarde, con la inconstancia propia de su edad, le reprochaba que hubiera tardado tanto. Tras él, por encima de su hombro, vislumbraba el rostro de Camilo, el rostro ascético, serio, amable, compasivo, y le tendía una mano para que la cogiera mientras su hijo se volvía y lo miraba extrañado, preguntándose quién era aquel hombre a quien nunca había visto, si tal vez sería el padre que no tuvo. En aquel lugar, que no

era la Tierra, que no tenía esquinas ni rincones, pero que tampoco era el cielo, todos se movían muy despacio, se desplazaban flotando y hablaban en voz baja. Junto a ella, en silencio, sin chocar, sin ir a ningún lado, vagaban sombras más nítidas y compactas que los cuerpos que las generaban, ajenas a todos los impulsos, deseos y molestias de la carne.

Luego abría los ojos y veía de nuevo la penumbra de la casa donde pasaba tantas horas recluida, bañándose en las miradas de las fotografías, en sus diferentes expresiones, mientras fuera trepidaba el mundo cada día más lejano y más frío. Apartada en las regiones de la memoria, repasaba recuerdos, evocaba las diferentes edades de su hijo, desde su calculada concepción por un hombre fugaz —con el que no buscó amor, ni siquiera placer, sólo su semilla, el enérgico, ciego, indomable y minúsculo pez blanco— que nunca llegó a saber para qué había sido utilizado, hasta su muerte, y al cabo de un tiempo volvía al presente y descubría que estaba jadeando. Con la boca seca, se levantaba a beber un poco de agua o un café sin azúcar que ni siquiera calentaba. Apenas comía, el dolor era su alimento. Le resultaba incongruente dedicar dos horas en la cocina a elaborar una comida succulenta que sólo degustaría ella. Cuando pasaba al cuarto de baño, cruzaba indiferente ante los espejos donde nadie se miraba, y luego volvía al salón, a esperar a que transcurrieran las horas del sábado y del domingo y a que la rutina del lunes, de regreso al trabajo en la oficina, le ofreciera un poco de olvido y de sosiego.

Cuando se incorporó, tras la baja laboral por depresión, la habían cambiado de departamento y ahora ya, al menos, no atendía al público, no ejercía el duro oficio de fingir que estaba viva estando muerta, que había salido indemne de la destrucción estando destruida. Sentada ante la pantalla del ordenador, se limitaba a tramitar solicitudes y a actualizar expedientes, satisfecha de que fueran otros quienes informaban de las leyes, replicaban a ruegos o protestas y hablaban permitiendo que ella permaneciera en silencio. Su nueva tarea era fácil, pero requería la atención suficiente para no permitirle pensar en otras cosas. El trabajo terminaba a las tres y había que volver a casa. Era como si viviera dos vidas, la una con el mundo, la otra fuera de él; en una no deseaba hablar con nadie, en la otra no tenía a nadie con quien hablar; las dos eran tristes, pero en la segunda había una cierta voluptuosidad en su tristeza.

Se levantó del sillón y encendió la luz. Aún notaba el olor que había dejado el detective, un resto de aroma de loción de afeitar o de desodorante. Algo masculino, sí, aunque diferente del olor que en su cama dejaba Camilo cuando se marchaba al amanecer. Su interrogatorio, lejos de inquietarla, la había serenado de un modo extraño, como si, con su exigencia de respuestas concretas, le hubiera hecho bajar a la tierra desde su nube de aflicción. Porque preguntaba de una manera cordial, sin ansiedad, como si los conociera a todos ellos —a Camilo, a Marina, a Samuel, a

ella...— mejor de lo que ellos mismos se conocían y con sus cuestiones quisiera no tanto saber nuevos datos como corroborar lo que ya sabía. Su actitud tranquila y decidida le recordó a Olmedo y ahora se preguntó si no debía reaccionar de una vez, ordenar su vida y colocar a los fantasmas en el lugar de sombras que les correspondía, donde pudiera visitarlos, sí, pero no habitar con ellos. Camilo, con su firmeza y su creencia de que la vida siempre es difícil, pero casi siempre soportable, se lo había dicho algunas veces:

—Apártalo, Gabriela. Ponerlo a un lado no significa olvido. Significa que tú necesitas un espacio propio donde puedas vivir. Lo tienes siempre tan presente que también yo lo noto aquí cerca, en medio, entre nosotros. Y eso no es bueno para mí, Gabriela, pero para ti tampoco. Para ti tampoco.

La pequeña urna donde guardaba sus cenizas pesaba muy poco. Desde el primer momento había decidido incinerarlo. Aunque se le pasó por la cabeza la idea de una tumba y una lápida de granito donde haría grabar unas palabras: *He muerto. Sólo viví quince años. Recordadme*, enseguida rechazó esa posibilidad, aterrada al imaginar la descomposición del cuerpo. Volvió con ella al salón, la colocó en la mesa y se sentó a pensar, diciéndose que la decisión que tomara no tenía nada que ver con la palabra olvido. Pero algo debía hacer con las cenizas si quería salir de aquel estado somnoliento, morboso y depresivo.

Se había preguntado algunas veces dónde arrojarlas, pero nunca había encontrado un lugar digno de su hijo. Una tarde había ido a caminar hasta el faro donde terminaba el malecón, donde los pescadores se arracimaban con sus cañas. Estuvo un rato contemplando el horizonte y, cuando iba a regresar, vio al fondo una comitiva de un centenar de personas que se acercaban ocupando todo el ancho del rompeolas. El sol acababa de esconderse y ellos, vestidos de oscuro, se recortaban contra la luz amarillenta del crepúsculo. Con el agua del mar a los dos lados, durante un minuto pareció que no avanzaban, que estaban siempre en el mismo sitio, aunque movieran los pies en dirección al faro. Cuando al fin llegaron, los pescadores, que lo habían comprendido antes que ella, como si no fuera la primera vez que sucedía, recogieron los sedales, agacharon con respeto sus cañas y las tumbaron sobre las enormes piedras del malecón, en completo silencio, como en uno de esos desfiles militares donde los soldados van rindiendo sus lanzas a medida que el general avanza por el pasillo que le han formado. Al detenerse junto al faro, desde la cabecera de la comitiva —algunos lloraban y muchos traían flores en las manos— avanzó una mujer joven hasta el borde de la última piedra llevando una pequeña vasija de cerámica azul.

—Es la hermana —susurró a su lado uno de los pescadores.

Entonces comprendió que se trataba del muchacho que unos días antes había muerto ahogado allí cerca. La hermana levantó la tapa de la vasija, la inclinó y, muy

despacio, fue vertiendo su contenido en el mar. Las cenizas permanecieron unos instantes flotando sobre el agua. Luego, cuando comenzaban a desaparecer, los asistentes arrojaron las flores, cuyos intensos colores rojos, amarillos y blancos se columpiaron en el suave oleaje mientras los pañuelos enjugaban las lágrimas.

Hubo un silencio para que quien lo deseara rezara una oración. Poco después la hermana se llevó las manos a los labios y lanzó un beso al agua. Dio la vuelta y la comitiva se abrió para dejarle paso, de regreso a casa. Se marcharon todos juntos, como habían venido, guardando los pañuelos humedecidos, reconfortados por el consuelo mutuo y afirmando en sus rostros el propósito de ser felices, de ser razonablemente felices, como si las cenizas y las flores que la marea iba arrastrando despacio hacia alta mar les hubieran recordado la fragilidad de la existencia.

Ella había esperado en el faro a que desaparecieran y fue así como vio que, apenas transcurridos unos minutos, los pescadores volvían a cebar los anzuelos, a levantar las cañas y a lanzarlas al agua. Quizá fuera errónea, pero tuvo la impresión de que entonces comenzaban a picar más peces. Cuando, a su lado, un hombre sacó de un tirón una dorada, un latigazo de brillo mineral retorciéndose en el aire, pensó que estaban atrapando los peces que unos minutos antes habían comido las cenizas, y que a su vez serían comidos por los familiares de los pescadores. Imaginó a su hijo y, con un escalofrío, abandonó el malecón caminando muy deprisa.

No, no tenía un lugar donde arrojarlas, ni una tierra que le perteneciera, ni un paraje especial que a Manuel lo hubiera conmovido, ni un río limpio y caudaloso donde se hubiera bañado con placer. Toda la Tierra era demasiado áspera, demasiado sucia, demasiado ensangrentada para cobijar sus restos. Si pudiera, enviaría sus cenizas al espacio para que flotaran en el vacío como polvo cósmico, hasta que un día muy lejano se cruzaran con un cometa que las engullera y se las llevara más lejos aún, incendiadas de nuevo en una estela luminosa antes de desaparecer para siempre.

Al levantar la tapa, un leve olor a quemado surgió de la urna. Muy despacio, sacó la alianza de su dedo anular, la sostuvo unos segundos en el aire y luego la dejó caer dentro. El anillo se hundió sin ruido en las cenizas, dejando una huella redonda más grande que él mismo. Ahora estaban juntos los dos seres que más la habían amado. Si ella desaparecía, no iba a dejar atrás las huellas de ambos, no permitiría que nadie arrojara las cenizas a un basurero con un gesto de asco ni que ninguna mujer adornara sus dedos con la alianza.

Pensó de nuevo en un lugar donde esconderlas y, de pronto, la conjunción de metal y enterramiento le hizo recordar una vieja mina de volframio abandonada en el pueblo de sus padres donde pasaba las vacaciones hasta que cumplió dieciséis años. Era un pozo muy profundo, con una bocamina de cuatro o cinco metros de diámetro, protegida por una tosca valla de palos y un cartel de peligro, ya entonces casi borrado, con que los dueños del seco y áspero terreno de matorrales donde se

encontraba se eximían de responsabilidad en caso de que, por accidente, cayera dentro algún animal o algún caminante de los que, en primavera, buscaban por allí criadillas o espárragos trigueros. La muerte era segura. De niña, con su pandilla de amigos, había ido algunas veces. Sin acercarse, lanzaban una piedra al pozo y en silencio escuchaban los golpes que, retumbando con un eco profundo que los estremecía de miedo, iba dando la piedra en su descenso hacia el centro de la tierra, antes de hundirse definitivamente con un golpe más sordo y húmedo que indicaba un lecho de agua. Ése era el lugar idóneo para esconderlas, decidió, allí nadie las profanaría. Cualquiera fin de semana, cuando se hallara con ánimos, iría hasta aquel pueblo que no había vuelto a visitar.

De repente notó un golpe minúsculo en el dorso de la mano que apoyaba en el borde de la urna. Asombrada, vio la lágrima que se detenía un momento, dudando, antes de resbalar sobre la piel y caer en las cenizas. Sólo entonces tomó conciencia de que estaba llorando. Hacía tanto tiempo desde la última vez que ahora sintió una inconsolable piedad por sí misma. En la soledad de la casa se abandonó a unos sollozos que estremecían todo su cuerpo y en los que encontraba, por primera vez en aquellos siete meses, un extraño consuelo.

Capítulo 14

Rosco y los perros

¡Era estupendo que existieran los fines de semana para aliviar la fatiga de los huesos y de los músculos acribillados por las agujetas! ¡Era estupendo disponer de unas pocas horas libres para descansar o para dedicarse a lo que de verdad le gustaba! Aunque en otoño la empresa les exigía trabajar también algunos domingos para recoger toda la hojarasca, ahora estaban en primavera y no eran necesarias las horas extras. Las mañanas de los sábados eran suficientes para que una escoba hábil y enfurecida dejara las calles limpias de colillas, de papeles, de los brillantes envoltorios de las golosinas infantiles, de excrementos de perros. Él hacía bien su trabajo, el jefe nunca le había reprochado nada. Al contrario, en una ocasión lo puso como ejemplo ante los demás compañeros.

—¡Tendríais que aprender de Rosco! —dijo entonces—. Las aceras de su zona están más limpias que el suelo de las casas de algunos que yo conozco.

Era cierto lo que dijo el encargado, y sin embargo... no tenía razón. Porque cómo iban a tener ganas de abrillantar sus hogares después de haber estado todo el día barriendo las calles de los barrios ricos, soportando el dolor de espalda y de hombros que provocaba el pesado cepillo de púas, arrastrando el contenedor que se iba haciendo de plomo según se llenaba con tantos desperdicios. Porque en los barrios más lujosos plantaban árboles grandes, ostentosos, de hoja caduca, que exigían poda, que siempre estaban arrojando todo lo que les sobraba, como la misma gente que vivía junto a ellos. El lujo generaba una cantidad enorme de basura. En cambio, en los suburbios no, en su barrio el ayuntamiento había repartido unas pobres arizónicas y unos austeros cipreses de vela que crecían por sí mismos, sin exigir nada, sin ensuciar nada, resistentes a la sed y al calor gracias a sus hojas de agujas, mondas y afiladas como espinas de pescado.

Puso dos troncos en la chimenea y se tumbó en la hamaca. El día era fresco, pero no lo suficiente como para necesitar el fuego. Sin embargo, agradecía aquella sensación de calor, el olor antiguo y noble a madera y humo, el juego de acercamiento y fuga de las llamas. Era el único lujo que se permitía. Había estado varias horas ocupado en el huerto heredado de los padres de Aurora, donde crecían unas higueras dulces, unas parras, unos almendros y unos naranjos y donde cultivaba unos cuarteles de hortalizas para consumo doméstico. Con el agua de un pozo había logrado crear aquel pequeño oasis entre los ásperos y desdeñosos cerros de alrededor, en los que sólo crecían arbustos cuyas flores apenas daban polen para mantener una docena de colmenas. Y al caer la tarde le gustaba tumbarse a descansar dentro de la casucha y ver cómo iba aumentando la penumbra, sin oír nada alrededor que no fueran los sonidos de la naturaleza. Esas horas de domingo en el huerto apartado,

escondido en una vaguada, de donde había logrado desterrar la sequía, las plantas con espinas y los animales ponzoñosos, lo relajaban para regresar al día siguiente al trabajo con el espíritu calmado.

Oyó un ruido en la puerta abierta y miró hacia fuera. *Pardo* había asomado la cabeza y lo miraba con un gesto de cariño inconmensurable. Sus ojos del color de la pizarra le pedían permiso para entrar y tumbarse a sus pies, junto a la chimenea, mirando el fuego hasta que el calor lo adormecía y se le caían los párpados. Entonces hacía ruidos extraños y se le arrugaba el morro húmedo y frío, como de goma, y no se sabía si estaba riendo o llorando, o bien, otras veces, gemía como si soñara pesadillas y ladraba a los monstruos nacidos de sus propios sueños. Era un perro sin raza —o con todas las razas mezcladas en su cuerpo—, sin edad, sin estatura, al que había bautizado así por su color indefinible entre gris, marrón y amarillento.

—Pasa, *Pardo* —le dijo.

Extendió el brazo y el perro avanzó hasta llegar junto a él, esperando que le acariciara la cabeza —la palma de la mano más áspera que su dura, casi ferruginosa pelambre— y que le palmeara las desmedradas ancas. Luego se tumbó a sus pies, mirándolo agradecido.

Le gustaban mucho los perros. Ningún otro animal era tan amable con él. Nunca le ladraban, como a los carteros o a los repartidores. Al contrario, cuando iba barriendo las calles con chales, lo miraban y movían la cola detrás de las verjas, esperando sus caricias, como si le agradecieran que les hablara siempre con cariño, que los tuviera en cuenta, que a cada uno lo llamara por su nombre, que recogiera sus heces de las aceras.

Pardo bostezó abriendo mucho las mandíbulas y dejó ver el hueco de los incisivos.

Lo había recogido en la perrera municipal cuando buscaba un perro que lo acompañara en el huerto y disuadiera a algunos ladronzuelos que se habían empicado a robar la fruta y las hortalizas aún sin madurar, aunque por su aspecto parecía incapaz de asustar a nadie. Estaba arrinconado en el patio, temeroso, y fue el último en acercarse a recibir la comida. Cuando preguntó por él, el cuidador le repitió la historia que a él le habían contado, mientras le abría la boca para mostrar la ausencia de colmillos: alguien le había dicho que no tenía dueño y que había mordido a un niño de uno de los barrios marginales de la ciudad. El padre del niño lo había atrapado y había hecho que le arrancaran los colmillos.

Sin embargo, él no creyó aquella historia. Le parecía tan cruel dejar a un perro inerme ante los demás animales, mutilado en lo esencial de su especie, que no podía imaginar a nadie tan salvaje. Lo subió al coche y se lo llevó a la pequeña finca, aunque dudando en el camino si no era un error: ¿qué podía hacer un perro sin colmillos en el campo, donde había tantas cosas que morder?

Pero desde entonces sólo le había procurado satisfacciones. De algún modo había logrado espantar a los ladronzuelos y se había convertido en una compañía cálida e incondicional. Le gustaba su carácter. Casi nunca ladraba, como si sintiera vergüenza de abrir la boca y de que se vieran los huecos en sus mandíbulas. Lo seguía siempre dos pasos por detrás, fiel y tranquilo, sin nada que ver con esos perros presuntuosos que se adelantan a orinar en todos los árboles y en todas las esquinas ostentando su virilidad y su dominio.

Ahora lo vio removerse satisfecho y acomodarse de lado en el suelo, mostrando el fruto de una pequeña erección.

—Echas de menos a una compañera, ¿eh? —El perro abrió los ojos dulces, envejecidos, y levantó un poco la cabeza, escuchando—. A lo mejor te la busco. A lo mejor, ahora que vamos a tener dinero, nos vamos tú y yo a una de esas tiendas del centro donde las muestran en los escaparates. Nada de perrera municipal. Vamos tú y yo y te busco una perrita guapa y elegante, limpia, joven, bien bonita. Tú la eliges, la señalas con un ladrido. Te la traigo al campo y hacéis lo que os apetezca. Ya verás qué bueno es eso. ¿Qué te parece el plan?

Pardo lo miró sin comprender sus palabras, pero sí el tono de camaradería. Se removió de nuevo y, agradecido, apoyó la cabeza junto al cruce de sus tobillos.

La mención a una compañera le recordó a su mujer, Aurora: una persona cariñosa, tranquila, dedicada a trabajar para los demás sin exigir mucho, sin crear conflictos, únicamente levantando la voz para protestar contra su propia gordura. Era ágil, fuerte, capaz de doblarse hasta el suelo, pero gorda. ¿Y cómo no iba a serlo? Es inevitable que engorden las mujeres pobres, se dijo; las ricas, no, todas ellas tan delgadas y elegantes, haciendo dieta, asistiendo a gimnasios y aplicándose kilos de cremas reductoras y bañándose en litros de perfume. Porque para qué iban a comer si no hacían nada durante todo el día, si apenas sabían manejar una escoba, ni una fregona, ni regular una aspiradora, tumbadas en el sofá, viendo la tele, o ante el ordenador, o saliendo en coche —en todos los chalés donde ella trabajaba había dos coches guardados en garajes más amplios que su piso— para ir de compras, o a tomar café mientras fumaban uno tras otro aquellos cigarrillos rubios cuyas colillas arrojaban luego a las aceras. Pero Aurora no podía permitirse el lujo de no comer para mantener la línea. Trabajaba sin descanso, corriendo de un sitio a otro, y le entraba tanto apetito que al llegar hambrienta a casa abría el frigorífico y se ponía a engullir como un caballo. ¡Cómo no iba a estar gorda! A menudo se quejaba de dolores en la espalda y entonces él le decía que se tumbara en la cama. Se sentaba sobre sus muslos y le daba un masaje de la mejor manera que sabía, porque nadie le había enseñado. Deslizaba los dedos sobre sus músculos cansados, recorría una a una sus vértebras, ayudado con una crema para que sus manos ásperas no molestaran la carne benigna, dura y abundante de su mujer. A ella le gustaba tanto que siempre

terminaban haciendo el amor.

A veces se preguntaba qué ocurriría en el mundo si se pusieran en huelga quienes desempeñaban ese trabajo, cuánto tiempo tardaría en inundarse de mierda. Imaginaba que todas las empleadas de hogar, todas las chachas, las muchachas, las chicas, las asistentes, las limpiadoras, las sirvientas, las marmotas, las doncellas, las criadas se organizaban y decidían ponerse en huelga para reivindicar un sueldo digno y los derechos de seguridad social, como cualquier otro trabajador. En pocos días los cubos de basura estarían rebosando, los suelos sucios, los muebles llenos de polvo, las camas sin hacer, los cristales sin brillo, la ropa sin planchar y todas las casas desordenadas y en el caos, hasta que sus dueños no aguantaban más y cedían y les concedían todo lo que habían pedido.

El comandante Olmedo, en cambio, nunca había mostrado esa actitud. No era una persona exigente, le había contado Aurora, y por eso se esforzaba en el trabajo con él y con su hija Marina. Olmedo la había contratado para la limpieza de los dos pisos, aunque sabía que había sido despedida de la empresa de servicios para el hogar cuando descubrieron que había robado unos pendientes en una de las casas, cuya dueña poseía un joyero tan lleno que no parecía que fuera a echar de menos unos colgantes que nunca se ponía. ¡Estaba tan guapa cuando apareció con ellos! Lástima que sólo hubiera podido lucirlos dos días, antes de que la amenazaran con una denuncia si no aparecían en veinticuatro horas. Olmedo sabía todo aquello y sin embargo fue el primero en contratarla tras su despido. Le había dado las llaves y la dejaba sola en su casa, y a él nunca le faltó nada, ni una dosis de detergente, ni un yogur, ni un puñado de café, ni unos granos de sal, ni una triste patata.

Poco después, una mañana en que salía del garaje y él barría la acera, se bajó del coche.

—Rosco —le dijo, con aquel modo tranquilo de hablar que tenía, quizá porque era militar y, aunque ordenaba cómo tenían que hacerse las cosas, no parecía que estuviera dando una orden—. Estoy satisfecho con la forma en que Aurora lleva mi casa y la de mi hija. Tenemos plena confianza en ella.

Confuso y sorprendido, él había murmurado unas frases de agradecimiento para elogiar la disposición al trabajo de su mujer. Pero Olmedo lo había interrumpido. Una empleada de hogar —vino a explicarle— puede ser la mejor o la peor inversión de tu dinero. La mejor si es una persona honrada y por unos pocos billetes limpia la basura que generas y lava tu ropa y plancha tus camisas y logra que te sientas cómodo cuando estás en tu hogar. Pero puede convertirse en la peor inversión si introduces en tu casa a alguien que hurga en tu intimidad y te engaña cuando tú estás ausente, y roba tu alimento, y se acuesta en tu lecho, y se prueba tus ropas o tus joyas y puede escupir en la comida que te llevas a la boca.

Todo quedó claro en aquella conversación y todo había ido bien. Aurora le

limpiaba la casa los lunes y los jueves. Apenas veía al comandante, que salía por las mañanas para ir al cuartel antes de que ella llegara y, si había algo especial que hacer, le dejaba una nota sujeta con un imán en la puerta del frigorífico. En cambio, él sí lo veía a menudo, cuando barría la calle y Olmedo lo saludaba comentando cualquier aspecto del tiempo o del trabajo.

—Tranquilo, *Pardo*, tranquilo —palmeó los costillares del perro, que había levantado de pronto la cabeza, inquieto—. Nos iremos pronto a casa, ya sé que es tarde.

Si le hubieran preguntado quién, de todas las personas a las que conocía, sería la última a quien podrían matar, sin dudar lo habría respondido que al comandante Olmedo. Siempre estaba alerta, se fijaba en cualquier bolsa tirada en la acera o en el alcorque de un árbol, en una bicicleta encadenada a una señal de tráfico o en unos cartones que sobresalían de una papelería. Y en alguna ocasión él había visto, por la chaqueta entreabierta, la pistola que llevaba en la axila. Pero eso sucedía en la calle. Tal vez en su casa se sintiera confiado y tal vez así habría logrado sorprenderlo quien, la tarde de su muerte, llamó a su portero automático y le dijo que quería hablar con él. El comandante le había abierto tras unos instantes de silencio.

Él se hallaba a unos metros, terminando de recoger la basura, y lo oyó todo. Entonces no le había dado importancia, ni tampoco dos días después, cuando Aurora le dijo que tendría que buscar otra casa donde trabajar, puesto que el comandante se había suicidado de un tiro en el corazón y, dondequiera que vivan los muertos, los muertos no necesitan a nadie que les limpie la casa. Sólo lo recordó dos semanas más tarde, cuando vio a aquel hombre alto que volvía al garaje montado en la bicicleta de Olmedo. Era un detective contratado por Marina para aclarar si fue o no fue un suicidio, y le estuvo preguntando por Olmedo. Sobre todo quería saber si alguien lo había visitado aquella tarde. A punto estuvo entonces de responder que sí, pero algo se iluminó de pronto en su cabeza y permaneció en silencio. ¿Qué se habían creído todos ellos, que por ser barrendero también tenía que estar a su servicio para otras tareas que no fueran limpiar su mierda? Él era mucho más listo de lo que se necesitaba para ejercer su oficio, al menos lo suficiente para comprender que no basta con ser honrado para hacer dinero, para que los demás te respeten, para no perder el paso ante tantos tramposos que metían los codos. Tanto interés por parte del detective coincidía con lo que Aurora le había contado: que Marina estaba muy preocupada, que sucedía algo extraño con la muerte del comandante, que incluso le habían enviado una carta anónima donde alguien lo insultaba, ella misma la había leído.

Así que ahora, por fin, tantas horas trabajando en las calles iban a dar su fruto. Una simple llamada de teléfono le había bastado para sentir que era él quien mandaba. Con el dinero que iba a recibir por su silencio —estaba esperando la llamada para acordar el lugar y el modo de pago—, podría culminar los proyectos con

los que soñaba desde hacía tiempo: ahondaría el pozo del huerto y le pondría un motor más potente para sacar el agua; sustituiría las cañas y los oxidados alambres de espino por una valla blanca, de fábrica, que eliminara aquel aspecto de miseria; incluso ordenaría construir junto a la entrada una bonita caseta para *Pardo*. A sus hijos les compraría el ordenador que no dejaban de pedir. ¡Y a Aurora...! A Aurora le regalaría unos grandes pendientes de oro, como aquellos que había cogido de una casa, con los que estaba tan guapa. ¡Lástima que sólo pudo lucirlos dos días! Con todo eso arreglado, ella ya no tendría necesidad de buscarse otro trabajo y podría descansar. Su reposo sería como la herencia que les había dejado el comandante.

—¿Qué pasa, *Pardo*, tanta prisa tienes? ¿O es que has olisqueado alguna liebre? Si tú no puedes cazarlas, ¿no ves que te faltan los colmillos? —le riñó con amabilidad, casi con ternura.

El perro se había puesto en pie y miraba alternativamente hacia él y hacia la puerta, como si quisiera salir y sólo esperara una orden suya para hacerlo.

—Siéntate —lo empujó hacia el suelo y le palmeó el cuello—. Nos iremos pronto, cuando se apague un poco el fuego.

Pardo se tumbó de nuevo a sus pies, pero ya no miraba hacia la chimenea, tenía los ojos fijos en la puerta y las orejas levantadas e inquietas. Sin embargo, él no lo advertía, había cerrado los ojos y sentía en los párpados el tibio calor de las llamas. Se estaba bien allí, ya con la noche alrededor, en silencio, y si no fuera porque Aurora y los chicos lo esperaban en casa, cenaría a la luz del fuego un tomate con un poco de sal, un puñado de almendras o de higos secos y el zumo de un limón. Luego se quedaría a dormir en el camastro, con todo el campo alrededor para él solo, aunque las peladas lomas que rodeaban su huerto apenas merecieran ese nombre...

Sin darse cuenta, se había quedado traspuesto y cuando abrió los ojos las llamas habían convertido la leña en brasas. *Pardo* no estaba dentro y pensó que no se trataba de ninguna liebre, sino de alguna perrilla vagabunda y en celo que lo habría atraído al rondar cerca del huerto. Estiró las piernas, abandonó la hamaca y con pasos cortos, confiados, avanzó hacia la puerta. Desde el quicio observó la profunda oscuridad exterior, la ausencia de luna en el cielo, las estrellas brillantísimas hacia las cuales parecían querer escapar los árboles, como globos negros sujetos a la tierra por el tronco.

—¡*Pardo*! —llamó sin elevar demasiado la voz—. ¡*Pardo*!

El perro no dio ninguna respuesta. Algo pasó volando y le rozó la frente, quizá un insecto en busca de calor. Entonces, sin saber por qué, imaginó una presencia humana allí, cerca de él, una figura espectral que, en lugar de esconderse entre las sombras vestido con ropas oscuras, aparecería junto a un árbol envuelto en un resplandor blanco. Un jirón de brisa le trajo el perfume del azahar que florecía en los naranjos, pero aquel olor tan dulce ahora venía impregnado de inquietud, como si alguien lo

hubiera dispersado al agitar en silencio las ramas. Sintió un escalofrío y retrocedió un paso. Sin dejar de mirar hacia afuera, su mano buscó a tientas la azada que siempre dejaba junto a la puerta, por dentro de la casa. Su pulso se serenó al empuñar el mango de madera. El instrumento agrícola le prestaba su filo de espada y su dureza de escudo. Armado, retrocedió el miedo y pensó que ahora podría enfrentarse a cualquiera en aquel escenario. Había nacido en el campo y lo conocía bien, sabía moverse en su oscuridad sin hacer ruido. Caminando por el campo, él notaba enseguida quiénes eran de ciudad, porque siempre iban mirando hacia el suelo, poniendo con cuidado un pie detrás de otro como si temieran tropezar o hundirse en un excremento de vaca o pisar alguna serpiente que se revolvería a hincar en sus tobillos sus colmillos venenosos.

Avanzó hacia los naranjos en silencio, alerta, mientras imaginaba un encuentro violento y un golpe, un solo golpe feroz y definitivo en la cabeza de un intruso urbano. El susurro llegó a sus oídos al mismo tiempo que la sombra a los ojos. Levantó la azada, pero la detuvo a tiempo en el aire al comprobar que era *Pardo*, quien, más que protegerlo, se arrimó a sus piernas como si buscara su protección. A pesar de la oscuridad advirtió que el perro había encogido el rabo y que sus orejas se movían nerviosas de un lado a otro. Lo acarició sin mirarlo, y murmuró con voz poco convincente, mientras sentía cómo el animal le contagiaba su temblor:

—Tranquilo, *Pardo*, tranquilo. ¿Qué has visto?

Le pareció percibir un ruido lejano, más allá de la alambrada oxidada, entre los arbustos secos y espinosos donde la oscuridad se incrustaba en más oscuridad. Al tocar de nuevo al perro notó que se había tranquilizado, que ya no temblaba, y que era su propia mano la que se estremecía. Durante unos minutos permaneció aún entre los naranjos, escuchando, buscando algo que explicara qué o quién había estado allí, pero la oscuridad impedía ver ninguna señal, ninguna huella.

Sin dejar de mirar hacia atrás, regresó a la casa acompañado por el perro, cerró la puerta con llave y encendió la lámpara de gas. *Pardo* aún movía la cabeza hacia él y hacia el exterior, emitía algún ladrido nervioso y lo miraba con sus hermosos ojos de pizarra en los que se reflejaban dos chispas de luz. Parecía que quería decirle algo y no podía, como una persona a quien, en lugar de haberle arrancado los colmillos, le hubieran cortado la lengua.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó mientras soltaba la azada y recogía todo para marcharse—. No lo vuelvas a hacer... Lo de dejarme solo.

Capítulo 15

Adolescencia

—Ya está. La encontré —dijo. Entró en la cocina y se bebió dos vasos seguidos de agua. Luego se limpió el sudor con un pañuelo de papel.

—¿Ha sido difícil? —preguntó Cupido.

—Sí. Se comportan como si hubieran hecho algo malo y quisieran esconderse.

—¿Quiénes?

—No sólo la chica. Violeta. Todos ellos... ¡Los adolescentes! Los adultos siempre queriendo saber dónde están sus hijos. Y ellos haciendo lo posible para ocultarse —replicó el Alkalino.

—¿A qué te refieres con «algo malo»?

—¡A nada! A nada —repitió—. Ella, Violeta, y su grupo se reúnen muchas tardes al final de la playa norte, entre unas dunas que los ocultan, un poco alejados de la orilla. Se sientan en la arena y charlan, cantan a veces, bromean, se empujan... Ni siquiera beben. Inocentes como palomas... y sin embargo no dan esa impresión. Las ropas anchas, las camisetas con unos dibujos que no se tatuaría un pirata malayo, los pantalones con harapos, como si los rompieran a propósito... ¡Y los pelos de algunos chicos, despeinados a fondo, como si vinieran de atravesar un bosque y se hubieran ido enganchando en todas las ramas...!

—¿Hablaste con Violeta? —Cupido cortó sus comentarios.

—No. Creo que es mejor que lo hagas tú. No quiero que salga corriendo y se encierre en su casa creyendo que un tipo extraño la persigue —dijo con una media sonrisa.

—No seas exagerado.

—Es muy guapa —añadió con seriedad—. No me extrañaría que la persiguieran. Es una chica muy guapa.

—A su edad, ninguna chica es fea.

—Es morena y lleva el pelo corto —continuó sin replicar a su comentario—. Creo que no tendrás dificultades para reconocerla. Es como si..., como si tuviera aspecto de ser la novia de un muchacho muerto.

—¿Qué aspecto tienen las novias de los muchachos muertos?

—Algo extraño —respondió tras meditarlo unos instantes—. Parecen estar anhelando que ocurra un cambio y al mismo tiempo temiendo que ese cambio sea para peor —dijo. Luego miró su reloj y añadió—: Si te das un poco de prisa, creo que ahora mismo podrás encontrarla.

Cupido se levantó y cogió las llaves.

—¿Te quedas? —le preguntó.

—Sí. Suerte.

El detective salió a la calle, cogió el primer taxi que vio y se acercó hasta el final de la playa norte. En efecto, unas dunas se amontonaban entre la orilla y un pinar. Avanzó hacia ellas y en una pequeña hondonada, ocultos a la vista, tal vez escondidos, estaba el grupo de adolescentes: fuertes, saludables, casi definidos en los caracteres físicos, pero todavía con algo infantil en las miradas y en los gestos, como si el cuerpo hubiera evolucionado más deprisa que el espíritu y contemplaran con estupor y desconcierto las súbitas manifestaciones de su especie y su sexo. Daban la impresión de haber tenido una infancia larga y feliz, llena de juguetes, protección y cuidados. Sentados en la arena, charlaban, descansaban y se pasaban los auriculares de varios MP3, de cuya música parecían comentar algo.

Como había predicho el Alkalino, no tuvo dificultades para identificarla entre las cuatro chicas que formaban un pequeño corro, sentadas a lo indio, un poco separadas de los chicos.

A él también lo vieron y alguien debió de comentarlo, porque todos se quedaron en silencio y lo observaron mientras se acercaba. Cupido se detuvo a tres metros, de modo que su alta estatura no mostrara indicios de autoridad ante el grupo sentado.

—¿Eres Violeta? —preguntó mirando a la chica de pelo moreno y corto.

—Sí —respondió, aunque no hubiera podido ocultarlo: al oír su nombre, varios de sus amigos volvieron la cabeza hacia ella, en una ingenua reacción.

Por un momento pensó en presentarse: «Me llamo Ricardo Cupido. Soy detective», pero ella no lo conocía y sólo lograría despertar su desconfianza. Así que habló con el tono más apacible del que era capaz:

—Me gustaría hablar contigo sobre Manuel. Sólo unos minutos.

Violeta se puso en guardia al oír su nombre, y luego, de repente, un sonrojo rápido y violento le incendió el rostro y agachó la cabeza para ocultarlo.

—Gabriela me ha hablado de ti —añadió Cupido mientras se preguntaba qué más puede hacer un detective privado para no parecer un policía, para que, en los oídos de una adolescente desconcertada, sus palabras no suenen exigentes, acostumbradas a recibir respuestas.

—¿Usted quién es? —intervino uno de los chicos.

—Un detective privado —respondió mirando a Violeta—, estoy investigando la muerte de Camilo Olmedo. El militar amigo de Gabriela.

No necesitó explicar nada más. Violeta se levantó, se sacudió con las manos la arena pegada a los pantalones vaqueros y avanzó unos pasos hacia él.

—Sí —dijo. Volvió la cabeza hacia el grupo que escuchaba en silencio y les preguntó—: ¿Me esperáis, verdad?

Todos asintieron y ambos, como si lo hubieran pactado, comenzaron a caminar lentamente hacia la orilla.

—Hace algún tiempo que no veo a Gabriela. Al principio iba a visitarla algunas

tardes —dijo sin esperar una pregunta—. Ella es quien peor lo ha pasado. Pero luego dejé de ir. Me deprimía mucho, a pesar de que ya había comenzado a salir con ese militar. ¡Qué mala suerte tiene!

—¿Llegaste a conocerlo?

—¿Al militar?

—Sí.

—Lo vi una sola vez. Un domingo que me acerqué a su casa ellos dos salían en aquel momento por la puerta. Dijeron que iban a hacer unos recados. Gabriela le contó quién era yo y entonces el militar puso sus manos en mis hombros y me miró..., no sé, como si fuera mi padre e hiciera mucho tiempo que no me veía, aunque al mismo tiempo parecía estar pensando también en Manuel. Quiero decir que él no era como..., como algunos hombres que al mirarte hacen que desees taparte con un abrigo.

Violeta se detuvo y se volvió hacia el detective para comprobar que la escuchaba. Cupido asintió en silencio, pensando que aún estaba en ese momento de tránsito en que a una muchacha nada puede mancharla, ni los hechos ni las miradas ni las palabras. Cualquier piropo obscuro o proposición sucia resbalarían sobre ella, protegida por su capa de rubor y por su tersa delicadeza. «También ella un día terminará siendo adulta y conocerá a hombres, y parirá hijos o llorará sobre proyectos de hijos no nacidos, y estará cansada del trabajo, y decepcionada y triste por no creer ya en nada. Pero todavía no. Todavía la inocencia en esos ojos, todavía la certeza de que hay palabras que no tendrá que pronunciar nunca», pensó.

—Creo que sé a qué te refieres. ¿Y no volviste a saber más de él?

—No. Hasta que me dijeron que se había suicidado. Me costó creerlo, porque aquel día no daba la impresión de estar triste, o deprimido, como a menudo estaba Gabriela. Recuerdo que me pregunté qué le podía haber pasado para que tomara una decisión así. ¿Es por eso por lo que has venido a hablar conmigo?

—Sí. Por la muerte del militar —eludió pronunciar la palabra suicidio.

—Pero Manuel no tenía nada que ver con él. No llegaron a conocerse.

—Quería comprobarlo. Ésa era una de las cosas que venía a preguntarte. Pero ya la has contestado.

—¿Qué más?

—Háblame de Manuel.

Violeta dejó de mirarlo y volvió a caminar por la orilla, en el límite entre la arena seca y la mojada. En aquel momento parecía tener más años que los que aparentaba sentada entre sus amigos. Mostraba una madurez casi adulta, como si los conflictos la hubieran hecho crecer.

—No sé por dónde empezar —murmuró.

—¿Te acuerdas mucho de él? —le preguntó con delicadeza.

—Unas veces lo recuerdo muy bien y otras veces creo que se me está escapando de la cabeza —dijo, mientras Cupido pensaba cómo la había definido el Alkalino: deseando que se produjera un cambio y al mismo tiempo temiéndolo.

—¿Cómo lo conociste?

—De eso sí me acuerdo bien, aunque hace ya tiempo, más de un año y medio. Una tarde, una amiga y yo habíamos ido a un ciber, para estar más tranquilas que en casa, a chatear con unos chicos con quienes nos habíamos citado en la red el día anterior. Las dos interveníamos, pero ella tecleaba. A mi lado, en otro ordenador, estaba un chico a quien no conocía, aunque lo había visto por la calle algunas veces. Era muy guapo, o al menos a mí me lo parecía. Buscaba algo en internet, muy atento, un poco inclinado hacia delante. Pero enseguida me olvidé de él, porque mi amiga me comentaba algo. Cuando unos minutos después miré casualmente hacia él, vi que sobre el teclado estaban cayendo unas gotas de sangre. Le salían de la nariz, pero estaba tan concentrado en la pantalla que, al notar algo, sólo se limpió con el dorso de la mano izquierda, sin advertir nada más. ¡Me pareció tan extraño ver a alguien que sangra sin darse cuenta, como si no sintiera ningún dolor ni molestia! «Estás sangrando», le dije. Él me miró un segundo sin comprender a qué me refería. Pero entonces notó una gota que salía de su nariz y vio su mano izquierda manchada, y también el teclado. Hizo un gesto de buscar algo en sus bolsillos, pero no lo encontró, y como yo tampoco tenía pañuelos, me quité del cuello el palestino y se lo di para que se limpiara y contuviera la hemorragia..., bueno, hemorragia no, eran sólo gotas de sangre que salían muy despacio, una a una. Le ayudé a limpiar el teclado, porque temíamos que el dueño del ciber viera las manchas y nos hiciera pagarlo. Cerró la página que estaba viendo y salimos a la calle, él y yo solos, mi amiga se quedó chateando. Yo le pregunté si necesitaba ayuda. Ya no sangraba, pero le habían quedado un poco manchadas la nariz y la camiseta. Humedecí con saliva un pico del pañuelo y lo ayudé a limpiarse. Volvió a darme las gracias y, aunque a mí no me importaba, insistió en quedarse con el pañuelo para devolvérmelo limpio. Ya se iba sin pedirme el número de teléfono y lo llamé para ver cómo quedábamos. Casi siempre era así de despistado —dijo sonriendo, pero con un aire de tristeza rodeando su risa—. Me llamó dos días después. Traía el palestino limpio y planchado, y olía muy bien. Le pregunté si lo había lavado él y me dijo que no, que había sido su madre. Luego seguimos hablando. Me contó que le sucedía a veces, lo de sangrar por la nariz. Un médico ya le había quemado una pequeña vena interior y durante un tiempo había estado bien, pero luego otra vez había vuelto a ocurrir, como si tuviera tanta sangre de sobra que se le tenía que escapar por algún sitio. «Se llama epistaxis», me dijo. «¿Qué?», contesté, sin comprender a qué se refería. «Sangrar por la nariz. Parece muy escandaloso, sobre todo porque ocurre sin que te des cuenta, sin que nadie te golpee ni hayas chocado contra nada, pero no es nada grave». A mí, sin

embargo, me parecía muy extraño y no lograba tomármelo tan a la ligera. No entendía eso de sangrar sin motivo, sin una herida, o un dolor, o algo que lo provoque. Le pregunté si podía ocurrirle cuando estaba dormido y me dijo que sí, aunque siempre le había sucedido despierto. «Y entonces, si no te das cuenta, podrías desangrarte por la noche», añadí asustada, sin comprender que él se riera de mi preocupación. «Eso te ocurre porque tienes el corazón muy grande», le dije. A partir de aquella tarde comenzamos a salir juntos, a ir al cine, o a bañarnos, o a sentarnos en un banco del parque.

—¿Salir juntos significa que erais novios?

Violeta se quedó unos segundos en silencio. Parecía pensar en esa palabra, dudando en aceptarla, preguntándose si su significado para el hombre de cuarenta y tantos años que la escuchaba sería el mismo que tenía para ella.

—Al principio, no. Al principio sólo salíamos juntos. Nos enviábamos cuelgas y hablábamos por el *messenger*. Luego, unos días antes de un examen de matemáticas que yo iba a tener y del que no entendía nada, se ofreció para ayudarme. Fui por primera vez a su casa y conocí a su madre. Apenas unos minutos, porque Manuel decía que era muy cotilla, que siempre quería controlarlo y que, si le daba una oportunidad, no pararía de interrogarme hasta saberlo todo sobre mí y sobre mi familia. Fuimos a su habitación y abrimos los libros y comenzó a explicarme lo que no entendía. Estudiábamos el mismo curso, pero en institutos diferentes. Yo, además, era un año mayor que él, porque repetía curso. Sabía que él sacaba muy buenas notas, alguien me había dicho que era como un niño prodigio. Pero yo creo que no, que sólo era muy inteligente. Y muy amable conmigo. Aprobé el examen y, a partir de entonces, quedábamos a estudiar juntos cada vez que tenía dificultades. Cuando me ayudaba con los deberes era como si estuviera jugando. Para estudiar, Manuel no se sentaba en la mesa, ni en el sofá. Le gustaba sentarse en el suelo y colocaba los libros o los apuntes a su alrededor. Cogía una hoja, la leía durante unos minutos y luego volvía a colocarla en el mismo lugar que ocupaba antes. Cuando terminaba, lo recogía todo y decía que ya se sabía el examen, que no era difícil.

Cupido recordó que él había conocido a alguien así. Pensó en los niños prodigio que no tienen término medio y no saben cómo encontrar un equilibrio donde vivir serenos: o llegan a prodigios y se aturden en el vértigo del éxito, o no llegan a nada y se hunden en la angustia de ser diferentes, destrozados por el desajuste entre su inteligencia y el mundo, incapaces de enfrentarse al desprecio de la turbamulta hacia quien marca un paso diferente al paso del rebaño.

—La primera vez que lo vi hacer aquello le pregunté quién le había enseñado a estudiar de esa forma —continuó Violeta—. Me contó que fue su madre quien, desde pequeño, lo ponía a hacer puzles cada vez más difíciles y a resolver juegos de habilidad y de cálculo. Que se sentaba junto a él en la alfombra y no le dejaba irse a

dormir hasta que no lo terminaba. Eso dijo, y yo pensé en su madre, que en ese momento podía estar en el salón, donde se oía el ruido del televisor encendido, pero que también podía estar tras la puerta, escuchándonos, porque Manuel me había contado que controlaba todo lo que hacía, adonde iba y con quién salía, quién lo llamaba por teléfono y a quién llamaba él, las fotos de sus amigos o las páginas que visitaba en internet, y que por eso algunas veces se iba al ciber... Aunque a mí siempre me trató bien, quizá porque yo entendía que se preocupara tanto. Es normal si has tenido un hijo tú sola, sin querer saber nada del padre, sin solicitar ninguna ayuda.

Volvió a detener su paso unos segundos para mirar al detective, como si esperara una reacción a sus comentarios. Cupido murmuró unas palabras de conformidad.

—Y así, al poco tiempo me di cuenta de que me gustaba mucho. Un día que habíamos quedado para no sé qué, cuando llegó al parque donde yo lo esperaba vi que se había afeitado un poco de bigote que le sombreaba el labio, y yo le dije, riendo: «Te has afeitado». «Sí. Le quité una maquinilla a mi madre», respondió sonrojándose un poco. Eso de afeitarse la primera vez debe de ser algo especial para los chicos. Entonces le toqué la piel por encima del labio y dije «¡Qué suave!», y después de dudar un momento me atreví y pasé los dedos por los labios que por primera vez me apetecía besar, antes no había pensado seriamente en eso. Y entonces sí, a partir de aquella tarde sí podíamos decir que éramos novios.

La música del móvil sonó muy brevemente, como un aviso, y Violeta lo sacó del bolsillo y pulsó una tecla para ver quién la llamaba.

—Tengo que ir con mis amigos —dijo—. Mi casa está un poco lejos y desde que a Manuel le ocurrió aquello me da miedo ir sola a cualquier sitio.

—Has sido muy amable —dijo Cupido. No tenía nada más que preguntarle—. Suerte.

—También para ti.

Violeta se alejó hacia el paseo donde ya la esperaban sus amigos, como si no hubieran estado muy seguros del detective y los hubieran seguido mientras caminaban por la orilla. Tras ellos, el sol comenzaba a esconderse más allá de las colinas, un sol amarillo y muy profundo, tanto que daba la impresión de que para llegar tan lejos en el horizonte había empujado los límites del cielo. Al llegar junto a ellos, la rodearon escuchándola con atención, cruzaron la calle y desaparecieron tras la primera esquina.

Cupido se volvió hacia el mar que oscurecía y se hacía misterioso y devolvía sin responder todas las preguntas. Hasta allí había llegado en la investigación y seguía sin encontrar nada. En Violeta no había ninguna clave. Había confirmado que Olmedo y Manuel nunca se conocieron, que sus muertes sólo tenían en común que habían sido violentas. Hombres muertos y mujeres que los lloraban. Pero si Gabriela

tenía la edad suficiente para salir indemne de la desaparición del comandante, Violeta siempre recordaría a Manuel. Y eso le acarrearía algunos inconvenientes, porque, supuso, los chicos de su edad buscarían compañeras risueñas y agradables, no a quien ya ha sido tocada por la tragedia y marcada de un modo indeleble. Para que un amor sea eterno, ha de ser también trágico, pensó, con la mirada perdida en el horizonte de agua por donde se acercaban cabalgando las sombras. Para que perdure incólume en el recuerdo y su añoranza sea la añoranza del Paraíso, tiene que terminar antes de haber caído en la rutina, en el tedio, en las pequeñas ofensas inolvidables. Cupido se vio a sí mismo unos meses antes, al lado de Lucía. Nadie lo había vuelto a oír hablar de ella ni a pronunciar su nombre, y ahora se preguntó si su enconado silencio no revelaba precisamente cuánto seguía recordándola.

Apartó aquellos pensamientos y se concentró en Olmedo. Posiblemente era el trabajo más complejo al que se había enfrentado nunca, porque resumía en uno solo todas las dificultades de cualquier investigación: la ambigüedad de una muerte de la que ni siquiera podía afirmar que no se trataba de un suicidio; una variante del enigma de la habitación cerrada; un ambiente hermético frente a un detective que husmea; un cliente arrepentido de haberlo contratado y el consiguiente despido que dificultaba su continuidad; la carencia de una certidumbre sobre la que apoyarse; el paso inútil de los días, en los que iba disolviéndose la posibilidad de encontrar un nuevo dato...

Dos veces —antes de hablar con Gabriela y Violeta— había decidido abandonarlo si no encontraba algo definitivo. No lo había encontrado, de modo que sólo quedaba aceptar el fracaso y retirarse. Un detective contratado para resolver un problema es una ayuda inestimable; un detective despedido que sigue investigando contra la voluntad de quien lo contrató se convierte en una ofensa, provoca la misma desconfianza que quien se acerca a escuchar una conversación privada caminando de espaldas para disimular su intención. Sin embargo, no se sentía decepcionado con Marina, comprendía sus motivos. La creyó al afirmar que su decisión no se debía a ningún descontento con su modo de trabajar, sino a un cambio de ideas sobre la causa de la muerte de su padre y a su incapacidad para soportar la tensión emocional que todo aquello acarrearía. No se trataba, pues, de nada personal contra él, aunque, en cualquier caso, él no alquilaba su simpatía, sólo su tiempo, su trabajo y su inteligencia para resolver enigmas. Sí, también su honradez, aunque alguna vez algún cliente no sólo no la exigiera, sino que le pedía que prescindiera de ella. Que ahora no hubiera logrado vislumbrar una solución tal vez se debiera a que ni siquiera existía tal enigma. De modo que únicamente le quedaba retirarse a descansar sin ansiedad ni remordimientos.

Capítulo 16

Vigor y Belleza

Sin embargo, no supo evitarlo. Cada noche, al acostarse, la investigación sin concluir le volvía al pensamiento, se incrustaba allí dentro como una astilla bajo la piel para recordarle su fracaso. Entonces daba vueltas a las sospechas, establecía hipótesis que algún dato siempre desmontaba, repasaba las declaraciones de todos a quienes Olmedo habría abierto la puerta, pero no lograba ordenar una secuencia cerrada y coherente de motivo, oportunidad y ejecución que explicara el posible homicidio. Si había sido así, alguien mentía, y él era incapaz de detectar la mentira.

—Déjalo ya —le dijo una tarde el Alkalino cuando, al salir de su habitación, vio al detective que sostenía en la mano un bolígrafo ante una hoja en blanco y releía su cuaderno y algunas notas apuntadas en papeles sueltos desperdigados por la mesa. Y al ver el gesto de discrepancia de Cupido, añadió—: Si todavía no has encontrado una respuesta, es posible que ni siquiera exista la pregunta.

—Según tú, esa pregunta que no existe sería: «¿Quién mató a Olmedo?».

—Sí. ¿Por qué no admitir de una vez que fue un suicidio y que, por tanto, es absurdo investigar sobre algo que nunca ocurrió?

Cupido pensó unos instantes antes de replicar.

—Por encima de los detalles que no encajan, el motivo fundamental es que la imagen que tengo de Olmedo resulta incompatible con la imagen de un hombre que apoya el cañón de una pistola en su pecho y aprieta el gatillo.

—A mí no me parece tan extraño. ¿De qué otra forma se mataría un militar sino pegándose un tiro? Ya lo dijiste una vez: nada de pastillas, ni de sogas, ni de arrojar al vacío. Un militar tiene el arma, sabe cómo usarla y dónde apuntar para que nada falle.

—No, no me refiero a la forma de hacerlo. Me refiero al hecho mismo.

—Pero ¿por qué te importa tanto Olmedo? No lo conocías cuando estaba vivo —dijo, y Cupido adivinó todo lo que quería decir: «Has visto su fotografía, pero no la carne de su rostro; has escuchado las palabras que otros aseguran que pronunció, pero tú nunca oíste su verdadera voz; has leído que murió de un disparo, pero tú no has visto el arma ni su sangre ni siquiera su cadáver. ¿Por qué te importa tanto?»—. E incluso si llegaras a demostrar que tienes razón, ahora que te han despedido, ni siquiera creo que su hija te pagara lo que acordó en un principio.

—No es por el dinero —alegó—. Llegados a este punto, el dinero no es lo más importante. Es la necesidad de saber algo que te has preguntado muchas veces sin encontrar una respuesta. Hasta resulta secundario que fuera un crimen o un suicidio.

—¿Secundario?

—Lo importante es saber —repitió unos segundos después, al recordar que días

antes el Alkalino le había dicho unas palabras parecidas. Entonces no le había dado importancia, pero ahora veía cómo una vez más, por debajo de su aparente cháchara, no había hablado en vano—. ¿A ti no te molesta dejar a medias un trabajo?

—He dejado muchos a medias... y en ocasiones me he alegrado de haberlo hecho. No me gustó nada a donde llegaron quienes continuaron hasta el final.

Cupido imaginó a qué se estaba refiriendo: a su coqueteo con la heroína en unos años en que aún no se vislumbraba el infierno que se escondía tras sus brillantes espejismos.

—Tal vez tengas razón. Pero...

—¿Quieres decir que vas a seguir investigando?

—Sí.

—¿A pesar de que habías asegurado que abandonarías si no sacabas nada en limpio de las entrevistas con Gabriela y con Violeta?

—A pesar de lo que dije entonces. Alguna vez no está mal reconocer que uno no puede cumplir con sus buenos propósitos —replicó con ironía.

—Si ésa es tu decisión, cuenta con mi ayuda.

—Pues, entonces, aféitate y ponte ropa adecuada. En unos minutos vamos a un gimnasio.

El Alkalino lo miró con un brillo de alarma en sus ojos pequeños y oscuros.

—¿A sudar?

—No, no vas a levantar ninguna pesa ni a sufrir pedaleando sobre una bicicleta estática.

—¿Bramante? —preguntó.

—Sí. Todos los que podían estar implicados en la muerte de Olmedo afirmaron que estaban solos en aquellas horas de la tarde. Pero él dijo que estaba en un gimnasio. Vigor y Belleza —leyó el nombre en el cuaderno—. Vamos a comprobarlo.

El gimnasio ocupaba un amplio local en un semisótano. Un tabique con una ancha puerta franca lo dividía en dos zonas. En un lateral de la primera sala estaba la oficina, según indicaba un rótulo sobre el dintel. Las máquinas de ejercicios se distribuían aquí y allá, en grupos afines, entre las grandes columnas de la estructura del edificio. En dos filas de bicicletas estáticas pedaleaban a un mismo ritmo unos veinte hombres y mujeres. Sobre otra bicicleta colocada frente a ellos, en una posición que recordaba el ordenamiento militar, una monitora, vestida con una ajustada camiseta de manga corta, malla y calentadores, marcaba un fuerte ritmo que llevaba con la lengua fuera a la mayoría de los ciclistas.

Había también máquinas de pesas, tensores para trabajar brazos y piernas, tablas para abdominales, espalderas, anillas y barras colgadas del techo donde fatigaban la carne los clientes que, respirando ruidosamente al terminar cada serie de ejercicios, se

tocaban los músculos sudorosos o la grasa excedente para comprobar su reducción o su dureza. Algunos se miraban en el enorme espejo que ocupaba una pared entera y que daba al local cierto aspecto de salón de baile, al que contribuían las vestimentas de mallas o pantalón corto.

Había clientes de todas las edades, pero abundaban los que tenían entre treinta y cincuenta años: hombres y mujeres que intentaban mantener el tono muscular que afloja la edad y mejorar su aspecto para el inminente verano, para hacer lo que no se decidieron a hacer el verano anterior. Entre quienes entrenaban en grupos o en parejas era evidente la empatía surgida del esfuerzo común y el bienestar producido por las endorfinas beta generadas por el ejercicio físico. Pero Cupido también advirtió una especie de chirrido social en la mezcla de ambientes: mozos curtidos por su trabajo de repartidores y funcionarios fanáticos del músculo se alternaban con mujeres cuyo sucinto atuendo de lujosas marcas —una cinta en el pelo, una camiseta, una malla, unas deportivas y unas gotas de desodorante— ellos no hubieran podido pagar con su sueldo de un mes. Sin embargo, en ambos extremos de aquella mezcolanza de humildes fondos y alta sociedad se transparentaba el mismo deseo de mejorar el aspecto del cuerpo, de templar sus músculos y atirantar su piel y ofrecérselo al mundo limpio de grasas y celulitis, apto para su consumo.

El Alkalino señaló a un monitor que iba colocando pesas en el brazo de una máquina y le preguntaba a la mujer que la ocupaba:

—¿Así?

La mujer intentó cerrar los brazos, pero el peso era excesivo.

—Un poco menos —pidió.

Se acercaron a él. De tan musculado resultaba casi repelente. Su rostro y sus enormes brazos desnudos no transmitían ninguna otra información que no fuera la sugerencia de que podían hacer daño. Cupido le preguntó por el dueño o por el encargado. El monitor los miró fugazmente y señaló con un gesto vago la puerta de la oficina, cerca de la entrada a la segunda zona, al tiempo que decía:

—¿Galayo? Lo vi salir hace un rato. Si ha regresado, debe de estar por ahí dentro.

Parecía demasiado interesado en la cliente para acompañarlos, de modo que se acercaron a la oficina. Cupido llamó a la puerta y, al ver que nadie respondía, la abrió ligeramente. Era un despacho mediano, sólo iluminado por las luces de fuera que se colaban a través de las persianillas de una amplia ventana. Su dueño había tenido el mal gusto de decorarlo con profusión de fotos de modelos hipermusculados y con diplomas de participación en cursos y congresos. De mobiliario había un archivador, varias sillas y una mesa en la que ronroneaba un ordenador encendido.

Cupido cerró la puerta y fueron a buscar al encargado a la segunda sala, donde los fluorescentes emitían una claridad más seca y más dura, sin matizar por la luz natural que recibía la zona anterior. Había menos clientes, casi todos hombres, y parecían

entrenar de forma autónoma, sin necesidad de consejos. Miraron con alguna curiosidad sus vestidos de calle, su aspecto poco congruente con el local. Allí dentro todos estaban musculados, excesivamente musculados, y cada ejercicio era tanto un entrenamiento como una exhibición de fortaleza, con esa ostentación de quien sabe que un músculo no siempre es amenazador, pero siempre es disuasorio. Cuatro hombres de alrededor de treinta años habían hecho un descanso y, sentados en la moqueta, hablaban con voces de barro en un idioma que parecía ruso. Lucían grandes tatuajes de tinta roja y azul oscuro, en sus cabezas afeitadas se veían rodetes de grasa que se plegaban en la nuca como un aura carnal de delincuencia y tenían aspecto de acabar de salir de una colonia penitenciaria. Al fondo, dos muchachos jóvenes habían enganchado sus pies en unas barras ancladas al techo y, desde su posición colgante, se levantaban a tocar sus empeines en lo que parecía una competición por ver quién hacía más flexiones en menos tiempo. Otros trabajaban en máquinas y barras con racimos de pesas y tensores, resoplando, quemando calorías como estufas a las que se les hubiera abierto el tiro. El esfuerzo enrojecía sus rostros y sus duros cuellos de carnero, y sus músculos, al tensarse, parecían rechinar. Luego se detenían y hacían estiramientos, dejando que descansaran los corazones desbocados por la alta frecuencia de las pulsaciones, buscando la armonía respiratoria, la proporción entre los esfuerzos de contracción y dilatación, con una vigilancia tan metódica como si fueran los protagonistas de un parto.

Un olor levemente agrio, a sudor químico, les llegó expandido por los estiramientos de relajación que un levantador de pesas muy sudado hacía cerca de ellos. Cupido vio que el Alkalino levantaba un poco la cabeza y que sus narinas se tensaban olisqueando el aire. Debían de haber pensado lo mismo, porque lo oyó susurrar:

—Puedo soportar el olor a sudor. Pero esto... Parece que estuviéramos en la trastienda de una farmacia.

Regresaron a la primera sala. La chica de la bicicleta seguía haciendo sudar al grupo. El monitor, ajeno a ellos, medía con un cronómetro las pulsaciones en la muñeca de la mujer.

—Voy a entrar —dijo Cupido señalando la oficina—. Necesitaré tres o cuatro minutos.

—Creo que, en caso necesario, podré distraerlos —asintió el Alkalino.

El Alkalino se alejó curioseando entre las máquinas. Cuando nadie lo miraba, el detective se coló en la oficina y cerró la puerta tras él. Llegó hasta la mesa, movió el ratón y enseguida se iluminó la pantalla dormida del ordenador. Sobre el logotipo del gimnasio, una V y una B imbricadas de un modo que pretendía ser artístico, encontró enseguida la ventana de Registro. Sin sentarse, inclinado hacia la pantalla, pinchó en el icono y apareció una plantilla donde se cruzaban las horas con los nombres de los

clientes. En los recuadros resultantes, una X marcaba la asistencia a cada sesión. Fue hacia atrás, hacia el lunes 16 de abril. La pantalla tardó unos segundos en abrirse, pero enseguida encontró el nombre: García Bramante, José. La casilla de la tarde en que murió Olmedo estaba vacía, sin marcar. Pasó varias páginas y comprobó que asistía con regularidad los lunes, los jueves y los sábados, pero que en aquella ocasión había faltado.

Los dos timbres sonaron con apenas un segundo de diferencia: primero el del teléfono que parecía vibrar en la mesa, junto a su mano, y luego, más potente, otro sonaba fuera, en la sala. Separando dos laminillas de la persiana vio cómo el monitor dejaba a la cliente y comenzaba a caminar hacia la oficina. Entonces descubrió al fondo al Alkalino que se agachaba a levantar una barra con pesas y, como si no supiera lo que había a su espalda, hizo un brusco movimiento con ella hasta chocar con un espejo individual y romperlo en pedazos con un sonoro estruendo. Todos los rostros se volvieron hacia él y hacia el suelo donde brillaban los afilados charcos de cristal. El empleado se detuvo, miró hacia atrás y dudó unos segundos, los suficientes para que el teléfono dejara de sonar. Luego se dirigió hacia allí con gesto de fastidio mientras el Alkalino, que se había agachado a soltar la barra, se erguía y mostraba la mano izquierda ensangrentada. El monitor llegó hasta él y le dijo algunas palabras irritadas señalando el espejo, pero pareció acceder a acompañarlo hasta los aseos, donde debía de estar el botiquín de urgencias. Para entonces, Cupido ya había encendido la impresora y, mientras se completaba la página, escapó de la plantilla general y buscó las fichas personales. Volvió a teclear el nombre de Bramante y su ficha individual de asistencia confirmó que el día 16 no había asistido al gimnasio.

Recogió la hoja, apagó la impresora y cerró el programa. Por un hueco de la persiana comprobó que nadie miraba hacia allí y salió de la oficina. Cuando hubo cerrado la puerta vio aparecer al monitor, que volvía con prisas del aseo y se dirigía hacia él, como si al fin hubiera adivinado el propósito de la torpe maniobra de distracción que entre ambos habían montado y se enfadara por no haber sabido evitarla. Había una clara amenaza en su voz cuando le preguntó, mirando la puerta cerrada de la oficina:

—¿Busca algo por aquí? ¿Por qué no va a atender a su amigo?

El Alkalino reapareció al fondo, junto a la monitora de las bicicletas, que sonreía con alguno de sus comentarios mientras comenzaba a recoger los cristales. Traía la mano envuelta en un aparatoso vendaje.

—Creo que tiene razón —dijo Cupido—, creo que lo llevaré a urgencias a que le vean esa herida antes de que se desangre. No podré esperar a que regrese el encargado.

El monitor le impidió el paso.

—Un momento. Son doscientos euros.

—¿Qué?

—El espejo. Doscientos euros. Su amigo dijo que usted lo pagaría.

—¡Claro que sí! No es caro —aceptó.

Salieron y Cupido se interesó por su herida, pero sólo era un corte superficial que no requería ninguna otra intervención. Cuando subían las escaleras de la calle, le contó:

—Bramante no fue al gimnasio aquella tarde. Los lunes asiste sin falta, pero esa tarde no lo hizo.

—Sin embargo, él dijo que sí. Debía de sentirse muy seguro de que el dueño lo confirmaría en caso necesario.

—¿Te has fijado en el tipo de clientes de la segunda sala?

—Es imposible no fijarse. Cada uno de ellos ocupa media pared. Y ese olor...

—Por allí corren ríos de testosterona y de EPO. Bramante no puede ignorarlo.

—¿Quieres decir que también él...?

—Por su aspecto, juraría que sí. Y si él hace la vista gorda, siendo un militar, ¿por qué no va a exigirle al dueño que también cierre los ojos a algo que él le pida?

—¿Que diga que estuvo aquella tarde en el gimnasio?

—Al menos, que olvide que no estuvo... No es más que una hipótesis, pero no podemos despreciarla mientras no tengamos otra explicación mejor. Lo indudable es que Bramante no estaba aquí mientras Olmedo moría.

García Bramante apagó el motor del coche, extrajo la llave y se inclinó hacia la derecha a recoger la pequeña bolsa donde guardaba el calzado y la ropa deportiva. Por eso pudo ver al otro lado de la calle al detective alto que lo había interrogado sobre Olmedo el día de la última jura de bandera. Salía del gimnasio, acompañado por un hombre moreno y bajo, de andares nerviosos y con una mano vendada. Ninguno de los dos llevaba ropa de deporte ni algo donde guardarla, pero ese detalle apenas fue necesario para que comprendiera que no habían ido allí a hacer ejercicio. Preocupado, los vio alejarse calle arriba, hablando.

No era miedo. Él era militar y sentía tras de sí el apoyo de todos los militares, de modo que no tenía nada que temer de un detective particular que no pertenecía a los cuerpos de seguridad del Estado ni contaba con capacidad legal para abrir una investigación oficial. Eso lo decidía un juez a la vista de unos indicios o unas pruebas claras. Y no podía tenerlos, estaba seguro de Galayo. Le había asegurado que podía confiar en él: cambiaría la ficha de asistencia y, si alguien le preguntaba, diría que la tarde del 16 de abril había estado en el gimnasio. Favor por favor. Así que no era miedo. Era una molesta desazón al imaginar que de algún modo pudiera retrasarse su marcha a Afganistán si se viera obligado a responder a las preguntas del detective, a buscar las palabras adecuadas para contrarrestar las palabras que esos tipos

manejaban tan bien. ¡Si a veces, cuando les oía pronunciar aquellas frases tan largas, sentía deseos de cortarles la lengua!

Cogió la bolsa, cerró el coche y se dirigió hacia el gimnasio. Empujó la puerta con la familiaridad de los viejos clientes, pasó la tarjeta electrónica por el torno y avanzó buscando a Galayo. No estaba en la oficina ni en la segunda sala, así que regresó y preguntó por él a uno de los monitores.

—Ya debería de haber vuelto. Dijo que iba a hacer una gestión y que tardaría una media hora. ¡Pero con el jefe nunca se sabe...! —añadió en tono cómplice.

Se sentía impaciente por saber qué habían hecho allí dentro el detective y el hombre que lo acompañaba, si habían preguntado por él y qué les habían respondido, pero no quería que el empleado advirtiera su preocupación. Al cabo de unos segundos dijo:

—Al salir me crucé con dos tipos que antes nunca había visto por aquí. ¿Nuevos clientes?

—¿Esos dos? ¡No! —respondió sin disimular el desprecio—. Querían hablar con el encargado.

—¿Con Galayo?

—Con el encargado, dijeron. No sabían su nombre.

—Entonces, ¿volverán?

—No, no lo creo. No después de la que han armado.

—¿Qué han hecho?

El monitor señaló la pared de enfrente.

—¿No lo nota?

No le gustaba que a una de sus preguntas respondieran con otra pregunta, pero miró hacia donde señalaba y, aunque advirtió algo extraño, no supo qué era. Los clientes seguían haciendo sus ejercicios habituales.

—No.

—El espejo que había en la pared.

Entonces se dio cuenta de la falta. Algunas veces él también se había contemplado allí mientras realizaba algún ejercicio.

—Lo rompió —explicó el monitor.

«¿El detective?», estuvo a punto de preguntar, pero se detuvo a tiempo, cuando las palabras ya se habían organizado en su lengua, al comprender que el empleado no tenía por qué saber que él lo conocía. Así que dijo:

—¿El hombre alto?

—No. El pequeño. Dijo que estaba intentando levantar una barra con dos de diez y que se le fue de las manos.

—A Galayo no va a gustarle.

—No. Pero al menos hice que pagaran antes de marcharse.

—¿Pagaran? ¿El otro también participó en la rotura?

—Sólo el bajito. Ahora que lo dice, cuando se rompió el espejo miré alrededor y no vi al alto por ningún lado. Pero fue él quien sacó la cartera y pagó sin protestar.

Bramante observó la puerta de la oficina, que Galayo nunca cerraba con llave. No le costó ningún esfuerzo imaginar dónde se encontraba el detective mientras su ayudante atraía sobre sí la atención rompiendo un espejo de un modo escandaloso. Podía haberse colado en la oficina con toda facilidad para husmear en el registro de asistencia. Si Galayo había corregido aquel detalle como él le había pedido, no podía haber encontrado nada. Pero tenía que comprobarlo. Dio dos pasos, abrió la puerta con el aplomo de los viejos clientes amigos del dueño y dijo al empleado:

—Lo esperaré dentro. Tengo que hablar en privado con él.

Encendió las luces y se sentó frente a la mesa hojeando una de las revistas. Un par de minutos después oyó que alguien reclamaba al monitor desde la segunda sala. Se levantó y apretó una tecla del ordenador que Galayo mantenía siempre encendido. Pasó las páginas sin dificultad hasta llegar a la del día 16. Allí estaba su nombre y allí estaba el hueco en la casilla que mostraba que no había acudido. Oyó el pequeño crujido que el ratón hacía entre sus dedos y lo soltó al comprobar que estaba a punto de romperlo. Olvidando o desoyendo su petición, Galayo no se había ocupado de rellenarla. Ciertamente se lo había pedido sin apenas darle importancia, arguyendo una excusa de una guardia en el cuartel y sin mencionar para nada la muerte de Olmedo. Pero había confiado en su diligencia.

Para él había sido tan fácil comprobarlo que no dudó de que el detective había hecho lo mismo.

Movió el cursor hasta llegar a su casilla y la rellenó con una X, como había visto hacer a Galayo cuando fallaba el control electrónico del torno. Luego buscó su ficha particular y también la completó. Entonces volvió a sentarse frente a la mesa y a hojear la revista. Al margen del detective, ahora ya nadie podría demostrar que la tarde del 16 no había estado allí.

Salió de la oficina y se cambió de ropa en los vestuarios. Desde el comienzo de su afición a las pesas, había descubierto el parecido que existía entre la instrucción militar y el ejercicio físico. El gimnasio era como una instrucción civil. En ambas era necesaria la repetición de los movimientos hasta alcanzar la sincronía, el dominio del instrumento con el que se trabajaba —la pistola o las anillas, las pesas o el fusil— y la coordinación entre fuerza y movimiento. La disciplina física que ambas exigían no era, por otra parte, sino una de las formas más claras de demostrar la disciplina mental, la capacidad de esfuerzo y sacrificio y el grado de satisfacción personal por el éxito al margen de cuál fuera la recompensa. Había llegado a pensar que no había apenas diferencia entre ser un buen atleta y ser un buen soldado.

Él mismo establecía el ritmo, la intensidad y la duración de sus ejercicios. Se

sentó en una bicicleta estática, activó todos los imanes y pedaleó con fuerza, para que el esfuerzo lo ayudara a relajarse y a olvidar la ansiedad que la reaparición del detective le había provocado. Nada como acometer con ímpetu ferroviario un combate contra las máquinas para conseguir que en cada resoplido disminuyera la presión nerviosa, para que en cada gota de sudor se limpiaran las glándulas envenenadas por los ácidos del estrés, para que cada músculo al contraerse desprendiera los detritos y esquilas con que las preocupaciones sedentarias ensuciaban la anatomía.

Resuelto el problema de su asistencia aquella tarde, ya no tenía por qué estar intranquilo, se dijo. Toda prueba en su contra había desaparecido y tal vez ni siquiera Galayo, al cabo de esas dos semanas, recordara su ausencia. Sin embargo, no lograba serenarse. Le gustaría encontrarse ya lejos de allí, viajando en un convoy blindado por cualquier pista de las montañas afganas.

Abandonó la bicicleta cuando el sudor le corría por la barbilla y pasó a los bancos de flexiones. La segunda serie de cincuenta abdominales comenzó por fin a relajarlo, a disolver la ansiedad en el sudor y el esfuerzo.

Saludó al grupo de los rusos tatuados, pero rechazó su invitación a entrenar con ellos. Luego pasó a la máquina combinada para el trapecio y los pectorales y desde allí vio que llegaba Galayo y entraba en la oficina. Dudó en ir a hablarle, pero decidió dejarlo todo como estaba. Sacar de nuevo a la luz su conflicto sería darle mayor importancia. Tiró con fuerza de las barras hasta juntar los topes frente a su rostro y sentir cómo se endurecían los pectorales. Aunque comenzaba a notar el cansancio, no quería detenerse; temía que entonces volviera la ansiedad, el temor a que los charlatanes lo complicaran todo, como había imaginado en sus peores pesadillas: la acusación de asesinato y la expulsión del ejército, la degradación, la ignominia de ver cómo le arrancaban los galones y cómo un superior rompía su espada de oficial de un golpe plano sobre la rodilla.

El agua de la ducha quemaba cuando por fin se metió bajo el grifo, pero se demoró allí muchos minutos limpiándose el sudor y frotándose con jabón. Luego salió con rapidez hacia su casa.

Carmen estaba tumbada en el sofá, viendo la tele y fumando un cigarrillo, envuelta en aquella actitud de indolencia que no era aburrimiento ni cansancio, sino desprecio: la certeza de que nada de lo que había a su alrededor merecía el esfuerzo de moverse para conseguirlo. Bramante observó el cenicero lleno de colillas. Algunas veces se había dicho que no era muy razonable dejar de querer a una mujer porque fumara, y que los sentimientos debían tener razones más poderosas que ésa para desaparecer, pero no podía negar que lo había pensado y que aquel hábito suyo lo molestaba profundamente. Fue hasta la ventana y la abrió para ventilar la habitación.

—¡Qué humareda! No sé cómo puedes respirar.

Carmen dio dos caladas seguidas al cigarrillo antes de aplastarlo contra el cenicero. Luego contempló la bolsa de deporte que aún tenía en las manos. ¿Lo imaginaba él o había siempre un rastro de ironía en su sonrisa cuando lo miraba al llegar del gimnasio, como si se burlara de sus esfuerzos por mantener su forma física, mientras ella permanecía en aquella molicie que, a pesar del humo y del cansancio, daba la impresión de ser más placentera que su entrenamiento? En aquellos meses en que había estado tomando Dianabol ocultaba las pastillas que le había vendido Galayo en el armario de herramientas del sótano, seguro de que Carmen nunca lo abriría. Pero una mañana en que él no estaba en casa ella había ido a buscar un clavo y un martillo para colgar un cuadro y había encontrado el bote. Al leer el prospecto vio para qué servía. Cuando él regresó a casa, esperó a que se quedara en camiseta para decirle:

—He visto en el armario eso que tomas para tus músculos.

Luego miró sus antebrazos y sus bíceps casi con burla, como si señalara que eran algo falso y artificial, implantado en su cuerpo, ajeno a su naturaleza.

Sorprendido, él sólo acertó a justificarse:

—Me lo han dado en el gimnasio para que lo pruebe.

—Y esas cosas, ¿no están prohibidas?

—No lo sé —mintió.

Carmen lo miró ya sin sarcasmo.

—¿Estás seguro de que no te estás haciendo daño?

—Sí, estoy seguro —replicó.

Pero desde entonces no había vuelto a tomarlo.

Dejó la bolsa en el suelo y se sentó frente a ella, en el sillón desde el que la contemplaba tumbada en el sofá, separados por la mesa baja.

—He pedido un cambio de destino —le dijo.

Carmen bajó el volumen del televisor y lo miró sin ninguna sorpresa.

—Bueno, te cambiarán de destino aunque no lo hayas pedido. El cuartel va a cerrarse.

—No, no me refiero a ese cambio. He pedido irme fuera de España.

Se irguió para sentarse, atenta de pronto a sus palabras, ella, que casi nunca se interesaba por lo que le decía, que fingía que lo escuchaba, asintiendo a todo, mientras seguía hojeando una revista, o atenta a lo que alguien estúpido y malintencionado contaba en el televisor.

—¿Adónde?

—A Afganistán. El próximo mes se cumplirá el plazo para el relevo de tropas.

—¿Y ya es definitivo?

—Sí. Me han concedido la solicitud. No te lo había dicho antes porque yo mismo

no estaba seguro de no arrepentirme en el último momento, pero ahora ya es definitivo —repitió.

—¿Durante cuánto tiempo?

—En principio, cinco meses. Pero se puede pedir una prórroga por ese mismo tiempo.

Vio cómo cogía otro cigarrillo y lo encendía con lentitud, de una sola calada precisa y larga, todo el rostro concentrado en la brasa, de modo que no podía saber si la noticia la entristecía o la alegraba.

—Quizá sea bueno para ti —dijo expulsando el humo gris, denso, casi sólido—. Diez meses pasan muy deprisa y sin duda contribuirán a que por fin te concedan ese ascenso que llevas esperando tanto tiempo.

A pesar de su dificultad para comprender las sutilezas, no le pasaron inadvertidos ni la duplicación que había hecho de los meses ni el uso del singular para referirse a su trabajo. Ahora ya siempre se desligaba de él, como si todo lo referente al ejército fuera un asunto suyo muy privado, en el que ella no tenía, ni deseaba, ninguna participación. Sin embargo, un cambio de destino a un país peligroso era una decisión muy grave, y lo molestó la indiferencia con que recibía la noticia, como si no le importara que se fuera tan lejos, que desapareciera durante unos meses de su vida. Tal vez incluso, sospechó, se alegrara de quedarse sola, de dormir con toda la cama para ella, de no verse obligada a pactar horarios de comidas y trabajo, de fumar dos paquetes de cigarrillos sin tener que oír reproches contra el olor y el humo y las motas de ceniza ensuciando la mesa. Ni siquiera le había preguntado por los posibles peligros de su misión: se había interesado más, el año anterior, por el daño que podían causarle unas pastillas de Dianabol que por el que ahora podrían causarle las bombas de los talibanes.

¡Qué poco significaba para ella!, se dijo. No sufriría si muriera, no lo echaría de menos si una bomba camuflada en la cuneta de una polvorienta carretera afgana estallara al paso de su convoy y le destrozara la cabeza. Derramaría unas lágrimas, sí, cuando sus compañeros bajaran el ataúd del avión —y ésa sería la única vez que habría llorado por él—, pero no tardaría mucho en asistir de nuevo a cócteles de homenajes patrióticos y juras de bandera, sonriendo alrededor con coquetería, una viuda joven, sensual, atractiva y libre, sin las ataduras que imponen los hijos, ante quien exhibirían sus sonrisas babeantes y diabéticas los generales jubilados y sus dientes de escualo sus compañeros de armas.

Pues bien, él se marcharía a Afganistán y dejaría atrás el recuerdo de Olmedo, el cierre del cuartel de San Marcial, la irritante curiosidad del detective y la indiferencia de su mujer. Allá lejos, en las feroces mesetas asiáticas, en un escenario donde la acción sustituía a las palabras, donde era posible la transformación de un soldado en un héroe, cumpliría su deber militar en primera fila, con orgullo, sin echarse atrás, sin

huir los riesgos, de modo que tendría alguna oportunidad para volver condecorado, con una medalla en el pecho y un nuevo galón en las hombreras. Era posible que todas las circunstancias que ahora lo empujaban a marcharse dentro de un año hubieran contribuido a su ascenso, al respeto de sus compañeros, a incluir su rostro en las fotografías en los periódicos. Porque acaso no fuera verdad lo que siempre había oído, pensó viendo cómo Carmen sacudía el cigarrillo en el cenicero lleno, sino su contrario: acaso detrás de todo gran hombre hay una mujer con la que no encuentra sosiego, de la que huye, empujado a hacer fuera de casa las grandes cosas que no sabe hacer dentro. Bramante se preguntó si no son los hombres infelices y heridos los que realizan las grandes gestas, los que extraen de su malestar la energía necesaria para dar grandes saltos, los que van a frotarse contra el peligro para aliviar el dolor de sus heridas.

Capítulo 17

Las noches

Su padre se había pasado toda la mañana haciendo ruidos. Cada diez minutos vaciaba el depósito del inodoro y entre visita y visita al cuarto de baño se las arreglaba para que algo cayera al suelo con estrépito, para gritarle a Evangelina, para cerrar alguna puerta de un portazo y para arrastrar la silla que había junto al panel de seguimiento de los atentados terroristas. De modo que apenas había podido dormir y paliar el déficit de sueño que siempre le dejaba la migraña cuando al fin desaparecía.

Con todo, prefería trabajar en el turno de noche, y aunque así favorecía a la mayor parte de sus compañeros, que deseaban el de día, Castroviejo no siempre lo autorizaba. Esas semanas, desayunaba con su padre al volver a casa y esperaba a que llegara Evangelina para hacerse cargo de todo. A las once, sin ninguna prisa, sin un especial cansancio, se acostaba después de leer la prensa y dormía seis o siete horas, hasta las cinco o las seis de la tarde. Se levantaba descansado y se ocupaba de trámites y tareas o acompañaba a su padre, hasta las diez y media, cuando volvía al cuartel.

Ni la luz natural, ni los habituales rumores del día —el tráfico de fondo, los ruidos de la calle, de Evangelina haciendo las labores de la casa— lo molestaban ni le impedían dormir. Sin embargo, tenía una sensibilidad especial para detectar los ruidos intencionados que, con cualquier excusa, hacía su padre para obligarlo a levantarse. No le gustaba nada que trabajara de noche. Le reprochaba que lo hacía para no verlo, para no hablar con él, para dejarlo solo: durante la noche estaba en el cuartel, le decía, y durante la mayor parte del día dormía en su habitación, con lo que no le quedaba tiempo para atenderlo.

El reloj marcaba las seis. Se puso el albornoz, sacó ropa limpia y fue al cuarto de baño para afeitarse y ducharse. Cuando entró en el salón, su padre estaba sentado frente al panel y parecía contar el número de chinchetas de cada color clavadas en el corcho. Ningún continente estaba libre: en las dos Américas, África, Oceanía y Asia brillaban los círculos, de tanto mayor tamaño cuanto mayor había sido el número de muertos: Nueva York, Beslán, Bali. Pero era en Europa —Madrid y Londres— y en Oriente Medio donde se arracimaban las marcas de los atentados. En Iraq, Israel y Palestina se acumulaban tantas cabezas amarillas de alfileres que en algunas zonas se superponían hasta ocultar los nombres de los lugares.

—Acaba de estallar un coche bomba en Estambul. Hay al menos ocho muertos — le informó su padre al verlo, antes de cualquier otro saludo.

Ucha negó con la cabeza y emitió un gruñido que tanto podía significar resignación como rabia, pero que no daba pie a que su padre se extendiera en más explicaciones.

—¿Cuándo os vais a decidir a hacer algo?

—Papá, ya te he dicho muchas veces que la lucha antiterrorista no es función del ejército. Es de la policía de cada país.

—¡Así va el mundo! En mis tiempos sí lo era y no ocurrían estas cosas.

—Los tiempos han cambiado —contestó con paciencia.

—Y volverán a cambiar... para ser como eran antes. Ya lo verás. Yo me moriré pronto, pero tú vivirás lo suficiente y los verás volver al orden antiguo.

Sin calentarlo, comió algo de lo que Evangelina había preparado y tomó un café colado varias horas antes. No tenía nada pendiente que hacer, así que decidió llevar el coche a un garaje de las afueras para que le limpiaran la suciedad que había ido acumulando. Mientras tanto, aprovechó el tiempo para pasear con su padre.

Cuando regresaron a casa, dos horas después, terminaba la tarde y su padre parecía relajado y agradecido porque le hubiera dedicado su tiempo y lo hubiera sacado a pasear, incluso por un entorno tan poco agradable. Esa noche dormiría mejor, le dijo.

Vieron las noticias en el televisor, las imágenes del atentado de Estambul que ya se había cobrado once muertos, cenaron un plato precocinado y esperó a que dieran las diez para irse al cuartel. Llegaría con media hora de adelanto, pero lo prefería a estar en casa sin hacer nada.

El cabo de guardia levantó la barrera al ver su coche y lo saludó militarmente. Aparcó frente al pabellón principal y, al bajarse, descubrió las luces encendidas en el despacho del coronel. ¿Qué hacía allí el viejo, a esas horas? Cerró el coche y subió a saludarlo. Tal vez había alguna novedad.

El ordenanza colombiano —¿o era argentino, o ecuatoriano?, no lo recordaba— estaba sentado en la silla del pasillo y se cuadró al verlo llegar.

—¿Está dentro el coronel? —le preguntó.

—Sí, mi capitán.

Golpeó la puerta con los nudillos y esperó hasta oír una respuesta afirmativa antes de girar el pomo.

—¿Da su permiso, mi coronel?

—Adelante, Ucha, adelante.

El ordenanza cerró la puerta a sus espaldas y él avanzó por la larga alfombra que llegaba hasta la mesa. Le pareció que en las dos últimas semanas Castroviejo había disminuido de tamaño, pero no para osificarse prescindiendo de la carne, endurecido y longevo, sino para iniciar un proceso hacia la extinción. Algo en su actitud le hizo pensar en un viudo que acaba de perder a su mujer y aún no ha asimilado su ausencia y no sabe cómo organizar su vida.

—No esperaba encontrarlo todavía aquí. ¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció.

—No, gracias. No hay nada especial que hacer. Estaba ordenando algunas cosas

—señaló varios montones de documentos y carpetas apilados en la mesa que siempre había estado vacía—. ¿Se lo han dicho ya?

—No, hoy no he hablado con nadie —respondió, pero adivinaba a qué se refería.

—Esta mañana ha llegado la confirmación definitiva del cierre.

—¿Dan una fecha?

—Todavía no. Nos lo comunicarán en su momento, pero no creo que tarden mucho. Por eso es conveniente tenerlo todo previsto. Siéntese, ¿quiere? —le indicó una silla delante de la mesa—. ¿Ha decidido ya qué va a hacer?

—Creo que pediré el pase anticipado a la reserva.

El coronel lo miró con seriedad. Ucha sabía que no compartía aquella decisión. A menudo le había oído menospreciar a los militares que se retiraban precipitadamente al cumplir cincuenta años.

—Si continuara en activo, tendría que cambiar de ciudad y de casa. Y no creo que mi padre aceptara esos cambios —se sintió obligado a explicar.

—Lo entiendo —dijo en un tono apacible y fatigado—. El cierre del San Marcial nos ha desordenado a todos la vida mucho más de lo que podríamos soportar. ¿Sabe qué ha decidido hacer Bramante?

—No.

—Se marcha afuera, a Afganistán. Yo mismo informé sobre su solicitud. Favorablemente —añadió.

—Todo esto... —señaló el despacho, pero también las amplias ventanas tras cuyos cristales todo se veía oscuro— se quedará en nada.

—Vacío —concretó el coronel—. Parece mentira lo rápido que puede vaciarse todo. ¡Con tantos años como tardó en llenarse! —exclamó en voz baja, sin mirarlo, como si no buscara en él un interlocutor.

—Todos lo echaremos de menos.

—¿Todos? No, sólo unos pocos. No se engañe, Ucha, no se engañe. Ahí fuera hay un mundo en marcha que ni siquiera sabe que existimos..., o que nos mira como a un estorbo incómodo en el desarrollo urbanístico de la ciudad, como a una rémora de costumbres rancias y códigos antiguos que ya no tienen ningún valor, como a un grupo de fanáticos. Piensan que nos sentiríamos felices muriendo de un balazo en el pecho mientras clavábamos la bandera en lo alto de un peñón que acabamos de conquistar. ¿Puede creer que en estos últimos días he llegado a comprender a Olmedo?

—¿A Olmedo? Yo no. Yo creo que él fue el principal responsable de todo lo que ahora está ocurriendo.

—No, capitán. Sin Olmedo tal vez se hubiera demorado el cierre, pero al fin habría llegado del mismo modo. Olmedo fue más inteligente que nosotros, lo comprendió antes. En el fondo, tal vez nos hizo un favor.

—¿Cómo?

—Al evitarnos prolongar una agonía que, como todas las agonías, hubiera sido dolorosa.

—Eso se llama eutanasia, mi coronel. Una eutanasia profesional —se atrevió a añadir.

Castroviejo lo miró fijamente, las pupilas azules, levemente lechosas, teñidas de reproche, sorprendidas por su comentario.

—Pues sólo nos queda afrontarla con orgullo, capitán..., ya que es inevitable.

—¿Con orgullo?

—Cuanto mayor es el fracaso, mayor es el orgullo con que uno debe enfrentarse a él. Se sea o no se sea militar —añadió removiéndose en el sillón.

A Ucha le llegó un tenue olor, dulzón y al mismo tiempo fétido, de alguna fruta que no supo identificar. La voz del coronel sonó de nuevo indomable, desproporcionada con su pequeño y viejo cuerpo, como si hubiera sido emitida por un hombre cuarenta años más joven, o por él mismo cuarenta años antes: la voz de alguien que durante dos tercios de su vida no había hecho otra cosa que impartir órdenes y aguardar a que se cumplieran, seguro de que serían obedecidas. Al fin y al cabo, era lo que todos esperaban de él: no cedería su puesto agachando la cabeza con una sonrisa forzada, sino erguida con el orgullo de un general vencido —vencido, sí, pero no derrotado— que rinde las llaves de la ciudad sólo cuando las puertas de las murallas están a punto de desprenderse de sus goznes.

—Lo tendré en cuenta, mi coronel. Lo tendré en cuenta —dijo antes de pedir permiso para salir a hacerse cargo de la guardia.

Cumplido el relevo con alguna anticipación, salió a la explanada. Levantó la cabeza y miró hacia las ventanas del despacho: ya estaban apagadas, Castro viejo debía de haberse marchado. Una luna muy fina, apenas creciente, inclinada como un cuenco que diera a beber algo luminoso a los habitantes de las sombras, se sostenía arriba en el cielo. La noche era oscura y templada. Miró el reloj y esperó a que el segundero marcara con exactitud las once. Entonces, con precisión, las notas limpias, melancólicas de la corneta se elevaron tersas por el aire, conminando a que todo quedara en un definitivo silencio. Con la congelación del último acorde, un gato lejano lanzó un lastimero maullido. Entonces, cerca de él, unos metros por delante, allí donde la oscuridad se convertía en tinieblas, percibió el chillido y la carrera de una rata, quizá la avanzadilla de una especie que, indiferente a todo lo que no fuera su inmutable instinto, perfeccionado en la supervivencia desde el principio de los tiempos, había esperado la ausencia del hombre para venir a conquistar el territorio abandonado e instaurar su reinado en la oquedad de los pabellones vacíos, el dominio de una raza insomne para la cual la oscuridad no era únicamente un medio para depredar, sino su misma envoltura y naturaleza.

Ucha dirigió sus pasos hacia los pabellones que ya estaban despoblados. Le gustaban aquellas horas que transcurrían entre el crepúsculo y la aurora, aquellos paseos nocturnos en los que él velaba mientras los demás dormían. Le parecía que, en esos momentos de profunda libertad y silencio, sólo alterado por los lejanos borborigmos que emitían los intestinos de la ciudad, sin nadie que pudiera molestarlo, escuchaba la respiración mineral de la Tierra, su jadeo provocado por el cansancio de girar y girar eternamente llevando sobre sus hombros la carga creciente de la Humanidad.

Se detuvo en la sombra y miró hacia el cielo, donde el cuenco de la luna no reflejaba luz suficiente para apagar el brillo de las estrellas más arriba, tan lejos, tan inmunes a cualquier intento de daño de los hombres. Eran un ejemplo para ellos, siempre le habían parecido más disciplinadas que la unidad más elitista del ejército: puntuales, insomnes, duras, limpias, siempre en las mismas equilibradas y armónicas posiciones, siempre alerta, siempre en su sitio, como chinchetas clavadas en un lugar más allá del cielo para sostener la lona oscura y angustiosa de las sombras, para que no cayera encima del mundo y lo asfixiara con su peso.

Se hallaba cerca de una de las garitas del fondo cuando descubrió el brillo de la pequeña brasa. Se detuvo unos segundos para silenciar sus pasos y poder sorprenderlo. Al llegar a lo alto de las estrechas escaleras vio que el soldado había dejado el cetme apoyado en la pared de la garita, a sus espaldas, y fumaba exhalando el humo hacia el exterior, hacia las luces de los coches que circulaban por la lejana carretera. Avanzó en completo silencio, levantó el arma y dirigió el cañón hacia la espalda del soldado. Sólo entonces dijo, apenas en un susurro de amenaza y sarcasmo:

—Un soldado muerto.

El susto del muchacho fue tan intenso que en su estremecimiento perdió el cigarrillo, que cayó a sus pies, entre ambos, con la brasa brillando como una prueba incriminatoria y pertinaz. Se cuadró y Ucha esperó unos segundos a que se fuera apagando, sin responder al torpe y tartamudo saludo —«A sus órdenes, mi... mi capitán»— que el soldado había logrado articular, y sólo cuando murió su brillo, todavía sin soltar el cetme ni bajarlo, dijo:

—Si yo fuera un terrorista, ahora estaría usted muerto, con una bala clavada en el centro del pecho. ¿No sabe que un soldado de guardia nunca debe abandonar su arma?

—Sí, mi capitán.

—¿No sabe que un soldado de guardia no debe fumar?

—Sí, mi capitán.

—¿No sabe que un soldado de guardia no debe distraerse?

—Sí, mi capitán.

—¿No sabe que un soldado de guardia es el garante de la seguridad de sus compañeros?

—Sí, mi capitán.

Ahora veía que era apenas un niño y que el miedo al castigo había ido debilitando su voz en cada una de las respuestas. Bajó despacio el cete hasta que el cañón quedó apuntando al suelo y por un momento dudó si ceder a la clemencia. Pero todavía añadió:

—¿No sabe que un soldado de guardia no debe flaquear cuando es sorprendido en falta?

La respuesta del muchacho se demoró al comprender que, a pesar de su gesto con el arma, el enfado del oficial aún no había remitido. Pero su voz parecía recuperada cuando de nuevo repitió:

—Sí, mi capitán.

—Entonces, coja su arma —ordenó extendiendo el brazo con el cete—, abra los ojos, no fume y vigile.

—Sí, mi capitán.

—Descanse. Ya hablaré luego con usted.

—A sus órdenes, mi capitán.

Le dio la espalda y bajó las escaleras de la garita sin mirar atrás. Había decidido no castigarlo, pero lo dejaría toda la noche con la duda del castigo. El San Marcial estaba quedándose vacío y su abandono, que comenzaba en el coronel, estaba contaminando hasta el último nivel de la tropa: aquel muchacho se comportaba como un niño que no cuida aquello que ha visto desdeñar a los adultos. Para él, nadie podía tener interés por entrar allí, en una casa a punto de ser liquidada. Sin saber por qué, pensó en el detective privado y a él sí lo imaginó saltando el muro por alguna zona de sombra, fuera de la vista de los centinelas apáticos, y colándose en el barracón principal hasta llegar al despacho de Olmedo para hurgar entre sus papeles en busca de una prueba que demostrara el crimen.

Al detective le había extrañado que, a pesar de que nadie creía en el suicidio, nadie moviera un dedo para desmentirlo. ¿Pero para qué iban a hacerlo? La muerte por suicidio lo simplificaba todo, a todos convenía, nadie se empeñaría en revocarlo. Y Olmedo, que en vida había sido orgulloso, afortunado, brillante, triunfador, había muerto de forma dolorosa y miserable, y ya nadie podía corregirlo. Que se llevara con él a la tumba su arrogancia, sus medallas, sus ascensos, su prestigio. Que se pudriera con ellos, con esa codicia de los muertos antiguos que destinaban sus mejores joyas a su ajuar funerario. Y que no molestara nunca más a los vivos.

Capítulo 18

Los viejos militares

Arrancó el viejo y fiel Mercedes, de color gris, y salió despacio del cuartel, dándole tiempo al cabo de guardia para que levantara la barrera en cuanto hubiera oído el familiar ronroneo del motor. También aquel tipo de identificación sensorial, en el que el hombre establecía un contacto directo con los objetos y máquinas que lo ayudaban, quedaría pronto atrás. La tecnología y las bandas magnéticas y las claves electrónicas sustituirían las opciones personales.

Cincuenta años antes, cuando él era un joven teniente recién salido de la Academia de Zaragoza, cualquier militar con un puñado de instrucciones claras y unas pocas semanas de práctica podía llegar a dominar todas las armas, todos los recursos e instrumentos que la ciencia militar había ido inventando durante tres mil años para que los hombres mataran con mayor facilidad a otros hombres. Sin embargo, en las últimas décadas la ciencia de la guerra se había vuelto tan compleja que la eficacia de un ejército alcanzaba hasta donde llegaba su desarrollo tecnológico. ¿Dónde quedaban, entonces, conceptos como la valentía personal, la inteligencia estratégica, la disciplina, el honor para aceptar y cumplir las reglas del combate? ¿Dónde habían quedado los tiempos en que, siendo muy joven, un soldado podía llegar a general en una carrera donde el mayor mérito era el valor frente al peligro? Y en consecuencia, ¿a qué papel segundón quedaban reducidos los hombres que habían hecho de ese código de conducta la guía de su vida profesional?

¡Ah, qué lejos todo eso! ¡Qué perdidos los tiempos heroicos en que los jóvenes soldados que al alba iban a marchar a la batalla se reunían al atardecer a compartir palabras de heroísmo, mientras sus novias jóvenes y dulces bordaban lemas de fidelidad y espera y amor y sacrificio en enseñas de seda con los colores del regimiento, y estampaban un beso en la tela antes de correr a ofrecerse como enfermeras en el hospital adonde llegarían los heridos, para limpiarles la suciedad y la sangre! ¡Qué perdidos los tiempos de la admiración, de los clarines y de las ceremonias, cuando en los pasillos de los cuarteles tintineaban las espuelas y ningún oficial podía presumir de ser un buen soldado si no podía presumir de ser también un buen jinete; cuando un desfile exigía la misma perfección de movimientos que un baile en el que a una dama se le abrazaba la cintura; cuando un militar no era más imprescindible en un cuartel que en los salones de un palacio en fiestas! ¡Qué nostalgia de un pasado en el que no había que esconder el uniforme, que era un motivo de orgullo por todos respetado, desde la primera autoridad civil hasta aquellos ordenanzas con vocación de mayordomos que con un simple paño sacaban un brillo imposible a botas y botones! Todo había quedado atrás y ahora el cuartel de San Marcial era el último episodio de la liquidación. Bramante, Ucha y otros más aún

eran lo suficientemente jóvenes para reemprender la marcha. Uno se iba a Afganistán; otro se retiraba; otros no tardarían en dar empleo a su capacidad de adaptación. Pero él era demasiado viejo y estaba muy cansado de simular energía y entereza física en cada uno de sus gestos públicos. Había gastado sus mejores años intentando levantar algo que perdurara cuando tuviera que marcharse... y al final descubría que sus esfuerzos no habían servido para nada.

Llegó a casa y colgó la chaqueta en la percha de la entrada, donde no había ninguna otra prenda. Sus tres hijas se habían marchado al casarse y, desde que su mujer había muerto, vivía únicamente con Piedad, la tata que las había cuidado y que ahora lo cuidaba a él: lavaba su ropa, limpiaba su casa, preparaba su comida.

La luz del teléfono parpadeaba en el salón y escuchó los mensajes de dos de sus hijas. Le preguntaban cómo estaba y decían que volverían a llamar más tarde, aunque, al ver la hora, al filo de la medianoche, sabía que no lo harían hasta el día siguiente. Sin embargo, acababa de colgar cuando el timbre lo sobresaltó.

—¿Papá? —era la voz de su hija menor, Loreto.

—Sí.

—Te he llamado antes y no contestabas. Tampoco estaba Piedad.

—Piedad tiene hoy la reunión semanal con sus amigas, para ir al cine.

—Como era muy tarde y no creía que estuvieras todavía en el cuartel, me había preocupado. No ocurre nada, ¿verdad?

—No. Tenía que poner al día unos asuntos atrasados. Debo dejarlo todo bien ordenado.

—Entonces, ¿es verdad que van a cerrar el San Marcial?

—Sí, es verdad. Ya te lo había dicho.

—Pero no podía creerlo. ¿Y qué van a hacer con él?

—Pisos.

—¿Pisos? ¿Quieres decir que van a derribar todo lo que tú...? ¿Cuándo?

«Cuando yo haya muerto», estuvo a punto de responder, pero se contuvo a tiempo, su enfermedad todavía era secreta.

—Me parece mentira que hagan eso con el cuartel... y contigo.

—Con el cuartel, sí. Pueden cerrarlo. Pero a mí no pueden hacerme nada —comentó, con la firmeza con que siempre había mantenido la disciplina: nunca culparía, ni siquiera ante su familia o amigos, a un superior de haber dado una orden injusta.

—Bueno, te están obligando a jubilarte —replicó.

Entonces sospechó, con algún remordimiento por hacerlo, qué era lo que en realidad preocupaba a sus hijas. ¿Habrían hablado entre sí de la incomodidad que les supondría alojarlo en sus casas, modificar u ocultar sus hábitos y sus horarios, pactar con sus maridos el tiempo de la estancia, el espacio que le reservarían? Ninguna se

había casado con un militar y, aunque en general no tenía quejas de sus maridos, ellos formaban parte de un mundo civil que siempre miraba con prevención el rígido ambiente cuartelero que él representaba. En ocasiones había llegado a preguntarse si en el fondo no pertenecían a esas gentes para quienes cualquier cosa que diga un militar siempre será sospechosa por el simple hecho de que sea un militar quien lo dice.

No, no iría a vivir con ninguna de ellas, resistiría en su casa, junto a Piedad. El club de militares y los viejos amigos que aún no estaban muertos colmarían su necesidad de vida social, y si llegaba un día en que sus piernas no pudieran sacarlo a la calle porque no sostenían su peso, y sus manos temblonas no lograran sujetar un vaso sin derramar el agua ni cortar un pedazo de pan sin herirse los dedos, y al llegar la triste medianoche ya no recordara lo que había hecho por la mañana..., si llegaba un día en que las miserias físicas lo inundaran de amargura y no quedara mucho que conservar, no se necesitaba apenas fuerza para levantar su pistola hasta la frente. En el pasado, la vida, el simple hecho de vivir, le había parecido un prodigio. Las preocupaciones, los desengaños, las desgracias habían sido pasajeras y soportables y no tardaba mucho en reconciliarse con un estado de ánimo cercano a la felicidad. Pero la vida había perdido ya todo su atractivo, desaparecidas esas tres o cuatro cosas por las que merecía la pena seguir respirando. Escuchaba con admiración, sí, pero sin compartirlos, los comentarios de conocidos que habían logrado superar alguna enfermedad muy grave, un cáncer o una pancreatitis: «Me ocurrió hace tres años, de modo que ya le he ganado tres años a la muerte». A él no, a él no le importaría morir, siempre que pudiera tomar la decisión de cuándo y cómo hacerlo. No faltaba mucho tiempo. Desde que los médicos le habían diagnosticado que la lejana hepatitis que padeció veinte años atrás estaba derivando hacia una cirrosis hepática, sabía que dos años era el plazo máximo concedido. Desde entonces, aquel olor rancio y dulzón a manzanas maduras nunca lo abandonaba: impregnaba la almohada sobre la que dormía, la ropa que se cambiaba escrupulosamente cada mañana, la tapicería del sillón donde se sentaba a ver la tele, su aliento y su sudor.

Piedad, sin saber a qué se debía, lo estuvo diciendo durante un mes:

—Huele a manzanas, qué raro... Si hace semanas que no compro...

Pero luego, ante su silencio, debió de advertir que era él, que era de su cuerpo de donde surgía el fetor hepático, y ya no volvió a comentarlo. En cambio, hizo algo más: comenzó a poner manzanas en los armarios, entre la ropa, en el frutero, para que él creyera que no lo había advertido. Cuando una mañana, al buscar una camisa, cayó rodando a sus pies una reineta, sonrió en silencio, le agradeció su tosca compasión y dejó que creyera que podía seguir engañándolo.

Ambos habían mantenido un sordo duelo por ver quién resistía mejor frente al envejecimiento, pero ahora que ella había vencido, su misericordia lo enternecía y en

alguna ocasión había contenido un amago de lágrimas, negándose a ser un viejo que llora. Así que ya sólo le quedaba sobrevivir el mayor tiempo posible de la mejor manera, antes de que el dolor o la angustia se hicieran insoportables. En la vejez, el cuerpo resiste; sólo en la juventud puede mejorar, decía para sí mientras se tocaba el vientre con la palma de la mano, a la altura del hígado. Era un enfermo que ya no podía curarse. El mismo mal que le robaba el apetito debilitaba sus piernas; el mismo mal que había hecho que crecieran sus pechos llenaba la piel de su rostro de aquellos ramilletes de vasos sanguíneos con forma de araña que habían asustado a sus nietos cuando estuvieron en casa la última vez.

A menudo había oído comentar que una enfermedad grave cambia la visión de la vida. Que se modifica la escala de valores y el enfermo deja de dar importancia a algunas cosas y que aprecia otras que antes le resultaban indiferentes. Pero él no había sentido ningún cambio sustancial: seguía creyendo en lo mismo y despreciando lo que antes despreciaba. Su antipatía personal hacia Olmedo había sido la misma antes y después de conocer su enfermedad. Desde su llegada había intuido que traería problemas, porque aquel tranquilo estatus de provincias que él había logrado instaurar en el San Marcial no se correspondía con el discurso renovador de Olmedo. Sin embargo, nunca había caído en la tentación de boicotear su trabajo, de ocultarle información o de poner trabas a sus informes. Había jugado limpio con él, respetando las normas que le habían enseñado a respetar, el código militar que había aprendido incluso antes de vestirse por primera vez el uniforme. Por eso creyó que Olmedo no le negaría lo único que fue a pedirle: que cuando el cuartel de San Marcial fuera convertido en terrenos para construir casas, no derribaran el pabellón principal, que al menos respetaran aquel edificio que guardaba tanta memoria de esfuerzo y sacrificio y dolor, pero también de honor y de gloria, el más antiguo, sólido y representativo de todo el complejo cuartelero, de modo que dos o tres años más tarde los niños no tuvieran que preguntar: «Abuelo, ¿dónde estaba el cuartel donde tú fuiste soldado?». Sin duda, Olmedo podría conseguir eso, él sí tenía recursos y prestigio para dar argumentos arquitectónicos, o patrimoniales, o históricos que impidieran su derribo y su conversión en un bloque abigarrado de pisos o en un jardín de uso público donde defecarían los perros. ¡Era una petición tan fácil de conceder...!

Una repentina necesidad de ir al baño le hizo levantarse con premura. Intentó vaciarse, pero no logró evacuar todo el líquido de su vejiga. Al regresar, se dejó caer en el sillón, muy cansado, y cerró los ojos procurando no pensar en nada hasta que Piedad volviera del cine, pero al mismo tiempo con un atisbo de miedo a quedarse dormido y ya no poder abrirlos nunca. Bajo sus párpados cerrados comenzaron a cruzar pequeñas chispas fugaces, como minúsculos y efímeros cometas que tuvieran vida propia, ajenos a su voluntad de mirar o no mirar. Abrió los ojos, asustado, preguntándose si ése era otro síntoma del agravamiento de su dolencia.

Con alivio, oyó cómo una llave se introducía con suavidad y sigilo en la cerradura de la puerta. Volvió a cerrar los ojos y llamó dulcemente:

—¡Piedad!

Capítulo 19

Unas uñas lacadas

—¿Aún confías en que Bramante responda a tus preguntas sin inventar una nueva mentira?

—Sí, puesto que no puede volver a utilizar una coartada que ya es inservible. Y no me importa que lo haga de buen o mal grado, sólo espero algo que nos ayude a salir de este atasco.

Quizá fuera arrogancia lo que le hacía aparecer en la guía telefónica con su nombre —García Bramante, J.— y su dirección, en una calle céntrica hasta donde Cupido y el Alkalino fueron caminando sin prisas, casi de paseo por las anchas aceras y terrazas donde el día templado y primaveral había arrojado a la mitad de los habitantes de la ciudad: uno de esos días en que la calle dejaba de ser un lugar de tránsito para convertirse en escenario de un espectáculo caótico y variopinto. Un sol amarillo y radiante comenzaba a dorar la piel translúcida del invierno con un color que la hacía parecer saludable. El exceso de luz afilaba las pupilas para contemplar todo lo hermoso que había alrededor: todas las muchachas parecían haberse convertido de repente en mujeres y haberse puesto de acuerdo para derramarse por las calles. El Alkalino observaba admirado y atónito la plenitud orgánica de la vida, aquella abundancia de fecundidad, aquella vorágine de curvas que en cada movimiento provocaban pequeños temblores y palpitaciones de carne femenina que parecían reproducir las mismas vibraciones de la Tierra que las sostenía.

No sabían el piso exacto en que vivía Bramante, pero alguien se lo indicó al tercer intento. Cupido apretó el botón y enseguida reconoció su voz, demasiado fuerte incluso a través del portero automático.

—¿Ricardo Cupido? —repitió cuando el detective dijo que de nuevo quería hablar con él.

—Sí.

—Ya dije todo lo que tenía que decir.

—Claro que sí —replicó—. Pero son los otros los que hablan. Alguien que asegura que usted no estuvo aquella tarde en el gimnasio.

En el silencio que siguió lo imaginaron detrás de la puerta, doce o quince metros por encima de sus cabezas, el gesto serio y preocupado mientras apretaba con más fuerza de la conveniente el telefonillo que sujetaría junto a su oído. Luego distinguieron la voz femenina que debía de haberse acercado a él y preguntaba «¿Quién es? ¿Qué...?», antes de que su mano hubiera tenido tiempo para tapar el micrófono. Luego, otra vez los lentos, prolongados segundos de espera, hasta que al fin sonó una sola palabra, pronunciada con el mismo tono perentorio con que hubiera ordenado a un recluta recoger algo del suelo o dar veinte vueltas corriendo alrededor

de una pista:

—Suba.

Empujaron la puerta y subieron en ascensor hasta la planta, y todavía, tras pulsar el timbre, tuvieron que esperar unos segundos hasta que Bramante les abrió y se apartó a un lado para que pasaran.

—Buenas tardes.

La mujer no se levantó del sofá que ocupaba, que bajo ella parecía adquirir aspecto de otomana, sólo inclinó un poco la cabeza para saludarlos con un gesto curioso y levemente irónico. Cupido la recordó formando parte de un grupo que reía durante el cóctel que siguió a la jura de bandera. Ella pasó deprisa y con cierta displicencia por encima del rostro atezado, oscuro y mal rasurado del Alkalino, el tiempo apenas suficiente para preguntarle con una mirada qué le impedía comprarse unas maquinillas de afeitar, y se detuvo con curiosidad en el de Cupido, a quien había visto una sola vez, en la fiesta, como si se sorprendiera de que pudiera recordarlo con tanta precisión.

—¿De modo que todavía sigue con eso? —preguntó Bramante sin hacer un solo gesto que pudiera interpretarse como una invitación a que se sentaran—. Creí que ya se había cerrado ese asunto.

—A mí también me gustaría que fuera así.

—¿Entonces? —Hizo un gesto de extrañeza abriendo los brazos, mostrando los músculos anchos y demasiado tensos para estar en su propia casa, casi ostentosos, como si pidieran un desafío de fuerza física para ponerse a prueba y superarlo.

—Era necesario hacer unas últimas comprobaciones. Y de una de ellas se deduce que usted no estuvo aquella tarde en el gimnasio. Vigor y Belleza —añadió.

Incluso antes de terminar de hablar notó el chispazo de cólera caliente y hormonal que lo estremecía y, al mismo tiempo y no con menor nitidez, la tensión que despertaba en la mujer que los observaba desde el sofá, sin moverse.

—¿Y quién es quien dice eso? Un profeta que...

—El control de asistencia del gimnasio —lo interrumpió Cupido, sin explicar más detalles.

—Ya entiendo —dijo, en apariencia relajado. Cruzó los brazos sobre el pecho, de modo que ya no parecían tanto una amenaza como que se protegía con ellos—. El control de asistencia. Pero las máquinas fallan a menudo y tal vez no se marcó ese día la casilla correspondiente a mi nombre. Un malentendido que puede confundir a cualquiera demasiado curioso para... para molestarse en comprobarlo.

—Tal vez haya sido eso —dijo Cupido. Ahora sabía que Bramante sabía que había estado allí dentro, en la oficina, durante unos minutos, los suficientes para hurgar en el ordenador y comprobar su ausencia. Y, por eso mismo, también supuso que habría resuelto el problema con sólo pulsar con el ratón en la ventana adecuada

—. Un problema técnico fácil de solucionar siempre que...

—¿Qué?

—Siempre que no haya alguien para atestiguar que la máquina no estaba equivocada.

Bramante lo miró durante unos segundos, en silencio, concentrado, como si estuviera repitiendo en su interior la última frase para asegurarse de que la interpretaba correctamente.

—Ya entiendo —repitió—. Alguien que... Un profeta... Y todos los profetas..., todos los profetas mueren jóvenes —desprendió con dolor las sílabas de la garganta para tartamudear la advertencia torpe, inseguro de haber elegido las palabras adecuadas, tal vez preguntándose si no estaba cometiendo un segundo error.

Cupido vio crecer la furia entre una y otra palabra, mientras pensaba en lo diferente que era de Olmedo, a quien le gustaban los informes correctos, las frases exactas, la exposición de un argumento y su defensa a ultranza. Cien años antes, Bramante hubiera sido un buen soldado: alguien que no discutiría una orden aunque fuera cruel siempre que fuera clara y breve; alguien disciplinado, tosco, severo, fiel a la palabra dada, incapaz de traición precisamente porque era incapaz de toda iniciativa; alguien apasionado por el ruido de los sables, por las canciones del batallón y por el color de la bandera; alguien que quizá sentiría menos aprecio por sus soldados que por sus armas.

—¿Quiere decir que vieron a mi marido fuera del gimnasio a esas horas?

No le sorprendió que fuera la mujer quien hablaba. En realidad, había tardado mucho en acudir en su ayuda.

—Quiero decir que alguien vio que su marido no estaba en el gimnasio a esas horas —precisó.

—Pero, incluso aunque eso fuera cierto, no significa nada. En absoluto implicaría que estuviera cerca de Olmedo. El mundo es muy grande y hay muchos sitios adonde ir —dijo, la voz impregnada de la misma burla suave y confiada que brillaba en sus ojos.

—Claro que sí —dijo Cupido—. Nada de eso tiene consistencia suficiente para considerarse una prueba. Pero sí para provocar complicaciones.

La mujer miró a su marido y luego miró al detective, calculando sus fuerzas y sus armas.

—Siempre es mejor evitarlas —propuso, como si hubiera entrevistado el desenlace del enfrentamiento.

—Sí —dijo lacónicamente Cupido, porque adivinaba que ella no iba a continuar hablando delante de su marido, y no por temor ni respeto, sino por lo que había afirmado unos segundos antes: para evitar complicaciones, para no perturbar aquella perezosa y sensual comodidad en que se movía.

—Pero incluso si llegaran esas complicaciones —intervino de nuevo Bramante con gesto desabrido, interrumpiendo el pacto de silencio que parecía establecerse entre el detective y su mujer—, incluso si llegaran..., siempre tendría que haber un profeta que las trajera en persona y que se atreviera a decirme que aquella tarde...

—José —lo interrumpió la mujer con suavidad y firmeza.

—...que aquella tarde yo no estaba...

—José —lo interrumpió de nuevo, más sabia que él para advertir que hay conflictos que no sólo no pueden resolverse con violencia, sino que la propia violencia encrespa y empeora. O quizá era únicamente que comprobaba la nula eficacia de la amenaza de su marido frente al detective alto y tranquilo que lo escuchaba sin amedrentarse, como si la advertencia no lo aludiera o, en cualquier caso, fuera insignificante.

Entonces Bramante la miró, y tras mirarla pareció darse por vencido, hosco y definitivamente callado, pero todavía firme en la exhibición disuasoria de sus músculos, dispuesto a esperar la llegada del mensajero a que había hecho referencia. No había nada más que hablar. Cupido les dejó su número de teléfono y enseguida, con corrección, Bramante los acompañó hasta la puerta.

Y apenas una hora y media más tarde, cuando Cupido y el Alkalino llegaron a casa después de haberse detenido a comer un plato rápido, sonó el teléfono y, al descolgar, el detective reconoció la voz femenina que le pedía una cita porque tenía algo que contarle.

—¿Cuándo y dónde?

—Ahora, en su casa. Estoy en la calle, en una cabina. Dígame su dirección. No tardaré mucho en llegar.

Desde arriba la vieron bajar del taxi y mirar unos segundos hacia las ventanas del edificio, segura de que los dos hombres estaban observándola desde una de ellas. Pulsó el timbre y esperó a que le abrieran sin necesidad de identificarse. Cupido la esperaba en la puerta y se apartó a un lado para que pasara.

La mujer avanzó sin titubear hasta el pequeño salón y se sentó en uno de los dos sillones. Abrió el bolso y sacó un paquete de cigarrillos alto en nicotina y un mechero plano y dorado.

—¿Le importa que fume? —preguntó, pero ya se había llevado un cigarrillo a los labios pintados de carmín y sin esperar respuesta lo encendió con una llama larga. Luego exhaló el humo sin apartar la cara a un lado y miró la superficie de la mesa buscando un cenicero. No había en la casa y Cupido trajo de la cocina un pequeño plato.

—¿Qué quería decirme? —le preguntó, pensando en el Alkalino que, sentado en una silla de respaldo duro, tras la puerta entornada de su habitación en penumbra, estaría escuchando con atención no sólo las palabras de la mujer, también el tono, las

vacilaciones, la rapidez o la demora en sus respuestas.

—No fue mi marido —dijo—. Tal vez sea cierto que no acudió al gimnasio aquella tarde. Supongo que usted no se atrevería a hacer una afirmación así si no hubiera comprobado su veracidad. Pero mi marido no utilizó esa coartada para ir a casa de Olmedo y dispararle un tiro en el pecho.

—¿Por qué está tan segura?

La mujer sonrió, ecuánime y amable, sin mostrarse molesta por las dudas del detective.

—¿Cree que no lo conozco? ¿Cree que después de doce años viviendo con él, oyéndole lamentar o aplaudir lo que sucede alrededor, durmiendo juntos cada noche, todavía no lo conozco?

—Digamos que siempre existe la posibilidad de que entre los miembros de cualquier pareja se esconda algún secreto.

—Supongo que sí. Pero en este caso no es José quien lo guarda.

—¿Quiere decir que es usted?

Sacudió la ceniza en el platito con un movimiento experto y rápido del índice, que terminaba en una uña lacada de un intenso color rojo, ni demasiado corta ni demasiado afilada, pero lo suficientemente curvada, dura y brillante como para hacer pensar en las garras de una felina poderosa y amoral.

—No he venido a hablar de mí, sino a defender a mi marido. Los secretos que yo guarde... Y José..., él no tiene secretos. No sabría callarlos. Es demasiado ingenuo para urdir intrigas, nunca se ha preocupado de aprenderlas. Cree que para desempeñar bien su profesión le basta con ser fuerte. Que para un soldado educado para el combate todo se reduce a la fuerza con la que lucha.

—¿Y no es así? ¿No es la fuerza lo más importante?

—No —dijo con firmeza—. Un día, en el cuartel, estaban discutiendo sobre eso y escuché a Olmedo decir que el resultado final de una batalla depende tanto de las fuerzas de quien golpea como de la resistencia al dolor y al sufrimiento de quien recibe los golpes.

—Entonces, usted conoció a Olmedo.

—Sí. Era un hombre a quien todos criticaban lo suficiente como para despertar la curiosidad. A pesar de lo que mi marido decía de él, yo creo que era un militar muy inteligente.

Cupido hizo un gesto de extrañeza, casi de asombro.

—¿Le sorprende que hable bien de él?

—Sí.

—No debería sorprenderse. Hablamos bien de los muertos para compensar nuestra mala conciencia por hablar tan mal de los vivos. Pero nunca lo elogiaré delante de mi marido.

—A su marido no le gustaba.

—¿Gustarle? José lo odiaba.

—Da la impresión de que tenía contra él algo más que rivalidad profesional.

—Mi marido lo consideraba un traidor. Y a menudo le he oído manifestar su desprecio hacia los traidores. «Todo lo que le enseñaste a un soldado para combatir al enemigo lo usará ahora para combatirte a ti», suele decir. Sin embargo, espero que no pretenderá utilizar esta información como un argumento contra él.

—Usted no lo estaría contando si no tuviera algo mejor que lo anula, ¿verdad?

—Sí —sonrió, y aún esperó a dar una nueva calada al cigarrillo, la boquilla tostada sujeta entre los dedos medio e índice que culminaban en las uñas rojas—. Sí. Porque hubo al menos otra persona que a la hora en que murió Olmedo no estaba donde debía estar.

—¿Quién? —preguntó Cupido, sin premura, con delicadeza.

—El doctor Lesmes Beltrán. Ambos trabajamos en el mismo hospital. ¿Conoce su conflicto con Olmedo?

—Sí.

—Él sí tenía motivos sustanciales para odiarlo.

—¿Por qué lo sabe?

—Soy enfermera. Trabajo en Maternidad. Esa tarde teníamos una paciente que había solicitado anestesia epidural. Todavía no era el momento de aplicársela, pero el doctor Beltrán, que estaba de guardia, se ausentó del hospital durante una hora. Por azar lo vi coger su coche, salir del recinto y dirigirse hacia el centro de la ciudad.

—Como en el caso de su marido, su ausencia tampoco demuestra que estuviera cerca de Olmedo aquella tarde —apuntó el detective.

—Pero debía de ser algo importante. Al menos lo suficientemente importante como para arriesgarse a que, ante cualquier complicación, alguien descubriera que se había marchado dos horas antes del parto. Lo suficientemente importante para que mintiera cuando regresó.

—¿En qué sentido?

—Cuando había transcurrido casi una hora, la paciente comenzó a quejarse un poco. Las enfermeras sabemos bien lo que hay que hacer en estos casos, cómo calmarlas, cómo pedirles un poco de paciencia. Pero aproveché esa excusa para buscarlo. Llamé a su casa. No había ido allí y su mujer creía que estaba en el hospital. Al regresar, unos diez minutos después, le comenté que lo había buscado, porque la paciente se quejaba. Me dijo que había estado por allí todo el tiempo, pero que había salido un momento a la calle a fumar un cigarrillo y que luego había pasado por el almacén de la farmacia a buscar unas dosis de anestésico y a comprobar qué reservas quedaban. Pero no era cierto. Su coche tardó todo ese tiempo en volver a estar aparcado en las plazas reservadas para los médicos.

Como si lo hubiera calculado, el cigarrillo se consumió al mismo tiempo que terminaba su declaración. Aplastó la colilla en el plato con un asomo de ironía hacia el objeto pobre y vulgar. Guardó el paquete y el mechero en el bolso e hizo el gesto de levantarse del sillón.

—Le agradezco su información. Es importante —dijo el detective.

—Agradézcamelo encontrando pronto la verdad y resolviendo este asunto para que todos podamos descansar.

—¿Me permite una pregunta?

—Sí, ¿por qué no? Apenas me ha preguntado usted nada.

—Él no lo sabe, ¿verdad?

—¿Que Lesmes Beltrán se había ausentado del hospital cuando...?

—Que usted ha venido ahora a contármelo —la interrumpió.

—No, no lo sabe.

Cupido asintió con breves movimientos de cabeza, como solía hacer cada vez que confirmaba un dato que sólo había recelado, pero que no había querido aceptar para no reconocer que el sucio oficio de detective había modificado su carácter y lo estaba convirtiendo en alguien pesimista, que en toda investigación sospechaba el engaño y los motivos menos nobles.

—Dígalo —la oyó pronunciar en voz baja, casi en un susurro.

Se había levantado del sillón y ahora lo miraba como una felina tranquila, indolente y satisfecha miraría al macho que ha encontrado en su camino hacia los comederos, el cual, aunque más alto y fuerte, no le provoca ninguna inquietud, segura de que sólo hay tres cosas por las que merece la pena pelear: comida, placer y territorio, y que puede conseguir las tres en cuanto se lo proponga.

—¿Qué? —preguntó Cupido, desconcertado.

—La otra pregunta que hizo antes y que no se atreve a repetir, por más que esté deseando que yo la responda.

—Está bien —dijo el detective—. Está bien. Los secretos... ¿Cuáles?

—Quiero que se vaya. Quiero que durante una temporada se aleje no sólo de la ciudad, también del país..., aunque sea para combatir en una guerra que ni siquiera es la suya —explicó—. Ha solicitado alistarse cinco meses en las tropas que van a Afganistán, en la misma unidad donde estuvo Olmedo, como si ahora quisiera seguir sus pasos para aprender todo lo que él sabía... El coronel Castroviejo ha informado favorablemente y han aceptado su solicitud, pero temo que la anulen si algo lo implica en la investigación. Y yo también quiero que esté lo bastante lejos como para que, cuando me avise de que va a regresar, disponga del tiempo suficiente para preparar la casa, de modo que al entrar en ella compruebe que todo sigue como lo dejó al irse y crea que nadie ha utilizado ni movido de lugar nada de lo suyo. A los dos nos sentará bien estar alejados un tiempo.

—Pero hay otros medios para eso.

—¡Por supuesto! Pero yo no quiero divorciarme. ¿Para qué tantas complicaciones, si pueden evitarse? —repitió—. Me ha costado bastante esfuerzo organizar mi vida hasta hacerla cómoda. ¿Por qué desorganizarla toda si con unos ajustes ocasionales puede resultar tan agradable?

La mujer lo miró esperando, no su respuesta, sino su confirmación. Cupido sintió la densidad carnal que emanaba de ella y notó el golpe con que la atracción y el deseo le llegaban al rostro. Porque no se trataba únicamente de belleza o esplendor físico. Entre las finas, suaves arrugas que estriaban sus ojos ahora fijos en él, se veía además el sinuoso y tentador filón de la experiencia. Un puñado de mujeres lo habían mirado como ahora lo miraba ella, sin necesidad de hablar, sólo permaneciendo inmóviles frente a él, sin acercarse, pero sin huir, y Cupido sabía que podía extender sus brazos sin que hubiera rechazo. La vida austera que llevaba en los últimos meses y el instinto indomable —por encima del respeto a las leyes tácitas que defendía en su trabajo— lo inclinaron unos centímetros hacia adelante sin que la mujer retrocediera, sin que dejara de mirarlo, autorizándolo a avanzar. Sólo fueron unos instantes. Luego recordó la puerta entornada de la habitación donde escuchaba el Alkalino, y también recordó, todavía con dolor, el cuerpo de Lucía, y se detuvo, inmóvil y desconocido para sí mismo mientras respondía:

—¡Claro que sí! ¿Para qué buscarse complicaciones?

La sonrisa burlona y suficiente borró el atisbo de perplejidad por su rechazo. Luego sus ojos mostraron no el enfado, sólo la decepción, mientras parecían decirle: «¡Ah, tampoco tú! ¡Tampoco tú tienes el arrojo suficiente para venir a luchar por esto tan dulce que te ofrezco, no a cambio de tu victoria, únicamente a cambio de tu esfuerzo! ¡Ah, tampoco tú! ¡Ahora apártate de ahí para que pueda marcharme!».

Cuando Cupido regresó al salón tras acompañarla hasta el ascensor, el Alkalino ya estaba sentado en el sofá y contemplaba el plato con la colilla manchada de carmín.

—Durante unos segundos, mi mayor preocupación fue cómo podría cerrar la puerta sin que ella lo advirtiera.

—Podías hacerlo, puesto que ella estaba de espaldas.

—¿Es que crees que al entrar no advirtió con un simple vistazo qué puertas estaban cerradas y cuáles abiertas?

Cupido no respondió a su pregunta. En cambio, dijo:

—¿Tan seguro estabas de que yo...?

—No de ti. ¡De ella! De su capacidad para... No sé cómo te estaría mirando, pero si sus ojos sugerían lo mismo que el tono con que hablaba...

—Estás exagerando.

—Me das envidia —bromeó—. ¡Que se le ofrezcan esas oportunidades

precisamente a quien puede permitirse el lujo de dejarlas pasar porque sabe que no tardarán en repetirse!

Cupido lo miró con simpatía: un hombre pequeño, oscuro y charlatán, que vivía sin la pretensión de ser admirado, ni querido, ni valorado, únicamente con la ambición de ser escuchado cuando hablaba; un tipo con el rostro atezado como la madera tostada incluso en los días más fríos del invierno, poco atractivo para las mujeres, que no había follado con ellas lo suficiente y que sin embargo no mostraba rencor ni un agrio puritanismo hacia quienes, como el detective, sí lo habían hecho.

Cogió el plato con la colilla y se dirigía hacia la cocina cuando todavía lo oyó comentar:

—Es de las mujeres que ganan siempre, no importa el tipo de relación ni con quién la establezcan, sea para aceptar al hombre que será su marido, a quien escogerán entre los pretendientes más dóciles y fieles, sea para elegir a un amante, que resultará banal y divertido e incluso poco complicado cuando se haya cansado de él y llegue el momento de mentirle con lágrimas en los ojos y decirle que ya no pueden seguir viéndose porque no puede soportar durante más tiempo el remordimiento. ¿Quién les enseña todo eso?

—Nadie —contestó Cupido, aunque sabía que no era a él a quien se lo preguntaba, que sólo expresaba en voz alta no sólo su asombro, también su perplejidad.

—¿Quién les ha enseñado a mirar de esa forma? —continuó el Alkalino—, porque saben muy bien cómo pasar los ojos sobre ti como si no te vieran, conscientes de que la mejor manera de prolongar el deseo es negar su satisfacción... O, al contrario, saben cuándo mirarte fijamente durante un segundo, el tiempo justo para conseguir que ya no las olvides nunca. ¿Dónde han aprendido a maquillarse, quién les ha enseñado la dosis justa de perfume, o de carmín, o de esmalte que deben ponerse en cada ocasión y en qué parte del cuerpo? ¿De qué modo saben lo que nosotros tardamos tanto en aprender, tanto que sólo lo conseguimos cuando ya somos demasiado viejos para que esa sabiduría nos sirva para algo?

El detective no respondió. Fue a la cocina y dejó caer las cenizas al cubo de la basura.

Capítulo 20

El dolor

Antes de salir del despacho aspiró con fruición, exhaló el humo y volvió a aspirar hasta que notó que le quemaba los labios. Hundió la apurada colilla en el cenicero de agua y lo guardó en el cajón de la mesa. Con la ventana abierta, el olor habría desaparecido cuando volviera de los paritorios.

Estaba cansado, porque había sido una noche agitada. La última intervención había terminado media hora antes: un adolescente de catorce años que el día anterior se había hecho colocar un *piercing* en la lengua. El dolor lo había despertado en la madrugada y sus aterrados padres, que no sabían nada, lo trajeron a Urgencias con la lengua tan inflamada por la infección que apenas cabía dentro de la boca. El chico estaba muy nervioso y se negaba a abrirla para que le aplicara con la jeringuilla una dosis de anestesia local antes de intervenir. No era el primero con quien sucedía, pero él había aprendido a manejar a los pacientes que no podían disimular su pánico cuando lo veían acercarse con la aguja en las manos. Logró convencerlo y tranquilizar a unos padres más escandalizados e histéricos por la decisión del chico de horadarse la lengua para llevar un pincho de acero que por las consecuencias de la infección.

Carmen, la enfermera de Maternidad, venía por el pasillo y se dirigió a él:

—Iba a buscarlo. Hemos bajado a una de las pacientes. Está a punto.

—Vamos.

La chica, muy joven, estaba tendida en la camilla y al verlos llegar empujó una sonrisa de alivio hacia los labios hinchados por la inminencia del parto. Era muy delgada y el vientre enorme, redondo, resaltaba como algo casi doloroso, ajeno al resto del cuerpo. A su lado, un hombre gordo, mayor que ella, esperaba con gesto de preocupación y cansancio.

Mientras se ponía los guantes, le dijo:

—Ahora debe salir un momento. Un poco más tarde, si lo desea, puede entrar.

El hombre no necesitó que le repitieran la orden. Besó fugazmente a la chica y salió sin decir nada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Perla.

—Es la primera vez, ¿no?

—Sí.

—De acuerdo, Perla, no te preocupes. Vamos a quitarte un poco de dolor. Ahora quiero que te sientes sobre la cama, que te levantes el camisón para dejar libre la espalda y que te inclines hacia delante.

Ayudada por Carmen, la chica obedeció en silencio sus indicaciones mientras él

preparaba el catéter. Cuando se volvió, ya le presentaba la espalda dócil y desnuda y se inclinaba hacia delante todo lo que le permitía la tripa. Sus vértebras se dibujaban nítidamente, como una espiga, en el eje de la fina espalda sin grasas. Con delicadeza, buscó el punto apropiado entre las lumbares.

—Quieta ahora, no te muevas. Quieta.

Introdujo la aguja con suavidad y comprobó que había quedado bien colocada antes de aplicar la primera dosis. La chica, tras el miedo inicial al notar el frío de las gotas, comenzaría a sentirse bien en cuanto se mitigara el dolor. Hizo que se tumbara de nuevo mientras Carmen le calzaba en los pies los gruesos calcetines de lana. Enseguida, una nueva contracción tensó todo su cuerpo. Esperó a que pasara y puso su mano en la frente sudorosa mientras le decía:

—Las siguientes apenas dolerán. Y también tu bebé sufrirá menos —explicó, sin necesidad de fingir para mostrar una sonrisa.

—Gracias —respondió la chica apretándole la mano.

Cerró el paso del catéter hasta ajustar la dosis adecuada. Le dijo a Carmen que volvería enseguida, pero que lo llamaran si era necesario, y salió del paritorio. El hombre gordo esperaba fuera, sentado en una silla, pero no le preguntó si ya podía entrar.

En el despacho encendió un nuevo cigarrillo y observó, distraído, la velocidad con que ascendía el humo mientras pensaba, con un sentimiento cercano a la ternura, en la chica delgada y frágil que esperaba la dilatación. En cambio, otras veces, cuando en los últimos días se había encontrado con pacientes irascibles u hostiles, apenas lograba contener la tentación de reducirles la dosis mientras se decía: «Que sufran, que sufran un poco. No merecen que yo les calme el dolor, no merecen el gasto y los recursos que les dedicamos. Si les quito un poco de su dosis, no hay nada malo en ello, estoy impartiendo justicia. El doctor Dios. Que sufran ahora un poco por haber bebido y comido de esa forma, hasta hartarse, generando tanta carne gorda, innecesaria, por haber obligado a sus hígados a filtrar toda la mierda que se metían, por haber extenuado su corazón empujando la sangre agria por unas venas endurecidas a base de engullir colesterol. Que sufran ahora si antes no supieron contenerse». Pensaba que, en un país con tanta afición de sus habitantes a inventarse enfermedades, no sería mala idea reducir el presupuesto destinado a paliar el dolor. Ya verían cómo también se reducía el número de enfermos y de intervenciones, de hospitales y de camas, en cuanto comprobaran que se les cortaba en vivo una diminuta verruga inofensiva o que se les hacía pagar por cada medicamento que exigían y que luego caducaba en los repletos botiquines domésticos sin apenas haber sido utilizado.

Que lo dejaran decidir y verían cómo pronto se reducía el ingente déficit de la sanidad pública, cómo desaparecían todos esos enfermos imaginarios que se hacían

un chequeo cada mes y que ingresaban por Urgencias exagerando los síntomas de cualquier molestia para que les midieran la tensión y las pulsaciones, el colesterol y el azúcar, y se tumbaban con familiaridad en las camillas y sin ningún pudor se despojaban de lentillas y dentaduras, preparándose para un *lifting* interno, y luego, tras los costosos análisis para ellos gratuitos, si había que intervenir, exigían que se les eliminara el dolor, sin pensar ni por un momento que él, el hombre que lo administraba, también tenía motivos para sufrir y sin embargo nadie se interesaba por su aflicción ni se detenía a ofrecerle un poco de consuelo.

A todos ellos les haría huir o pagar, a todos los que, con sus hábitos, habían provocado sus propias enfermedades, sus enfisemas, sus cirrosis, sus halitosis de sapo. Sólo ofrecería los milagros de la anestesia a aquellos a quienes el dolor acosaba sin un motivo para hacerlo: a los niños, o las víctimas de un cáncer sin razón ni sentido, a los accidentados sin culpa..., a todas las parturientas, como aquella chica delgada que había apretado su mano unos minutos antes. Porque no comprendía que hubiera tardado tanto en generalizarse la epidural para los partos, cuando ya a nadie le limpiaban una caries en vivo ni le cosían un punto sin antes anular el posible dolor... A menos que todo se debiera a una obediencia ciega a la maldición bíblica para castigar con un sufrimiento infructuoso un acto que provenía de la felicidad e iba hacia la felicidad.

Cuando llamaron a la puerta su primer impulso fue apagar deprisa el cigarrillo y esconder el cenicero, pero se contuvo a tiempo: al fin y al cabo estaba en su despacho.

—Adelante —dijo.

Al abrirse la puerta lo sorprendió la nueva aparición del detective que investigaba la muerte de Olmedo.

—¿Sí?

No lo invitó a sentarse, pero Cupido ocupó una de las dos sillas que había ante la mesa.

—¿Viene para una consulta médica? —le preguntó reuniendo toda la entereza de que era capaz—. Porque creo que ya respondí a todas sus preguntas.

—En cierto modo, sí.

—Yo no curo enfermedades. Sólo calmo el dolor mientras las curan mis colegas.

—No podrían hacerlo si antes usted no lo calmara —contestó.

Beltrán esbozó una sonrisa que se torció antes de llegar a abrirse con franqueza, sin ninguna posibilidad de alcanzar los ojos mates, apagados, como tallados con escasez de cristal.

—En el fondo, es lo mismo que intenta hacer usted, ¿no? Calmar a quienes vienen a contratarlo para que luego actúe quien deba hacerlo.

—En cierto modo —reconoció Cupido—. Aunque su trabajo sin duda es mucho

más útil que el mío.

Beltrán lo miró con recelo, sospechando en su respuesta una ironía que Cupido no había pretendido.

—Pocos han visto tanto dolor como yo he visto —replicó mientras redondeaba la brasa del cigarrillo contra el borde del cenicero para despojarla de ceniza—, y todo el mundo trataba de evitarlo, aunque para conseguirlo tuvieran que hacer daño a quien estaba cerca.

—Fue a eso, ¿verdad? Fue a casa de Olmedo aquella tarde a eso mismo, a evitarse el dolor.

—¿A casa de Olmedo? —repitió, eludiendo una respuesta, inmóvil y en apariencia tranquilo, pero los pies removiéndose debajo de la mesa.

—Sí. Se ausentó del hospital durante una hora. Lo vieron salir, subir al coche y regresar transcurrido ese tiempo. Suficiente para lo que había ido a hacer.

—¿Quién le ha dicho eso?

Cupido dudó en responder, pero no encontró ningún inconveniente en declarar:

—Una de las enfermeras.

—¡Ah! Una de las enfermeras. Carmen —adivinó—. La vi espiándome desde una ventana. ¡Carmen! A los médicos nos han enseñado a ocultar cualquier cosa a nuestros pacientes, pero nadie ha logrado explicarnos cómo ocultar el más pequeño secreto a nuestras enfermeras —añadió con irónica resignación, como si la calidad del testigo hiciera inútil continuar con su negativa.

—No recuerda la hora exacta, pero sabe que la paciente dio a luz a las diez y cuarto y que usted salió unas dos horas antes del parto.

—Es cierto. Salí del hospital, pero eso no demuestra que viera a Olmedo.

—No, no lo demuestra. Pero si hasta ahora usted afirmó que estuvo aquí toda la tarde es porque no tiene por ahí fuera una coartada mejor que hubiera podido utilizar. Le acarrearé problemas haberse ausentado del trabajo cuando una paciente podía necesitar su ayuda en cualquier momento. Una mujer que da a luz. Un bebé. Ya sabe lo susceptible que se vuelve todo el mundo con ese tema... ¡Y con sus antecedentes...!

—No lo vi —dijo tras un silencio, la voz con el mismo tono ronco, contenido, invariable, intentando simular que su respiración no se había acelerado, que no temía la amenaza—. No llegué a verlo —precisó—. Fui hasta su casa y aparqué el coche en la calle, cerca de su portal. Encendí un cigarrillo mientras pensaba en las palabras adecuadas que podría decirle.

—¿Sobre qué?

—Sobre el dolor... En el fondo, todo lo que ocurre tiene que ver con el dolor.

—¿Y las encontró?

—¿Qué? —preguntó con desconcierto.

—Las palabras adecuadas.

—No. No siempre se encuentran las que uno desea —dijo mientras apagaba definitivamente la colilla, en la que ya no quedaba ni una brizna de tabaco y la brasa comenzaba a morder el filtro, con golpes suaves contra el cenicero, como lamentando que se hubiera consumido demasiado pronto. Luego añadió—: Las palabras exactas a las que tu adversario no pueda replicar.

—¿Qué iba a decirle a Olmedo?

Beltrán lo miró unos segundos, los ojos mates como enfocados mucho más atrás del rostro de Cupido, con algo de la fijeza obsesiva de los ciegos.

—Iba a rogarle que me dejara vivir en paz —explicó con voz más lenta y ronca que antes, con la voz no sólo de quien lleva toda la vida fumando, sino con la voz de quien sabe que no va a dejar de fumar en toda su vida.

—¿Otra vez lo había amenazado?

—¿Otra vez? No. Olmedo no necesitaba actualizar una amenaza para que uno sienta que aún está presente. Le bastaba con haberla hecho cuatro años antes.

—Entonces, ¿por qué iba a recordársela?

—¿A Olmedo? Sería como creer que un lobo o una víbora necesitan que se les recuerde que deben morder al enemigo con quien se cruzan en el camino. ¡Él la había recordado dos días antes! Estuve a punto de chocarme con él en la cafetería del hospital. Yo iba vestido con la bata blanca. Se quedó parado mirándome unos segundos, primero a los ojos, y luego a la identificación del bolsillo, como si no lo creyera y necesitara confirmar que me había reincorporado al trabajo.

—¿Y?

—Cuatro años antes había jurado que no lo permitiría.

—Pero ya habían pasado. Y se había cumplido la sentencia.

—Esa sentencia no valía para Olmedo. El mismo día en que se hizo pública me llamó por teléfono a casa para decirme que se encargaría personalmente de que, a pesar de lo decretado por el juez, jamás volviera a ejercer como médico. Entonces quise interpretarlo como una reacción furiosa en aquellos momentos de dolor, cuando aún había pasado poco tiempo desde el accidente... Pero nunca logré olvidar su amenaza. Y ese día, al verlo allí...

—Pero usted, legalmente —insistió Cupido—, no tenía nada que temer. Ya había pagado por todo aquello.

—Más de lo que hubiera sido justo. Y legalmente estaba protegido, es cierto, pero no... profesionalmente. ¿Sabe cuánto cuesta en nuestra profesión recuperar una reputación perdida? Es casi imposible. Todos te señalarán con el dedo al menor incidente, todos recordarán que ya una vez alguien que se puso en tus manos en un quirófano creyendo que iba a salir de allí con más salud, o más belleza, o menos dolor del que soportaba cuando entró, un par de horas más tarde sólo era un... un...

Olmedo podía evocar todo eso, podía acudir a la prensa, podía enviar cartas a la dirección del hospital... Precisamente ahora, cuando todo comienza a ir bien.

—¿Eso es lo que pretendía explicarle?

—Sí, porque cuando nos vimos en la cafetería del hospital él no estaba solo. Acompañaba a una mujer y todo en su actitud, en el modo en que le acercó la silla para que se sentara, en la forma de mirarla o de pedir su consumición inducía a pensar que era su pareja..., o la mujer a quien él pretendía como pareja. Llegué a pensar que si estaba con ella era porque de algún modo había comenzado a olvidar. Pero eso lo pensé después, cuando volví a casa por la noche y me puse a recordarlo. Antes, en la cafetería, Olmedo me miró como yo sabía desde cuatro años antes que me miraría si volvíamos a encontrarnos, es decir, con el mismo desprecio de entonces.

—¿Le dijo algo?

—No, pero tampoco era necesario. Cualquier cosa que hubiera dicho no habría sido tan expresiva como la forma que tenía de mirar.

—Entonces, ¿para qué fue a verlo dos días después? —insistió Cupido—. ¿Para repetir una situación que...?

—Es que intervino la mujer —lo interrumpió.

Abrió el cajón superior de la mesa, sacó el paquete de cigarrillos y extrajo uno antes de dejarlo frente a sí, como si calculara que no merecía la pena guardarlo, puesto que unos minutos después volvería a necesitarlo. Se lo llevó a los labios, lo encendió y, entre los dientes cerrados, exhaló el humo de una profunda calada.

—«Camilo», fue lo único que ella le dijo mientras le ponía una mano en el antebrazo y reclamaba su atención.

—¿Para calmarlo?

—Para calmar con una sola palabra a un hombre a quien no era fácil que nadie calmara. Supongo que ella, al leer mi identificación, comprendió quién era yo. Olmedo debía de haberle contado que estuvo casado con una mujer a quien un médico, en una sencilla operación de cirugía estética... —se calló y miró hacia la ventana, casi ajeno al detective, expulsando el humo menos azul que gris de su última calada—. Esa noche, al meditarlo, llegué a pensar que ella, quienquiera que fuese, de algún modo podría beneficiarme.

—¿Qué le hizo suponer eso?

—Su aspecto..., su actitud. Una mujer de unos cincuenta años, alta, todavía hermosa, a la que un hombre desearía abrazar si no fuera porque temiera que..., que...

—¿Qué?

—Que tal vez ni siquiera advirtiera que alguien estaba abrazándola. La observé bien durante aquellos minutos en la cafetería. Era como si estuviera abstraída en su

mundo, en el que no parecía haber muchas cosas confortables. Olmedo estaba de espaldas, pero supe que le estaba hablando de mí, porque ella me miró varias veces mientras negaba suavemente con la cabeza.

—Y por esa actitud de la mujer fue a ver a Olmedo dos días después.

—Sí, porque no había enemistad en ella cuando me miraba, sino una especie de curiosidad que diría, no sé, compasiva. Y yo no quería seguir soportando la angustia de que en cualquier momento Olmedo viniera a hostigarme. Si tenía que enfrentarme de nuevo a su amenaza, era preferible saberlo cuanto antes. Así que recordé la mirada de la mujer, reuní toda mi energía y decidí ir a verlo para rogarle un poco de paz. Sólo eso, un poco de paz. No pretendía que, al cabo de cuatro años, él aceptara que la muerte de su mujer se debió a un accidente fortuito. Ni siquiera pedía que me dijera: «De acuerdo, de acuerdo. Cometiste un error, pero ya pagaste por él. Ya pasó, todo está olvidado. Sin más rencor». Únicamente iba a rogarle que no me impidiera volver a ser médico después de todos esos años.

—Y él, ¿cómo reaccionó?

—No existió esa posibilidad. Ya le dije que encendí un cigarrillo dentro del coche mientras buscaba las palabras adecuadas. Y cuando iba a salir sin haberlas encontrado, vi que alguien se detenía ante su portal.

—¿Era un hombre muy fuerte, de mediana edad? —preguntó Cupido, pero antes de haber terminado de hablar la expresión de Beltrán le indicó que se estaba equivocando.

—¿Un hombre? ¿Muy fuerte? No. Era ella, la mujer alta que lo acompañaba en la cafetería del hospital.

Cupido lo miró sin decir nada, concentrado, atento, sereno, sin mostrar si su declaración lo sorprendía.

—Recuerdo que pensé que, si eran una pareja, todavía no tendrían muy consolidada la relación, porque la mujer no disponía de llaves. Llamó al portero automático y enseguida, antes de que hubieran tenido tiempo de contestar, avanzó un paso hacia la puerta, como alguien seguro de que le abrirán con sólo decir su nombre. Así que no salí del coche, me quedé dentro pensando si debía llamar incluso en ese momento en que la mujer estaba con Olmedo. Finalmente desistí y regresé al hospital. Ya había estado ausente demasiado tiempo.

—¿Qué hora era?

—Eran las ocho y veinte de la tarde.

Cogió el paquete de cigarrillos y lo guardó en el cajón de la mesa, como si ya no lo necesitara.

—¿Por qué lo ha ocultado hasta ahora? —preguntó el detective.

—¿Por qué no? ¿Por quién no iba a ocultarlo? ¿Por Olmedo? Me da igual el modo en que se resuelva todo esto. Me da igual por qué está muerto alguien que me

despreciaba cuando estaba vivo. No complicaré mi situación laboral declarando que me ausenté del trabajo. Y si esa enfermera insiste en su declaración, será su palabra contra la mía.

Capítulo 21

Las plantas

Como a todos los jardineros, tampoco a él le gustaban los animales, a los que consideraba una fuerza incontrolable, a menudo agresiva y siempre peligrosa, que no aportaba al reino vegetal otro beneficio que el abono de sus excrementos. En el jardín, los animales eran una fuente interminable de problemas. Si se trataba de perros de los amigos o de gatos que saltaban la valla, porque escarbaban la tierra y desenterraban las semillas, y rompían los tallos para hacerse una cama, y defecaban y sus heces eran tan agrias que terminaban envenenando las plantas; en una ocasión, un gato vagabundo había vomitado en un macetón y el rosal allí plantado fue secándose hasta morir. Si se trataba de pájaros, porque picoteaban la fruta y dejaban mondos los huesos con un gesto de burla. Si se trataba de caracoles o de babosas, porque mordían los tallos más tiernos aprovechando las sombras de la noche. Si de insectos, porque mostraban una irrefrenable tendencia a convertirse en plagas...

Ahora disolvió el bote de veneno en el agua de la bombona, la cerró e inyectó aire hasta alcanzar la presión necesaria. Se la colgó a la espalda y comenzó a fumigar de un modo sistemático, frío, enérgico, sin dejar atrás ninguna de las plantas afectadas. Sentía una alegría desconocida al ver cómo huían las hormigas ante la lluvia ácida, cómo caían al suelo con una gravedad impropia de cuerpos tan pequeños y cómo, al contacto del veneno, retrocedían los relevos y regresaban al hormiguero a dar la voz de alarma. El rocío químico fue cayendo sobre la glicinia que ocupaba la pared del fondo, sobre los rosales de los arriates y macetones, sobre las hortensias, sobre el durillo. Luego curó las campanillas y la hiedra de la valla, cuyos brotes más tiernos negreaban por la acumulación de parásitos, antes de inyectar de nuevo presión en la bombona para alcanzar las ramas más altas de los frutales. Mientras descansaba, observó el tronco del cerezo, el árbol más dañado. Las hormigas, indomables, frenéticas, enloquecidas, malignas, subían y bajaban desde los hormigueros escondidos en los huecos de los ladrillos, adonde él no podía llegar, hasta los brotes tiernos de las ramas donde tenían sus prados. Allí arriba pastoreaban a los pulgones, los ordeñaban y los transportaban a sus espaldas hasta el lugar donde hacían más daño: las yemas de la primavera y las hojas nuevas que, sin la savia que les chupaban, no crecían y se arrugaban formando bolas oscuras y enfermas.

Fue asperjando el veneno de arriba abajo, sin dejar una sola rama, insistiendo hasta que de las hojas abarquilladas comenzaron a resbalar las gotas mientras las hormigas subían y bajaban a una velocidad desesperada, se transmitían consignas y se consultaban su desconcierto tocándose las patas delanteras, sus cuerpos diminutos huyendo del ácido con aquel enorme poder de locomoción, con la inquebrantable fe de su especie en el tesón del colectivo y en su obstinada capacidad de sacrificio.

De pronto se preguntó, excitado, si no estaba sintiendo más alegría por la muerte de los parásitos que por ver las plantas liberadas y limpias. Ya había fumigado otras veces, pero usaba el veneno con desagrado. Nunca se había detenido a contemplar la carnicería del arma química que les aplicaba, nunca había sentido placer al comprobar su devastadora eficacia. Nervioso y desasosegado, terminó la tarea negándose a observar los efectos que causaba. Apartó de su cabeza la incómoda sensación de que a veces era necesario verter un poco de sangre para que todo alrededor continuara en armonía. «Aunque la muerte de Camilo a todos nos inquieta, lo más importante va bien», se dijo. «Marina está conmigo y me quiere. Ahora mismo aquí, en el jardín, a pesar de esta plaga, zumban los insectos y las flores estallan y los árboles crecen... Creo que tendré que acostumbrarme a esta extraña manera de ser feliz».

Guardó la bombona en el armario de las herramientas y reservó aparte un poco de líquido, que trasvasó a un pequeño difusor, para curar esa tarde las plantas de la casa de Gabriela, en las que, según le había explicado, también había aparecido algún parásito.

Cuando una hora y media más tarde, después de ducharse y afeitarse y despachar unos correos pendientes, salió de nuevo al jardín, ya no se veían hormigas. Sabía que no estaban muertas, que sólo se escondían mientras duraran los efectos del desinfectante, y que volverían unos días más tarde, pero la forma más eficaz de impedir su invasión era eliminarles su alimento. Luego, una semana después, repetiría el proceso.

Pero ahora el sol de primavera hacía brillar las plantas y el jardín presentaba un buen aspecto. Atraída por él, una mirra vino volando bajo desde la calle y se posó en el cerezo, mirándolo con curiosidad mientras lanzaba su enojado canto de silbos y chasquidos, celebrando la eterna comunión del árbol y el pájaro. La espantó para que no comiera nada de allí mientras se secaban las gotas del plaguicida.

Aún no era la hora de su cita con Marina y dejó pasar el tiempo observando los detalles. Era ese breve espacio de tiempo que hay entre los días de las flores y los días de los frutos. Atrás quedaba la parda monotonía de colores del invierno y todo florecía en una hermosa variedad: la refinada fragancia de las francesillas, las alcachofas de los rododendros que engordaban antes de estallar en su rojo esplendor, las bullangueras lantanas, capaces de extraer de la oscuridad del subsuelo los colores de todas las banderas, las estrellas rosas de la madre selva, la nerviosa glicinia siempre en celo, deseosa de cariño, siempre estirando sus ramas para abrazar cualquier planta cercana, el delicado lilo que siempre daba a pares sus ramos de flores, como si tuvieran miedo a la soledad, el terror a las sombras de las margaritas, que les hacía encogerse y cerrar sus pétalos en cuanto se acercaba la noche... Sobre todo le llamaba la atención la forma de morir de las camelias, que tanto se parecía a la forma

en que había muerto Olmedo: la violenta desesperación con que, de golpe, la flor entera se desprendía del tallo, sin dar tiempo a que sus pétalos fueran cayendo uno a uno.

A pesar de su experiencia, cada primavera seguía sorprendiéndolo la tendencia de las plantas a mostrar en lo más alto lo más bello de sí mismas. Cada año esperaba con sorpresa los matices de color y crecimiento que siempre variaban, los cambios con que la naturaleza parecía reafirmar su libertad creadora, que él respetaba, sin atender a las modas. Porque le parecía absurdo que la moda hubiera llegado también a la jardinería. Las revistas hablaban de flores y plantas desprestigiadas frente a otras de actualidad, como si un jardín debiera cambiar de ropa cada temporada. Un lilo es siempre un lilo, se decía, y una rosa es una rosa siempre, y no resulta menos bella ni fragante porque un estilista de botánica quiera valorar uno y desprestigiar la otra.

Era la hora. Cogió el pequeño aspersor con el plaguicida, cerró su casa y fue caminando hasta la de Marina. Abrió la puerta con sus llaves y avanzó hasta el salón. Desde allí oyó su voz en el cuarto de baño dirigiéndose al niño mayor —«Quieto, no te muevas, que no puedo peinarlo»—, mientras el pequeño, al verlo, abandonaba el juguete, se ponía en pie dentro del parque y extendía una mano hacia él para que lo sacara de allí.

—¡Hola! —saludó en voz alta.

Antes de que Marina respondiera ya estaba liberando al pequeño y con él en brazos se dirigió hacia el cuarto de baño.

—¿Qué tal? —le preguntó Marina. Lo besó y le dijo—: Jaime va a llegar en dos minutos. ¿Me ayudas a vestirlo? La ropa está encima de su cama.

Entró con él en el dormitorio y comenzó a cambiarlo, casi sorprendido de estar allí agachado, vistiendo sin demasiada torpeza a un niño a quien su padre vendría a recoger.

Sonó el timbre del portero automático y él mismo fue a abrir, sin preguntar quién era, porque aún sentía pudor al conceder el paso a la casa a quien había sido su propietario y había vivido allí durante más tiempo que él. Todavía algunas veces, al mirar a Jaime, notaba el susurro de la palabra usurpador sin necesidad de que él la pronunciara, como si emanara del simple fluir de su sangre, o de su parpadeo al contemplar algún cambio que eliminaba un vestigio suyo en la decoración de lo que fue su principado. Un minuto después lo vio aparecer por la puerta que había dejado entornada, siempre igual de elegante y atractivo, con aquel aire de soltero que no es que hubiera recuperado tras la separación, sino que, según Marina, nunca había perdido cuando estaban casados.

Marina traía ahora al niño pequeño en brazos y lo sentó en el carrito.

—¡Estupendo! —exclamó Jaime—, porque hoy tengo prisa. Me están esperando abajo.

—¿Sí?

—Una amiga —dijo simplemente, con indiferencia.

A Samuel no le pasó inadvertido el gesto de Marina, el modo en que forzó una sonrisa y levantó las cejas interrogativamente, mirándolo con interés, cuando antes nunca lo miraba durante más de dos o tres segundos. Hasta entonces, Samuel se sentía tan contento de estar con ella que jamás había imaginado que lo molestaría la presencia de otro hombre, ni aunque ese hombre fuera su ex marido. Pero aquel gesto de concentrada atención le recordó los años en que ambos habían convivido, mucho antes de que él ni siquiera la hubiera visto una mañana esperando el autobús escolar. El entramado de recuerdos que ambos compartían era lo suficientemente denso como para que él no pudiera atravesarlo.

Marina acompañó a Jaime hasta la puerta y regresó junto a una ventana desde donde, un par de minutos después, lo vieron colocar a los niños en el coche mientras del asiento delantero salía una mujer con la intención de ayudarlo. Marina se fijó en la melena rubia y anñada, en la ropa ajustada y breve que dejaba al aire los hombros deportivos, la cintura de quien no ha parido niños.

—¿Lo echas de menos? —le preguntó con voz tranquila, amable, afectuosa.

—No —respondió sin dejar de mirarlos, tras una pausa que le pareció innecesaria, demasiado larga—, Jaime era muy alegre cuando nos reuníamos con mucha gente. Sabía convertirse en el centro del grupo. Pero luego, cuando nos quedábamos solos, se apagaba, era aburrido, no tenía mucho más que decir. Contigo, sin embargo —continuó—, me ocurre lo contrario: me siento muy a gusto cuando estamos los dos solos. Así que no tengo motivos para echarlo de menos.

—Entonces, para todos es mejor así.

—¿Cómo?

—Con Jaime saliendo con esa chica que va a su lado.

—Sí... Tal vez —afirmó Marina al cabo de unos segundos, mirando el coche que se alejaba hasta desaparecer tras la esquina—. Sí. Porque no es «celos» la palabra adecuada, si es eso lo que estabas pensando, aunque se tarde un tiempo en dejar de sentir un eco de fastidio... A todas las mujeres nos gusta imaginar que no hay ninguna otra que pueda sustituirnos... Bueno —se interrumpió—, supongo que tendré que acostumbrarme.

—Creo que sí.

—¿Crees? ¿Qué sabes tú de Jaime? —le preguntó, pero no como una pregunta, sino como una invitación.

—Sé lo que tú me dijiste una vez: que tiene mucho éxito con las mujeres. De modo que tal vez esa chica no sea la última.

—Si es muy joven —discrepó.

—Me atrevería a decir que es del tipo de hombres condenados a salir con chicas

cada vez más jóvenes.

Marina dio la espalda a la ventana y, sin alejarse de ella, lo abrazó estrechamente, delante de cualquiera que pudiera estar viéndolos. Tampoco Samuel se preocupó de la calle ni de los habitantes de una ciudad que le resultaba indiferente. Cerró los ojos y redujo al silencio sus temores, vaciándose de inquietud, respirando con la boca hundida en su pelo, que era calma, caricia, seguridad. Porque todo abrazo de Marina resultaba agradable, pero el de ese momento, además, era como una marca: hasta ahora, ella apenas le había hablado de Jaime, y tal vez por eso su sombra, como la de un fantasma, había seguido presente entre ellos. Y los fantasmas, se decía, rompen las cadenas, atraviesan los muros, entran por la noche en la habitación de la mujer que duerme, se sientan a su lado en el lecho, susurran su nombre junto a su oído y le acarician dulcemente el rostro para que sueñe con ellos; los fantasmas no pueden ser heridos con puñal ni con bala, no pueden ser desterrados ni quemados hasta que no arde entero el castillo con ellos dentro. Entonces, para convencerse de lo absurdo de esos temores, Samuel procuraba minimizar la vida anterior de Marina, y más de una vez se había repetido: «Uno no ama a una mujer por el pasado que haya vivido; se ama a una mujer a pesar de su pasado».

Pero ahora, con sus palabras y con aquel abrazo, Marina estaba borrando sus miedos. Y por eso le resultaba indiferente la ciudad, porque ya no era el Samuel Gibello, hijo de un traperero, que espiaba a una mujer oculto tras una persiana. Ahora todo había cambiado tanto que ya no le importaba que alguien lo espicara a él desde alguna penumbra.

Ni siquiera sentía miedo de excederse. Recordó que, en aquellos meses saliendo con ella, cada día al despertarse, mientras se demoraba unos minutos en la cama, organizaba las faenas de la jornada de modo que pudiera disponer de un par de horas para estar juntos. Sin embargo, a veces había temido ser agobiante al imponerle su presencia. Había oído comentar que muchas mujeres se sienten aturdidas por los hombres que están demasiado pendientes de ellas, que escudriñan sus gustos para satisfacerlos y vigilan sus horarios para que no estén solas. Como había querido evitar aquel riesgo, en una ocasión, justificándose con una racha de mucho trabajo en la empresa, dejó pasar cuatro días sin ir a su casa y sin llamarla. A la quinta mañana, Marina le telefoneó para consultarle qué debía hacer con unos bichitos negros que habían aparecido en el envés de las hojas de una planta. Enseguida intuyó que aquella pregunta era sólo una excusa para hablar con él, para averiguar por qué no la había llamado en los últimos días.

—¿Por eso me llamabas? —le preguntó, tras prometerle que esa misma tarde pasaría por su casa.

—Sí..., bueno. También porque quería hablar contigo. Hace muchos días que no sé nada de ti.

—He tenido mucho trabajo —farfulló, e incluso él mismo advirtió la poca convicción con que lo había dicho. De modo que le contó su temor—. Además, lo último que querría es agobiarte. Entiendo que tú tienes tu vida, tus amigos, tus hijos, y que habrá momentos en que te apetezca estar sola.

Marina apenas había protestado contra aquellas afirmaciones, pero esa misma tarde Samuel recibió por mensajería urgente un paquete suyo: era un reciente libro sobre jardinería que ilustraba las últimas variedades de flores conseguidas mediante manipulación genética. En algún momento anterior él había hecho un fugaz comentario sobre lo interesante que sería aquel catálogo y su intención de comprarlo. Marina se le había adelantado. Aunque el detalle le gustó mucho, más aún le gustó la nota que venía dentro: «Me encanta que vengas a mi casa, y tú lo sabes».

Ahora pensó que si pudiera medirse en siete u ocho pasos la distancia que un hombre recorre desde que ve por primera vez a una mujer hasta que se siente definitivamente unido a ella, aquél había sido el tercer o cuarto movimiento. El que acababa de ocurrir era el penúltimo, cuando la mujer tiende sus manos hacia quien la espera y lo abraza como en ese momento lo abrazaba Marina, mientras él pensaba en aquella sensación: cómo era posible que cuando la tenía entre los brazos le pareciera más liviana y más frágil que cuando la veía caminando por la calle, o desnuda en la cama o en la ducha. De modo que no se separó de ella cuando le propuso, acaso hablando demasiado deprisa:

—¿Y si viviéramos juntos?

Marina levantó un poco la cabeza para mirarlo sorprendida.

—Llevamos siete meses saliendo. Podríamos probar... Muchas cosas serían más fáciles —intentó explicar, hasta que comprendió que no era la primera vez que ella lo pensaba y que su gesto no se debía tanto a su propuesta sino a que hubiera tardado tanto en proponérselo y a que hubiera elegido precisamente aquel momento para hacerlo.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

—Sí. Han pasado siete meses desde que..., desde aquel día en que perdiste la pulsera y...

—¿Estás seguro?

—Sí. No tendría por qué ser mañana mismo. Podemos esperar el momento más adecuado —dijo, porque no olvidaba que hacía muy poco tiempo que Camilo había muerto.

—¿Estás seguro? —dijo besándolo.

—Sí.

—Tengo dos hijos pequeños que...

—Sí —la interrumpió—. Y creo que si les preguntáramos su opinión, no se opondrían.

Supo que había aceptado cuando le preguntó:

—¿En qué casa viviríamos?

—La casa no importa con tal de que vivamos juntos. Aunque creo que los niños estarían bien en la mía. Es amplia, hay espacio de sobra y puedo hacer hueco en el jardín para instalarles un columpio.

—¿Un columpio?

—Bueno, a todos los niños les gustan los columpios.

—Me parece que estás un poco anticuado —dijo Marina sonriendo—. A todos los niños les gustan las videoconsolas.

—¿Las videoconsolas? ¿Más que los columpios?

—Al menos, tanto como los columpios.

—Pues entonces buscaremos algún modo de montar algún artefacto tecnológico, pero que se mueva hacia delante y hacia atrás y hacia arriba y hacia abajo lo suficientemente alto y rápido como para que entiendan que hay cosas que pueden dar miedo y que sin embargo uno tiene que aprender a dominarlas.

Samuel se calló, porque había hablado más de lo que era su costumbre, pero Marina lo empujó hasta el sofá, se recostó sobre él y le pidió:

—Cuéntame más cosas de cómo será todo cuando vivamos juntos. No te calles ahora.

Caminó satisfecho hacia la casa de Gabriela, sorprendido de que también en aquello hubiera cambiado tanto su vida: unos pocos meses antes su trayecto diario sólo iba de casa al trabajo y del trabajo a casa, y ahora lo requerían desde varios sitios diferentes y en todos ellos era bien recibido.

Gabriela había salido y le había dejado las llaves a Marina para que él se acercara esa tarde a curar y a abonar las plantas que le había regalado, porque algunas de ellas, le había dicho, parecían enfermas.

Nunca había entrado allí y al abrir la puerta le chocó la penumbra y el intenso olor a cerrado, a leve descomposición, a algo seco, casi mineral: un olor no tanto desagradable como inquietante. El olor del hábitat de los topos, de las arañas, tal vez de los cocodrilos, pensó. En contraste con su casa o con la de Marina, donde los colores y los muebles tendían hacia la claridad y los huecos, allí todo era barroco, oscuro, opresivo. Lo importante eran los objetos que había dentro, al contrario de lo que a él le gustaba: una casa abierta a la luz que entra desde fuera y al paisaje que se contempla desde sus ventanas.

¿Cómo no iban a enfermar las plantas en un ambiente sólo propicio para los hongos? Levantó las persianas, que chirriaron enmohecidas, como si hiciera mucho tiempo que nadie las movía, y abrió las ventanas mientras se extrañaba de que alguien —y menos una mujer, con aquel reflejo femenino para detectar el olor a cueva y a

cerrado, para airear y ventilar, con aquella incapacidad para obviar el polvo— pudiera vivir allí dentro sin asfixiarse. Porque eran la luz y el aire lo que faltaba, ya que Gabriela se había ocupado de regar las plantas al menos lo suficiente para que no murieran de sed. Las dos macetas del tendedero habían resistido mejor, y una poda de ramas secas y flores muertas y un rocío de plaguicida y de abono bastarían para hacerlas brillar de nuevo. Eran las del balcón las que estaban tristes, y el ficus de la entrada, junto a la puerta, cuyas largas hojas colgaban lacias y llenas de polvo, con las puntas secas.

Él mismo le había regalado para el ficus una maceta con depósito, de modo que la aguja de nivel indicara cuándo necesitaba riego, sin tener que calcularlo. A la luz que entraba por las ventanas abiertas, se agachó y observó el marcador: no quedaba ni una gota de agua. Echó tres jarras para llenarla al máximo y, después de eliminar las partes muertas, la giró ciento ochenta grados para corregir la inclinación del tropismo.

Al moverla, vio entre la pared y la maceta un papel de color amarillento, de un tono muy parecido al del gres del suelo. Era un aviso —no viejo, pero sí de varios días, tal vez de semanas, a juzgar por la fina capa de polvo— para la entrega de un paquete por una empresa de transporte urgente. El repartidor lo habría introducido por debajo de la puerta al comprobar que nadie contestaba en la casa, para dejar constancia de que había venido a entregado. Una nota escrita a mano indicaba «Ausente en el domicilio», y las horas de las dos veces que había pasado por allí. Luego, al abrir la puerta, el resguardo debía de haber sido arrastrado inadvertidamente hasta llegar detrás de la maceta.

Sopló un poco la suciedad y lo puso sobre la mesa del salón, junto a una fotografía enmarcada del chico muerto, donde Gabriela no podría dejar de verlo. Después, como si el aviso le hubiera dado la idea, arrancó una hoja de la libreta del teléfono y escribió una nota: «Verás que he arreglado un poco las plantas. Pero tú no te olvides de regarlas de vez en cuando. Samuel».

Puso la nota y las llaves de la casa junto al aviso y cuando iba a recoger el aspersor con el plaguicida que había dejado en el tendedero, se detuvo y volvió junto a la mesa, porque se dio cuenta de lo que había visto desde el principio y sin embargo no había sabido comprender. Se inclinó hacia la pequeña hoja amarillenta escrita por un repartidor desconocido y, sin tocarla, leyó de nuevo la fecha y las dos horas del aviso, las horas exactas con la expresión de los minutos, mientras la comprensión daba paso al estupor y el estupor daba paso a la sospecha cuando dedujo lo que aquello implicaba, no sólo para Gabriela. También para él mismo... Para él y para Marina, concluyó con un estremecimiento mientras la sospecha avanzaba todavía un paso más para convertirse en miedo.

—¡No puede ser! —gimió, y volvió a leer la fecha y las horas que tan bien

conocía, porque, frente a los recelosos profesionales, él necesitaba mirar dos veces y comprobar que no se había equivocado antes de comenzar a pensar mal de alguien. Pero allí estaban escritas las cifras, con una grafía clara y nítida a pesar de ser una copia, sin posibilidad de error.

Se llevó las manos a la nuca pensando frenéticamente, resistiendo el impulso de salir corriendo de la casa y dejar las ventanas abiertas para que se ventilara el olor a cerrado y para que una ráfaga de viento se llevara volando hacia el mar el resguardo del aviso, como si no hubiera existido nunca y él nunca lo hubiera visto. «No quiero pensarlo», se dijo. «No quiero imaginar eso que estoy imaginando, no quiero pensar que...».

Cogió el papel y lo guardó en el bolsillo de la camisa. Ahora era él quien sentía una necesidad física de oscuridad y de silencio, como si, con el resguardo en su poder, tuviera que ocultarse a la ciudad que palpitaba fuera y ante la que se había mostrado con Marina dos horas antes, abrazados junto a una ventana abierta. Con gestos bruscos fue bajando de nuevo las persianas. Antes de salir, miró alrededor y vio que todo —excepto las plantas, regadas, curadas y limpias de excrecencias y hojas muertas— quedaba como lo había encontrado, en el mismo aislamiento, en la misma oscuridad y con la misma acumulación de fotografías y relicarios. No pudo esperar la llegada del ascensor y bajó las escaleras deprisa, de dos en dos, pero sin hacer ruido, como un ladrón que huye. El resguardo le quemaba como una brasa en el bolsillo de la camisa, pero cada minuto necesitaba comprobar que todavía estaba allí.

Tenía toda la ciudad para romperlo y eliminar los pedazos. Podía quemarlo o tirarlo a una alcantarilla o hundirlo bajo las toneladas de papel que su empresa enviaba a la planta de celulosa, de modo que nunca nadie pudiera asegurar que había llegado a la casa de Gabriela. Claro que siempre quedaría el original, pero a nadie, ni siquiera al detective que Marina había contratado y luego despedido, se le ocurriría ir a preguntar en una determinada empresa de transportes urgentes si antes no sabía que habían llevado un envío.

Caminó deprisa, huyendo de la casa, hasta que llegó al paseo marítimo, en cuyo muro se sentó a reflexionar. Uno o dos días después de la muerte de Olmedo, Gabriela lo había llamado por teléfono para pedirle lo que ella denominó un pequeño favor. Le preguntó dónde había estado a la hora en que murió Camilo. Al decirle que había estado solo en su casa y que no había hablado con nadie, le rogó:

—Si te preguntaran por mí, ¿podrías decir que estuviste tomando un café conmigo, aproximadamente durante una hora? No es nada importante, y si tú no quieres hacerlo, les diré la verdad, si alguien viniera a preguntarme: que estuve sola en mi casa, aunque nadie pueda atestiguarlo. Sólo que entonces tal vez necesiten comprobarlo, y quieran saber más detalles de mi relación con Camilo. Y, la verdad, creo que no podría soportar preguntas dudosas o desagradables que hurguen en mi

vida con él. Ya he sufrido bastante dolor. Y a Camilo tampoco le hubiera gustado que se aireara su intimidad, tú también lo conocías.

—No te preocupes —le aseguró—. Diré que estaba contigo.

—Además, así también a ti te dejarán en paz —añadió.

—No te preocupes.

Porque la muerte había sido un suicidio, y cuando, después, Marina comenzó a dudar, era imposible imaginar que Gabriela hubiera hecho daño a quien de aquel modo la había querido y amparado. La frágil, dulce, herida Gabriela, a quien la desdicha había marcado la frente con la inicial del hijo destrozado por el perro. Ella y Marina eran las víctimas de la muerte de Olmedo y no se podía pensar que alguien fuera al mismo tiempo víctima y verdugo.

Pero entonces, ¿por qué la mentira y para ocultar qué? Hasta encontrar el resguardo, nada le había hecho sospechar algo ominoso en su petición. En los últimos meses, Gabriela había sido una presencia frecuente al lado de Camilo y, por tanto, también de Marina. De hecho, el día de su muerte, las dos habían estado en su casa para recoger unos esquejes y unas plantas que les había regalado y que había dejado apartadas en el jardín. Marina tenía llaves y ambas se habían demorado dentro con toda confianza. Las imaginó curioseando por las habitaciones, ordenando algún detalle, apagando bombillas y electrodomésticos que se hubiera dejado encendidos, cómplices en la burla benévola hacia el descuido, la torpeza y la incapacidad de los hombres para llevar un hogar. Marina incluso se ocupó de recoger la ropa tendida y de plancharle unas camisas. ¿Había ocurrido algo para que unas horas más tarde todo hubiera cambiado?

Había un detalle que vagaba de un rincón a otro de su memoria sin que pudiera retenerlo, un fragmento borroso y fuera de lugar en la estampa amable que conservaba de aquel día. Repasó de nuevo sus recuerdos para ordenar los hechos cronológicamente: su marcha al trabajo a las nueve de la mañana, la llamada por teléfono de Marina, una hora después, diciéndole que ya salían hacia su casa, mientras él iba en una de sus furgonetas recogiendo los contenedores de papel que llevaba en la lista... La lista... La lista... ¿Qué era lo que había de extraño en ella? ¿El itinerario? No... Que había tenido que imprimirla de prisa en casa esa mañana, antes de salir, porque la tarde anterior la impresora del despacho se atascaba. Con la precipitación, recordó, había dejado el ordenador encendido, pero al volver lo había encontrado apagado... ¿Qué?

—¡No! ¡No! —gimió de nuevo, mientras se levantaba con tanta precipitación del muro del paseo que a punto estuvo de derribar a un anciano que cruzaba por delante.

Cegado por la prisa, comenzó a caminar hacia su casa mientras se repetía:

—¡No! ¡No quiero pensar eso que estoy pensando...! Porque si fuera así, tendría que aceptar que yo también soy responsable, no desde que la amparé con una

coartada falsa, sino desde antes, desde aquella mañana en que debió de entrar en el ordenador que yo había olvidado cerrar. ¡No! ¡No sólo desde entonces, desde mucho antes, desde que guardé aquel archivo en lugar de haberlo eliminado!

Nunca le había parecido tan lento el arranque del sistema. Entró en «Fotos» y luego en el archivo que no debía haber conservado: «Perro». Aunque no había vuelto a abrirlo, hundido en el fondo de la memoria informática, allí, en Estadísticas, aparecía la fecha de la última revisión: lunes 16 de abril, el mismo día en que ellas dos estuvieron solas en su casa. Pero sabía que no era Marina quien lo había abierto, no sólo porque apenas manejaba su propio ordenador: sobre todo porque se lo hubiera dicho. Sin duda, también habría curioseado en el archivo con su nombre y nunca se hubiera callado que sabía que él la había espiado y fotografiado desde la penumbra del estudio.

Así que sólo podía haber sido Gabriela quien había visto cómo el perro destrozaba a su hijo en aquellas imágenes atroces que ni siquiera sospechaba que existieran. ¿Había algo en ellas, además de la violencia y la sangre, para que hubiera dirigido su dolor contra Olmedo?

Le temblaban tanto las manos que apenas lograba centrar el puntero del ratón en cada uno de los iconos de las fotos. Fue abriéndolas una a una, por orden, estudiando primero la calle con niños y madres, la aparición de Marina, la llegada y partida del autobús escolar, todo cronometrado con exactitud, cada sesenta segundos una toma, hasta llegar a las últimas, donde aparecían los chicos jugando con el balón, las ropas anchas, dos tallas por encima de la adecuada, enfureciendo al perro que asomaba la cabeza por encima de la valla, los colmillos feroces y afilados en consonancia con la rabia de los ojos para demostrar que también en eso se parecen los perros a los hombres, en que no se combate con tanta saña para conquistar un territorio ajeno como para defender el territorio propio que nos están invadiendo. Y luego el salto y las dentelladas sobre el chico mientras los otros dos amigos se alejaban, dudando qué hacer con gesto de espanto, entre algún transeúnte que huye, como el hombre que, al fondo, con gesto dubitativo, mira de perfil lo que está sucediendo... ¿Qué había allí? ¿Qué era eso que le resultaba conocido? Seleccionó el cuadro y pinchó en la lupa esperando que la ampliación de los detalles negara lo que sugería el conjunto. Y de nuevo volvió a negar, incapaz de admitir que el azar o el destino lo hubieran utilizado como un juguete. Porque aquél era el rostro de Olmedo, fotografiado casualmente por él antes de conocerlo, captado en un escorzo de fuga, volviendo un poco la cabeza hacia la tragedia que quedaba atrás. Se hundió en la silla, todavía negándose a aceptarlo, pero ya ordenando una secuencia lógica en la que todo encajaba. Todos sabían que Camilo siempre iba armado, incluso cuando vestía de paisano, porque su nombre había aparecido en una lista de objetivos de una organización terrorista. Si alguien dedujo que en ese momento llevaba una pistola y no la utilizó...

No, no podía ser tan sencillo y a la vez tan complicado y doloroso. Buscó de nuevo en el bolsillo el resguardo de la empresa de transportes y de nuevo leyó la fecha y la hora, comprobando que la ausencia de Gabriela se produjo el mismo día que la última revisión del archivo, unas horas más tarde. Todo encajaba e incluso se hacía comprensible la única palabra que Olmedo había escrito en la nota. Desolado, fue cerrando ventanas hasta apagar el ordenador, mientras susurraba:

—Yo te habría ayudado si me lo hubieras pedido. No sé cómo, pero habría encontrado la forma de ayudarte para que no...

Entró en el dormitorio y se tumbó en la cama. Con los ojos cerrados, comprendió que el horror es únicamente el cumplimiento de lo que prometió el miedo y que ahora todo se había cumplido. Unos segundos después se levantó y bajó la persiana para que la oscuridad invadiera su casa como invadía la de Gabriela y cortar todo contacto con el mundo exterior. Volvió al lecho, de nuevo cerró los ojos y buscó en vano una salida honorable. No la había. Lo desconcertante era que su confusión surgía del saber, sus dudas surgían de la lucidez. Dos horas antes, cuando aún no había leído el aviso, era feliz porque Marina había aceptado que vivieran juntos; media hora después todo estaba a punto de derrumbarse.

—A menos que... —se dijo, tan excitado que tardó en advertir que estaba hablando en voz alta.

A menos que rompiera el resguardo y callara para siempre, aunque eso supusiera violar la regla de dignidad que había seguido durante toda su vida: la convicción de que hay que cumplir las normas que uno considera éticas aunque no estén escritas en ningún artículo del código penal. Si callaba, se dijo, cometería un delito de silencio, pero todo continuaría igual: Marina seguiría a su lado, Gabriela libre y el detective terminaría olvidándose del enigma o, al menos, aceptando que no había ninguna posibilidad de resolverlo. En cambio, si hablaba..., si hablaba era probable que Marina terminara abandonándolo, puesto que él había desencadenado el caos al espiarla con una cámara fotográfica. Le reprocharía que todo, desde la primera vez que la abordó para entregarle la pulsera perdida, había sido un engaño, que su relación se había basado en mentiras.

Abrió los ojos en la penumbra y decidió que, para que todo continuara igual, no debía hacer nada. Únicamente romper el resguardo y permanecer en silencio, ni siquiera agazapado ni oculto, sólo en silencio. Rasgó el papel muy despacio, por la mitad exacta, con miedo de hacer ruido, mientras se decía que, a partir de entonces, le bastaría con mantener la vigilancia durante toda su vida, segundo a segundo, para que al encontrarse con Gabriela nada le hiciera sospechar que conocía su secreto; para que al mirar a Marina no temblara por miedo a pronunciar una palabra inconveniente; para que al abrazarla no estuviera inquieto porque ella apoyara la cabeza en su pecho y pudiera escuchar el eco de impostura que latía allí dentro.

Porque se trataba únicamente de eso, se dijo, de ser capaz de convivir con alguien a quien estás engañando y de mirarlo a los ojos sin parpadear y sin que tu voz tiemble y sin que tu pulso acelere el paso de la sangre. O de no ser capaz, porque la decencia —o la dignidad, o el valor, o la entereza, o como se quiera llamarlo— te impide no tanto mentir como convivir con la mentira y pronunciar con firmeza las palabras que necesitas para ser convincente.

—¡No! —dijo con decisión, porque ya sabía qué actos estaban fuera de su alcance.

Se levantó de la cama, recogió los dos pedazos en que había roto el resguardo y los unió con una tira de papel celo. Sin ninguna vanidad —al contrario, con un resignado fastidio, puesto que era consciente de la carga que conllevaba su carácter —, comprendió que no podría vivir con Marina si aquella sombra existía entre ellos. Sin embargo, tampoco sabía cómo explicárselo todo ni cómo dirigirse a Gabriela para enseñarle el recibo y preguntarle por qué la mentira, dónde había estado mientras moría Olmedo, qué había hecho durante aquella hora en que él le había prestado su amparo.

Así que únicamente le quedaba el detective. Era un tipo callado para su oficio, que apenas lo había interrogado lo suficiente para confirmar los datos que Marina le había dado. Pero lo recordaba bien, alto y tranquilo, observándolo mientras esperaba sus respuestas, y no podía olvidar las preguntas que le hizo ni las palabras que eligió para hacerlas. Porque no interrogaba como un sacerdote, ni como el abogado que te acusa, ni siquiera como el abogado que te defiende, sino como un médico que se niega a dar un diagnóstico antes de haber recabado toda la información, pero a quien le es imposible ocultar un tono de piedad ante el enfermo. Tal vez él supiera resolver el conflicto de alguna forma con la que no todo se perdiera. En algún sitio tenía anotado su número de teléfono.

No tardó en encontrarlo. Se identificó y le pidió una hora y un lugar para hablar con él.

Estaba esperándolo, solo en el piso que además de vivienda parecía servir como oficina, sin la compañía del ayudante bajito y oscuro con quien, al llegar, se había cruzado en la puerta de la calle.

—¿Por qué vienen a hablar conmigo, cuando hace unos pocos días me despidieron? —le preguntó en cuanto se sentaron, pero sin ansiedad ni revancha, ni tampoco preparándose para escuchar una mentira; sólo con la misma curiosidad con que lo había interrogado el primer día.

—¿Vienen? No es Marina quien... Ella no sabe que estoy aquí.

—Usted —dijo, y ahora no había ni siquiera curiosidad, como si, tratándose de él, ya supiera lo que iba a decirle—, ¿por qué?

—Por la misma razón por la que ella lo contrató.

—Quiere decir que usted tampoco cree en el suicidio. Y quiere que averigüe quién disparó.

—No exactamente —replicó. Luego reflexionó durante unos segundos antes de añadir—: Para saber si una persona en concreto...

—Gabriela, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó asombrado.

—Alguien la vio entrando en casa de Olmedo aquella tarde. A la hora en que, según había declarado, estaba con usted.

—Era mentira.

—Pero usted lo confirmó.

—Era mentira —repitió—. Gabriela me pidió que lo contara para evitar que la policía pudiera hurgar en sus relaciones con Camilo. Me dijo que, cuando alguien se suicida, todo el mundo mira alrededor preguntándose quién ha sido en realidad el culpable que lo ha motivado. Ella había estado sola en su casa y eso le acarrearía más preguntas. Me dijo que no se sentía con fuerzas para responderlas, para explicar su muerte. Porque no sólo acababa de morir Camilo. Unos meses antes también había muerto su hijo.

—Y usted la creyó.

—¿Por qué no? No había ninguna razón para no creerla.

—Claro que no —dijo Cupido—. Hasta que alguien aseguró que la había visto esa tarde entrando en la casa.

Samuel escuchó con atención, pero ya sin sorpresa, como si toda su capacidad de asombro se hubiera agotado con el descubrimiento del resguardo y con la constatación de Cupido, y cualquier otra noticia fuera insignificante respecto a aquéllas.

—Entonces, no hay ninguna duda, ¿verdad?

—No. Y si ocultó que estuvo allí, es porque tenía alguna razón para ocultarlo.

—Quiere decir que incluso sin mi intervención alguien podría implicarla ahora.

—Ese alguien no lo hará, a menos que se sienta amenazado o acusado. Pero usted... Todavía no me ha dicho por qué ha cambiado de opinión. Ni qué espera exactamente que yo haga.

—Antes de venir no lo sabía bien.

—¿Y ahora?

—Después de confirmar que estuvo en la casa, ya no tengo dudas. Quiero que vaya a hablar con ella. Yo no podría.

Le mostró el resguardo partido por la mitad y luego pegado con papel celo y le fue contando en detalle todo lo que había sucedido: el ordenador encendido, y antes el archivo con las fotos del pit bull atacando al chico, y antes Marina llevando cada

mañana a su hijo mayor a la parada del autobús escolar que habían puesto junto a su casa, y antes un hombre solo que, desde la penumbra, está mirando a una mujer.

—Ya entiendo. Usted no sabe qué decisión tomar. Y quiere que ella lo sepa —dijo Cupido, y no fue necesario que añadiera: «Porque si acude ante un juez para contarlo, habrá cumplido con la forma de comportarse que siempre le enseñaron, aunque eso le suponga perder a Marina. En cambio, si calla, tendrá que convivir con un secreto que no le dejará respirar, y en ese caso será usted quien no podrá vivir con ella. Es eso, ¿verdad? ¿Es eso?»—. Y ahora quiere que yo...

—Yo no podría hacerlo.

—... que yo vaya a hablar con ella y se lo cuente todo, para que sea ella quien decida, para que ella pueda elegir qué es lo que se hace.

—Sí. Únicamente ella puede decidirlo.

Cupido lo miró con ese leve asombro que todavía le provocaban las personas capaces de enamorarse hasta el punto de no permitir que nada falso ni maligno enturbiara la claridad de sus relaciones. Se dio cuenta de que Samuel pertenecía a ese pequeño, tal vez casi extinto, grupo de hombres que prefieren perder a una mujer antes que mancharla o violentarla, y marcharse al fin del mundo y dejar el recuerdo de alguien débil antes que el de alguien infame, y a quienes nadie oyó nunca difamar su nombre o su memoria, aunque hubieran sido desdeñados por ellas. Con una punzada de dolor, el detective echó de menos no poder ser ya como ellos.

—Déjeme el resguardo —le pidió con cierta brusquedad.

—Le pagaré... —dijo entregándole el papel roto y pegado por la exacta mitad.

—Más tarde hablaremos de eso.

—Le pagaré —insistió— lo que Marina le había prometido por terminar el trabajo.

Capítulo 22

Casa cerrada

Le faltaba una comprobación antes de hablar con Gabriela. Cupido montó en el coche y fue a la agencia de transportes urgentes. La empleada miró con desconfianza el resguardo roto y pegado, pero aceptó buscar el talonario de originales y comprobar que, en efecto, la fecha y las horas del aviso eran las mismas.

—Han pasado más de quince días. El paquete ya debe de haber sido devuelto —dijo tecleando la referencia en el ordenador—. En cualquier caso, no está a su nombre. Va dirigido a una mujer.

—Sí.

—Sin una autorización escrita, sólo puedo entregarlo a la persona titular.

—Claro —aceptó Cupido, sin insistir, porque ya había comprobado lo que necesitaba.

Regresó a la ciudad y aparcó frente a la casa de Gabriela. Llamó al portero automático varias veces sin que nadie respondiera. Las persianas seguían bajadas, como en su visita, y consideró la posibilidad de que ella estuviera dentro y se negara a abrir tan sólo porque no deseaba ver a nadie.

Desde la acera telefoneó con el móvil al número que Samuel le había dado, pero la línea estaba ocupada. Tal vez hablaba con alguien o tal vez, simplemente, había descolgado para aislarse del mundo.

En cualquier caso, debía localizarla. Si estaba dentro, en algún momento tendría que salir, o regresar si estaba fuera. De modo que volvió al coche y se sentó a esperar, sin vigilancia ni alerta, sólo con paciencia, mientras pensaba en la ayuda del Alkalino para contactar con la mujer que posiblemente estaba arriba, en la penumbra, encerrada con las cenizas de su hijo, tan sola como él.

De pronto, reconoció de nuevo el tacto suave y amargo de la piedad. El detective pensó en el dolor de Gabriela, y pensó en sí mismo. Sin saber bien por qué, recordó a Gloria, aquella pintora a quien no había conocido, porque la habían matado de un modo feroz en la Reserva de El Paternóster. Cuando investigó su muerte, llegó un momento en que sabía tantas cosas suyas —había leído su diario, había visto fotos e imágenes suyas, había entrado a fondo en los recuerdos que los demás tenían de ella— que creyó que estaba enamorándose de una mujer muerta. Ahora advirtió que el chico destrozado por el perro podía haber sido como el hijo que algunas veces había deseado tener, y se preguntó qué hubiera sentido él ante su pérdida.

Era cierto que en la mayoría de las ocasiones no había ningún romanticismo en el delito: el ladrón roba para su provecho, y no para entregar el botín a los pobres, y el homicida mata pensando en la venganza o en la satisfacción de su odio, y no en librar al mundo de un tirano. Pero también se había encontrado con casos en los que no era

la maldad el impulso que desencadenaba la tragedia. Y entonces notaba dentro una piedad callada, fuerte, individual, que no era la piedad pomposa que desde los medios de comunicación contagia a las multitudes con su fácil resonancia sentimental y que se olvida tan rápidamente como ha aparecido, y se decía que no quería perder nunca la capacidad de sentir compasión hacia las víctimas de cualquier índole.

Aunque no tenía a nadie a quien prometerlo, mientras observaba desde el coche las ventanas cerradas del piso de Gabriela se dijo que, si llegaba un día en que el dolor ajeno le resultara indiferente, dejaría en el acto de ser detective. Nunca se resignaría a ser únicamente un adivino.

Capítulo 23

Una carta

Querida Marina.

Perdóname.

Con esa misma palabra comenzaba la nota que tu padre había empezado a escribirme. Con esa palabra también comienzo yo esta carta. Perdóname por todo lo que ahora voy a contarte. Quiero que conozcas lo esencial, de modo que no me detendré en detalles superfluos. No tengo mucho tiempo. El detective que contrataste porque no creías que Camilo se hubiera suicidado —¡cuánta razón tenías!— está abajo, en la calle, dentro de su coche, esperando a que yo salga. Ha llamado al timbre con insistencia y me ha telefoneado varias veces, pero no he respondido, porque necesito esta media hora para contártelo todo. Por un hueco de las persianas lo he visto mirando hacia arriba, como si adivinara que estoy aquí dentro y que no quiero hablar con nadie. Creo que nunca conseguí engañarlo, pero esta última vez sí voy a hacerlo. Dile después, sin embargo, que es un buen detective, que siempre se comportó con delicadeza y que, al final, ha llegado a la verdad.

Acaban de llamarme de una empresa de transporte urgente para decirme que han encontrado el envío que un hombre —un hombre alto y atractivo— reclamaba por mí. Vinieron a entregármelo la tarde en que murió Camilo, cuando yo no estaba en casa, y metieron el aviso por debajo de la puerta. Pero yo no llegué a verlo, posiblemente lo arrastró la puerta hasta ocultarlo tras la maceta del ficus. En el tendedero he visto el bote de plaguicida que Samuel ha olvidado recoger cuando ha venido a cuidar las plantas. Y he leído la nota que me ha dejado. Con todo eso y la llamada de teléfono es inevitable sacar una conclusión: al fin todo se sabe, ya no tengo nada que ocultar. Pero no creas que este desenlace me asusta. Al contrario, siento ahora mismo una serenidad que no recuerdo haber sentido desde hace mucho, mucho tiempo.

Cuando el detective comience a impacientarse y busque algún medio para entrar en mi casa, yo ya no estaré aquí. Esta carta dirigida a ti será lo primero que vea, y él no dejará de entregártela. Estoy segura de que te contará todo lo que no entiendas y yo no haya sabido explicarte. Para eso lo contrataste. Aunque luego hayas prescindido de él, ha seguido investigando por su cuenta. Hay gente que no puede resignarse a no saber.

Pero antes de que él te hable, quiero darte mi propia versión. Al fin y al cabo, soy la única persona que vio morir a tu padre. Yo lo maté. No hay, pues, un testigo mejor.

¿Te acuerdas de aquella mañana en que Samuel nos invitó a su casa para que recogiéramos unas plantas y unos esquejes que nos había regalado, porque decía que nuestros pisos estaban tristes y necesitaban la luz, el color y el perfume de unas

flores? ¿Te acuerdas? Él estaba en el trabajo y tú propusiste que nos quedáramos un rato allí. ¿Qué mujer puede resistirse a curiosear en la casa del hombre con quien sale, cuando él está ausente? Algunas cosas necesitaban un repaso y una mano. No porque fueran un caos, ya que Samuel es muy ordenado, sino por esos detalles que ellos parecen no ver. Creo que fue en ese momento cuando comentaste, entre risas, que los hombres son animales siempre satisfechos del aspecto de su guarida. En el dormitorio, abriste su armario y le colocaste lo que tenía mezclado y mal colgado en las perchas, para que no se le marcaran las hombreras de las chaquetas o una doble raya en los pantalones. No sé si recuerdas que, ante algunas prendas un poco arcaicas, amenazaste con tirar a la basura la mitad de lo que veías. Bromeando, aseguraste que no se perdería mucho, porque Samuel decía, casi presumiendo, como si eso fuera un mérito, que él se compraba toda la ropa en las rebajas de los hipermercados. Recogiste la que estaba tendida y, como no teníamos ninguna prisa, dijiste que ibas a plancharla, porque si no, no sólo se la pondría arrugada, sino que ni siquiera se daría cuenta de las arrugas.

Como yo no tenía nada que hacer, subí a ver las habitaciones de arriba, el estudio tan bonito que tiene, tan luminoso. Estaba mirando las pocas fotos que lo adornan cuando me di cuenta de que el ordenador estaba encendido y noté ese leve olor a cables tostados que a veces emana de los electrodomésticos que llevan mucho tiempo funcionando. La pantalla se había apagado, pero se oía el zumbido de la torre. Al marcharse, Samuel había olvidado cerrarlo.

Moví el ratón para apagarlo si no estaba ejecutando ningún programa, porque siempre me han asustado los aparatos eléctricos encendidos cuando no hay alguien cerca para controlarlos, y entonces se iluminó el monitor. Supongo que sabes qué fondo de pantalla ha puesto, ¿no? Es tu rostro, Marina, es tu rostro lo primero que Samuel ve cuando enciende el ordenador, un primer plano de tu rostro sonriendo como en un saludo. Tu rostro apacible, luminoso, bello, que en tantos rasgos me recuerda el rostro de tu padre.

De acuerdo, es algo muy común colocar de fondo de pantalla la cara de la persona amada, pero a mí me sorprendió y me gustó verlo, no imaginaba en Samuel ese detalle. Tú seguías abajo, con la ropa, y estuve a punto de llamarte para comentártelo, por si no lo habías visto, pero pensé que podrías acusarme de indiscreta, porque yo no tenía por qué haber tocado el ordenador. Pulsé Inicio dispuesta a apagarlo, pero me pudo la curiosidad, porque tu foto correspondía a una de las tomas que te había sacado un día en que yo estaba con vosotros, y a mí también me había hecho algunas que luego no me había enseñado. Así que abrí la carpeta «Fotos» y vi las subcarpetas: «Marina», «Jardín», «Empresa», «Varios»... En ese momento me arrepentía de haber curioseado tanto y ya iba a dejarlo todo como lo había encontrado cuando vi casualmente un archivo con un nombre: «Perro».

Ahora no te sabría explicar por qué pinché en él, qué regusto de dolor me impulsó a abrirlo. Ignoraba qué había dentro, bajo aquella palabra, y de pronto allí estaba mi hijo, primero riendo con dos amigos mientras se pasaban el balón, seguramente ruidosos y provocadores, haciéndose notar, porque lo último que desea un adolescente es ser invisible. No sé si a tus hijos, cuando sean mayores, les ocurrirá lo mismo que a Manuel. Era un chico rebelde, no podía evitarlo, tal vez porque nunca tuvo un padre contra quien pelearse, con quien discutir y frente a quien gastar ese exceso de inquietud o de desafío de los adolescentes.

Algunas veces he pensado que la nuestra es una generación con mala suerte: de niños sufrimos la dictadura de nuestros padres, aferrados aún a una idea tradicional de educación, basada en el núcleo, la disciplina familiar y la jerarquía de los mayores, y ahora sufrimos la dictadura de nuestros hijos, en exceso protegidos y mimados y exigentes. No lo sé. Quizá yo fui muy indulgente con él. En cualquier caso, sí sé que Manuel era a menudo demasiado caprichoso y testarudo. No era un chico fácil. Siempre intenté hacer de la mejor forma posible mi doble papel de madre y padre. Pero ¿sabes qué es lo peor? Lo peor es que no basta el cariño materno para que tu hijo sea feliz. Es más, a veces tenía la impresión de que eso era lo que menos le importaba, como si en esa edad lo que añoraran fuera sobre todo el cariño del mundo, de sus compañeros, de la chica de quien están enamorados, de quienes los rodean sin ser su familia. Y entonces me preguntaba: ¿Qué más puedo hacer yo para que mi hijo sea feliz? Y terminaba respondiéndome que no podía o no sabía hacer nada más.

Así, era lógico que Manuel provocara a aquel perro que los asustó. Desde entonces, ¡he pensado tantas veces en todo esto! Cuando eres adolescente crees que la vida es larga y que todo lo que ocurre alrededor se refiere a ti; que le eres imprescindible al mundo y que debes responder a todas las voces que te implican y a todos los desafíos que te lanzan. Hacerse mayor, en cambio, consiste en descubrir que al mundo le resultas indiferente, que nadie te oye ni te escucha, que morirás y nada se detendrá con tu desaparición. Que la vida pasa rápido y todo termina antes de que algo importante haya comenzado.

Tú, Marina, no has visto aquellas fotos, pero puedes imaginártelas: el juego, el susto, las risas, la provocación, el perro ladrando antes de saltar la valla y de atacarlo. Fui contemplándolas como en una pesadilla, tan intensa que incluso me parecía oír los ladridos, los gritos de dolor, los alaridos que salían de la pantalla. Sólo después, al recordarlas, deduje que Samuel las había tomado sin estar presente, programando la cámara, porque aparecía impresa la hora exacta de cada toma, en intervalos de un minuto, y en todas se veía el mismo cuadro de la calle y se utilizaba el mismo objetivo óptico.

Apenas tuve tiempo para cerrar el archivo cuando oí que subías. Venías con el cesto lleno de ropa y, al verme, me notaste tan pálida que me preguntaste: «¿Te

encuentras bien?». ¿Te acuerdas, Marina? Yo te dije que sí y disimulé yendo a la cocina a beber un vaso de agua. Apenas podía respirar ni mirarte a la cara, porque en una de las fotos había reconocido a tu padre. Sí, a Camilo.

No aparece en un primer plano y fue tan grande mi sorpresa que tuve que aumentar el cuadro para comprobar que era él. Samuel no podía saber entonces de quién se trataba. Cuando hizo esas fotos no había hablado nunca contigo, no te conocía y, por supuesto, tampoco a Camilo. Recuerdo el día en que nos lo presentaste a tu padre y a mí. De otro modo, creo que no las hubiera conservado.

Pero no hay duda, era tu padre quien pasó por allí en aquel momento. Y si no te lo contó nunca es porque no podía sentirse orgulloso de su..., iba a decir cobardía, pero creo que ésa no es la palabra correcta, porque Camilo no era cobarde. Digamos que la palabra es ambición. Y sin duda también intervino el orgullo. Te lo explicaré.

Tu padre aparece de perfil, un poco de espaldas, alejándose del perro que ya muerde el brazo de mi hijo. Su gesto no es aún de huida, sino el del momento previo a la huida. Su mano derecha está saliendo del interior de su chaqueta, en un movimiento como el de alguien que comprueba que no ha perdido la cartera. Pero no era eso lo que sus dedos tocaban, sino su pistola.

Tú, como yo, sabes que él siempre llevaba encima una pistola, que no salía a la calle desarmado desde que su nombre apareció en las listas de una organización terrorista. Decía que sin un arma se sentía como desnudo. Pero las fotos fueron tomadas a mediados de octubre del año pasado, poco después de aquel accidente que le ocurrió en el foso de tiro, cuando le retiraron temporalmente su arma. Sin embargo, él llevaba encima la pistola ilegal que guardaba en casa. Se lo pregunté aquella tarde, claro que se lo pregunté. Me dijo que su primera reacción fue disparar contra el perro, pero que, con esa rapidez para calcular daños y beneficios que tienen los militares acostumbrados a tomar decisiones en segundos, se dio cuenta de que el hecho de ir armado contraviniendo una orden era considerado una falta grave en el reglamento militar. Así que simplemente se fue de allí, creyendo que todo quedaría reducido a unas mordeduras de perro.

Camilo era tu padre, así que no necesito decirte ahora hasta qué punto lo atormentó después su decisión, cuando supo de qué forma tan brutal había terminado todo aquello. Es más, yo creo que, cuando nos conocimos, comenzó a salir conmigo no porque se sintiera atraído, sino para darme un poco de consuelo por una tragedia de la que se consideraba en parte responsable. Quiero decir que hay hombres que sonríen con un gesto de astucia cuando engañan al acreedor o demoran el pago, y que hay hombres que sencillamente no soportan tener deudas; su honradez y su aprecio por la equidad les hacen sentir que han recibido más de lo que dieron, y no descansan hasta que encuentran la forma de pagar lo que deben. De modo que al principio se trataba sólo de arrepentimiento y de ayudarme a mitigar el dolor. El amor, si me

permities decirlo, vino luego. Pero ése es un asunto privado entre él y yo, que nadie sabrá nunca, del que no quedarán testigos cuando yo, a la hora en que leas esta carta, haya desaparecido.

Te decía antes que tu padre huyó, y añadiré que no debería haberlo hecho. Debería haber sabido que un perro así, un pit bull, no suelta a su presa una vez que ha mordido. Tenía que haber disparado contra él, aunque eso le hubiera supuesto un borrón en su impecable carrera y ser apartado de la toma de decisiones, incluso en aquel momento tan trascendente, cuando sabía que su nombre se barajaba en Madrid para estudiar la viabilidad del cuartel de San Marcial. Por eso te hablé antes de ambición y de orgullo.

De acuerdo, me dirás, pero su huida no lo convierte en un monstruo. ¿Acaso conoces tú a alguien que en toda su vida no tenga sobre sus espaldas, por acción u omisión, algo de lo que avergonzarse?, me estarás preguntando. ¿Acaso hay alguien que no oculte un hecho que prefiere no recordar y ante cuya evocación la sangre le inunda el rostro de vergüenza? ¡Claro que no! También yo comprendo por qué lo hizo, pero no lo justifico.

Como buen militar, Camilo era muy previsor y al día siguiente debió de calcular todos los riesgos de lo ocurrido. Era imposible que alguien lo implicara si él se mantenía en silencio. Lo que no podía prever era el interés de un hombre que, en secreto, programa una cámara para fotografiar a una mujer. ¿Quién podría imaginar algo así?

Nunca te he hablado de esto, pero las semanas posteriores a la muerte de Manuel fueron insoportables para mí. Hasta algún tiempo más tarde no empecé a creer que lograría vivir en paz con mi dolor, puesto que ya no había nada que pudiera acrecentarlo, y que, con el paso del tiempo, dejaría de ser una de esas mujeres a las que cada vez que se habla de sus hijos muertos hay que rogarle «¡No llore, por favor, no llore!». ¡Qué poco había durado esa creencia! Porque aquella mañana en casa de Samuel supe que el hombre que intentaba consolarme por la pérdida era culpable por no haberla evitado. Camilo, sin embargo, no sabía nada de lo que yo había descubierto. No descolgué el teléfono cuando me llamó dos veces por la tarde. Las horas que transcurrieron entre el descubrimiento de las fotos y su muerte fueron terribles, de un vértigo alucinado entre la confusión y el odio. Me encerré en casa con las persianas bajadas, pero lo veía todo con una refulgente claridad, como si mis pupilas se hubieran dilatado para captar toda la luz y todo el calor del mundo. Casi asfixiada, salí a caminar por las calles, y enseguida noté el sudor. Recuerdo que vi el panel de un termómetro y que la temperatura no era alta, pero yo sentía como si del cielo bajara un calor que antes de tocar el suelo ya era bochorno y que al rebotar contra el asfalto se convertía en brasa. Un tiempo después estaba de nuevo en casa, sin apenas saber adonde había ido ni por dónde había vagado, a cuestas con aquel

dolor turbulento, renovado, sin ningún asidero. Creo que en esas horas llegué a enloquecer, que la angustia me llevó hasta ese estado mental en que uno mata para liberarse de tanta tensión. Una y otra vez me hacía una pregunta para la que no encontraba respuesta: ¿Cómo actuar cuando la persona a quien quieres te ha hecho algo horrible y aun así sigues queriéndola?

Fui a su casa para que él me ayudara a responderla. Tu padre me confirmó todo lo que yo ya sabía. No quiso negar nada. Aquella tarde iba armado, si bien nunca pensó que el ataque del perro terminaría en tragedia. Supuso que el dueño de la casa saldría enseguida al oír los ladridos y que lo detendría y que todo quedaría reducido a unas mordeduras. Ni siquiera intentó abrazarme mientras me lo contaba. Sólo me miraba con una tranquila y triste resignación, como si, en el fondo, en todo momento hubiera sabido que su huida terminaría por conocerse. Me pidió perdón, aunque ya debía de saber que no podía perdonarlo. O, más aún, que ya no importaba el perdón, porque todo había terminado y todas las luces iban a apagarse.

Murmuré algo del cuarto de baño y salí del despacho. Sabía que guardaba aquella pistola con silenciador en su mesilla, yo la había visto un día y le dije que debía esconderla mejor. Volví con ella al estudio. Tu padre estaba escribiendo algo en un papel y no levantó la cabeza hasta que llegué frente a la mesa...

Todo sucedió muy rápido, sin esfuerzo, yo me sentía ingrávida, como sustraída a la atracción del suelo. Pero era necesario completar la otra mitad del trabajo antes de que alguien pudiera entrar a impedirlo por haber identificado el ruido del disparo, aunque era improbable: no se trató de un estampido como el de una botella de champán al ser descorchada, sino como el de una botella de vino añejo y cansado, un poco ácido, como el olor que había dejado la pólvora en el aire. Mordí el cañón de la pistola dispuesta a terminar. Estaba ardiendo, era como si me hubiera metido en la boca una cerilla, y yo creo que aquel gesto instintivo de apartarla de los labios y esperar un minuto fue lo que hizo surgir el miedo y lo que ha demorado hasta hoy lo que allí debió terminar. Porque fue sólo eso, miedo al dolor, como si todo el coraje lo hubiera gastado con el primer disparo.

Tu padre había comenzado a escribir algo en una de sus tarjetas de notas, tal vez creyendo que yo me iría sin escucharlo, o tal vez buscando las frases adecuadas que decirme. Leí la única palabra escrita. «Perdóname». Y comprendí que aquella palabra me resucitaba, que era como una petición para que me salvara, un salvoconducto, y que no necesitaba esperar a que el cañón de la pistola se enfriara, porque él me había abierto la puerta y me ordenaba que saliera. Sólo tenía que borrar mis huellas y colocar la pistola en su mano para que la palabra cambiara de intención y de destinatario a los ojos de quien la leyera.

No toqué la nota. La dejé encima de la mesa, ante él, y unos minutos más tarde salí del piso en silencio, sin que nadie me viera.

Luego vinieron la espera y la inquietud y tu descubrimiento del cadáver. Y poco después el detective que contrataste y que, lo sospeché enseguida, terminaría por aclararlo todo: uno no puede invitar a un campesino a su casa de campo y a continuación esperar que se quede quieto y no se agache a oler la tierra y a observar qué semillas crecen en ella. Pero tampoco él me causaba especial temor, sólo la curiosidad de comprobar cuánto tiempo tardaría en llegar a la verdad haciendo con firmeza, pero con suavidad, las preguntas que imagino que cualquier policía haría a gritos. No me asustaba él, ni tampoco otra molestia inesperada —no quiero llamarla problema— que surgió con el barrendero de la calle de Camilo, algo que apenas merece un comentario. Confiaba en que me concedieran el tiempo suficiente para preparar mi marcha.

Había pensado entrar en el agua una tarde y nadar hacia dentro hasta agotarme. Que el mar se encargara de devolver luego mi cuerpo. El mar siempre me ha parecido un lugar adecuado para morir, y la agonía no es demasiado larga. Ahora, en cambio, he encontrado un medio mejor de desaparecer para siempre, a resguardo de fotos y de testigos. Siento una infinita pereza para soportar miradas de curiosidad o de odio o de lástima y para tener que explicar ante un policía o ante un juez algo que nunca entenderían. Tú sí, y por eso estoy escribiéndote esta carta. Tú y Samuel y quizá también el detective. Para comprender lo que hice y lo que ahora voy a hacer es necesaria una mínima dosis de piedad, y espero que en ti, a pesar del dolor por la muerte de tu padre, la piedad no haya desaparecido del todo.

No culpes a Samuel de lo ocurrido. Si es culpable de algo, lo es de haberte querido tanto que no se conformaba con verte unos minutos cada día a través del cristal de una ventana. Quería tener tu imagen también cuando no estabas. Por eso hizo aquellas fotografías. O quizá porque temía que un día desaparecieras y nada le quedara de ti. Asegúrate, pregúntaselo antes de juzgarlo. Quizá ahora no te des cuenta, pero después de soportar tantas cosas terribles, tal vez tú lo necesites a él más que él a ti.

No me odies, por favor, aunque tengas motivos para hacerlo. El odio sólo te hará sufrir a ti, y a mí ya no puede hacerme ningún daño. Yo voy a un lugar donde seré inmune y donde no cuenta el tiempo. Aquí arriba yo soy yo y mi dolor, y nada lograría separarnos. Sólo cuando yo desaparezca mi dolor desaparecerá conmigo. En cambio, ahí abajo a nadie más volveré a herir, nadie quedará dañado con mi contacto. No tendré que hacer ningún esfuerzo. No es ninguna hazaña morir cuando están muertos todos aquellos a quienes hemos querido.

Ahora voy a salir por el garaje del edificio. El detective no podrá evitarlo. Cuando se impaciente y encuentre el modo de entrar en la casa, yo ya no estaré.

Es hora de marcharse. Perdóname tú. Yo no supe perdonar a tiempo a tu padre.
Adiós.

Gabriela.

Capítulo 24

Final sin fin

—¿Dices que has leído la carta?

—Sí. Me la dio Marina.

—¿Ella? ¿Ella te la dio después de haberte despedido para que no siguieras investigando?

—Bueno. Primero escuchó todo el relato mientras me reprochaba: «¿Por qué? ¿Por qué tuvo que seguir adelante cuando le había dicho que no quería saber nada más? ¿Por qué?».

—Yo la entiendo —dijo el Alkalino—. Te había contratado para que encontraras una respuesta, pero no era ésa la respuesta que esperaba encontrar.

—No. Nunca había imaginado que precisamente Gabriela... Repitió que hubiera preferido no saberlo, que hay cosas de las que es mejor no hablar.

—Por eso te dio la carta, para no tener que volver a leerla.

—Por eso, porque Gabriela me citaba como el tercer lector y porque ha aprendido de Samuel.

—¿Qué?

—Que es mejor no guardar lo que sólo puede hacernos daño. Que es conveniente eliminar todos los documentos, o recuerdos, o imágenes que nos ensucian o reavivan el rencor. No importa si su soporte es el papel, o la electrónica, o simplemente nuestra memoria. Toma —dijo. Sacó del bolsillo la carta, el sobre con el nombre de Marina en el exterior y dentro las cinco hojas escritas por ambas caras con una letra menos nerviosa de lo que había imaginado, y se la entregó al Alkalino—, ya ha pasado por las manos del juez, que ha cerrado el caso. Léela antes de que la quemé.

—¡No! —gritó. Guardaba con afán de coleccionista muchos documentos de las investigaciones de Cupido y no podía aceptar que la carta desapareciera.

—Se lo prometí.

—¿Quemarla? —preguntó casi con dolor.

—Sí.

—De acuerdo entonces.

El Alkalino comenzó a leerla con atención, muy despacio, como si quisiera memorizarla, moviendo un poco los labios o elevando las cejas cuando un comentario o una reflexión lo sorprendían.

—¡Pobre y desdichada asesina! —exclamó al cabo de muchos minutos, cuando hubo terminado de leer y dobló con cuidado las hojas para introducirlas en el sobre. Tenía humedecidos los duros, sedientos, pequeños y oscuros ojos de eremita lleno de misericordia hacia la torpe y trágica raza humana que contemplaba desde lo alto de su columna de abstinencia. El hombre apasionado y alcohólico de ayer era el moralista y

escéptico que ahora hablaba—. ¡Pobre y desdichada y equivocada asesina que creyó que a alguien que quiere morir le está permitido matar!

—Bueno. Al menos fue feliz los años en que el chico vivió —dijo Cupido.

—¡Quince años! Pero yo no sé si tan poco tiempo puede compensar por tanto dolor luego —dudó.

—Tal vez sí —repuso Cupido tras pensar unos segundos en el hermano que tuvo y murió, recordando cómo hablaba de él su madre—. Tal vez los hombres prefieran no tener un hijo si saben que va a morir con quince años, pero quizá el instinto sea diferente en las mujeres y ellas prefieran tener un hijo que morirá con esa edad antes que no haberlo tenido.

—¿Por qué escribió «arriba»? —preguntó señalando la carta.

—Porque ya había decidido cómo desaparecer, ocultándose en el fondo de la tierra. Y acaso no se hubiera encontrado nunca su cadáver, hundido sesenta metros en el pozo de una abandonada mina de volframio, junto a los pedazos de la urna de cerámica con las cenizas de su hijo y con la alianza que para ella había comprado Olmedo, si un cazador no hubiera visto desde lejos cómo se arrojaba dentro.

—De modo que, por una vez, no tendrán que condenar a nadie.

—No. Ella misma ya se había condenado. La nota que Olmedo había comenzado a escribir sólo demoró unas semanas la ejecución de la condena.

—Pero Olmedo no escribió aquello para salvarla de todos nosotros.

—No, pero tampoco mentía. No miente quien escribe su última palabra. Su arrepentimiento era sincero. Pero habíamos interpretado mal por qué pedía perdón y a quién se dirigía —explicó Cupido. Pero luego se quedó en silencio unos segundos y no supo si todo lo que había dicho era cierto, así que añadió—: A menos que oyera cómo ella iba al dormitorio y cómo abría la mesilla donde guardaba la pistola, y lo adivinara todo y sintiera tanto amor y tantos remordimientos que hubiera querido engañarnos...

—Pero eso ya no lo sabremos nunca.

—No, no lo sabremos nunca.

—Y respecto a Samuel, ¿crees que Marina olvidará las fotos?

—Creo que él hará todo lo posible para conseguir olvidarlas.

—Lo conseguirá. Ella terminará...

—Para que él las olvide —lo corrigió Cupido.

—¿Samuel?

—Sí. Creo que a él le resultará más difícil que a Marina olvidar el daño que han provocado.

—Pero al fin todo terminará en calma.

—Será necesario que antes transcurra algún tiempo —dijo Cupido, que, como al final de toda investigación, se sentía confuso, exhausto, vacío, pesimista. Otra vez

había resuelto un encargo complicado, pero tampoco ahora había alcanzado en el desenlace la sensación de victoria limpia, completa, benigna. Lo malo de las victorias en su trabajo era que siempre las lograba con alguien herido cuyo dolor empañaba el triunfo final.

—Todo el sentido de la civilización consiste en lograr que las acciones de los hombres sean mejores que su naturaleza —oyó que comentaba el Alkalino—, sabemos que siempre habrá alguien que sienta en su interior odio, o desprecio, o deseo de venganza hacia sus semejantes, pero eso no será demasiado grave mientras no lo lleve a la práctica. Lo sabemos y aun así siempre llegamos demasiado tarde para evitarlo.

—Tienes razón. Nunca logramos llegar a tiempo. ¿Cómo la llamaste antes? Sí. ¡Pobre asesina desdichada!

—Pero tú no puedes hacer nada más. Has cumplido incluso cuando te habían despedido. Ya has terminado tu trabajo.

—¿Terminado? En este oficio el trabajo no se termina nunca.

FIN



EUGENIO FUENTES. Escritor español nacido en Montehermoso, Cáceres, en 1958. Se ha especializado en novela negra y policíaca, especialmente con la serie de narraciones protagonizadas por el detective Cupido.

Como narrador ha sido ampliamente galardonado con, entre otros, el Premio Cáceres de Novela Corta (por *Las batallas de Breda*, 1990), el Premio Internacional de Novela Ciudad de San Fernando (por *El nacimiento de Cupido*, 1993), Premio de Extremadura a la Creación “José Antonio Gabriel y Galán” (por *Tantas mentiras*, 1997), Premio Alba/Prensa Canaria (por *El interior del bosque*, 1999) o el Premio Extremadura a la Creación (por *Venas de nieve*, 2006),

También como articulista ha recibido el Premio del Consejo Asesor de RTVE en Extremadura, el Premio “Francisco Valdés”, el Premio Nacional de Periodismo “Julio Camba”, el Premio “Carmen de Burgos” y el Premio “Manuel Azaña”.

Sus novelas han sido publicadas en más de una docena de países, siendo considerado por la crítica como uno de los renovadores del género policíaco en Europa.